

JAVIER MUÑOZ ÁLVAREZ

•

JUAN BENET
A VECES UN INGENIERO EXTRAÑO

•

Presentación, por JAVIER RUI-WAMBA



FUNDACIÓN
ESTEYCO

JAVIER MUÑOZ ÁLVAREZ

Nace en Madrid en 1974. Estudia ingeniería de caminos, canales y puertos en la Universidad Politécnica de Madrid (1992-1998). Actualmente trabaja como Secretario de la Demarcación de Castilla y León del Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos. Fue miembro del Consejo Editorial y de Redacción de *Ingeniería y Territorio*, habiendo coordinado tres números de esta revista (“De la ingeniería y las otras artes, I y II” y “La enseñanza de la ingeniería”). Ha publicado algún artículo en diferentes revistas (*Revista de Obras Públicas, Carreteras, Ingeniería y Territorio*) y la misma Fundación Esteyco le ha editado sendos libros: *Anatomía de la ingeniería. Silva de varia lección* y *La modernidad de Cerdá: más allá del ‘Ensanche’*. Por su cuenta y riesgo ha publicado *Las artes del ingeniero*.

JAVIER MUÑOZ ÁLVAREZ

•

JUAN BENET
A VECES UN INGENIERO EXTRAÑO

•

Presentación, por JAVIER RUI-WAMBA



FUNDACIÓN
ESTEYCO

Publicado por Fundación ESTEYCO
Menéndez Pidal, 17 • 28036 Madrid

Reservados todos los derechos de reproducción
© Fundación ESTEYCO, 2019
© Javier Muñoz Álvarez, 2019

1ª edición: dic. 2019
ISBN: 978-84-121332-1-9
Depósito legal: M-38698-2019

Diseño gráfico: Javier Muñoz Álvarez
Impreso por Estilo Estugraf Impresores, S.L.

«Hay tiempo para todo. Se puede ser un buen lector y un buen ingeniero. Esta es una batalla, la batalla de las humanidades, perdida. En grandes líneas. Pero puede haber focos de resistencia. Hay que volver a las barricadas, individuales y de pequeños grupos».

Carlos García Gual, catedrático emérito
de Filología Griega

Para Javier Rui-Wamba y César Lanza, *resistentes*
en ejercicio y «especialistas a su hora, hombres a
todas».

– índice –

- Presentación, *por Javier Rui-Wamba*, 9
- Proemio, 11
- De profesión, ingeniero, 17
- la Escuela, 21
 - ingreso, 21 • estudios, 25
 - a pie de obra, 33
 - el Noroeste, 35 • Porma, 39 • otras Regiones, 43
 - nombres propios, 50
 - Pablo García-Arenal, 50 • otros, 57
 - pensar la ingeniería, 66
 - fantasías hidráulicas, 67 • la naturaleza del ingeniero, 73
- El oficio de escribir, 79
- contra los benetianos, 86
 - big data*, 89
 - la ansiedad de la influencia, 95
 - sobre sí, 96 • sobre los otros, 104 • veredictos, 108
 - grand style*, 119
 - narrativa, 126
 - magna opera*, 129 • otras novelas, 144 • cuentos, 149
 - ensayo, 154
 - miscelánea, 155 • *haute vulgarisation*, 161
 - teatro, 164
 - varia, 173
 - evocaciones, 173 • poesía, 179 • mezclilla, 186

Un personaje, 203

 polémicas y compromisos, 205

 recuerdos y olvidos, 234

 anecdótico, 246

Apéndices, 263

geographia, 264

vita brevis, 274

ars longa, 288

presentación

por Javier Rui-Wamba,
presidente de la Fundación Esteyco

Casi coincidí con él, pero no tuve el privilegio de conocerle personalmente. Yo también trabajaba en la Empresa en la que él decía que trabajaba: Cubiertas y MZOV. De él se contaban muchas anécdotas que iban mitificando el personaje. Se dice que el mito es manifestación de pereza intelectual. Tal vez. Lo cierto es que Juan Benet fue un magnífico Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos. Él se definía como un ingeniero que escribía. Yo no lo veo así. Yo pienso que él había nacido escritor y que el profesar la ingeniería de caminos no le impidió serlo.

Cuentan de él que cuando trabajaba en la construcción de la presa de Porma pasó un circo ambulante y él aprovechó para marchar con ellos. Es cierto que a nuestro personaje le atraía el mundo de la farándula. Y es verosímil que en aquel territorio, de confines poco accesibles, ubicado entre León y Asturias, asociado a cada obra se construía un sencillo cementerio, “corral de muertos”, dada la dificultad de trasladar a alguno de los pueblos colindantes a quienes fallecían por accidente o causas naturales.

También se decía de él que no le gustaban los niños. Acaso porque él nunca había dejado de serlo. «¡Que venga Herodes!», dicen que gritaba cuando en algún restaurante habían situado su mesa próxima a otra en la que comían unos revoltosos niños con sus padres.

Conviene observar aquí que si Juan Benet pudo escribir y publicar *Volverás a Región* y otras novelas y cuentos algo se debe

a que tenía por jefe a D. Pablo García-Arenal, emparentando con Concepción Arenal.

Por otra parte, en la biografía que nos ha regalado Javier Muñoz no figura un dato relevante porque él no podía conocerlo. Cuando una hermosa mañana trasladamos los restos de nuestro venerado Mario Romero Torrent al cementerio de la Almudena, Mariví, su viuda, me mostró que su tumba estaba justo al lado de la de Juan Benet. Casualidades de la vida y de la muerte.

Lástima que el tiempo, que como el viento pasa volando, no haya hecho posible un diálogo entre Juan Benet y Javier Muñoz. Hubiera sido un diálogo entre dos ingenieros que eran mucho más que dos ingenieros. Porque, parafraseando a Santayana, «qué puede saber un ingeniero si solo es un ingeniero». Esta conversación soñada habrá de esperar a una próxima reencarnación. Allí estaremos muchos a su lado dispuestos a saborear un diálogo que se alargará en el tiempo. Porque ambos tendrán muchas cosas por decirse. Y entonces tendrán, para hablar y para ser escuchados, todo el tiempo del mundo.

proemio

«Los muy afamados coronistas, antes que comiencen a escribir sus historias, hacen primero su prólogo y preámbulo con razones y retórica muy subida para dar luz y crédito a sus razones, porque los curiosos letores que las leyeren tomen melodía y sabor dellas».

Bernal Díaz del Castillo: *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*

§ En la ‘benetiana’ que incluye Félix de Azúa en *Lecturas compulsivas*, constata el poeta *novísimo* «la suma atención que ha dedicado la siguiente generación (la mía) a la obra de Benet, y tengo por seguro que los aún más jóvenes, más distanciados del trato personal con el escritor, aprenderán con mayor eficacia a explotar los recursos técnicos que han ido apareciendo en su ya muy abundante producción (...). Digo, con manifiesta cursilería, que Benet es nuestro clásico, a saber, un modelo para quien desee aprender el oficio (...). Ahora bien, alguien puede preguntar, con todo derecho, qué finalidad persigue tanta maniobra de cocina literaria (...). Se le acusa de ser un autor monótono, cuando esa es su virtud; se le acusa de provocar el tedio. ¡El tedio! De existir algo a lo que podamos llamar “obra de arte”, nada indica que su función sea, fatalmente, la de producir distracción y diversión». En estas líneas se encuentra compendiado el busilis de la cuestión: a un lector joven y común¹, ¿le aprovechan la obra y el

¹ Incluye Virginia Woolf en *El lector común* este párrafo de la *Vida de Gray*, de Samuel Johnson: «Me regocijo de coincidir con el lector común; pues el sentido común de los lectores, incorrupto por prejuicios literarios, después de todos los refinamientos de la

tedio benetianos tanto como a la generación anterior? (Conviene aclarar *prima facie* que quien esto escribe no merece el calificativo o título de escritor, de ahí que poco le aprovechen los “recursos técnicos” ni “tanta maniobra de cocina literaria”, nos basta con *le plaisir du texte*, con *la hora del lector*, a más de que no hay destino más cruel para un autor —cuanto más para Juan Benet— que ser “un escritor para escritores”, esto es, que le tomen a uno, pongamos por caso, como *case study* en un taller de escritura creativa de la Universidad de Iowa²).

§ Acerca de Juan Benet y «del *Londres victoriano* se ha escrito todo, y a excepción de unos pocos juicios personales de escaso relieve, nada de lo expuesto en las páginas que siguen se escribe por primera vez (...). Es tanto lo que se puede decir y contar, que la dificultad está en saber qué es lo que se selecciona, cómo se resume y por dónde se corta el episodio. Me reconozco culpable de no haber hecho un plan previo, de haber ponderado la importancia de los diferentes acontecimientos y personajes, para dar cuenta solamente de los más significativos, y de haberme atenido, a falta de una regla más rigurosa, a mis particulares conocimientos y preferencias. El resultado puede ser muy arbitrario y muy poco formativo pero me conformaría con que fuera

sutileza y el dogmatismo de la erudición, debe decidir en último término sobre toda pretensión a los honores poéticos». El propio Juan Benet, en “Onda y corpúsculo en *El Quijote*”, reivindica la figura del “lector ingenuo”, «el que más fielmente reproduce el acto creador», un «lector que se conforma con la lectura primera (o a un primer nivel como ahora se dice *ad nauseam*), que no pide otras satisfacciones que las de la lectura, que no investiga por su cuenta y acepta los puntos oscuros, inexactitudes y arbitrariedades de la obra tal como son, que no busca el sentido oculto ni está leyendo el relato paralelo que la traslación simbólica le permite suponer».

² “Many of emerging writers that have come to Iowa City for more than 80 years have gone on to publish award-winning work after graduating”, *id est*, la escritura *jordista*. Para Juan Benet, y así lo declara en “Breve *biographia literaria*”, «quien quiera convertirse en escritor debe aprenderlo todo por sí mismo en soledad, con la única ayuda de su mente, algunos libros, papel y pluma. A mi juicio, sostener que necesita algo más es mera charla ociosa».

ameno, una virtud que rara vez logro conseguir. Sin duda que los errores no están de más; forman parte tan inseparable del texto como las verdades probadas». En rigor, es el nuestro un libro «en negativo» —así describe Miguel Morey sus *Vidas de Nietzsche*—, pues ni se trata de «un estudio crítico ni de una investigación biográfica», aunque «de todos modos, respecto a Benet, todo lo que se diga será siempre una aproximación», como anticipaba muy tempranamente Sergio Gómez Parra en la revista *Reseña* (“Juan Benet: la ruptura de un horizonte novelístico”, 1972). *Forse altri canterà con miglior plettro...*

§ *Mea maxima culpa*. «Obsérvese si, de lo que tomo prestado, he sabido elegir con qué realzar mi discurso. Pues hago decir a los demás lo que yo no puedo decir tan bien, ya por debilidad de mi expresión, ya por debilidad de mi intelecto. No cuento mis préstamos: los peso», confiesa Michel de Montaigne en sus *Essays*, mientras que Antoine Compagnon, ingénieur des ponts et chaussées, precisa en *La Seconde main ou le travail de la citation* que «il y a dans le discours, d’un point de vue logique, sinon éthique ou politique, un droit de citer et non un devoir.» *A fortiori*, convenimos con Ravelstein en que «siempre he tenido debilidad por las notas a pie de página. A mi modo de ver, una nota a pie de página, sea inteligente o perversa, ha redimido más de un texto».

§ *Fons et origo*. A mediados de octubre de 2018, César Lanza, ingeniero leonés nacido en Zúrich, hojeó un libro de *ambición y estilo* mermados, si bien se abstuvo de hacer pública su cólera nostras³. El autor del referido libro o lo que sea —a juicio de

³ Se incluye íntegra, *et pour cause*, Carta al Director publicada en *La Opinión de Málaga* el 24 de octubre de 2018: «Soy Ramón Benet, hijo primogénito del escritor Juan Benet y me dirijo a ustedes en relación con su artículo “Homenaje a Benet, el inventor de Región”, a propósito del libro *Benet. La ambición y el estilo*, por Rafael García Maldonado. El autor de dicho libro incurre en numerosas faltas que vulneran la memoria intelectual, familiar y social de mi padre. En lo crítico, el libro consiste en una sucesión de banales prontuarios de cada una de las obras de Benet, que ignoran el inmenso corpus académico y ensayísti-

Anna Caballé «se trata de un libro curioso que ni el propio autor consigue definir. En cierto pasaje lo califica de novela-biografía-ensayo y algo más adelante de biografía-ensayo-tesis»— «estudió farmacia y ejerce como boticario en un pueblo del sur, tal y como han hecho seis generaciones anteriores de su extensa familia»; declara que «de agobia conducir por Madrid, por sus múltiples carreteras entrelazadas y ahítas de coches con desesperados conductores dentro»; e incluso alguna vez se enoja con razón o sin ella o quién sabe: «Una amiga bibliotecaria me preguntó hace unos meses que cuáles eran para mí los tres escritores españoles más importantes de todos los tiempos. Contesté al vuelo y dije los que tal vez más me han marcado a mí, porque realmente no sé si son objetivamente los más significativos o los mejores. Dije que Cervantes, Baroja, Cela y Benet, CB y CB, como los pares de bases nitrogenadas de los ácidos nucleicos de los cromosomas que estudiábamos en bioquímica. —He dicho tres, me corrigió. —Bueno, pues con todo el dolor del mundo quita a Cela.

co sobre sus textos que hoy en día se encuentra disponible para los estudiosos. En lo biográfico, la narración que se hace de los hechos de la vida de Juan Benet es arbitraria y huera de todo rigor en su veracidad; el autor ha ignorado deliberadamente las puntualizaciones y advertencias que ha recibido antes de la publicación del libro y ha frivolidado con los episodios familiares de memoria más sensible, todo ello sin mostrar el menor interés en recabar informaciones fiables en el entorno familiar y social que conoce bien la vida de Juan Benet. Las apreciaciones del Sr. García Maldonado sobre la figura de Juan Benet son fútiles, de una frivolidad extrema y cargadas de tópicos de uso vulgar, impropias de quien dice ser escritor y adalid de la alta literatura, un modo de escritura ausente en cada página del libro, que introduce de lleno a su autor en la actual inanidad de las letras españolas que tanto dice denostar. En suma, nos encontramos ante un libro deshonesto, de nulo calado intelectual, que ya ha recibido sus primeras críticas literarias adversas (*Babelia*, 13/10/2018) y cuyo propósito último es la asimilación de su autor a los principios estilísticos de la prosa de Juan Benet, para así recabar de forma espuria un prestigio literario que le resulta inalcanzable por sus propios merecimientos. Muchas gracias y reciban mi saludo más cordial». Tres días después de publicadas estas líneas, hubo una nueva Carta al Director, que termina así: «El único interés de lo que ya todo el mundo conoce como “el libro del boticario” es ese, el de ser un libro escrito por un boticario de pueblo, una curiosidad antropológica».

O no, no, mejor quita a Baroja. No, no, déjalo así, y deja de preguntarme impertinencias porque posiblemente luego me acuerde de alguno más y esto no sirva para nada. —No he leído nada de Benet aún. —¿Y te dejan ser bibliotecaria?, le amonesté». *E così via*. Así pues, de la justa indignación de César Lanza nace este libro: él prendió la llama y otro ingeniero guerniqués de Barcelona, Javier Rui-Wamba, arrojó al fuego una o dos docenas de leños, de ahí el presente libro, *ad usum Delphini* y para regalo de los ingenieros de caminos que leen, ahora que más que nunca «quizá lo raro sea ser lector», que predijo hace un siglo Pere Gimferrer, pausado vidente. Por lo demás, siempre hubo mucho raro en nuestra profesión...

§ *Tabula gratulatoria*. Sin el concurso y generalato de Belén del Hoyo Alonso-Martínez en las labores de edición, y no solo, el libro habría sido muy otro: *ad calendas graecas*. Mención aparte merece, una vez más y siempre, Manuel Cambroner: «Hay una edad en la que se enseña lo que se sabe: pero inmediatamente viene otra en la que se enseña lo que no se sabe: eso se llama investigar. Quizás ahora arribe la edad de otra experiencia: la de desaprender, de dejar trabajar a la recomposición imprevisible que el olvido impone a la sedimentación de los saberes, de las culturas, de las creencias que uno ha atravesado. Esta experiencia creo que tiene un nombre ilustre y pasado de moda, que osaré tomar aquí sin complejos, en la encrucijada misma de su etimología: *Sapientia*. *Magister dixit*, en lección inaugural de la chaire de sémiologie littéraire du Collège de France.

§ «Y hasta aquí el prólogo. Estoy completamente de acuerdo en que resulta superfluo, pero, ya que está escrito, vamos a dejarlo. Y ahora, al grano», leemos al comienzo de *Los hermanos Karamázov*, obra mayor de un autor a quien Juan Benet, con motivo del centenario de su muerte, ‘celebrará’ en un artículo titulado “Un estilo exento de toda finura”: «No es de extrañar que la

pluma de Dostoyevski parezca una escoba. Solo se dedicaba a barrer, fregar; y enjuagar la ropa, labores domésticas en un escenario plagado de mujeres chillonas, visionarios de blusón, ambiciones de casaca, piedad de sotana y —entre tanta miseria— mucha alma seráfica siempre dispuesta a presentar la otra mejilla».

de profesión, ingeniero

«INGENIERO. El título más envidiable y, sin embargo, basta con vender unos anteojos para tener derecho a proclamarse ingeniero óptico. La mejor carrera para un joven. Decirlo de todos los oficios».

Gustave Flaubert: *Diccionario de lugares comunes*

En entrevistas ciento, el empeño se quería *semper idem*: «¿Se te ha ocurrido alguna vez dejar de ser ingeniero y ser solo escritor? —No, ¿por qué? Esa pregunta me la han hecho muchas veces y no la entiendo. ¿Tan incompatible te parece hacer unos números con escribir?»⁴. Mas hubo también entrevistas certeras: «Juan, tiene usted éxito por igual en dos profesiones, la de ingeniero y la de escritor. ¿Cómo puede actuar en ambos mundos y reconciliarlos? —Es muy fácil: no intento reconciliarlos en absoluto. Realmente soy un ingeniero que escribe los domingos y en su tiempo libre, que es bastante extenso. Por esta razón, no puedo decir en verdad que tengo dos profesiones, una en la cual tengo éxito y otra en la que no, o en las que tengo éxito en distinto grado. La verdad es que soy hombre de un solo oficio, el que me permite comer».

Nunca dudó Benet de que «la vida de ingeniero es sin duda la más interesante de las dos, porque me permite recorrer el mundo y enfrentarme a numerosos problemas, personas variadas y situaciones bastante excepcionales. La vida del escritor consiste en sentarse ante un escritorio, con un lápiz y un papel; y los

⁴ «Las letras no están reñidas con los números. Las letras de cambio son el ideal...», apunta en *La novela de un literato* Rafael Cansinos Assens.

problemas que hay que afrontar son solo de naturaleza técnica; no merecen la atención del público, a excepción de críticos y profesores. Por otra parte, la vida de ingeniero, la de “ingeniero civil” como se llama aquí, es la más atractiva: tengo que vivir en el campo, y cada proyecto presenta problemas diferentes, así como la oportunidad de conocer a gente nueva».

Cabría compendiar tal saberse y quererse ingeniero en una sola palabra: compromiso. Compromiso, en primer lugar, con el “honor del trabajo” al que se refirió José Antonio Fernández Ordóñez en laudatoria ocasión: «Como ingeniero, a mí me gusta recordar un texto del libro *El espejo del mar*, de Joseph Conrad, prologado por Juan Benet y bellamente traducido por Javier Marías, y que podía haberlo escrito él: “Tal pericia, la pericia de la técnica, es más que honradez; es algo más amplio, un sentimiento elevado y claro, no enteramente utilitario, que abarca la honradez, la gracia y la regla, y que podría llamarse el honor del trabajo. Está compuesto de tradición acumulada, lo mantiene vivo el orgullo individual, lo hace exacto la opinión profesional y, como a las artes más nobles, lo estimula y sostiene el elogio competente”»; y, en segundo lugar, compromiso también con la profesión, con sus compañeros. Valgan dos noticias bien dispares para dar cuenta del *engagement*.

Con motivo de su nombramiento como Colegiado de Honor del Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos⁵ leyó un discurso (“Colegiado 631”) que terminaba con estas palabras: «No puedo concluir mis palabras, señor Ministro, sin dedicarlas a algunos compañeros nuestros que por el mero hecho de cum-

⁵ Se trata de la más alta distinción que concede esta corporación de derecho público; entre otros, disfrutaban de tal condición Leopoldo Calvo-Sotelo, Florentino Pérez o Jesús Posada. También en 1990 la Demarcación de Cataluña le condecoraría con su máximo galardón, la “Medalla Ildelfonso Cerdá”, medalla con que cuenta también Javier Rui-Wamba Martija, editor del presente libro.

plir con su obligación se encuentran hoy sentados en el banquillo de los acusados para responder a una demanda que, ni siquiera en el supuesto de que sus vidas tuvieran un precio, nunca podrán abonar. Ante su caso todo aquel con un mínimo sentido de responsabilidad tendrá que decir para sus adentros: “Me podía haber tocado a mí”. Dejando de lado su mayor o menor acierto para actuar en unas horas críticas, y sin el menor deseo de prejuzgar unas conductas cuya sanción está en la conciencia designada para el caso, me parece evidente que su posible culpa está implícita en la aceptación de su función, como encargados de celar unos poderes que solo la exigencia de la sociedad obliga a considerar gobernables». Se acordaba así Juan Benet de los ingenieros que estaban siendo juzgados entonces —el discurso lo leyó el 11 de mayo de 1987— por la rotura de la presa de Tous ocurrida el 20 de octubre de 1982⁶.

Otrosí. Cuenta Alfonso Guerra en *Dejando atrás los vientos*, segundo tomo de sus memorias, lo que sigue: «Me sorprendió un día la llamada de Juan Benet, que sin duda no representaba al grupo [Prisa] pero que oficiaba como una especie de gurú intelectual. Yo admiraba el alto sentido conceptual de sus novelas, especialmente *Una meditación* y *Volverás a Región*, aunque no formaba parte del coro de aduladores que le leían poco y le alaba-

⁶ Al cabo de los años, de muchos años, todos los ingenieros acusados fueron absueltos: «La hojarasca amarillenta del sumario de Tous aparece salpicada de embargos y angustia. De visitas al fondo del abismo: “Un día llegué a creer que era culpable”. De tratamientos psicológicos. De pérdida de oportunidades laborales. Y de rabia. La presa de Tous (Valencia) se desmoronó como un castillo de naipes hace 13 años. Solo ahora un tribunal ha absuelto a tres ingenieros acostumbrados a escuchar insultos durante todo ese tiempo con solo aproximarse a la barra de un bar para tomar un café. Jesús González Marín (dos absoluciones en su casillero), Salvador Madrigal (otras dos) y Juan Sancho-Tello (una condena y una exculpación) aún deben esperar la peregrinación del sumario por los despachos del Tribunal Supremo. (...) Otros dos ingenieros, Román Guerrero y Florentino Santos, también residentes en Madrid, ocuparon el banquillo en los primeros juicios. Guerrero resultó condenado y Santos absuelto. El Supremo anuló después el segundo juicio y, además, el procesamiento de ambos».

ban mucho. Benet me pidió una entrevista y le cité de inmediato. Cuando le recibí comprobé que el motivo de su aproximación no estaba en relación con la literatura, sino con su profesión: era ingeniero. El caso es que un colega y amigo suyo trabajaba en una empresa española en uno de los grandes proyectos que los españoles realizaban en Argelia. Había sido detenido por ‘sobornar’ a una autoridad argelina a fin de conseguir que le facilitara algún trámite administrativo para continuar la obra. Había sido descubierto y encarcelado, y se esperaba para él una grave condena. (...) Al ingeniero amigo de Benet le había tocado la expiación pública de los vicios privados de los responsables públicos. Me ofrecí a Benet para gestionar el *affaire*, utilizando las relaciones al más alto nivel que pudiese, por lo injusto de hacer pagar a un empleado que era urgido por la empresa a terminar la obra y por los administradores argelinos a pagar la gabela. Y ahora le querían hacer pagar a él. (...) Afortunadamente logramos la liberación del español empujado a pagar y castigado por hacerlo». *Res indicata pro veritate habetur.*

la Escuela

«Yo tuve que aprender de memoria muchos puentes, muchos taquímetros, brújulas y niveles, muchos faros, y, en fin, muchas obras, máquinas y aparatos de diferentes clases, con detalles excesivos que había olvidado antes de terminar la carrera, y no me produjeron más beneficio que hacerme trabajar y perder el tiempo miserablemente. Hay que evitar que eso siga. Lo que más me importa no es la erudición técnica del Ingeniero; es la orientación de su inteligencia».

Leonardo Torres Quevedo: “La enseñanza de la ingeniería en España”, 1913

Sería uno de los primeros días del mes de mayo de 1984. En un largo y nombrado almuerzo de “botillos y pizpiernos” con Sabino Ordás, el escritor Juan Benet reveló *in nuce* todo lo mucho que sabía del ingeniero en ciernes Juan Benet: «Yo fui muy mal alumno en la Escuela de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, fui muy brillante para ingresar, pero la Escuela era muy aburrida. Era una carrera, por aquella época, dirigida a la creación de funcionarios del Estado. Era una carrera elitista, faltaba poco para que nos enseñaran a tomar el té con una marquesa». Vayamos por partes.

— ingreso —

«Para acceder a la Escuela era necesario tener el Título de Bachiller (siete cursos a partir del ingreso con una edad de diez años) y haber superado el examen de Estado (una especie de

Reválida final de los Planes de 1934 y 1938) y luego aprobar un examen de ingreso en la Escuela, estando limitado el número de aspirantes en función de las plazas que convocaba el Ministerio de Fomento», como aclara Jesús Fraile Mora en *Evolución histórica, enseñanza, planes de estudio y profesorado de la Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos de la Universidad Politécnica de Madrid*.

De la dureza del examen de ingreso⁷ dan cuenta bastante las siguientes cifras, que corresponden al primer curso académico en la Escuela (1948-1949) del alumno Juan Benet: 738 candidatos matriculados en el examen de ingreso *vs.* 50 candidatos admitidos⁸. Que los aspirantes a ingresar solían ser muchos lo cuenta el propio Benet en *Nunca llegarás a nada*: «Nos veíamos una vez al año, en el mes de junio, compareciendo al examen de ingreso. Su fortuna le permitía acudir allí con cierto desprecio hacia la actitud frenética de aquel millar de examinandos; sabía llegar tarde a la cita, arrastrando el tablero con fastidio; sabía mantenerse lejos e indiferente al escándalo de aquella jauría histérica, alborotada por los algoritmos».

En una conversación publicada en *Triunfo* en 1980, Benet confesaba «hasta qué punto el ingreso era absorbente. El ingreso no dejaba tiempo de nada. Dejaba tiempo para ir al cine el sábado y nada más. Por lo demás, al menos en mis años, estu-

⁷ La *Ley de Ordenación de las Enseñanzas Técnicas* de 1957 fijará que «el acceso a las Escuelas Técnicas se efectuará mediante cursos selectivos, sistema que sustituye a los tradicionales exámenes de ingreso. La eficacia de tales cursos se ha demostrado reiteradamente, tanto en la enseñanza universitaria, que los practica desde hace años, como en algunas Escuelas Técnicas Medias y Superiores, donde se han ensayado recientemente con resultado muy satisfactorio».

⁸ Hubo ratios peores en aquellos años. Verbigracia: 1133 *vs.* 41 (1944-45); 1140 *vs.* 42 (1945-46); 1468 *vs.* 73 (1954-55). A juicio de Ignacio Morilla Abad, «las exigencias de ingreso en la Escuela daban lugar a promociones muy reducidas, poco acordes con las necesidades crecientes del desarrollo de las Obras Públicas en España y contestadas por algunos sectores sociales por su elitismo».

diar el ingreso era machacarte todos los días —yo no madrugaba— desde las diez de la mañana hasta las tres de la madrugada. (...) Yo acabé el bachillerato en el cuarenta y cuatro⁹. Ingresé en el cuarenta y ocho. (...) La transición de estudiar la preparación del ingreso a estudiar la carrera era brutal, ¿no?, completamente brutal, y estudiar ya la carrera era pues tener todo el tiempo libre del mundo. De hecho, casi todos mis compañeros en aquellos años de finales de los cuarenta, cuando se ingresaba, por el mero hecho de ingresar, se adquiría cierto prestigio, y todos o casi todos daban clase y se ganaban unas pesetas. Yo cuando ingreso, como yo no di clases, porque di una clase en mi vida y fue tan infructuosa y salí tan avergonzado que me prometí a mí mismo no volver a dar una clase... Bueno, lo que te quería decir es que con tiempo libre no me ponía a estudiar matemáticas, ¿para qué?, si ya había aprendido las que tenía que aprender, y se me fue el lado del entretenimiento por la literatura».

Las matemáticas, en verdad, no las había aprendido Benet en la Escuela, sino con José Gallego-Díaz, «el más brillante profesor que he tenido nunca». Era costumbre entonces, y casi obligación por bien del resultado, preparar el examen de ingreso en academias especiales y con profesores particulares. De ello da cuenta Corpus Barga —estudiante de ingeniería de minas a principios de siglo— en el tercer tomo de *Los pasos contados*: «A pesar de que se creía que las matemáticas eran la ciencia más exacta, no había una academia politécnica que preparara para ingresar en todas las escuelas de ingeniería, proliferaban las academias especiales, según he dicho, para cada Escuela, como si no fue-

⁹ «Vinieron las discusiones sobre las carreras, y por fin, paseando por el Paseo Nuevo de San Sebastián, decidimos que Paco, que dibujaba muy bien, se hiciera arquitecto y trabajara con Fernando [Chueca], y Juanito, que según el director del Pilar era el mejor matemático que había pasado por la escuela, se hiciera ingeniero. Esto me costó Dios y ayuda, porque él quería ser escritor; yo le decía: “Tú te haces ingeniero y, en tus ratos de ocio, escribes”. Y así lo hizo», rememora Teresa Goitia en *Recordando mi vida*.

sen lo mismo las matemáticas que se enseñaban para la Escuela de Ingenieros de Minas y las que se enseñaban para la Escuela de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, otro título de la poesía administrativa. (...) Realmente en esas academias especiales se trataba, no de enseñar matemáticas, de enseñar a examinarse de matemáticas en tal o cual Escuela».

Parece ser que José Gallego-Díaz, a más de lo segundo, no desatendía lo primero, como consigna Benet en *Otoño en Madrid hacia 1950*: «Yo dudo mucho que la ducha escocesa, todo el rigor de la educación puritana, la disciplina de un gimnasio alemán, todas las humanidades de Tubinga o la benevolencia e ilimitada sapiencia de un Burckhardt... fueran más formativas que aquella clase de matemáticas con Gallego-Díaz. Para empezar, una hora de matemáticas con él suministraba trabajo para doce o quince horas de estudio durante los siete días de la semana, domingos incluidos. No había manera de seguirle y eran raras las veces que se detenía para inquirir si había sido comprendido. La clase era, más que otra cosa, un ejercicio de taquigrafía en el que había que poner el mayor esmero para no perder un eslabón esencial de toda la teoría que luego, en casa, era preciso reproducir y estudiar con calma. Pero rara vez se podía llegar a clase con todos los ejercicios resueltos y la teoría del día anterior asimilada, por lo que domingos y festivos solo servían para liquidar los retrasos de la semana. Aparte de eso no explicaba ‘asignaturas’ —ni la geometría, ni la proyectiva, ni la analítica, ni el cálculo, ni la teoría de funciones, ni nada de aquello—, cosas más propias de academias que de aquella selecta y costosa hora en su casa. Así que a lo largo del curso se sucedían —durante tres o cuatro días para cada una— las lecciones sobre teorías excéntricas de acuerdo con un orden que debía estar inspirado por sus dioses manes, en un sueño cargado de vino; y así, sin previo aviso, a la teoría de los polinomios de Tzebichev sucedía la geome-

tría flintiana y de esta se pasaba a los operadores de Heavyside o a la teoría de las sombras o ‘umbrae’ de Gauilois, que tanto dolor de cabeza nos había de provocar. Lo cual era algo así como enseñar el continente de las matemáticas tan solo por sus cumbres, dejando que el alumno rellenase “en sus horas libres” toda la geografía de las zonas bajas». Eso sí, «cuando un alumno suyo aprobaba el ingreso en cualquiera de las Escuelas Especiales, lo primero que hacía Gallego era apearle del tratamiento, para invitarle a comer¹⁰ y, por lo general, sabiendo lo poco que a partir de una fecha le importan las matemáticas al futuro ingeniero, a continuación lo perdía de vista».

En 1948, tras de cuatro años ‘preparatorios’, Juan Benet ingresa al fin en la Escuela Especial de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos.

— estudios —

§ «Cuando yo empecé a estudiar la carrera, en la segunda mitad de la década de los 40, nuestra profesión era considerada, en mucha mayor medida que ahora, un privilegio al que solo unos pocos podían acceder y, por consiguiente, nuestro Cuerpo constituía una de las élites más codiciadas, respetadas y poderosas del país». De ello da fe *la verdad de las mentiras*:

¹⁰ «Se ha hablado tanto de los trágicos años del hambre que, con frecuencia, se olvidan los años del frío, mucho más largos que aquellos. (...) Un frío con caracteres propios, distinto a cualquier otro, era el de la casa de Gallego-Díaz, donde con tres compañeros más yo recibía una clase de matemáticas de cinco a seis de la tarde. La habitación donde dábamos clase —era la habitación más caótica que yo he pisado— tenía un gran ventanal, con persiana de guillotina, a la esquina del Botánico. El cristal estaba roto desde que en guerra una bomba de aviación había caído en el Botánico y la persiana, mancornada y bloqueada hasta media altura, dejaba entrar tal frío que durante cinco meses dábamos la clase con abrigo, bufanda y guantes de lana que permitían tomar apuntes cuando la mano no quedaba aterida».

«La categoría obliga, tonto de capirote, y un catedrático, no te digo que sea un ingeniero, pero es alguien, creo yo».

Miguel Delibes: *Cinco horas con Mario*.

«Solo buscaban un guardiamarina o un ingeniero de caminos, canales y puertos para casarse en seguida, porque soñaban un porvenir en cinerama, lleno de caminos, canales y puertos exóticos». Francisco Umbral: *Trilogía de Madrid*.

«¡El porvenir! Seré ingeniero, para que todos estén contentos, pero sobre todo para que mi madre no lave y no sea más la criada de nadie». Arturo Barea: *La forja de un rebelde*.

«Sí, Carmina. Aquí solo hay brutalidad e incomprensión para nosotros. Escúchame. Si tu cariño no me falta, emprenderé muchas cosas. (...) Me haré ingeniero. Seré el mejor ingeniero del país y tú serás mi adorada mujercita... —¡Fernando! ¡Qué felicidad!... ¡Qué felicidad!...». Antonio Buero Vallejo: *Historia de una escalera*.

§ «A espaldas de Fomento y en los otros altos del Observatorio —ya lindando con el Retiro— se hallaba la Escuela de Caminos; con la presencia asimismo de las oficinas de Renfe en los edificios de la avenida de la Ciudad de Barcelona (...), aquella zona de la glorieta se hallaba dominada por el cuerpo de Obras Públicas, que había elegido como lugar de esparcimiento el Bar Fomento, un ruidoso local cuya planta superior se dividía por las mañanas —sobre todo en las horas próximas al mediodía, las de las prácticas de laboratorio— en dos zonas muy diferentes: la de los jugadores del dominó y los del bridge.

»Cuando yo estudié la carrera, ni siquiera nuestra Escuela pertenecía al Ministerio de Educación. Por uno de aquellos anacronismos que el estado moderno de manera imprudente se encarga de eliminar, nuestra Escuela dependía del Ministerio de Obras Públicas y a causa de su singularidad estaba mucho mejor

equipada, regida y abastecida que cualquiera de los centros dependientes del Ministerio de Educación¹¹.

»La Escuela (...) no estaba ciertamente bien comunicada y los que vivían lejos tenían que hacer uso del metro de Atocha o del tranvía n.º 33, creo recordar. En la Escuela se pasaba lista y se contabilizaban las faltas de puntualidad, cuya acumulación se consideraba grave».

§ Las asignaturas cursadas en la Escuela, según enumeración detallada del profesor Jesús Fraile Mora, eran:

1^{er} curso.— Matemática superior. Estilos artísticos. Geometría y proyectos de elementos. Mecánica y mecanismos. Química y materiales de construcción. Topografía, geodesia y astronomía.

2^o curso.— Edificación. Electrotecnia (I). Geología. Elasticidad y plasticidad. Hidrodinámica. Historia del arte español. Métodos matemáticos de la física y de la técnica. Termotecnia.

¹¹ Siendo ministro de Fomento el ingeniero de caminos Rafael Benjumea, conde de Guadalhorce, se promulgará en 1926 un *Real decreto-ley concediendo a la Escuela Especial de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos autonomía en los órdenes técnico y administrativo e investiéndola de la consideración de persona jurídica a los efectos que se mencionan en el capítulo II, título II del Código civil*. La *Ley de Ordenación de las Enseñanzas Técnicas de 1957* pondrá fin a esta autonomía. Y no solo: «Inicialmente algunas Escuelas se orientaron de modo preferente hacia la formación de funcionarios públicos, creándose los Cuerpos con arreglo a un concepto marcadamente administrativo de la profesión. Esta situación pudo estar justificada en una época en la que la demanda de técnicos era muy reducida, pero resulta insostenible en la actualidad, cuando la iniciativa parte fundamentalmente de la industria privada, y el Estado exige a sus funcionarios una mayor dedicación a sus fines propios, con merma de la actuación meramente burocrática». Por lo demás, Carmen Martín Gaité publicará en 1977 una magnífica biografía titulada *El conde de Guadalhorce. Su época y su labor*. «Le digo a [José] Torrán que no ando muy bien de dinero y que si me puede dar algún trabajo que no sea demasiado aburrido. Me dice que el Ministerio de Obras Públicas quiere conmemorar este año el primer centenario del nacimiento del conde de Guadalhorce mediante una biografía de este insigne ingeniero y ministro de la Dictadura [de Primo de Rivera]. Que si la quiero hacer yo. Quedo en pensarlo y en darle la contestación el domingo que viene».

- 3^{er} curso.— Hormigón armado. Física teórica. Hidrografía. Ingeniería sanitaria. Maquinaria y medios auxiliares de la construcción. Electrotecnia (II).
- 4^o curso.— Caminos ordinarios. Geotecnia, cimientos. Puentes de fábrica. Hormigón pretensado. Tipología estructural. Electrotecnia (III). Obras hidráulicas.
- 5^o curso.— Aeropuertos. Economía y derecho. Estructuras y puentes metálicos. Explotación comercial y legislación de transportes. Ferrocarriles. Organización de empresas y contabilidad. Proyectos. Puertos. Urbanización y servicios técnicos municipales.

§ De la bondad de las enseñanzas y profesorado de la Escuela, apenas si ha dejado Benet nada escrito, pero lo poco vale mucho: «Don Alfonso Peña Boeuf, exministro de Obras Públicas [1938-1945], en tercero explicaba Cálculo de Estructuras basándose en un texto propio. El método de enseñanza de don Alfonso —un hombre muy educado y ceremonioso— era a la vez simple y grandilocuente; consistía en llenar el encerado con todas las fórmulas de un capítulo y explicar el ‘algoritmo’ con un discurso en que se hacía referencia a la sabiduría de la naturaleza, la continuidad del progreso técnico, la cúpula de Buonarrotti, la majestad de la monarquía, los excesos del *sansculottismo* y la tendencia al arco que por doquier se insinuaba, incluso en el mundo de los insectos, para terminar señalando la sencilla expresión del tren de cargas o la fórmula del momento flector en un punto dado de la viga. En el extremo inferior del encerado estaba escrita una mañana una horrenda fórmula de metro y medio de extensión, llena de sigmas, integrales, diferenciales y exponentes algebraicos y en la que, huérfano entre tanto símbolo y tanta letra, obraba un humilde 2 delante de un corchete. Un alumno se levantó respetuosamente para preguntar: “Don Alfonso, ¿y ese dos?”. Don Alfonso apenas vaciló un momento,

buscó el 2 en el jeroglífico y se volvió hacia el aula con cierta solemnidad: “Ah, ese dos. Gran número, el dos. Un misterio y, a la vez, una constante. Una de las claves sobre las que se asienta nuestro universo. Sepan ustedes que ese dos viene de uno y uno, por la vía de suma”».

§ En mitad de los estudios, en 1951, Benet cumple los deberes para con la Patria: «Alberto Machimbarrena y yo fuimos a hacer el servicio militar ordinario por culpa de nuestra negligencia y a causa también de la poca simpatía que teníamos por las Milicias Universitarias. Yo me fui con la Infantería a Toledo y él, creo recordar, a un Regimiento de Transmisiones acantonado cerca de Madrid. Durante el periodo de instrucción, me explicaron en la teórica lo que es la patria. El sargento dijo: “Hoy os voy a explicar lo que es la patria”. Con las manos enlazadas a la espalda dio una vuelta al corro de reclutas sentados en el suelo, nos miró con furia y tras elevar los ojos al cielo para solicitar inspiración, dijo: “La Patria es nuestra Madre”. Parece ser que la teoría en el Regimiento de Alberto era un tanto diferente. Ante idéntica situación su sargento preguntó a varios reclutas qué pensaban acerca de la patria y como no le satisficieran las respuestas, dijo: “Os lo voy a explicar de una vez para siempre. ¿A que cuando veis a un francés os da rabia? ¿Sí? Pues ‘eso’ es la Patria”». También conviene notar que Benet empezó «a estudiar inglés mal y en serio durante el servicio militar en Toledo porque tenía mucho tiempo: me llevé una gramática, un diccionario y una novela. No creo que sea el método recomendable, pero no tenía otro y poco a poco aprendí inglés con la consiguiente consecuencia de que supe leer e incluso escribir inglés mucho mejor que hablar. Hay una gran desproporción entre lo que he leído en inglés y lo que he hablado en inglés».

§ Con el aprendizaje del inglés *in progress*, marcha al extranjero a hacer prácticas ingenieriles. A Helsinki (1953) y a Ljungby (1954).

«Fue un breve intermedio finlandés. Breve y refrescante para el individuo que a punto de concluir su carrera y comenzar su vida profesional apenas conocía otra cosa que su propio país, sumido en el atraso. Fue el verano del cincuenta y tres. Existía entonces —y creo que aún subsiste— una admirable organización conocida por IAESTE (algo que comenzando por International terminaba en Exchange) que fomentaba el intercambio por Europa de estudiantes técnicos de los últimos cursos y por el periodo de un verano. Así que aquel verano del cincuenta y tres Eloy se fue a Escocia y Jorge y yo a Finlandia; él a Oulu, en Lapponia, y yo a Helsinki. En Helsinki entré a trabajar en la Helsingin Kaupungin Sähkölaitos, nada menos, que yo al principio tomé por una fábrica de chocolate y resultó ser la Empresa Municipal de Electricidad que entonces estaba levantando la Central Térmica de la bahía de Helsinki, una de las obras maestras de Alvar Aalto. Cuando yo llegué ya estaba un grupo en marcha o se trabajaba en obras de remate del edificio de la Central por lo que me asignaron el puesto de ayudante de un montador electricista, un hombre más o menos de mi edad, con toda la espalda tatuada (lo que le había costado los ahorros de un año), que en un costado colgado del cinturón portaba siempre un martillo y en el otro el *puukko*, el consabido puñal lapón que todo buen finlandés debe llevar encima. (Para otro momento dejaré el relato de mis desventuras durante el montaje del cableado de los silos donde a causa del mismo servomecanismo en cuya instalación yo colaboraba a punto estuve

de quedar transformado en breves minutos en cierto número de kilovatios)».

«En el ya lejano verano de 1954 me fui a Suecia a hacer prácticas ingenieriles. Me tocó servir en la construcción del hospital municipal de Ljungby, un pequeño pueblo del sur donde el tiempo caía a plomo; donde en los ratos de ocio y en las fiestas de guardar fui introducido en cierta clase de diversiones de las que solo tenía noticia por el cine o por la lectura de cuentos y novelas nórdicas: paseos en barca, excursiones por el bosque a recoger frambuesas, bailes campestres, fiestas de cangrejos y desconocidas competiciones deportivas que pusieron punto final a una primera juventud todavía apegada al balón y al pedal. En fin, que a las dos semanas de estancia en Ljungby me pasaba las tardes leyendo en inglés, idioma que entonces empezaba a conocer, muy rudamente».

§ Cuenta Fernando Sáenz Ridruejo que «Juan ingresó en la Escuela de Caminos en 1948 y debería haber acabado la carrera en 1953, pero perdió curso y lo hizo en el 54: en aquella época eran pocos los repetidores. (...) Benet era compañero de mi primo Ramón Ridruejo y la primera vez que oí hablar de él, no fue a Clemente sino a mi padre, a quien le preocupaba que la amistad con Juan pudiera desviar a Ramón de los estudios. Ramón había sido el alumno más brillante del Instituto de Soria —es decir, uno de los más brillantes de España pues, en aquellos años, la formación básica que desde la escuela primaria se impartía en Soria era de lo mejor de España—. Pero Ramón, que era alto, rubio y tenía gran éxito con las mujeres, no necesitaba ayuda para extraviarse¹². Ambos repitieron curso y, como he dicho, ter-

¹² «Yo recuerdo de mis días de estudiante que cuando (y eran raras veces) se iba de juerga había que acabar en un burdel; pero lo mejor de la noche del burdel era la salida, con las primeras luces del día, con una boca de trapo y sin una peseta en el bolsillo; como los

minaron en 1954. Ramón fue el último de la promoción [de un total de 52] y Juan el trasantepenúltimo».

Su primo y arquitecto Fernando Chueca Goitia¹³ reconocería que Juan Benet «terminó la carrera de Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos con una parte de brillantez y con otra parte de desarreglo». *Suum cuique tribuere...*

burdeles estaban siempre por las afueras (porque los del centro no eran los adecuados para hacer la dormida), la vuelta era siempre larga pero no penosa; no había en aquel paseo matinal el menor asomo de arrepentimiento; había que cruzarse con traperos (a veces, volvíamos en sus carros, que bajaban por la carretera de Chamartín), hablar con barrereros, pedir fiado un café que abría muy temprano en una terminal de tranvía; y de todo aquel orden de tono menor y pacífico emanaba un sentimiento tan amable que, irrevocablemente, venía uno a caer en el aprecio de las noches de pecado por la satisfacción —no morbosa sino contrastada— que producía la contemplación de un orden virtuoso que seguía su rumbo a espaldas de la vida de burdel. Porque hasta los guardias parecían gente amable y comprensiva». Carta a Carmen Martín Gaité fechada el 10 de abril de 1965.

¹³ «Fernando era arquitecto cuando nosotros acabamos el bachillerato, me llevaba quince años y era un joven brillante. Fue la persona que a mi hermano Paco y a mí nos enseñaba, y quien me introdujo en aquella caterva de gente que eran más o menos de su misma edad»: Pepín Bello, Alfonso Buñuel, Domingo Ortega...

a pie de obra

«Yo canto mis días,
Canto los grandes hechos del presente,
Canto las obras fuertes y ligeras de los ingenieros».

Walt Whitman: *Hojas de hierba*

José Antonio Fernández Ordóñez, en artículo fechado el 9 de enero de 1993, escribía que «Juan Benet fue toda su vida lo que en argot profesional se llama un ingeniero de la contrata, es decir, un ingeniero a pie de obra, cerca del tajo, sin querer ocupar nunca puestos directivos en Cubiertas y MZOV».

No obstante, su primer trabajo recién egresado le fue dado en un gabinete de ingeniería, como testimonia Fernando Chueca Goitia a Anne-Marie Arnal Gély, autora de *Juan Benet y el Nouveau roman*: «Juanito no sabía adónde ir¹⁴ y yo tenía mucha amistad con un ingeniero de Caminos que era entonces bastante importante. Era catedrático de la Escuela de Caminos; se llamaba Enrique Becerril, el padre de la futura Alcaldesa de Sevilla, Soledad Becerril. Yo tenía mucha amistad con la familia Becerril y entonces yo le dije a Enrique: “Yo tengo un primo muy joven que ya acabó la carrera —él ya sabía quién era porque había sido estudiante de la Escuela— y me gustaría... A ver si le puedes dar una colocación”. Y Enrique Becerril me puso unas reservas: “Hombre, yo creo que Juan es muy inteligente, pero es un poco

¹⁴ «Cuando empezamos a ejercer la profesión solo teníamos dos alternativas a la espera de la llamada del Estado, que tardaría dos años en producirse: o una oficina de proyectos o una obra en la provincia. La primera era poco más que una prolongación de la Escuela con una mayor dosis de responsabilidad y constituía la situación envidiable para no salir de Madrid, para conservar la novia en activo y esperar la llamada del Estado».

bohemio y esta disciplina de trabajar en un equipo de ingenieros de Caminos es distinta del temperamento de Juan. Yo creo que no va a funcionar demasiado bien”. No sé por qué y si fue por insistencia mía o por lo que fuera, pero al final me dijo: “Bueno, mira, dile a Juan que venga a verme, que voy a ver si le doy un puesto”. En aquel momento, se estaban abriendo, a través de los convenios con los EE. UU., las bases de los americanos en España y había una oficina [Eptisa] en las que se hacían proyectos de ingeniería y de arquitectura para estas bases. Y en uno de esos equipos de trabajo, Enrique Becerril colocó a Juan Benet. Estuvo ahí un tiempo, pero no le gustaba ese trabajo, ese trabajo de oficina, llamémoslo así, ese trabajo sedentario, ese trabajo de gabinete, y como tenía una gran amistad con otra persona que ha sido muy importante en la vida de Juan, que ha sido Pablo Arenal... Bueno, pues Pablo García-Arenal estaba en una sociedad constructora importante [MZOV] que luego fue Cubiertas y Tejados [Cubiertas y MZOV]. Entonces, Juan se separó de este gabinete de estudios americanos y dijo que no, que eso a él no le gustaba y que se iba con Pablo Arenal al campo, a ver obras, a realizar cosas y, circunstancia curiosa, Enrique Becerril, que había visto con reservas el que Juan entrara, me rogó: “Por Dios, Fernando, dile a Juan que no se vaya”. “Pero bueno, si tú lo tenías un poco en entredicho”. “Sí, pero te lo ruego, dile que no se vaya”. “¿Por qué has cambiado?”. “Porque cuando había un tema difícil de discusión con los americanos, y todos estábamos que no sabíamos cómo resolver ese *quid pro quo*, ese problema, les mandaba yo a Juan y lo resolvía en cinco minutos, con su talento, con su gracia, con su manera de hacer”. Pero en fin, cambió de rumbo y dejó ese trabajo de oficina y se fue a la empresa privada de construcción».

— el Noroeste —

«No creo que sea exagerado decir que el ingeniero que salía de la Escuela en mi tiempo —y me temo que buena parte de ese mal todavía prevalece— no estaba preparado para dirigir unas obras; en esencia le habían enseñado, en un Centro —no se olvide— organizado para formar funcionarios de un Cuerpo estatal, a concebir y proyectar obras pero no a construirlas», de manera que «de la infinita complicación de la construcción salía horror, pues ese arte, por su carácter esencialmente experimental, solamente se puede aprender a trompicones, de la mano de un maestro, si lo hay, y en el campo. En general, en aquel entonces, no había tal maestro; la empresa constructora rara vez se podía permitir el lujo de tener más de un ingeniero a pie de una misma obra y el que era enviado al campo se las tenía que arreglar solo; una vez al mes un responsable de la compañía giraba una visita de inspección de la que salía siempre refunfuñando, protestando de la falta de empuje de las últimas promociones. Pero el joven ingeniero jefe de obra que, con toda probabilidad, jamás había empuñado un martillo ni sabía de relaciones laborales, ni había presenciado nunca una voladura, ni había pisado una feria de ganado¹⁵ ni, tal vez, una ferretería, tenía que velar por la buena marcha del negocio, organizar el tajo, cumplir el calendario, resistir el acoso de la administración, mandar a unos hombres más

¹⁵ Confesaba Benet a Sabino Ordás que «lo cierto es que el trabajo era muy duro, había que aprender sobre la marcha, enfrentarse con una obra de campo trae muchos problemas. Yo tenía que comprar las patatas, que me las solían vender podridas; tenía que comprar los animales de carga y había que ir a comprarlos a Toro. Pero, claro, yo no sabía comprar un caballo, ¿cómo se compra un caballo? Una vez compré un par de mulas y fuimos a las eras para ver cómo empujaban, porque claro, nosotros comprábamos las mulas para tirar de las vagonetas. La pusimos un peso, era una mula viejísima, espantosa, pero tiraba muy bien. Lo que ocurría era que el gitano que nos la vendió la metía una copa de aguardiente por una de las orejas y la mula tiraba de lo que fuera. Cuando la mula llegó a Ponferrada, tres días después, pues claro, no tiraba nada».

avezados que él y aparentar que sabía lo que no sabía pues de otra forma estaban perdidos, tanto él como el negocio».

Del gobierno y doma de esos hombres avezados se acuerda Benet en cierta *infidelidad del regreso*: «Cuando inicié mi profesión, pronto me vi envuelto en una serie de dificultades con mis presuntos subalternos, la mayoría de ellos encargados y capataces gallegos que “se las sabían todas” y que no siempre hacían caso de las órdenes de su nominal superior: en general bastaba que yo dijera que se barrenara en una dirección para que se barrenara en otra, así como bastaba que se barrenara en una cualquiera para que yo dijera que se barrenara en la opuesta. No tardé mucho en comprender que las más de las veces no era indisciplina; era inercia, incompetencia mía y, muy a menudo, incomprensión del lenguaje. Pero en seguida me asaltó la sospecha de que tampoco se entendían entre sí porque los capataces hacían el mismo caso al encargado que este me lo hacía a mí, así como los peones y barrenistas casi siempre desdeñaban las instrucciones de los capataces. Por tanto se trataba más que nada de una cuestión de paridad, por lo cual me bastó introducir un poco perceptible escalón jerárquico —el jefe del equipo— entre los capataces y los peones, para lograr mediante un escalafón en cinco estamentos que los peones y barrenistas —ejecutores físicos de las obras— hicieran lo que yo quería, contraviniendo a los jefes de equipo y al encargado, que, muy sorprendido del giro que tomaban las cosas y sin sabérselo explicar, empezó a respetarme».

Las primeras obras en que Benet hubo de hacerse respetar estaban ubicadas en El Bierzo, en el Noroeste: «Habiendo acabado la carrera y tras trabajar durante casi dos años en una oficina de proyectos en Madrid, comprendí con claridad que lo que me interesaba de mi profesión era la ejecución de obras y, a ser posible, en el campo. Creo que en marzo de 1956 ingresé en la entonces MZOV, hoy incorporada a CMZ, una Compañía que

había construido el legendario ferrocarril Zamora-Coruña y que por aquellas fechas iniciaba unas obras en el canal del Jarama y otras en el Bierzo. A punto estuve de ser despachado hacia el Jarama, pero la suerte quiso que me enviaran a Ponferrada, donde MZOV había contratado los canales de Quereño y Cornatel para la Empresa Nacional de Electricidad¹⁶. No exagero nada cuando digo que teníamos que trabajar quince horas diarias. Los sábados incluidos. En cambio, como se ganaba bastante dinero (unas 15.000 ptas. al mes), los fines de semana eran sonados. Yo había comprado un 2 CV —de fabricación francesa— al que nos subíamos a veces hasta seis personas ávidas de salir de Ponferrada en donde en todo el invierno no veíamos más que hollín y niebla. Con los amigos y compañeros que trabajaban en el Sil, hacia Orense y Viana del Bollo, nos solíamos citar a medio camino, por lo general en los altos de Rodicio o en Castro Caldelas y echar un baile en La Rúa. Aparte de eso, en Ponferrada había dos o tres bares con unas mujeres brutales de donde era difícil salir completamente ileso».

Antes de ir al Porma, «el encargo intermedio de un túnel ferroviario entre Lugo de Llanera y Villabona, donde había muerto el jueves santo de 1950 su admirado profesor de matemáticas Cirilo Benítez Ayala¹⁷, lo llevó un par de años a Oviedo. Allí es-

¹⁶ «En los canales de Cornatel y Quereño había numerosos túneles de gran sección en arcillas, granito y pizarra. Benet introdujo el martillo picador en los túneles en tierra y la boca de vidia y los planes de tiro racionales en los de roca».

¹⁷ «El 6 de abril de 1950, festividad de Jueves Santo, el tren expreso número 1517 que cubría la línea Madrid-Gijón descarriló a las 9:25 horas de la mañana, tres kilómetros después de pasar Pola de Lena, a la altura de Villallana», informa Javier Rodríguez Muñoz en «El giro comunista que arrolló el tren». Entre los fallecidos estaba Cirilo Benítez Ayala: «Además de ingeniero de caminos, Cirilo Benítez Ayala era licenciado en Ciencias Exactas y persona de gran inteligencia y cultura. Desde su etapa de estudiante universitario inició, en palabras de Felipe Nieto (*Jorge Semprún, militancia y oposición en el franquismo*), «una trayectoria política propia que le lleva a la asunción decidida del marxismo como filosofía y método y a la praxis como militante comunista. Por todo ello puede ser considerado desde sus tiempos estudiantiles en Madrid como el verdadero pionero, el inicia-

cribió los relatos de *Nunca llegarás a nada*¹⁸, su primer libro costeado por él mismo», como apunta Ernesto Escapa en “El vigía de Pardomino”. Así relata el propio ingeniero la mudanza: «De Ponferrada me trasladé a Oviedo a finales de 1959, para dirigir la construcción de un túnel ferroviario entre Lugo de Llanera y Villabona que debía ejecutarse en un año y que no lo pude hacer en menos de dos. Era una obra mucho más sencilla que las de Ponferrada, siendo su mayor problema la velocidad de construcción y la escasa seguridad que teníamos en los pozos y en los avances del túnel. Había dos pozos de unos 30 metros de profundidad por los que descendíamos montados en un balde colgado del gancho de una grúa de albañilería de 350 kg de capacidad de carga. Una mañana en que me disponía a bajar con el encargado, en el mismo momento en que subía el balde me comunicaron que mi presencia era imprescindible en aquel momento en otro punto de la obra. Le dije al encargado que bajara él, pero como el viaje era lento y obstruido, el encargado —una persona excelente e inolvidable, que se llamaba Osoro— bajó con otro operario de menor peso que él. Parece ser que se segó un pasador del acoplamiento, el cabestrante giró loco y ambos se estrellaron contra el suelo. Osoro, con su corpulencia, recibió en su cuerpo todo el impacto y murió en el acto. Luego tal vez vino lo peor: el viaje a Cangas de Onís a decirle a una mujer admirable que era viuda. En aquellos años ya se sabía: un kiló-

dor *ex novo* del activismo comunista entre los intelectuales”. Ingresó en el PCE en 1946 y fue el introductor en el mismo del director de cine Juan Antonio Bardem, al que conoció en 1943. Trató también, entre otros intelectuales, con Juan Benet, que le llevó a la tertulia que había en la casa de Pío Baroja. (...) La muerte de Cirilo Benítez interrumpió el trabajo de acercamiento del PCE al mundo de la cultura y la intelectualidad, reanudado en 1953 por Jorge Semprún, quien se reconoció continuador de su trabajo».

¹⁸ «La portada de la primera edición de *Nunca llegarás a nada*, publicada por la editorial Tebas de Vicente Giner, estaba ilustrada con una fotografía tomada por el mismo Benet. En la imagen se contemplan las vías férreas de Lugo de Llanera, en Asturias», detalla Stefania Imperiale en *Contar por imágenes. La narrativa de Juan Benet*.

metro de túnel, de cualquier dimensión, cobraba dos o tres vidas, con bastante suerte». Por lo demás, por ser esta obra «muy absorbente, muy difícil», ello «no le permitió hacer vida social en Oviedo, ni trabar en ella amistades por entonces», a juicio del asturiano autor de *Una meditación sobre Juan Benet*, Francisco García Pérez. En 1961 Benet dejará de vivir en las Casas del Cuitu de la calle de Uría. Sin mayor pesar por ello.

— Porma —

«Creo que fue en 1961, viviendo en Oviedo, cuando el MOP sacó a subasta las obras del pantano del Porma, que comprendía la presa del mismo nombre, una variante de la carretera de Boñar a Campo de Caso y el trasvase a aquel río de las aguas del Curueño¹⁹; aquel verano me dediqué a estudiar la obra —nunca hasta entonces había hecho un estudio tan importante ni nuestra Compañía se había introducido en el campo de la construcción de grandes presas— y a conocer la montaña leonesa entre los puertos de Leitariegos, San Isidro y Ventana, más o menos. En la primavera de 1961 la presa del Porma fue adjudicada a MZOV y a comienzos de aquel verano me trasladé con mi mujer y tres hijos —una recién nacida— a vivir en la Venta del Remellán (un famoso lugar donde se comían las mejores tortillas y

¹⁹ «Se trataba de un túnel en calizas, pizarras y cuarcitas de 5,8 km y sección en herradura de unos doce metros cuadrados. Se excavaba con dinamita y se cargaba con pala de empuje de aire comprimido sobre vía que volteaba el escombros por encima del vagón situado inmediatamente detrás. El procedimiento habitual entonces consistía en que una vez lleno ese vagón se cambiaba por otro vacío, maniobra complicada que necesitaba tiempo y doble vía, por lo que en túneles estrechos era preciso habilitar ensanchamientos de cuando en cuando. Estos inconvenientes los resolvió Benet con un tren búnker, empleado aquí por primera vez en España, con vagones sin teros con fondo móvil común que trasladaba el escombros desde la cola, en el punto de descarga de la pala, hasta la cabeza, junto a la locomotora. El tren admitía una pega entera que se cargaba de forma continua, sin interrupción ni maniobra alguna».

truchas de la provincia, situado a medio camino de Boñar a Valdecastillo) mientras nos construíamos una pequeña casa en las inmediaciones de la presa, en un prado junto a la confluencia del arroyo Pardomino con el río Porma. En aquella pequeña casa del Porma vivimos de 1962 a 1966 con frecuentes interrupciones porque en el curso de aquellos años contratamos otras obras en las provincias de León y Oviedo —unos riegos en el Páramo y un acondicionamiento del Puerto de Pajares— que yo dirigía desde allí. Para mí y mi familia —y creo que para toda la gente que trabajaba conmigo— los años de Porma fueron decisivos. Me atrevería a afirmar que fue en Porma donde completé mi formación de ingeniero, donde adquirí una manera de ejercer la profesión que se aprende de una vez para siempre y que, con independencia de los conocimientos pasados y futuros, apenas se modificará ya; donde, para llenar las largas noches invernales de aquel lugar extremadamente solitario, escribí por enésima y definitiva vez una novela —*Volverás a Región*²⁰— que en buena medida vino a suponer cierta madurez literaria, o, al menos, un acercamiento más serio a la afición que hasta entonces solo había practicado a ratos perdidos y bien perdidos. Mi mujer y mis hijos se vinieron a vivir a Madrid hacia 1964, pasando en Porma solo los veranos y algunas navidades. Yo aguanté, menudeando las estancias en aquella casa a la que tenía un especial apego con frecuentes viajes a otras obras, hasta 1966 en que por motivos puramente profesionales²¹ tuve que transmitir la dirección de to-

²⁰ «La lectura de *Volverás a Región* es un tanto penosa. La atmósfera es sombría, quejumbrosa. —Para mí fue más penoso escribirla. No, al contrario, me divertí mucho. La escribí en un momento muy grato. Estaba muy solo, haciendo una obra en la montaña y prácticamente... —¿Estaba usted construyendo un puente? —Un pantano, una presa. —¿En Suiza? —¿En Suiza!? No. En el norte de España. —Alguien me dijo que usted estaba en Suiza. —No. A Suiza solo voy a comprar máquinas».

²¹ El director de las obras por parte de la Confederación Hidrográfica del Duero, Mariano Palancar Penella, solicitó a la empresa contratista el cese de Juan Benet como jefe

das las obras leonesas y asturianas de nuestra Compañía a otra persona».

La construcción de la presa del Porma supuso para Benet un *non plus ultra*: «¿De qué trabajo de ingeniería se siente más orgulloso?», le interrogaba en 1984 Pablo Lizcano para su célebre programa televisivo *Autorretrato*. «La obra más relevante en la que he participado ha sido el acueducto Tajo-Segura²². Pero, por razones personales, me sentí especialmente identificado con el Pantano del Porma en León (donde no tenía que dar cuenta a nadie)».

Refiere Rafael López en los *Anales de la promoción 1954* alguna vivencia en aquel *locus amoenus*, donde Benet daba poca cuenta a nadie —incluido, según parece, el director de las obras; ver nota al pie—. «Para el personal de MZOV su primo Fernando Chueca Goitia, el famoso arquitecto de la Catedral de la Almudena de Madrid, proyectó unas cómodas viviendas, una de las cuales habitaba Juan, conjuntamente con un ingeniero de Minas ayudante. En vacaciones escolares venía toda su familia, que el resto del tiempo vivía en Madrid. A la casa de Juan yo iba de vez en cuando a cenar y pernoctar, por la proximidad a mis lugares de trabajo. Pero por lo que yo frecuentaba la vivienda de Juan era por las inolvidables veladas musicales que celebrábamos en ella. Allí se conversaba de todo, charlas entreveradas con audiciones musicales. Solían asistir, además de nosotros, el ingeniero de

de obra —le sustituirá el también ingeniero de caminos Jacinto Hidalgo—. Parece ser —según opinión recabada de algún ingeniero y de algún ayudante de obras públicas que aún viven— que no solo pesaron motivos puramente profesionales y deportivos, sino también temperamentales.

²² «Como buen ingeniero, siempre estuvo atento a los avances tecnológicos. En 1969 hizo un viaje de costa a costa de los Estados Unidos para la contratación de la “máquina de perforación continua” de la firma Robbins (una de las primeras tuneladoras de España) con la que conseguiría en 1970-1971 unos rendimientos sin precedentes en la construcción de los túneles de Altomira-Alarcón», informa su hijo Ramón en artículo publicado en la *Revista de Obras Públicas* con el título “Ingeniero Juan Benet (por el propio Benet)”.

Minas antes citado y un joven ayudante de Obras Públicas. El ingeniero —que se llamaba César Luaces— era primo hermano de nuestro compañero de promoción de igual nombre. (...) El joven ayudante de Obras Públicas era pequeñito, bien parecido y consumado jugador de tenis. Como tal, dio clases a Ava Gardner, que, agradecida, le regaló un reloj de oro con su firma grabada al dorso. En su casa no tenía yo más que mencionar, en presencia de su mujer, lo del reloj, para que se organizase la bronca».

Durante su estancia en el Porma, especialmente en días de invierno²³ y también porque dependían de él otras obras en la provincia leonesa —«riegos en el Páramo y un acondicionamiento del Puerto de Pajares»—, Juan Benet hacía escapadas a la capital de la provincia, como da fe de ello Ernesto Escapa: «El periodo leonés de Benet lo escribió él mismo a instancia del periodista Carlos Suárez en el número de octubre/noviembre (1980) de la revista universitaria *Margen*, después de un memorable viaje a León con Hortelano, Vicent y Chamorro para reportar en el Albéitar. (...) Aquella noche leonesa, con cena en Pozo y desvelo de los doce hijos mártires de san Marcelo y santa Nonia inscritos sobre la puerta lateral del templo, mostró un conocimiento minucioso de la geografía urbana, haciendo memoria de sus reposos en el Oliden al cuidado samaritano de Lupicinio, cuando volvía perjudicado de las timbas del Salamanca y los trasnoches en el Yuma, prolongados con más alcohol y ras-

²³ «Alrededor de 1963 era el responsable de la construcción de una gran presa en el río Porma, en la provincia de León: el lugar estaba en la cordillera cantábrica a 1100 metros sobre el nivel del mar, rodeado de bosques, osos, jabalís, lobos y nieve. El trabajo era lo más sugestivo de mi carrera pero en Porma, durante las tardes de invierno, cuando la temperatura descendía más allá de los 18 grados bajo cero y el viento alzaba la nieve en una tempestad blanca, paralizando toda actividad, no había demasiadas cosas en que ocuparse desde las cinco hasta la hora de acostarme».

pas de jamón en la Venta de la Tuerta de la carretera de Asturias».

Con el paso de los años, ningún pasodoble honrará la memoria de Juan Benet (ver “Anecdotario”), que sí será celebrada en aquella presa de sus amores, tal como reza la inscripción de la placa escultural a pie de presa de Julio López Hernández: «Por resolución directiva del 21 de mayo de 1993 la presa del Porma pasa a denominarse presa de Juan Benet». No fue del agrado de todos la resolución: “Miles de leoneses piden que la presa Juan Benet retome su nombre original”, se leía en *El País* el 10 de agosto de 1994: «Alrededor de 5000 firmas avalan hasta ahora este deseo, según la UPL (Unión del Pueblo Leonés). Todos los jueves se reúnen en la sede del partido entre 50 y 100 afectados por la construcción del pantano para conocer la evolución de los acontecimientos. (...) Los disidentes preparan una multitudinaria romería en el Soto de Boñar para el próximo domingo, que estará precedida de la colocación de una placa en el muro de la presa con el nombre de pantano del Porma. La vieja inscripción con la nueva denominación de la presa ha sido arrancada».

— otras Regiones —

En 1966 Benet ocupa despacho en las oficinas centrales de MZOV, sitas en la calle de Velázquez, 47 (con entrada por calle de Ayala, 42 o al revés). Aunque sus cometidos a partir de entonces serán otros, nunca dejará de ir al tajo, como cuenta Ignacio Pérez de Juan en “Don Juan a pie de obra”: «Juan Benet era el director de una sección de la Compañía que se llamaba pomposamente algo así como “Departamento de Obras Especiales”, entre las cuales se incluían las hidráulicas de cierto fuste, particularmente presas y aprovechamientos hidroeléctricos complejos,

que naturalmente estaban situados en su mayoría en parajes recónditos.

»En aquella época cada obra era una especie de reino de taifas, con sus poblados, comedores, talleres, cantinas, almacenes y consecuentemente mucho personal. La llegada de Don Juan era bienvenida y todos la recibían con alegría, que en mi caso estaba vetada de alguna precaución, porque Don Juan era —y si hay algo que en estas páginas quisiera resaltar es esto— un extraordinario ingeniero, y no resulta cómodo tener un jefe que sabe tanto del oficio.

»Lo primero que hacía Don Juan al entrar en la caseta de obra era calzarse las botas de agua —en ese gesto yo creía percibir una liberación de otras enojosas preocupaciones, quizás más urbanas, y un esclarecimiento de la mirada, como si se dispusiera a enfrentarse a una ocupación, perdonen la presunción, más noble— y antes de indagar sobre cuestiones técnicas, económicas o similares, visitar la obra. Desdeñaba, a no ser que las distancias fueran desmesuradas, los vehículos, y acompañados por algún veterano capataz recorriamos a pie los distintos tajos.

»Era inevitable, si los había, la visita a los túneles en construcción, y en el frente de la excavación, junto a algún viejo barrenista minero más negro de la pólvora que del sol, vaticinaba, nunca he adivinado en qué saberes científicos o teóricos se basaba para ello, el comportamiento del terreno, indicando dónde construir un preanillo o cuándo bastaba con un saneo somero. Nunca el terreno desobedecía sus disposiciones y a pesar de que la geotecnia es la ciencia más caprichosa e indócil ante las fórmulas y teorías con las que se pretende interpretarla y reproducir sus fenómenos, indefectiblemente se amansaba ante sus me-

didadas y no se rebelaba con desprendimientos, corrimientos y otros accidentes²⁴.

»Aunque algunos proyectos dependían de él exclusivamente en el plano técnico, pues el directivo económico y tesorero de las finanzas solía ser un Delegado más inclinado a la gestión y menos a la acción de la ingeniería, Don Juan tenía autoridad suficiente para organizar festejos con los que alegrar la dura existencias de los obreros y otros moradores de aquellos poblados, para desesperación del responsable de la caja. En cierta ocasión, este responsable, sesudo y vigilante de los céntimos aparentemente mal gastados, puso alguna objeción a un ágape de celebración por la erección del primer bloque de hormigón de una presa bóveda situada a más de 2000 metros de altura en el piri-neo oscense y durante cuya excavación de cimientos el comportamiento traidor de un ibón milenario había causado una catástrofe que milagrosamente se cobró solo una vida y que había afligido el ambiente y obligado a un esfuerzo suplementario por encima del que ya la durísima climatología exigía. En principio Don Juan pareció atender a las razones del ecónomo, pero este cometió el error de indicar que la celebración debía limitarse a los mandos de la obra, sugiriendo que una misa de campaña, espectáculo más barato sin duda, en la que se dieran las gracias a la Providencia por la extensión del manto protector que había salvado tantas vidas, le parecía más apropiada para que en ella participara todo el personal. Don Juan, ante esto, se empeñó en el festejo, con aquiescencia o no del pío delegado y además de ordenar la compra en Alcolea del Pinar de un buen número de corderos lechales —era una gloria verlos asarse al espetón sobre los bloques de hormigón— envió a Francia a Teódulo, que vino

²⁴ Juan Benet fue miembro de la Sociedad Española de Mecánica de Rocas y de la Sociedad Española de Túneles, a más de ser vocal del Comité Español de Grandes Presas.

cargado de Veuve Cliquot y Chivas, entre el júbilo de los encofradores, ferrallistas, mecánicos y peones sin graduación, con el encargo añadido de pasarse por Lourdes y traer unas cuantas botellitas de plástico con forma de virgen llenas de agua bendita con la que, de alguna manera, mezclándola con el whisky se hiciera presente el aspecto piadoso de la celebración.

»No obstante, no quisiera que se desprendiera de esta anécdota la impresión de que Benet no velaba por los intereses económicos de la Compañía. Todo lo contrario. Toda su vida trabajó en la empresa privada y en muchas ocasiones le oí reivindicar el oficio de Contratista intentando equiparlo en significado al de Constructor. Lo que ocurre es que su visión económica era más amplia y no se constreñía a un resultado inmediato y efímero. En muchas ocasiones proponía soluciones constructivas que sin mermar en absoluto la buena calidad y funcionalidad de la obra, principio para él inamovible en el arte de la construcción, llevaba o a un ahorro en el coste o a un incremento en la venta insoslayable para los propietarios. Ciertamente es que sus conocimientos técnicos le permitían diseñar sistemas novedosos y a veces un punto estrafalarios —tomas deslizantes, aliviaderos cinéticos, presas colgadas, andariveles flotantes, ataguías de hielo—, pero si ordenaba alguna mutación en el modo convencional de construir —y algunas veces le obedecíamos a regañadientes, o porque no teníamos fe en el resultado o porque no vislumbrábamos sus intenciones—, se acababa demostrando la idoneidad de su propuesta. Como decía Serafín, su encargado de confianza, “Don Juan, no da usted una puntada sin hilo”».

Desde su despacho de la calle de Velázquez, 47 participó, supervisó o dirigió la construcción de numerosas presas y túneles. Entre las obras más destacadas cabe citar: «Las presas de Vellón (bóveda, 1966-68), Atazar (bóveda, 1969-72), Bujeda (escollera, 1973-75), y las obras del Trasvase Tajo-Segura (1970-75). Entre

1979 y 1983 dirigió la construcción de la Presa de Llauset, en el Pirineo. Una presa bóveda de 120 metros de altura y 300.000 metros cúbicos de hormigón, situada a una altura de 2200 metros (una de las más altas de Europa en su tipología). Y, entre 1986 y 1988, dirigió la construcción de la presa de Santa Eugenia, en La Coruña, de 80 metros de altura y la primera en Europa de esa magnitud con hormigón RCC [hormigón compactado con rodillo]. También fue autor de los proyectos de las Presas de Calanda (escollera, 1972) y Urquiza (materiales sueltos, 1975), y autor de numerosos artículos, informes y estudios, entre los que cabe destacar: el informe sobre el replanteo del trasvase del río Cureña al Porma, el estudio de la construcción de la presa de Remolina, del túnel de Talavera y de la central nuclear de Sayago».

A principios de 1989, dos o tres meses antes de morir Pablo García-Arenal, y coincidiendo con algunos cambios empresariales y accionariales en Cubiertas y MZOV²⁵ —«qué duda cabe, en ciertos estamentos de la gran industria ha concluido la cultura del trabajo aplastada por la barbarie del capital»²⁶— crea un consulting de ingeniería: Compañía Hidrocinética Regional. «Es un nombre que tiene su misterio —aclara Joaquín Díez-Cascón a Benjamin Fraser, autor de “The Art of Engineering: the Bridge as Object and Method in Juan Benet’s Fiction”—. Él siempre trabajó, no en una empresa, sino en una compañía. “¿Dónde

²⁵ MZOV (Compañía de los Ferrocarriles de Medina del Campo a Zamora y de Orense a Vigo) se había fusionado en 1978 con Cubiertas y Tejados. En 1997 Entrecanales y Távora comprará Cubiertas y MZOV y el nuevo grupo constructor y de servicios se denominará Acciona.

²⁶ «Nunca le interesó moverse profesionalmente dentro de los estrictos cánones de la administración, e ironizaba sobre la rígida disciplina de las grandes organizaciones empresariales que, entre otras cosas, obligan a sus empleados a madrugar, algo que detestaba Juan, a quien no se le podía pedir casi nada antes de las diez de la mañana», como recordaba Enrique Pérez-Galdós en homenaje laudatorio con motivo del primer año de su fallecimiento.

vas?”. “Voy a la compañía”. Por eso le puso ‘Compañía’. ‘Regional’ viene del nombre Región. Lo de ‘Hidrocínética’ a mí me tenía siempre quemado. Y un día le dije: “¿Por qué le pusiste ‘Hidrocínética?’”, y me dijo: “No lo sé. Yo tenía un coche y un día oí que ese coche tenía la junta ‘homocínética’ y me pareció un nombre tan bonito que le puse ‘hidrocínética’, de ‘hidro’, de agua. Y de ahí viene, esa es la razón que me dio él». Con el propio Joaquín Díez-Cascón —catedrático de presas de la Escuela de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos de Santander—, proyectaría la presa de Rialp (gravedad, 1991).

Para concluir, demos la palabra a Juan Benet, que así resumía parte de su trayectoria profesional en 1992, con motivo de la inauguración de unos “nuevos salones” en el Colegio de Ingenieros: «Enumeraré algunas actividades que me he visto obligado a cumplir para llevar a cabo debidamente el ejercicio de mi profesión (libremente elegida) a lo largo de 35 años dedicado a la construcción. Debo advertir previamente que mi vida profesional no ha sido particularmente agitada, que durante ese periodo nunca cambié de empleo y que si me he visto como casi todos envuelto en alguna circunstancia dramática nunca asistí a una catastrófica. Así pues, incluso en la vulgaridad o normalidad profesional, en diversas ocasiones y entre otras cosas, he tenido que: adquirir media docena de mulas a un tratante de Toro que previamente las había embriagado con unas copas de orujo vertidas en sus orejas; acompañar a la señora de un Gobernador Civil a elegir la tapicería del tresillo; actuar por poder en los desposorios de un compañero que se negaba a pisar la iglesia; conducir una locomotora del ferrocarril Ponferrada-Villablino, de vía estrecha; alimentarme durante un mes con carne de oso, así como participar en el banquete de unos machaquines salmantinos que sacrificaron un burro atropellado por la RENFE; perder toda una mensualidad en una partida de póker; acudir a una

a pie de obra

representación de ópera con un jefe de Obras Públicas y señora; vender un vagón de patatas; negociar con un contrabandista portugués el trueque de barrenas de fabricación sueca por cintas de embutir; descolgar el cadáver de un peón que se ahorcó en su casa de Lugán; ser detenido y transportado en conducción ordinaria, aunque no esposado, por la Guardia Civil; en fin, jugar al tenis».

nombres propios

«Il faut que les ingénieurs soient libres d'esprit et qu'ils agissent selon leur conscience. Et ceci exige qu'on ne les enferme pas dans l'anonymat et qu'ils n'y cherchent pas refuge.»

Paul Andreu *et al.*: *Paris d'ingénieurs*

— Pablo García-Arenal —

En la vida profesional de Juan Benet, y no solo, hubo un ingeniero por sobre los demás: “Don Pablo”.

Recuerda Fernando Sáenz Ridruejo que «cierto ingeniero poco avisado, que conoció a Benet en los últimos años de este en la empresa, me decía algo así como que Juan no daba un palo al agua y que casi no trabajaba como ingeniero. Este hombre, aparte de no haber vivido los primeros años de Benet a pie de obra, ignoraba lo importante que es para una organización contar con una persona de la capacidad de interlocución que tenía Benet. Juan tuvo, además, la suerte de que su jefe, Pablo García-Arenal, que era biznieto de doña Concepción y hombre de gran calidad intelectual, apreciaba, protegía y sacaba partido de las cualidades de su subordinado».

A propósito de su capacidad de interlocución con el cliente —las más de las veces, la Administración pública—, relata Sáenz Ridruejo la siguiente anécdota: «Después de acabar yo la carrera, traté a Juan en las obras de las presas de El Vellón y de Atazar. El Vellón fue la primera presa bóveda estatal, lo cual, junto con su proximidad a Madrid, hacía que un día sí y otro también, hu-

biera allí ocho o diez ingenieros del Canal, de la Confederación, de Vigilancia de Presas o del Servicio Geológico, opinando e interfiriendo. Al frente de los trabajos estaba Cuevas, un ayudante de Obras Públicas muy experimentado, pero que carecía de estatus para tenérselas tiesas con tanto ingeniero.

»En cierta ocasión, se extendió la especie de que MZOV vibraba mal el hormigón y el director del Canal, para atajar el problema, convocó una magna asamblea en la oficina de la obra. Por parte de la empresa estaban Benet y Cuevas (no recuerdo que acudiese Pablo García-Arenal). Entre la administración y sus asesores estábamos cerca de treinta técnicos superiores. Juan tomó la palabra y empezó abordando los principios teóricos de la energía necesaria para el vibrado, de acuerdo con las más modernas teorías de un profesor ruso cuyo nombre no recuerdo. Cuando había llenado dos pizarras con nablas, deltas, integrales triples, operadores de Lagrange y ecuaciones en derivadas parciales, los más veteranos empezaron a dar cabezadas y los jóvenes lamentábamos tener tan olvidadas las matemáticas.

»Don José, que así se llamaba el director, zanjó la cuestión afirmando que, como había quedado patente, MZOV tenía *know-how* suficiente para afrontar el problema y lo que hacía falta es que Juan Benet viniera por la obra más a menudo para apoyar a Cuevas. Se levantó la sesión y nos fuimos todos a comer al restorán Mavi, cerca de Buitrago.

»A los postres y con la euforia producida por el vino blanco, el vino tinto y el champán, se levantó Juan a hablar y nos puso a todos de vuelta y media, llamándonos pedantes e ignorantes. No existía tal profesor ruso y su teoría era un camelo sin pies ni cabeza, que había improvisado sobre la marcha. Lo que teníamos que hacer era dejar trabajar al pobre Cuevas, que sabía más de vibrar hormigones que entre todos nosotros juntos. Don José

balbució algo sobre “las cosas de Benet”, nos marchamos y no volvió a hablarse más de aquel enojoso asunto».

De la grande y estrecha amistad entre Juan Benet y el biznieto de doña Concepción Arenal —y continuador de una estirpe de ingenieros de caminos que aún perdura²⁷— no puede darse idea cabal ni cuenta fidedigna. Valga no obstante esta breve remembranza, ejemplo entre ciento, de Vicente Molina Foix (“Los caminos del ingeniero”): «La ingeniería se mostró de nuevo en mi vida, sin vínculos familiares, en la figura de dos ingenieros de caminos absolutamente volcados en su oficio y dotados de una cultura humanista. Eran Juan Benet, que acababa de publicar su primera novela, *Volverás a Región*, y Pablo García-Arenal, Don Pablo, que poco después apareció en algunas reuniones de *lletraferits* madrileños en la inverosímil capacidad de jefe de Benet. Benet era el *jefe* (al modo Springsteen), es decir, el maestro de un grupo de jóvenes escritores de aquellos finales sesenta, pero no por ello Don Pablo dejaba de ser el jefe de Juan Benet, pues dirigía la empresa de ingeniería [constructora] donde trabajaba el novelista, llamada MZOV, siglas que encierran el programa estético, o quizá ético, del mundo benetiano de Región: Medina del Campo, Zamora, Orense, Vigo. La España noroeste. Debo a Pablo García-Arenal Sr. (hay un júnior, también ingeniero) momentos memorables junto a Benet, con quien

²⁷ Fernando García-Arenal (1850-1925), Fernando García-Arenal Winter (1890- c. 1941), Pablo García-Arenal Rubio (1922-1989), Pablo García-Arenal Rodríguez (1956) y Pablo García-Arenal Torán (1990). El hijo de doña Concepción Arenal, Fernando García-Arenal, se cuenta entre los primeros accionistas de la Institución Libre de Enseñanza (1876), junto con otros ingenieros de caminos: José Echegaray, Gabriel Rodríguez, Eusebio Page, Luis Rute... En 1881 el Fomento de las Artes le premiará por la memoria titulada *Relaciones entre el arte y la industria*, que se publicará primeramente en el Boletín de la Institución Libre de Enseñanza y en volumen aparte en 1892: «El hacer entender que una obra puede ser un portento científico, pero a la vez ser fea, fue dar un aldabonazo que tuvo que hacer temblar a muchos ingenieros que pensaban en su autosuficiencia», supone Antonio Bonet Correa (*La polémica ingenieros-arquitectos en España. Siglo XIX*).

formaba, aparte de un equipo profesional serio y productivo, un tándem de *bomvivants* muy dados al humor, que sus hijos, los naturales y los simbólicamente agregados, disfrutábamos sin darnos cuenta de lo mucho que, entre copas y chanzas, aprendíamos».

Por último, demos cuenta de la extensa noticia necrológica aparecida en *El País* el 27 de abril de 1990 sobre “un hombre y una época”:

«Hace un año desapareció una persona desconocida para el público, pero que para el bastante numeroso círculo de amigos, conocidos y colegas representaba lo mejor con que cuenta una sociedad para llevar a cabo una de sus actividades imprescindibles: no solo un profesional con la máxima capacidad técnica, un individuo con un olfato excepcional para detectar y resolver por la vía intuitiva los numerosos problemas que sin posible formulación lógica se presentan en todo negocio, sino también un hombre que en ningún momento dejó de guiarse por una moralidad que tal vez tiende a diluirse en todos los campos de la industria moderna. Pablo García-Arenal, ingeniero de caminos, falleció el 27 de abril de 1989 a consecuencia de una fulminante embolia pulmonar que sufrió en su despacho y le llevó a la defunción en pocas horas. Cuando murió llevaba más de 30 años ocupando la gerencia de una empresa constructora que, en gran medida gracias a su dirección y a la fusión con otra hermana mayor, pasó de ser una sociedad de reducido tamaño a una de las cuatro primeras del país. Cuando ocupó la gerencia de la antigua casa trabajaban con él seis ingenieros; cuando murió, la nueva sociedad tenía en su nómina más de 300. Pero todos los que le conocieron y trataron reconocerán que nada conviene peor a su imagen que los trazos del gran capitán de industria. Si la industria creció fue por obra de su talento, no de su am-

bición, que se vio obligado a someter a una estrategia que exigía cada día mayores recursos y a una suerte de crecimiento biológico acelerado con hormonas y gracias al cual nuestro país pudo superar el raquitismo que habían heredado los contemporáneos y colegas de Pablo García-Arenal. Porque cuando comenzó a ejercer su profesión, a principio de los años cincuenta, se excavaba con el pico, se paleaba a mano, las vagonetas eran tiradas por mulas, los áridos se transportaban con reatas de burros, no se ventilaban los túneles, que se iluminaban con lámparas de carburo y se sostenían con postes, un hormigón dosificado por sacos de cemento se compactaba a golpes de pisón de madera, un kilómetro de galería subterránea se cobraba inevitablemente un accidente mortal, prevalecía en nuestro país una técnica de la construcción de la que Europa, gracias al maquinismo, se había manumitido antes de que comenzara el siglo. Cuando murió, ya hacía años que los constructores españoles competían con sus colegas extranjeros —y con frecuencia colaboraban con ellos— en los proyectos que exigían la tecnología más avanzada. Murió en plena guerra por la supervivencia y la independencia de la sociedad que había dirigido durante casi toda su vida profesional. Más que en plena guerra, en plena ofensiva; una muerte de héroe, a lo Réglo, Gustavo Adolfo o Brussilov. Sus restos mortales, conducidos por viejos capitanes sin su intuición estratégica, desorientados ante una difícil retirada en territorio hostil. Se trataba de una guerra declarada por una frenética sociedad de la competencia, y no por el control de la empresa, sino por el control del capital de la empresa para, una vez conseguido este, hacer con aquella lo que viniera en gana, incluso liquidarla a cualquier precio si así lo demandaban intereses más poderosos. La guerra —que parece concluida o a punto de firmarse la paz— concluye con

un beneficio financiero para el agresor muy superior al que en el mismo ejercicio anual obtiene como constructor. La conclusión es muy sencilla, y se puede decir que de todos sabida: los grandes beneficios se obtienen en el mercado de capitales, nunca colocando hormigón en una presa. Colocando hormigón en una presa se puede hacer —con mucho esfuerzo y tesón, con una enorme perseverancia prolongada cuando menos en el plazo de una generación— una gran empresa a fuerza de un paulatino crecimiento diario y reinvertiendo gran parte del beneficio industrial en el incremento de los propios recursos. Pero, paradójicamente, cuando todo empresario —y no necesariamente ambicioso, sino normalmente constituido, en términos casi biológicos— alcanza esa meta que ha de garantizarle la estabilidad industrial, se introduce, lo quiera o no, en una guerra de capitales que en todo momento amenazará su independencia. Que en esa guerra se sea víctima o agresor solo depende de una tesorería, de una capacidad crediticia y, por supuesto, de una estructura moral.

Don Pablo fue un empresario a la antigua pese a ser el más avanzado entre sus iguales. Era tan anticuado como para creer en la virtud y el poder del trabajo, en la santidad de un capital hecho día a día, una convicción adquirida en un instituto escuela no muy distanciado en ciertos aspectos de la moral luterana. No especuló jamás y, sin duda, el juego financiero que se desarrollaba por encima de su cabeza le interesaba tan poco como una máquina tragaperras; no se podía permitir el lujo de despreciarlo, pero al hablar de él torcía el labio y procuraba cambiar de conversación. No quería ser el primero en nada, ni aventajar a nadie ni ganar más que el vecino. No se hizo rico, como hubiera sido lo normal, y, lo que es más sorprendente, no abrigaba la menor desconfianza hacia quien lograba hacer una fortuna. Pero, en cambio, se

hizo con un poder de personalidad impresionante. No he conocido una persona que concitara tanto respeto en medios y entre personas muy diversas, lo mismo en una reunión de empresarios que en una tertulia de trasnochadores. No sé de nadie que intentara levantarle la voz; lo que decía Don Pablo iba a misa y sus órdenes se ejecutaban al instante. En alguna visita de inspección a las obras le dije al oído, en relación con algo que era de mi directa responsabilidad: “Haz el favor de decir que te parece mal”, para ver con qué prontitud se corregía un vicio que yo no había sabido atajar. A lo largo de un trato que se prolongó durante un tercio de siglo —mantenido entre amigos, mineros o alcaldes, entre ingenieros y patrones— jamás oí una palabra de censura hacia Don Pablo. Estoy seguro de que no habría sido lo mismo si se hubiera hecho rico, si hubiera abandonado la dirección de la sociedad para dedicarse a las finanzas. Un viejo ingeniero contemporáneo de Don Pablo acostumbraba a decir que toda riqueza procede del robo, para añadir: “Por fortuna, a mí me libró de eso mi bisabuelo”.

Hombres de esos ya no quedan, se dice con tanta frecuencia como inexactitud. Pero sí se puede afirmar que hombres así ya no son colocados al frente de grandes empresas, y tal vez con razón. La guerra de capitales tiene más de un parecido con la carrera de las armas; nada sería tan incoherente como querer enfrentarse con armas convencionales a un adversario provisto de ingenios nucleares. Entre ellos deben ser más o menos iguales y los halcones han de tratar con halcones, aunque Don Pablo fuera lo menos parecido a una paloma y, puestos a ser rapaz, podía decapitar a un águila de un manotazo. Se diría que la muerte de ciertos hombres ejemplares acaece cuando ha de ser más dramática, cuando más se ha de sentir la ausencia provocada por ella. Cuando, además, esa

muerte consagra mediante el artificio de la sustitución y ejecuta el cambio que se venía esperando (y ciertos cambios históricos son tan pusilánimes que no pueden enfrentarse a la persona que se opone a ellos y han de aguardar hasta su desaparición), bien se puede decir que toda una época acaba con ella. Qué duda cabe, en ciertos estamentos de la gran industria ha concluido la cultura del trabajo aplastada por la barbarie del capital».

— otros —

§ *José Torán (1916-1981)*.

De este ingeniero turolense escribió un libro muy notable y extenso y de título preciso Ángel del Campo y Francés, ingeniero de caminos y académico de número de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando: *José Torán. Un ingeniero insólito*.

Para Carmen Martín Gaité, «cuando murió José Torán, uno de nuestros más fastuosos e imaginativos ingenieros hidráulicos, para quien también yo trabajé algunos años como correctora de estilo²⁸, Juan Benet escribió tal vez el artículo más emocionante que haya salido jamás de su pluma»:

²⁸ «Torán no tenía en su estudio solo ingenieros y delineantes —recuerda José Ortega Spottorno—, sino también, como los príncipes del Renacimiento, asesores artísticos y literarios: así lo fueron el mismo Jaime Valle-Inclán y el gran novelista Rafael Sánchez Ferlosio, que mantenía abierto permanentemente, en solemne atril, el *Diccionario de la Lengua Española*, por si Torán precisaba de alguna etimología o del significado recóndito de las palabras que tanto le preocupó siempre». El propio autor de *El Jarama*, en “Un apunte: sobre la hipotaxis y el aliento de la lectura”, confirma que «la única vez que en toda mi vida he trabajado fue para la compañía del célebre y excéntrico ingeniero de caminos don José Torán, del que Benet escribió aquella memorable necrológica, durante un tiempo, si no recuerdo mal, como de un año y medio, al principio a cincuenta y después a sesenta pesetas la hora. Pues bien, a Torán se le antojó hacer un concurso de biografías de ingenieros célebres, con un único premio de quinientas pesetas, entre los estudiantes de la Escuela de Caminos. El personaje cuya biografía tenían que hacer en cada convocatoria, que no recuerdo si tenía una recurrencia mensual o quincenal, lo elegía el propio Torán, y

«Lo que todos sus amigos temían desde hace años, desde que vivía solo en el chalé de Pedro de Valdivia, al fin se ha producido: a la salida de un fin de semana ha muerto José Torán. La misma semana que había de poner punto final a la mayor sequía que España ha conocido en lo que va de siglo, se ha llevado para siempre a su más original, imaginativo y fastuoso hidráulico. Terrible paradoja, excesivo tributo que se ha cobrado un dios de las aguas, que para la ocasión parece haber adoptado el procedimiento de los usureros: llevarse lo excepcional a cuenta de la cuota mínima e imprescindible para una mediocre subsistencia. Rodeado y frecuentado por hijos, amigos, deudos, compañeros de profesión y admiradores, vivía solo. Hasta había desaparecido Mauricio, el moreno que a menudo dormía sobre la alfombra del recibidor y que —al decir de Pliego—, tras haber reducido un sofá a bastidor y muelles, abandonó la casa cuando iba por la mitad del tomo MICH-MOMZ del Espasa, con una grave dolencia de estómago provocada por una voracidad a la que solo impuso el orden alfabético, nadie sabe en virtud de qué principio moral aprendido de niño en una misión angoleña. Solo, no en balde odiaba Torán los fines de semana. Con insistencia había repetido que moriría en el curso de uno de ellos, y en el presagio no había el menor indicio de coquetería, con ser Torán uno de los hombres más coquetos que ha producido el país;

por jurado fuimos designados dos viejos ingenieros ilustrados y yo. Por entonces —esto era en los primeros sesenta— estaba yo en todo el *fogo* de mis “altos estudios eclesiásticos”, *scilicet* gramaticales, y al ver hasta qué punto los ingenieros redactaban sus textos con la más pobre y perezosa sintaxis paratáctica me decidí a preparar una circular en la que, junto a otras recomendaciones, se encarecía especialmente que, dado que el castellano ofrecía en su sintaxis una riqueza, una finura y una complejidad extraordinarias en cuanto a posibilidades constructivas, era bien triste que se contentasen con navegar en barquitas de una sola vela, pudiendo armar galeones o navíos de línea de poderoso casco, múltiple arboladura y complicado aparato de velamen».

había, sí, verdadero horror, que ni el alcohol ni el tabaco ni el teléfono —sus tres recursos en la soledad— podrían conjurar. Sin colegas, sin delineantes ni grafistas, sin secretarias, y a veces hasta sin amigos, el fin de semana apuntaba desde el jueves su sombra amenazadora sobre una casa aislada, con su puerta abierta, habitada tan solo por un hombre fiero, arrogante, vencido y tan empeinado como para no abandonar su mesa, repleta de utensilios, recados, bibelots, paquetes de tabaco, dinero menudo y páginas a medio escribir, y separado del ventanal por aquel disparatado parasol de heladería.

Últimamente solo clamaba por una secretaria, alguien que supiera y pudiera pasar al papel sus enigmáticos mensajes, casi todos hidráulicos. El desorden, la decadencia y hasta la baja temperatura de la casa solo se ponían en evidencia cuando callaba la máquina de escribir, y carente de escribano aquel hombre que no sabía lo que era el silencio seguía bramando en una voz cada día más baja e incomprensible. En los últimos tiempos solamente unos cuantos fieles —Pliego, Del Campo, Heras, Álvarez, dos generaciones de ingenieros— se atreverán a sacrificar su tarde libre para acercarse a Pedro de Valdivia y —sin más que introducir el brazo por la mirilla siempre abierta y pulsar el botón del cerrojo— hacer un poco de compañía y prestar oído a un maestro casi delirante.

Parece ser que no deja un duro tras su muerte, un hombre que había paleado millones. Lo tuvo todo, por su propio esfuerzo, y lo perdió todo. No ha habido en la ingeniería española de nuestros días un ejemplo de tales vaivenes. Se elevaba, caía y volvía a elevarse con una ligereza de ala con la que solo pudo la cirrosis. Fue en su momento el primer constructor de presas del país, el más singular consultor después, el hombre que, como presidente del Comité Internacional de Grandes Presas, alcanzó la máxima autoridad mundial en ese

campo. Y lo perdió todo. No era uno de esos llamados a ganar y prosperar tan solo. Lo suyo eran los altibajos, la inseguridad, la vuelta a empezar, y de tal manera debía llevar en su sangre ese espíritu palingenésico, que en sus postreras obsesiones dominaba una idea atroz: la ingeniería de la destrucción. Todo se venía abajo los viernes, todo renacía los lunes... por la tarde. Lo perdió todo, menos el aprecio de cuantos le conocieron y trabajaron con él. He dicho aprecio y me he quedado corto. Había tenido deudas como catedrales y, sin embargo, estábamos en deuda con él; todo ingeniero que hubiera trabajado con Torán en cualquiera de sus fases, que fueron muchas, se distinguía de los demás por haber adquirido una segunda formación al contacto con tan singular jefe. Imprimía carácter, era lo más parecido que yo he visto a un pontífice, un pontífice secular, desmedido, desordenado, presumido, grandilocuente, seductor, tan separado como el resto de los mortales de las fuerzas que creía dominar. Nadie fue capaz de seguirle en su azarosa carrera, y los hombres que más cerca y durante más tiempo colaboraron con él tuvieron a la postre que buscar su acomodo profesional lejos de Torán, tan leal para con sus amigos como infiel hacia sus empresas, de cuyos descabros se ha nutrido la ingeniería española durante treinta años. En los consejos de administración se discutían sus lances amorosos, por lo mismo que sus subordinados le alentaban en sus numerosas aventuras de faldas. Tenía maneras de magnate, pero, como todo hombre con grandeza, había en él algo de contrabandista. Pudo salir de apuros vendiendo Pedro de Valdivia, pero prefirió seguir soñando con el helipuerto de Madrid —dispuesto a ceder su terreno—, siempre que se le permitiera buscar con un lanzamiento en paracaídas la “vertical térmica”.

Desde comienzos de año se aseguraba que la República Popular China le había encargado un vasto proyecto de ordenación hidráulica. Unos decían que era solo una fantasía, pero otros afirmaban que la cosa podía ir en serio, aunque nadie le hiciera caso. No tenía secretarías y no podía trabajar solo. Sin colaboración no sabía dar un paso, y ya se hablaba de volver a montar Torán y Cía., de llamar a la vieja guardia, de devolver a Pedro de Valdivia su viejo esplendor. La historia tiene su origen en Madrid en 1973, durante el Congreso Internacional de Grandes Presas, que presidió Torán, y al que, por iniciativa suya, fue invitada una delegación china. Era la primera vez que la República Popular accedía a un organismo semejante, y el agradecimiento de los chinos no tuvo límites. Solo por la autoridad de Torán consintieron en sentarse a la misma mesa frente a la delegación india —llevaban un cuarto de siglo sin hablarse— para discutir el asunto del Brahmaputra. Parece ser que, con mucha anterioridad a eso, un sabio indio, mitad místico y mitad hidráulico, en su lecho de muerte, llamó a Torán y le susurró al oído sus últimas palabras: “Torán: el Brahmaputra, el lazo del Brahmaputra... nuestra salvación... En usted confío...”. Basta mirar al mapa para darse cuenta de qué se trata: la posible corta del gran meandro del río en la frontera de los dos países, bajo el macizo del Namcha Barwa (7757 m), y el mayor salto hidroeléctrico del planeta. Después del congreso, los chinos invitaron a Torán a visitar el país, y poco menos que lo recibieron con honores de jefe de Estado. En cada banquete, Torán repetía: “El Brahmaputra, el lazo del Brahmaputra”. Hasta que los oídos chinos empezaron a zumbiar. Por razones de alta política enterraron el asunto del Brahmaputra; pero al correr del tiempo, más atentos y mejores pagadores que los españoles, decidieron encargar a Torán no sé qué proyecto hidráulico de la

China central. Sin ingenieros y sin secretarias, cogió el teléfono un lunes por la tarde para marcar él mismo los números; no solo tenía que vencer su estagnación, sino la incredulidad que le rodeaba. No tenía créditos, no podía levantar Torán y Cía. de la noche a la mañana. Y, lo que era peor, tal vez ya no convencía a nadie con sus frases entrecortadas, su voz vuelta hacia sí mismo, tras los estragos del pavoroso fin de semana.

Estuvo un mes en la clínica, donde le debieron peinar la cirrosis, y a su vuelta a casa, un viernes, cayó herido de muerte, con el tabaco, el alcohol y el teléfono al alcance de la mano. Eso es morir en acto de servicio, lo único que sabía hacer, incluso sin ingenieros ni secretarias. Pienso que se le podría enterrar bajo una corriente de agua, su mayor pasión, el primer agente de la regeneración del mundo vivo y el más cercano exponente de los ciclos de regresión y transgresión, abundancia y carestía, promesa y decepción».

§ *Carlos Fernández Casado (1905-1988)*.

En más de una ocasión, Juan Benet dejó constancia de su admiración por este ingeniero de *altura estricta*²⁹, «aun sin haber

²⁹ El Consejo de Obras Públicas aprueba en junio de 1936 la *Colección de puentes de altura estricta*, de Carlos Fernández Casado, de la que ya había dado cuenta el propio ingeniero en una serie de diez artículos publicados en la ROP en 1931. No obstante, no será hasta que finalice la contienda cuando se apruebe oficialmente la ‘Colección’ mediante Orden Ministerial de 22 de diciembre de 1939, «siendo sus modelos aplicados con cierta frecuencia en la construcción de puentes en la década siguiente por todo el territorio nacional. Hasta el final del periodo en 1955, cuando la difusión de la técnica del hormigón pretensado la dejara obsoleta, se hicieron alrededor de cincuenta aplicaciones de la ‘Colección’; las más significativas, obras del propio Fernández Casado». Tras de la Guerra Civil, cuenta su hijo Leonardo Fernández Troyano que «muchos compañeros le volvieron la espalda», si bien «hubo una persona que en ese momento le dio todo su apoyo y eso fue muy importante en su vida, Félix Huarte. Vino a Madrid desde Pamplona a mediados de 1940, y este encuentro lo relató mi padre en un homenaje a D. Félix publicado en la *Revista de Arquitectura* en 1971. Recordaba textualmente sus palabras porque para él fueron decisivas: “Casado, sus compañeros le quieren a usted mal, ha salido una orden en el

tenido el privilegio de asistir a sus clases ni la oportunidad de colaborar con él en alguna tarea profesional».

«Carlos Fernández Casado ha recusado siempre esa estética de la ingeniería que lo cifra todo en su utilidad, aunque solo fuera por el hecho, para citar sus propias palabras, “de que existen cosas horribles de una enorme utilidad”.

»No es una casualidad que la única obra de ingeniería que ha concebido la humanidad como un fin en sí misma, la obra pensada como un canto a la ingeniería y sin otra finalidad que elevar a las alturas el himno a la entonces poderosa y misteriosa diosa, sea la única que lleve el apellido de su autor, la Torre Eiffel. Así son todas las obras de uno de los más devotos, apasionados, honrados, innovadores y esmerados ingenieros de nuestro tiempo: son obras inconfundibles y poco menos que exclusivas de don Carlos Fernández Casado.

»Carlos Fernández Casado es uno de los pocos ingenieros españoles que no ha dejado, ni creo que dejará nunca, de practicar la ingeniería. Que de esa práctica ha sabido alimentar las necesidades intelectuales de su espíritu, sin tener que transformar-

Boletín Oficial imponiéndole a usted una sanción. (...) Usted cuenta conmigo y con la empresa, donde puede usted seguir dedicándose a proyectar y construir sus estructuras”. Esto fue fundamental en su vida porque “si en esa dirección se me hubieran cerrado las puertas, hubiera tenido que emigrar”. Su nieta publicará en 2019 en la revista *Contexto* un artículo titulado “La verdad de Cuelgamuros que mi abuelo no quiso contar”: «Félix Huarte le pidió que participara en ellas [las obras de construcción del Valle de los Caídos]. Le insistió y le insistió. Y mi abuelo, jugándose otra vez su trabajo, su futuro profesional y el de su familia dijo, mantuvo y repitió que “de ninguna manera”. Entonces se produjo la conversación que me contó alguna vez mi abuela: “Pero don Carlos, esto es para mayor gloria de España”, y mi abuelo contestó: “No, esto es para mayor gloria de Franco”. Félix Huarte respetó la decisión de mi abuelo y Carlos Fernández Casado no tomó parte en la construcción del Valle de los Caídos. Hasta que un día, a las tantas de la noche, sonó el teléfono y mi abuelo salió corriendo de casa. (...) La cruz gigantesca de Cuelgamuros se caía. (...) Por supuesto, y ante semejante panorama, mi abuelo calculó la Cruz de Cuelgamuros. Lo hizo para salvar vidas humanas, y puso dos condiciones: que jamás apareciera su nombre vinculado a semejante edificación y no cobrar nada por ello».

se en un profesional o en un aficionado a otra cosa; que ha entendido la obra de ingeniería como un en-sí emplazado en el proceso del desarrollo de una sociedad y que ese en-sí era, es y será merecedor de esa absoluta dedicación de una vida que la obra demanda de manera casi mística para, partiendo de su origen anónimo y administrativo, llegar a constituirse como la obra bien hecha.

»Si entre los Ingenieros de Caminos no hubiera unos cuantos como don Carlos no merecería la pena ser Ingeniero de Caminos. Los hombres como él —se dice con frecuencia— honran al Cuerpo y pienso que lo mejor de esa honra es su poder de estímulo y transmisión. También se dice que constituyen un ejemplo vivo, pero tomada la metáfora al pie de la letra resulta poco menos que insoportable para el ejercicio de la profesión. Pues qué hay que hacer y cómo se puede ser intelectualmente tan honrado, técnicamente tan competente y culturalmente tan sólido —al llegar aquí, todo Ingeniero de Caminos, para quien la sinceridad hacia sí mismo prevalezca sobre la ambición, habrá de reconocer que no puede llegar a tanto—. Toda profesión debe tener cimas inalcanzables en forma de hombre, y ahora están ustedes —que yo no, desgraciadamente— ante una de ellas».

§ *Otros ingenieros.*

Para concluir con los nombres propios, citaremos a dos compañeros de promoción y a un ingeniero de caminos cultivado.

Los compañeros de promoción son Clemente Sáenz Ridruejo (1928-2006), catedrático de geología en la Escuela, y Rafael López González (1925-2013), ingeniero singular de la Confederación Hidrográfica del Duero³⁰. Del primero escribe Fernando

³⁰ Incluye Francisco Franco Salgado-Araújo en *Mis conversaciones privadas con Franco* la siguiente apreciación: «El actual delegado del gobierno en la confederación del Duero, teniente general Latorre, es un hombre completamente íntegro, y está empeñado en una

Sáenz Ridruejo: «La amistad de Benet con mi hermano se fraguó en los años siguientes [de acabar los estudios], en los que Juan estuvo trabajando en el norte de la provincia de León y Clemente iba y venía como asesor geológico de algunas empresas hidroeléctricas de la zona». Por su parte, Rafael López narraría en *Anales de la promoción 1954* un divertidísimo «viaje de ocio por Aragón y sus lindes» y alguna que otra “inspección de obra”: «Fue Juan Benet —aparte de su merecida fama como escritor— el mejor conversador y compañero de viaje que he conocido en toda mi vida. Me dice Consuelo que recuerde que, cuando Juan venía a casa, decían mis hijos: “Papá, ha venido ese amigo tuyo más alto que las personas”».

El ingeniero cultivado es José Antonio Fernández Ordóñez (1933-2000), para quien Juan Benet «era lo más alejado del *aurea mediocritas*», un alejamiento que a él tampoco le era extraño: catedrático de Arte y Estética de la Ingeniería, académico de número de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y presidente del patronato del Museo del Prado. Uno de los «rasgos de su personalidad», a juicio de José Luis García Delgado, era «la armonía que transmitía toda su búsqueda intelectual y su quehacer profesional. Heredero y continuador de una brillante tradición familiar en el campo de la ingeniería de caminos, se afanó por conciliar armónicamente lo técnico con el arte, y ambos con la exigencia del medio natural».

lucha desesperada con los intereses creados que, desde hace mucho tiempo, defiende el personal de ingenieros de las confederaciones. No creo que este señor gane la partida, pues en España es difícil vencer a esta masonería de intereses aconchabados en los diferentes organismos de nuestra administración».

pensar la ingeniería

«Vean, pues, los ingenieros cómo para ser ingeniero no basta con ser ingeniero. Mientras se están ocupando en su faena particular, la historia les quita el suelo de debajo de los pies. Es preciso estar alerta y salir del propio oficio: otear bien el paisaje de la vida, que es siempre total».

Ortega y Gasset: *Meditación de la técnica*

Lo cierto es que Benet pensó y escribió sobre las cosas de ingeniería tardíamente. Su primera reflexión, “Ingeniería e intimidad”, no sería conocida del ‘gran’ público hasta 1983, cuando se incluye en *Artículos I (1962-1977)*; sus primeras fantasías hidráulicas, “El agua en Región”, aparecen publicadas en *La moviola de Eurípides* en 1981.

Para fortuna de todos, y estudio de los bien atentos ingenieros, en 1994 se publicaron unas *Prosas civiles* que ofrecen «una significativa muestra de sus trabajos no relacionados con la literatura, reunidos —eso sí— por primera vez en un volumen», como resume en justo prólogo Adrián Baltanás, sumo hacedor de la edición y a la sazón Director General de Obras Hidráulicas del entonces Ministerio de Obras Públicas, Transportes y Medio Ambiente. Advierte el ingeniero Baltanás que en las páginas *civiles* «encontramos, de vez en vez, al Benet orador y no podemos sino echar en falta el gesto, la parsimonia un tanto irónica, el guiño con el que el *Colegiado 631* subrayaba, matizaba e incluso negaba tal o cual tramo o expresión de su discurso: la presencia, en definitiva, con que Juan sabía siempre acompañar y arropar cuanto decía».

— fantasías hidráulicas —

«Si yo fuera presidente del Gobierno, mi ejercicio se señalaría por el intento, coronado por el éxito, de corregir mediante la hidráulica el desequilibrio hídrico español de una vez y para varias generaciones».

Así de concluyente se mostraba Juan Benet en 1984³¹, testimoniando una vez más su condición de ingeniero hidráulico que nunca dejó de soñar ríos, como desvela Javier Marías: «Hace tan solo unos días, ya muy enfermo, me cuentan que tuvo un momento en que se quedó sonriendo largo rato, y quien estaba con él le preguntó: “¿En qué pensabas?”. “En nada”, dijo él. Y al insistir esa persona cercana y decirle: “¿Cómo que en nada? Si has estado varios minutos embelesado”, él contestó con pudor: “Bueno, estaba viendo un río”».

Si en sus primeros años como ingeniero se había dedicado a calmar los bríos de las aguas construyendo presas y canales, a partir de una cierta edad la política hidráulica, y no tanto la construcción de obras hidráulicas, le ocupa y preocupa. Así, Fernando Sáenz Ridruejo reconoce «el papel que Juan jugó en la pequeña historia de las ideas hidráulicas españolas durante el úl-

³¹ En tal año participó Benet en el programa televisivo *Si yo fuera presidente*, presentado y dirigido por Fernando García Tola. Se emitió por la segunda cadena de Televisión Española entre los años 1983 y 1985 a pesar de algunos pesares: «Rogelio Baón, vocal del Consejo de Administración de RTVE por el Grupo Popular, quien también es miembro del comité ejecutivo y portavoz de Alianza Popular, dirigió ayer un telegrama al presidente del consejo durante este mes, el socialista Valentín Andrés Álvarez, en el que dice: “Ante el intento de los organizadores del programa de TVE *Si yo fuera presidente* de realizar un simulacro de debate parlamentario sobre el estado general de la nación, con grave deterioro para la imagen y funciones del Congreso de los Diputados, este consejero solicita de V. I. la convocatoria urgente y extraordinaria del consejo de administración, para tratar de este único asunto. Esta solicitud se basa en las informaciones suministradas por los organizadores del programa al Grupo Popular del Congreso, programa que se grabará hoy para emitirlo mañana y el próximo día 23 de los corrientes [octubre de 1984]. Respetuosamente le saluda”». *Sic erat scriptum*.

timo cuarto del siglo pasado. Papel que le asegura un sitio en la larga cadena del movimiento hidráulico español, junto a Rodríguez Cepea, Costa, Gasset, Lorenzo Pardo y Torán³²». Basta con leer el índice de las *Prosas civiles* para constatar la pertinencia de lo enunciado: “Política hidráulica” (1984), “Caín en Riaño” (1986), “Sequía y comidilla” (1989), “El Plan de 1933” (1992), “Sequía y crisis” (1992), “Fragmentos para una ponencia sobre política hidráulica”³³ (1992); *et alii*. Mas si hubiera que ensalzar un texto por sobre los demás sería acaso el titulado “Señorías...” (1984), no tanto por lo expuesto en él, como por su relevancia justamente política.

Un año y medio antes de aprobarse la *Ley 29/1985, de 2 de agosto, de Aguas*³⁴, Juan Benet defiende ante la Comisión de Industria, Obras Públicas y Servicios del Senado —en nombre y representación del Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos— la necesidad de promulgar «una Ley que parte del principio básico que considera el agua como un bien común y que ha de llevar al ciudadano español a la convicción de que el

³² Aunque no tan influyente como Benet, José Torán también participaba en algunos debates públicos, como demuestra esta Carta al Director de ABC de 1964: «Hace días se resintieron mis conceptos ciudadanos. Me refiero a la carta de un enfurecido lector que Ud. osó publicar con liberalidad que sobrepasa las líneas del pudor. (...) En su número de ayer, se permite ABC por ‘breverías’ y a propósito del Canal del Bajo Ebro, apetece que alguna vez se inicie en España “el inteligente aprovechamiento de sus ríos igual que en otros países”. Si algo se ha hecho en España *inteligentemente* es justamente esto, aprovechar sus ríos. Se agotó en esta misión la habilidad y la energía de sus protagonistas olvidando la necesidad de que, simultáneamente, se enteraran quienes como Ud. pueden mover la atención del país hacia una epopeya que viene jugándose por siglos con resultados brillantes en todo tiempo».

³³ Conjuntamente con José Sáenz de Oiza, ingeniero de caminos de la Confederación Hidrográfica del Duero, Benet organiza y dirige en 1992 un curso impartido en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander sobre Políticas del Agua.

³⁴ Con anterioridad, solo se había promulgado otra ley, de 13 de junio de 1879. Melchor de Palau, ingeniero de caminos, poeta y académico de la Lengua (sillón O, 1908-1910), apuntaba entonces la principal limitación del texto legal: «Nunca podrá ser objeto de una sola ley humana lo que Dios ha ordenado por tan diversas leyes naturales». Amén.

ordenamiento hidráulico ha de ser una empresa absolutamente colectiva, olvidando de una vez para siempre cualquier particularismo —sea a la escala que sea— y obligando a renunciar a quien lo disfrute de cualquier obsoleto derecho que haga de él un ciudadano hidráulicamente privilegiado, en detrimento de otros imperiosamente necesitados de lo que a él le sobra». A la vista está que los derroteros hidrológicos en nuestro país han sido muy otros de los propugnados por Juan Benet, aunque él ya lo barruntara: «Me parece que el problema está en dotar a los españoles de la cantidad de agua que necesitan y a la que tienen derecho, y no en procurar no levantar o herir los sentimientos locales o regionales o despertar la nueva suspicacia autonómica contra todo gesto emanado del gobierno central»³⁵.

No solo nadó Benet a contracorriente de las caudalosas aguas ‘territoriales’, sino que batalló con dignidad y empeño en guerras que sabía perdidas de antemano: la historia y el ecologismo.

³⁵ “El río es mío”. Así titulaba *El País* un editorial en 2006: «No era lógico que Cataluña exigiera el control del caudal del Ebro en el delta, porque mediatizaba los usos de este río desde su nacimiento y su travesía por nada menos que otras seis comunidades autónomas con tanto derecho sobre su caudal como la última en ser regada por el mismo. Por eso se ajustó el proyecto de Estatuto catalán a la Constitución en su trámite por el Congreso de los Diputados, sustituyendo la exigencia de un informe ‘determinante’ por ‘preceptivo’ de la Generalitat catalana para cualquier trasvase de las aguas excedentarias del río. En el trámite del Estatuto valenciano, que incorporaba en su redacción original “el derecho a la redistribución de los sobrantes de aguas de cuencas excedentarias”, una enmienda de populares y socialistas en el Congreso añadió al articulado la coletilla “de acuerdo con la Constitución y la legislación estatal”, con lo que se garantiza la competencia del Gobierno central en la regulación de las cuencas hidrográficas intercomunitarias y la planificación general básica. Andalucía reclama el derecho ‘irrenunciable’ a la gestión exclusiva del Guadalquivir, sin tener en cuenta que afecta a Extremadura, Castilla-La Mancha y Murcia. Castilla y León exige la del Duero que sigue curso en Portugal. Castilla-La Mancha exige que el control del Tajo y el Júcar se ejerzan desde Toledo y pretende anular el trasvase Tajo-Segura. Aragón, Extremadura y Murcia anuncian recursos ante el Constitucional». Etcétera. Alguna sentencia hubo del Tribunal Constitucional al cabo de los años (STC 30/2011, STC 32/2011...) pero las aguas ya se habían llevado las puentes.

Para el autor de *Los ingenieros de Franco. Ciencia, catolicismo y Guerra Fría en el Estado franquista*, Lino Camprubí, «la imagen de Franco inaugurando pantanos se asocia todavía hoy con el régimen. Entre 1940 y 1967 se construyeron en España unos trescientos embalses para usos tanto agrícolas como industriales. Saltando de un “queda inaugurado este pantano” al siguiente, Franco recibió el apodo popular de ‘Paco el Rana’. Más allá de la chanza, ¿qué nos dicen los pantanos de Franco y de su régimen?». A la insinuación de un *repórter Tribulate que en todas partes se mete* —«Periodistas con más afán demagógico que información fueron los que han criticado el afán de Franco por construir embalses»—, Juan Benet responde: «Que si eran innecesarios, faraónicos, que si era un movimiento de propaganda del régimen. Y no es así. El primer plan de obras hidráulicas riguroso y técnico lo hizo la República siendo Indalecio Prieto ministro de Obras Públicas. Y ese es el plan, quitando nombre y apellidos, que utilizaría el régimen de Franco durante 25 años para hacer sus famosos planes de regadío».

A juicio de José Antonio Fernández Ordóñez, «Benet no creía en la naturaleza benéfica de los románticos y de los ecologistas. Desconfiaba de una naturaleza que tan a menudo muestra su energía caprichosamente creadora y ciegame destructora. La suya fue una actitud ilustrada». En una intervención temprana de 1982, Benet denunciaba «ciertos abusos verbales y algunos legislativos, que son los mayores responsables del estado latente de beligerancia que hoy existe entre el desarrollo y la ecología. Me permito señalar entre esos abusos, utilizado y repetido últimamente *ad nauseam*, el concepto de “delito ecológico”, un paralogismo con ayuda del cual una de las partes del conflicto se permite situar a la contraria fuera de la ley. Y no solo de la ley, sino de la moralidad pública. No existe ni puede existir un delito contra la naturaleza —y en esa opinión me acompaña uno

de los altos magistrados de la nación—, pues alinear a la naturaleza entre las partes litigantes es tanto como volver a apelar y recurrir al derecho divino, en contra de la evolución de la ciencia jurídica y el derecho de las gentes». El enojo con los años fue a más: «Hay gente que ya se gana la vida con la ecología, cosa que me parece razonable. Aunque los ecologistas que se subían a las azoteas del pueblo de Riaño estaban todos pagados. Y se sabe quién los pagaba». «Pero todo esto —observa Sabino Ordás³⁶— no significa condenar a regiones como León a convertirse en piscinas. —Solo hay que pasear un poco por la provincia de León para darse cuenta de que, en buena medida, estas provincias son fósiles. Coger un valle de León y llenarlo de agua, ¿no es mejor que tenerlo como estaba antes?».

Pero no todo fueron polémicas y política hidráulica, también hubo *divertissement*: «De aquellos años, contemporáneos de la presa del Porma y de mi primera —y bastante insoportable— novela, titulada *Volverás a Región*, datan unas *Notas concernientes a*

³⁶ «A finales de los años setenta, cuando el experimentalismo aún campeaba su hegemonía por el panorama narrativo de nuestro país, el diario *Pueblo* daba salida a una voz disidente —la de Sabino Ordás— que denunciaba el ostracismo editorial del momento y postulaba una nueva forma de novelar basada en la recuperación de la herencia legada por la tradición novelística española y sustentada en la recuperación del concepto clásico de *dispositio*. (...) Ordás era, en realidad, un apócrifo creado por Luis Mateo Díez, Juan Pedro Aparicio y José María Merino» —los tres, leoneses—. Este último incluirá en uno de los *Cuentos del reino secreto*, “La torre del alemán”, una semblanza ‘ficticia’ de Benet: «El ingeniero jefe era un hombre alto, con una gran mata de pelo gris que le tapaba casi los ojos. Recorría los montes sobre un caballo oscuro, aunque también conducía muchas veces un jeep amarillo. Solía visitar los pueblos, silencioso y distante, sin hablar con la gente más que cuando tenía interés en que le informasen de algún tema de su curiosidad. Entonces era preguntador infatigable y deponía su habitual altanería para ofrecer cigarrillos rubios a sus interlocutores. Alguien dijo que el ingeniero jefe, como el alemán de la torre, era muy dado a la escritura. Al parecer, tenía publicados muchos libros con historias que había sacado de los valles anegados con aquellos pantanos que él ayudaba a construir. Ponía nombres diferentes a la región cuando escribía sus libros, pero la sustancia era, por lo que decían, un trasunto del mundo real que alguna vez, antes de la inundación gigantesca que todo lo acababa, había existido allá abajo, en la profundidad de aquellos mares muertos».

ciertas estructuras hidráulicas basadas en la fantasía», rememora Benet en “El agua en Región”, conferencia inaugural de los Cursos de Hidrología e Hidráulica Aplicadas e Ingeniería de los Regadíos organizado en 1981 por el Centro de Estudios Hidrográficos.

«Si la literatura, el arte plástico, el drama, la ciudad, la tecnología futurista y toda invención —incluso científica— pueden recabar todos los recursos de la fantasía, ¿por qué no va a haber en el campo del espíritu entrada para una Hidráulica Fantástica? (...). Entre aquellas notas destaco:

El canal peludo, sugerido por la descripción que hace Darwin de la distribución del vello en los miembros de algunos primates, a fin de alcanzar el más rápido desagüe de la lluvia en estado sedente. Las ovas, en efecto, crecen siempre en los puntos de mayor rugosidad de un cauce, como si con una cabellera quisieran suavizar la tortuosa marcha de la lámina límite.

El aliviadero rotativo de eje vertical, derivado de la técnica de los boy scouts para vaciar la cantimplora en la mitad de tiempo que por su simple inversión. Sería algo así como un *morning glory* provisto de un rodete que al girar transformaría las líneas radiales de desagüe en espirales de un mismo centro, duplicando cuando menos la velocidad de aducción.

La impermeabilización con porquería. En Extremadura en algunas albercas de reciente construcción acostumbra a bañar en ellas unos cuantos marranos, con cierta periodicidad, y el procedimiento resulta de gran eficacia para cortar filtraciones. Pensando en ello un día llegué a la conclusión de que un túnel, a menos de que con él se pinche un acuífero, no tiene por qué tener agua que si entra por una vena debe salir por la conjugada. Un túnel se encharca, a veces de forma fatal, porque cualquiera que sea el tráfico de es-

combro su solera se impermeabiliza. En una ocasión particularmente engorrosa dispuse que se limpiase un tramo de solera, incluso con chorro de aire y agua, pero el procedimiento no dio el menor resultado pese a lo cual estoy convencido de que un túnel, si se quiere, no tiene por qué tener agua. Por una razón parecida creo que, si se puede permitir tal dispendio, todo primer embalse se debería realizar con aguas turbias y limosas, un procedimiento inverso y acaso más útil y económico que la deforestación.

Qué cúmulo de disparates, dirán ustedes. Por supuesto que se trata de disparates pero si la fantasía no se dispara, ¿para qué llamarla a concurso?».

— la naturaleza del ingeniero —

Nunca trató Juan Benet *ex professo* de la razón y ser del ingeniero y de la ingeniería, y solo apuntó alguna cosa en contados discursos: “Ingeniería e intimidad” (1976), “Colegiado 631” (1986) o “Ingeniería y conducta social” (1991).

Reflexionaba en estos textos sobre las cualidades invariantes e intrínsecas al ingeniero y sobre alguna metamorfosis sobrevenida y obligada por el *Zeitgeist*, sin ocultar cierto escepticismo *su-
pra partes*: «Yo no creo mucho en la ciencia como podrán Vds. haber interpretado en mis pocas palabras —declaraba en 1977 a Anita Rozlapa y John P. Dyson—. La ciencia en un sentido no tecnológico, la ciencia en el sentido puramente trascendente y filosófico, pues, en ese saber yo no creo. Yo no creo más que en la ciencia de mi profesión, en la ciencia tecnológica, en la ciencia aplicada. El saber, ese saber absoluto que quiere el pensamiento

científico, yo no creo en él porque no se puede dar»³⁷; reconocía también, en conversación con Ludovico Nolens, que «la ingeniería tiene que ver con el orden; es rutinaria. Las cosas que maneja la ingeniería están más que sabidas. Pese a que parezca muy complicado calcular las dimensiones de un puente, de una presa, también eso se hace mediante fórmulas y numeritos, elementos perfectamente controlados por la disciplina. Adquirir esa disciplina constituye una operación intelectual de primera magnitud», pero «en la medida que todo conocimiento es aprehendido, usado, y sobre todo dominado, ya no es tan intelectual»³⁸; de ello se concluye que «en un determinado estadio de su carrera, el ingeniero —sea cual sea su especialidad, pertenezca a la Administración del Estado o a la empresa privada— abandona la técnica para dedicarse por lo general a la alta dirección de los asuntos públicos o privados, sublimación, sin duda, de su dedicación anterior pero que no por eso deja de ser una renuncia cuando no una apostasía a todo aquello que eligieron y profesaron en su juventud. Por lo general, el ingeniero tras unos cuantos años de ejercicio con la técnica se convierte en director; de lo que sea pero director, pues ¿qué otra cosa puede hacer, sino dirigir?»; es más, «aunque parezca lo contrario, el ingeniero no está satisfecho con su profesión. Está satisfecho en la medida en que le permite vivir con cierta holgura, le permite estar bastantes horas lejos del hogar y la familia, le permite seguir creyendo que cons-

³⁷ En un *ensayo de incertidumbre* se mostraba más tajante: «A mí me repugna la ciencia, y me repugna porque, como todo joven ingenuo, me hice ingeniero porque creía en ella. Perdí la confianza en lo científico, pronto o tarde. Si hay algo engañoso es la ciencia, que solo se sustituye a sí misma, que se muerde la cola y hace que el individuo viva en un aparente espejismo de claridad. Pues la ciencia lo único que hace es *eliminar* cosas, y acomodarle su hábitat para que él crea vivir en un mundo de conocimientos y de luces».

³⁸ Conviene el agrimensur Yarfoz ferlosiano en que «tampoco tiene la hidráulica grandes secretos en que nadie tenga que iniciarse lentamente, sino técnicas y expedientes elaborados sobre la experiencia y no muy lejanos a ella».

tituye uno de los pilares de la sociedad y un motor de progreso, le permite en algunos casos llegar al poder, pero no le concede esas satisfacciones íntimas que están reservadas a otras profesiones individuales que a lo que yo veo parecen perfectamente calculadas para que el entusiasmo de quien las ejerce no decaiga durante toda su vida en activo».

Entre los invariantes que definen y constituyen al ingeniero, Juan Benet menciona el anonimato: «En una sociedad regida por el Estado, los Bancos, las multinacionales, el consumidor y la protesta social, el ingeniero solo aparece como protagonista en las horas de tragedia, y su mejor ejecutoria consiste en conseguir día tras día que la tragedia sea un hecho excepcional, tan excepcional como para que se produzca unas pocas veces al año, como para que el nombre del presunto causante permanezca aureolado por el anonimato de los que consiguen la diaria normalidad»³⁹.

En lo que toca a la metamorfosis del ingeniero, a Benet le «abruma pensar que un determinado progreso, aquel que se traduce en el perfeccionamiento y la estilización de su técnica, conduce al ingeniero a una asociación cada día más estrecha con su especialidad, a su esclavización cabe decir, a la pérdida de su libertad profesional y la incapacidad para elegir otra rama cual-

³⁹ También para César Lanza, autor de *Ingeniería y modernidad contemporánea* y de unos insustituibles “Andamios para las ideas: los lenguajes de la ingeniería, sus filosofías y apaños”, «la ingeniería interesa sobre todo cuando fracasa», si bien «no deja de ser curioso darse cuenta de cómo en este contexto de la comunicación corporativa algunos objetos icónicos de la ingeniería son utilizados sin reparo por empresas de otros sectores ajenos. Un ejemplo bien conocido son las representaciones extraconstructivas del puente que hacen banqueros y corredores de seguros, del uso de su potente valor simbólico en el imaginario colectivo, lo cual les lleva con frecuencia a envolver el discurso de su negocio en la imagen solvente y segura de ese sólido artefacto. ¡Hay que ver cómo se convierte en comercial la semiótica pontonera! La mirada iconófila hacia la obra de ingeniería, la utilización publicitaria de la *firmitas* y la *venustas* vitrubianas parece que se capitalizan mejor desde otras ramas del comercio».

quiera en la que ensayar un talento inédito». Constata a su vez que «la aristocracia ingenieril se ha arruinado y no porque ahora haya 6000 ingenieros frente a los 600 que había hace medio siglo; no porque a tenor de los tiempos se hayan evaporado sus privilegios como los de cualesquiera otras castas; no porque su actividad esté ahora sujeta a la crítica de la opinión pública como cualquier otra actividad ciudadana; no porque la vulgaridad y falta de imaginación de algunos haya destruido la mística que antes envolvía la profesión; se ha venido abajo porque con el progreso se ha reducido a lo que en esencia siempre fue: una actividad mediadora, que rara vez encierra en sí misma sus propios fines. O para decirlo con pocas palabras, que lo importante no es tanto la esbelta presa cuanto el agua que embalsa detrás, la cual no es ni será nunca obra del ingeniero».

Al cabo Benet pronostica que «la ingeniería tendrá un día que copiar a la medicina para crear toda una técnica inmunológica —que incluya las afecciones sociales— para prevenir el posible rechazo del territorio al trasplante del nuevo órgano. (...) No creo equivocarme al afirmar que esa segunda ingeniería, que he llamado inmunológica, requerirá en el futuro tanto esfuerzo y tanta inversión como la primera del trasplante», pues «el oficio de ingeniero conduce a un enfrentamiento con la realidad natural, y su práctica profesional, que con tanta frecuencia se traduce en una transformación de las condiciones naturales, le lleva a pensar que en la marcha del progreso la naturaleza es su único antagonista, lo único esencialmente modificable por su intervención. Con la misma frecuencia olvida que existe una segunda naturaleza, la creada por el hombre en su historia, constituida por poblaciones, costumbre, leyes, derechos y creencias, mucho más reacia a toda transformación y mucho más difícil de ser corregida cuanto menos física —y por así decirlo, más verbal— es. Lo cierto es que no hay ningún ingeniero (por fortuna) que

pueda alterar los sentimientos regionales o los derechos de ciertos regantes».

Por último, y muy relacionado con la naturaleza del ingeniero —porque «cuidado: / no se pierde sin castigo el pasado, / no se pisa en el aire», advierte Ida Vitale—, vale recordar que Juan Benet fue uno de los impulsores de una colección editorial mítica a la que se refería Clemente Sáenz Ridruejo un año después de muerto el escritor: «En la colección de libros de este Colegio llamada de “Ciencias, Humanidades e Ingeniería” (título muy benetiano inventado por Benet), el segundo libro que editamos fue la *Descripción física y geológica de la provincia de Madrid*, de Casiano del Prado. La iniciativa de la reedición fue de Juan y si leen Vds. las descripciones geográficas de Don Casiano y las de Región, en el gran libro de nuestro amigo, podrán ver la poderosa influencia del geólogo español sobre el ingeniero escritor. (...) Cuando sacamos la Colección del Colegio a que he aludido, el primer volumen —también impuesto por Juan— fue la *Política Hidráulica*, de Joaquín Costa».

Nunca dejó Benet de pensar, de soñar los ríos...

el oficio de escribir

«Escribir es una necesidad feroz, trágica en los escritores, y más, con frecuencia, en los malos que en los buenos. Es un empeño que exige a veces un esfuerzo moral extraordinario. El autor, para realizar la novela, se alimenta no solo de su ocio sino de su oficio. Está siempre solo».

Marguerite Duras: *Outside*

§ *Un ingeniero que escribe.*

«Es verdad, el hecho de que Juan Benet fuera ingeniero, para nosotros —reconoce Eduardo Mendoza—, que lo conocíamos desde el lado de la literatura, nos parecía algo muy chocante. No conozco muchos casos de escritores que tengan al mismo tiempo una profesión de esta envergadura, y que, además, la desempeñen cotidianamente. La mayoría de los escritores tenemos alguna profesión distinta de la literatura, pero casi siempre la ejercemos a regañadientes, convencidos de que es un simple medio de ganarnos la vida, y a sabiendas de que en el fondo lo que querríamos sería ser escritores y nada más».

En 1973 Montserrat Roig indaga si existe una «dicotomía entre el ingeniero y el escritor»: «Solo horaria. Y ni siquiera. Muchas veces me aburre la profesión de ingeniero y otras la de escritor, aunque no sea una profesión sino un *hobby*. Pero el *hobby* muchas veces exige más del individuo de lo que uno cree. La profesión puede estancarse (y seguir uno viviendo de sus rentas), pero no el *hobby*».

La profesora Nora Catelli en *Juan Benet. Guerra y literatura* rebate que el *hobby* fuera tal: «Cabe insistir en que fue un escritor profesional. Siempre se aduce lo contrario, pero ni su origen ni su carrera lo corroboran. (...) Sus mecanismos de consagración fueron los característicos de cualquier miembro profesional de instituciones literarias modernas: sufrió los clásicos primeros rechazos editoriales rápidamente esgrimidos como nota de excelencia, la posterior inclusión en editoriales conocidas, y la tempranísima y muy seria recepción crítica. Cualquier repaso pormenorizado de estos elementos no deja lugar a dudas en cuanto a su lugar, aunque Benet haya logrado convencer a sus estudiosos, a través del recurso a su persuasiva biografía de ingeniero, de que no era un escritor profesional porque no vivía de sus libros y practicaba otro oficio. Esto no tiene la menor importancia. Ningún escritor profesional de sus características puede vivir únicamente de la literatura: profesores, empleados de la administración, profesionales liberales o asalariados, los practicantes del arte verbal suelen dividir su tiempo en diversas tareas, salvo que gocen de un patrimonio solvente. Dejando de lado que constituyese su medio de vida, ser ingeniero fue, en su caso, una defensa retórica frente a la excesiva exposición institucional del escritor profesional».

§ *Algunos hábitos de escritura.*

Para Juan Benet, «un autor es una cosa que no debería existir. El autor no es nada, no tiene por qué ser interesante, lo que debe interesar es su obra. Es que yo no sé por qué debemos ser entrevistados. Lo que pasa es que vivimos en un *star system*»⁴⁰.

⁴⁰ En “*The Paris Review* y el arte de la entrevista”, Ignacio Echevarría informa de que «a la altura de 1926, puesto en situación de realizar él mismo una entrevista a un escritor (Alfred Polgar), decía Robert Musil que la entrevista “es la forma artística de nuestra época”; pues “la belleza capitalista”, según él, “reside en que el entrevistado hace todo el trabajo espiritual y no recibe nada por él, mientras el entrevistador no hace en realidad nada pero percibe sus honorarios por ello”».

Consciente de la inevitabilidad de la “belleza capitalista”, Benet se prestó al juego de la entrevista muy a menudo. Felizmente, cabría añadir:

«Uno debe escribir solo si no hay nada mejor en lo que entretenerse y, por cierto, debe hacerlo únicamente por placer y con tan pocas dudas como sea posible. / Cuando vivo en Madrid, vuelvo a casa a las siete de la tarde, y dado que no tengo responsabilidades domésticas, que me disgusta la televisión y que odio el teatro, tengo mucho tiempo para mí. / Escribo a las siete de la tarde. A las ocho, más bien. De ocho a diez. Es el hueco entre el trabajo y la cena. Después de cenar, leo. Es muy conveniente escribir con luz artificial, y sentir que todo lo demás es noche. Es la hora del whisky, por otro lado, y el whisky resulta una compañía excelente, imprescindible. Un vaso de whisky por folio. / Cuando no tengo nada que hacer y llego a casa y tampoco tengo una carta que escribir y está todo en orden, pues entonces voy a la habitación, me pongo delante de la máquina, y entre ocho y diez escribo un par de folios. Ese es mi sistema de trabajo. Yo tengo la virtud de que —debe ser una virtud—, no tengo ningún esfuerzo para reescribir. Yo puedo haber abandonado, a la mitad de la página, un párrafo, hace quince días; vuelvo a Madrid y lo encuentro y lo sigo. Y lo sigo a los cinco minutos. No necesito mucha preparación. El pensamiento, las novelas las tengo como un tanto maduradas previamente. (...) Ah, eso sí. Las escribo siempre dos o tres veces. Cuando tengo el primer *draft*, siempre las escribo por segunda vez, siempre. El primer *draft* es un poco como el texto en inglés de un traductor. Luego eso lo tengo que poner en buen castellano. Y eso me lleva siempre un año o dos años. Pero eso es más sencillo».

§ *El escritor, el lector y el mercado.*

Refiere Benet que «en una entrevista que en su día fue muy famosa, hecha hace 30 años, Faulkner⁴¹ le dijo a una periodista: “El escritor de fuste, de raza, si para escribir una cosa tiene que matar a su madre, pues que la mate”. Ablandando la afirmación de Faulkner, si el escritor para escribir lo que quiere escribir tiene que matar al público, que lo mate. Y si después de que lo ha matado, se muere de hambre y tiene que sacrificarse y trabajar como ferroviario, pues que trabaje como ferroviario. Pero si no tiene ninguna necesidad y no siente esa compulsión y está perfectamente concorde con su público y ambos forman un buen maridaje, se combinan en sus servicios, tampoco hay por qué pedir acciones heroicas al escritor. Eso depende de cada cual. Hay quien no se divierte alegrando al público y prefiere insultarlo. Otros lo pasan bien haciéndole pasar un buen rato».

La relación de Benet con el lector y con el mercado editorial —tras de unos inicios de fértil y relativo desdén—, cabe calificarla de variable, unas veces en progresión geométrico-crematística⁴² y otras veces en progresión aritmético-sentimental, pues sabía Benet —como lo sabía Vicente Aleixandre— que «el poeta que al fin se decide a escribir para sí mismo,

⁴¹ En prólogo de 1954 a una antología de *Ensayos y discursos*, Faulkner reconoce que el Público también existe: «Escribí un libro y descubrí que mi condena, mi destino, era seguir escribiendo libros, no con un propósito exterior ni ulterior, únicamente escribir libros por el hecho de escribir libros; obviamente, puesto que el editor consideraba que merecían el riesgo financiero de ser impresos, alguien los leería. Pero eso carecía de importancia al compararlo con la necesidad de tenerlos escritos, aunque naturalmente uno espera que quien los lea los encuentre verdaderos y honestos e incluso quizá conmovedores».

⁴² Opina Santos Sanz Villanueva en *La novela durante el franquismo* que «tras un periodo de auténtico caudillismo al frente de un sector de jóvenes admiradores, él mismo le dio la puntilla a su liderazgo al hacer concesiones a una literatura de mercado; su purismo radical quedó en entredicho no ya al buscar la ampliación del campo de sus lectores, sino al participar en un premio descaradamente comercial y popular, el Planeta, en el cual quedó finalista con *El aire de un crimen*».

lo que hace es suicidarse por falta de destino». Volvamos, de nuevo, al Benet entrevistado:

«¿Desde cuándo le interesa a Benet el mercado? A Benet, a quien muchos acusan de que ni siquiera le interesa el lector. —En este caso sí voy a permitir que me influya, porque si veo que el libro [*Herrumbrosas lanzas I*, 1983] cae en la indiferencia, como es un libro abierto, pues un día lo sello y se ha terminado. Y como sigo interesado en mi propia diversión, lo que no puedo por menos de temer es que un libro, en cierto modo pensado para interesar a mi público, si cae en la indiferencia, yo no me contagie, y en ese caso se ha terminado, a hacer puñetas, ¿para qué seguir? / —No veo obras literarias de cierto peso. Mucha literatura que se hace ahora —en el mundo— está diseñada para el mercado, las listas de ventas y las políticas editoriales. Muy poca gente se compromete a hacer una obra seria. Es muy comprensible que se despachen una novela en tres o seis meses a sabiendas de que con ello van a obtener tantas ganancias, tanta opinión favorable, que si se dedican a una obra más meditada y que corre el albur de no ser competitiva. —Parece que el público lector fuera directamente responsable —Esta mercantilización de la literatura tiene un sello, y el público manda, como manda en todo. Con nada, con mucho menos que una ocurrencia, se monta una novela, se le da al editor más de moda; y ahí está, ocupando un puesto en las listas de libros más vendidos, que son un invento nefasto. / ¿Tanto ha cambiado el público en los últimos años? —En cierta medida, se ha envilecido. Ni sus gustos ni su conversación me dicen gran cosa. No comparto muchas de sus aficiones. Soy yo el que me siento distanciado de estas generaciones. Me parece que tienen pocas virtudes literarias. Yo no busco tanto el entretenimiento. A la lectura le pido una especie de cautivación, no pido pasar el rato. No

se trata de que el argumento esté bien definido. Se trata de manejar la prosa con gracia, con poder, con capacidad metafórica. Y esas son categorías que pesan y no se toman en consideración. Lo que funciona es despachar una novelita, por lo general autobiográfica, contando una historieta de amor frustrado y dando vueltas al sistema de pequeños problemas en que se encuentra nuestra sociedad. / La tiranía de las listas de libros más vendidos, ¿cree que es algo coyuntural o corresponde a un signo de los tiempos? —Creo que desgraciadamente introduce una costumbre social o un comportamiento poco menos que definitivo. Ya nunca dejarán de publicarse esas listas que la gente sigue con atención y en buena medida determinan la elección del libro. Además, estoy convencido de que las listas favorecerán siempre a los productos más vulgares a costa de los más sutiles, mejor elaborados y menos complacientes».

§ *Estrambote.*

¿Se cumplirá la profecía benetiana hecha y dicha en 1984 en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander?: «Nunca el vídeo-texto acabará con el libro. Ninguna técnica nueva ha arrinconado a una antigua. El cine no terminó con el teatro y nunca se habían vendido tantos libros en la historia como hoy».

El 4 de octubre de 2018 se publicaba en la edición en español de *The New York Times* un artículo titulado “El Rubius, YouTube y los videojuegos, ¿son alta cultura?”. Tras de aclarar el articulista que «el *youtuber* es un trabajador precario y deslocalizado», concluía sin ningún deje de ironía que «la cultura más alta es la que está en la nube. La cultura más baja es la que está a ras de suelo: en las librerías, en los museos, en las tiendas de discos, en los teatros. Si todas las evidencias apuntan hacia esa constatación, ¿por qué nos cuesta tanto aceptarlo? ¿Quién es el auténti-

co impostor: el Rubius o nosotros?»). Así las cosas, ¿volverán a viajar hasta Región los buenos lectores?⁴³

Afirmaba Benet que «la gloria de un escritor descansará, a mi modo de ver, sobre una triple facultad de su obra, a saber: (1) que siga siendo un motivo de gozo para la clase culta; (2) que sea un acicate y fuente de inspiración para el escritor posterior; y (3) (y última), que se conserve como inagotable objeto de estudio para el profesor de letras. Y ni que decir tiene que yo pongo las dos primeras muy por encima de la última, que es la única que en el caso de Galdós se cumple hoy día». ¿Se cumplirán las dos primeras, a más de la tercera, en el caso de Benet? «Señora Posteridad, mi amiga y dueña: la turbación de mi ánimo en estos días me ha privado del gusto de escribir a usted. Ya comprenderá que no estoy para bromas...»⁴⁴.

¿Quién sabe, *hypocrite lecteur*, si volverás a Benet, si volverás a Región...?

Así sea.

⁴³ «Incluso los ‘buenos’ lectores, aquellos con un dilatado currículum de lecturas en su haber, dicen que también experimentan en los últimos años cada vez menos ‘paciencia cognitiva’ para leer textos complejos. De tanto leer en diagonal en las pantallas cuesta cada vez más enfrentarse a una lectura reposada», constata Marta García Aller a propósito de *Reader Come Home: The Reading Brain in a Digital World*, de Maryanne Wolf.

⁴⁴ Carta *ad postrenas* incluida en *Las tormentas del 48*, novela episódica y nacional de... Benito Pérez Galdós.

contra los benetianos

«DON JUAN. Os confieso, señora, que carezco del don del disimulo, y que tengo un corazón sincero».

Molière: *Don Juan o El festín de piedra*

En una reseña publicada en *Cuadernos de Filología Hispánica* a propósito de la publicación del libro *Juan Benet et les champs du savoir* (2015), Rodrigo Guijarro Lasheras constata que «si bien la benetiana tal vez sea una tribu literaria minoritaria, está lejos de hallarse en peligro de extinción», y prueba de ello es que el libro reseñado «continúa la práctica, casi ya una tradición, de abrirse con un prólogo evocador firmado por un discípulo o escritor amigo».

Acaso también habría de incluirse en toda nueva reedición de una obra benetiana, a más del prólogo habitual, una advertencia liminar: «Léase el prólogo como epílogo, en caso de absoluta necesidad, y con las salvedades de rigor».

Ciertamente, siempre la obra es antes y por sobre la glosa, pero con Juan Benet conviene, muy a menudo, no pasar del antes al después: es tal el ‘sobrepujamiento’⁴⁵ de algunos cofrades de Gloria, que uno podría llegar a perder la fe.

Qué duda cabe que, como refiere Javier Marías en *Literatura y fantasma*, Juan Benet no solo fue un magnífico escritor, con «una

⁴⁵ En su magna *Literatura europea y Edad Media latina*, Ernst Robert Curtius refiere que «el que desea ‘alabar’ a alguna persona o encomiar alguna cosa trata de mostrar a menudo que el objeto celebrado sobrepasa a todas las personas o cosas análogas, y suele emplear para ello una forma peculiar de la comparación, que yo llamo ‘sobrepujamiento’ (*Überbietung*). Para probar la superioridad y hasta la unicidad del hombre o del objeto elogiados, se les compara con los casos famosos tradicionales».

prosa tan inimitable que —como la de Kafka, Beckett o Bernhard— permite la admiración pero no el seguimiento», sino que «la influencia de Benet sobre quien esto firma (como, creo yo, sobre otros compañeros de generación y visita) es eminentemente personal»⁴⁶, pero de ahí a la adoración ciega, acrítica y sin tasa va un trecho.

El mismo Javier Marías, por ejemplo, nos informa (*ibidem*) de que el autor de *Volverás a Región* «leyó casi todos los libros»⁴⁷, escuchó casi todas las músicas» y que «el vigor de su prosa obliga a leer conteniendo la respiración»; Félix de Azúa decreta en prólogo a *Nunca llegarás a nada* que «nadie que no haya leído los libros de Benet debería traducir a los autores antes mencionados [Thomas Mann, y todo Kafka y todo James, y todo Dickens y todo Flaubert], porque entonces corre el peligro de convertirlos en pseudobarojas y pseudogaldoses»; el profesor Francisco Rico confiesa en *El País* no mantener tertulia semanal desde hace años: «No, desde la muerte de Juan Benet. Pero ceno y tomo copas con amigos y cómplices»; Fernando Rodríguez de la Flor (“La poética visual y artificiosa de Juan Benet”) afirma que «sin pretenderlo, diríamos que casi sin despeinarse, Juan Benet ha terminado también por ser un nombre importante en la historia de esta práctica plástica [el collage]. El collagista ignoto para los

⁴⁶ «Quien me ama “por mí mismo”, no me ama por mi escritura (y yo sufro por ello). ¡Es indudable que amar a la vez dos significantes en el mismo cuerpo resulta demasiado! Eso lo sabe cualquiera. Y si por excepción se produce, es la Coincidencia, el Soberano Bien». Roland Barthes: *Fragments de un discurso amoroso*.

⁴⁷ Carmen Martín Gaité, que se cuenta entre los mejores lectores de la obra de Benet —y menos ‘benetianos’ en el sentido sobredicho— sospechaba o deducía que las lecturas no eran tantísimas o todas, «porque es totalmente imposible que un profesional de la ingeniería ocupadísimo y responsable, como él lo fue siempre, hubiera tenido tiempo, ni aun queriendo, de leer a fondo toda esa pléyade de autores que abarca desde Quevedo hasta Ramón Gómez de la Serna, Unamuno y Valle-Inclán, por no hablar de sus propios contemporáneos» (“Juan Benet, espacio biográfico, universo literario”, Universidad de Salamanca, 1996).

filólogos y derivados habría alcanzado así, en este territorio, el mismo crédito —pero solo entre los inteligentes— conseguido en cuantas otras actividades públicas le ocuparon en su vida corta y fértil»; y, en fin, Rafael Conte (*El pasado imperfecto*) le concede al ingeniero infalibilidad cuasipapal: «Cuando se equivocaba —perdón, quizá simplemente cuando yo no estaba de acuerdo con él— resultaba admirable y hasta ejemplar». *E così via.*

Tanta alabanza desmedida —como apuntaba Manuel Azaña a propósito del *Idearium español* de Ganivet— termina por semejar «una especie de engrudo que deja al artista, y a cuanto representa, inabordable e intocable», cuando lo cierto es que «Demóstenes, el más perfecto de todos los griegos, con todo era más excelente en algún lugar que en otros», y esto vale para Juan Benet, aunque benetiano habrá que desdeñe las *Institutio oratoria* de Marco Fabio Quintiliano.

En conclusión, «ya se sabe: existen círculos de adeptos que interceptan de muchas insolentes maneras el atrevimiento alevo-so de la disensión», al decir de Caballero Bonald en ejemplar *Examen de ingenios*.

big data

«El tiempo de las epopeyas pasó: ha llegado el tiempo de las estadísticas».

Joseph Roth: *Viaje a Rusia*

Lamenta Jorge Valdano en *Fútbol: el juego infinito. El nuevo fútbol como símbolo de la globalización* el uso y abuso en nuestros días del “destornillador de la estadística”, y concede que «la exactitud siempre ha gozado de buena fama. Cuando yo era pequeño, se decía que los militares se levantaban “a las cinco de la mañana”. Nadie sabía para qué (de hecho puntualizábamos: “Al pedo, pero a las cinco de la mañana”), pero el madrugón puntual generaba respeto. Gabriel García Márquez escribió que si alguien dice que ha visto un montón de elefantes volando, en el mejor de los casos provocará indiferencia; pero si dice que vio diecisiete elefantes volando, la precisión de la cifra captará interés y agregará credibilidad al relato». Consignemos, pues, algunos *números pares, impares e idiotas*, y ciento volando.

§ Google.

*Resultados por búsqueda*⁴⁸.

Juan Benet (JB): 22.900.

Camilo José Cela (CJC): 32.200.

Miguel Delibes (MD): 25.800.

Maps: callejero.

JB: Pza. Juan Benet (Madrid); C/Juan Benet (La Cañada y Málaga).

⁴⁸ Fecha de consulta: 3 de julio de 2019. Vale para YouTube, Wikipedia & Amazon.

CJC: Pza. Camilo José Cela (Valladolid, Rota, Écija, Ferrrol, Murcia, Utrera...); Avda. o C/Camilo José Cela (Alcobendas, Cuéllar, Las Rozas, Elda, Madrid, Sevilla, Marbella, Illescas, Alcorcón, Ávila, Navalcarnero...).

MD: Pza. Miguel Delibes (Badajoz, Tudela de Duero, Santoenia de Pisuerga...); Avda. o C/ Miguel Delibes (Valladolid, Logroño, Almería, Madrid, Puerto Real, Boecillo, Laguna de Duero, Puebla de la Calzada, Mérida, Alcalá de Henares, Suances...).

Maps: edificios públicos.

JB: Edificio Juan Benet (Universidad Carlos III de Madrid).

CJC: Bibliotecas (Cebreros, Marbella, Hoyo de Manzanares...), colegios (Palma de Mallorca, El Arenal, Madrid...), institutos (Campillos, Padrón, Pozuelo de Alarcón...), centros culturales (Estremera...), universidad (“Camilo José Cela”, Villanueva de la Cañada).

MD: Bibliotecas (Dos Hermanas...), colegios (Valladolid...), institutos (Madrid...), centros culturales (Valladolid, Alcobendas, Villaviciosa de Odón...), universidad (campus de la Universidad de Valladolid).

§ YouTube.

Videos con mayor número de visualizaciones.

JB⁴⁹: “Juan Benet” (49’): 8.575.

CJC⁵⁰: “Cela y la palangana” (1’06’): 311.440.

⁴⁹ Debate de televisión moderado por Victoria Prego hacia 1987.

⁵⁰ «Sentado frente a Mercedes Milá, con el empaque propio de quien sabe no tomarse demasiado en serio a sí mismo, Camilo José Cela afirmaba durante una entrevista en TVE en el año 1982 que poseía una curiosa habilidad fisiológica. Consistía, según sus palabras, en la capacidad de “absorción de litro y medio de agua de un solo golpe por vía anal”. Algo que, para mayor mérito del escritor gallego, tal y como él mismo puntualizaba, “hace muy poca gente”. La escena, desternillante, termina con Mercedes Milá solici-

MD⁵¹: “A fondo” (33’20’): 26.598.

§ Wikipedia.

Longitud de la página (en bytes).

JB: 31.005.

CJC: 42.850.

MD: 54.756.

Número de visitas durante el último año.

JB: 23.595.

CJC: 188.626.

MD: 137.140.

Número de referencias en Wikiquote.

JB: 8.

CJC: 29.

MD: 18.

Fecha de la primera contribución de usuarios editores.

JB: 11/4/2005.

CJC: 19/1/2002.

MD: 3/11/2001.

Número de usuarios editores.

JB: 260.

CJC: 1.898.

MD: 1.364.

Número de usuarios que vigilan (sic) la página.

JB: Menos de 30.

CJC: 74.

MD: 60.

tando que alguien de su equipo traiga una palangana con litro y medio de agua que no esté demasiado fría y, a ser posible, que no contenga cloro. Cela tranquiliza a la periodista a este respecto: “Eso es igual; las papilas del gusto no las tengo en ese conducto, sino en otro”», refiere Manuel de Lorenzo en la revista *Jot Down*.

⁵¹ Entrevista en 1976 con Joaquín Soler Serrano en el programa televisivo *A fondo*.

§ Amazon.

eBooks Kindle.

JB⁵²: 3.

CJC: 22.

MD: *c.* 40.

Tras las estadísticas y las cuentas —dos y dos son cuatro⁵³—, caigamos de hinojos ante el Rey que habita *La otra casa de Mazón*: «Los números que digan lo que quieran: yo me fío de la vista».

Nota bene. Desconocemos si los ingenieros de caminos leen novelas de Cela o de Delibes, pero sí sabemos que apenas leen a su colega. En un colectivo de más de 30.000 profesionales, de un total de 38 títulos benetianos con que cuenta la biblioteca del Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, solo se han prestado 10 alguna vez, siendo el título más demandado *Prosas civiles*: se ha prestado en 6 ocasiones, la última vez en 2008. Desde 2011 —cuando alguien leyó u hojeó *El aire de un crimen*— nadie ha vuelto a perturbar el justo sosiego de los papeles benetianos. Descansen en paz.

P.S. Juan Benet nunca ocultó su ‘aprecio’ literario por las obras celiana —sobre todo— y delibesiana, preservadas por sendas fundaciones:

⁵² De los tres ebooks, dos son traducciones al francés: *L'automne à Madrid vers 1950* y *La Construction de la Tour de Babel*. El libro en español se titula *Tres ensayos*, un compendio extraño y breve: “Valedictoria a Dionisio”, “El tonto de la familia” y “Fisiología del pasillo”.

⁵³ «¡Ah, señores!, ¿qué clase de voluntad será esa cuando todo se reduzca a tablas matemáticas y aritméticas, cuando lo único que importe es que dos y dos son cuatro? Porque dos y dos son cuatro con independencia de mi voluntad. ¿Es eso lo que mi voluntad significa? Señores, hablo en broma, por supuesto, y bien sé que lo hago mal, pero, con todo, no deben tomar a chirigota lo que digo», carnavales Dostoyevski desde el *subsuelo*.

«Borges no me dice nada —¿Por qué? Porque es ingenioso. —Bueno, volvamos a la literatura española, ¿qué opina de Delibes, de Cela? —No los conozco. —¿¡No ha leído nada de ellos!? —¿De Cela? Sí, he leído algo. —¿Y de Delibes? No sé» (1970).

«Los tradadistas acostumbran a fechar en 1942 la ruptura de aquel etéreo y anodino ambiente y a responsabilizar a Camilo J. Cela de semejante desafuero, por la publicación de su novela *La familia de Pascual Duarte*. De entonces acá no ha hecho sino crecer el aprecio crítico por esa novela, traducida a todos los idiomas cultos, que hoy se considera como una obra clásica e imperecedera, una de las más representativas de nuestro siglo. Desde aquel momento su autor se sentó en la presidencia de la república de las letras y aun cuando a lo largo de más de cuarenta años su producción novelística no ha sido muy extensa, en cada una de sus aportaciones ha tratado de movilizar su técnica para armonizarla con los gustos del día, empero atenazado por un estilo que no cambia desde *La colmena*, de 1951» (1986).

«[El premio Nadal] recaía sobre la novela de Miguel Delibes *La sombra del ciprés es alargada*, una novela torpemente diseñada pero bien cargada de “tipos humanos”, como en lo sucesivo será la norma permanente del célebre escritor de Valladolid, muy aficionado a la caza, el paisaje castellano y a los hombres recios» (1986).

«Creo muy poco en la gente de mi generación, y menos todavía en los que son más mayores que yo. Las vacas sagradas de España son tipos viejos que escriben siempre lo mismo desde hace veinte o treinta años. Hablo de todos esos viejos maestros españoles que se llaman Cela, Torrente, De-

- libes... Todos ellos escriben dentro de un ‘sistema’ que no tiene el menor interés para mí» (1987).
- «Los escritores jóvenes de mi generación eran provincianos, ‘costumbristas’ incluso. Hoy existe un cierto cosmopolitismo. Por lo tanto, ninguno de los antiguos me interesa, ni Delibes ni Cela ni Torrente... Solo Ferlosio, que es el mejor escritor español» (1989).
- «Con esto de Cela ya no le dan el Nobel ni a la generación de Javier Marías. El próximo Nobel español está ahora tomando teta. Pero de rabia, nada. Me acaban de dar el premio de la Comunidad de Madrid, así que estoy encantado. Hace unos días estábamos comentando Juan García Hortelano y yo acerca de Cela y me decía: “Es igual. Fíjate que, en 1972, le dieron el premio a los poetas Johansson y Martinsonn, dos académicos suecos”. ¡Los muy guarros se lo dieron a sí mismos!» (1989).
- «Esos jóvenes de entre veinticinco y cuarenta años son los verdaderos contemporáneos, los que están haciendo cosas nuevas, los que están creando hoy. No siento como contemporáneos, por ejemplo, a Cela o Torrente Ballester, que solo son contemporáneos biológicamente» (1991).

la ansiedad de la influencia

«A mí me seducía el gran poder metafórico de García Lorca y me interesaba todo cuanto escribía. Por su parte, él me pedía a veces que le leyera mis últimos poemas y, a media lectura, me interrumpía a voces: “¡No sigas, no sigas, que me influencias!”».

Pablo Neruda: *Confieso que he vivido*

Para limpiar, fijar y dar esplendor a la *biografía literaria* de Benet, vale saber *ab origine* —así nos lo hace saber Vázquez Montalbán— que «en el contexto mutuo de la comprensión literaria de una época, y de un escritor, hay que recurrir a factores de época. Por ejemplo, ¿qué significa que Juan Benet sea un escritor producto del azar? ¿Quiere decir que lo es porque su madre lo parió en un sitio determinado? No, lo es por otras razones, porque ha tenido unas lecturas determinadas, porque le ha satisfecho una profesión técnica o no, y por muchos otros factores de operatividad real que no son azarosos. Y a la hora de comprender lo que es Benet como escritor hay que acudir incluso a una explicación cultural; su obra es una reacción contra una manera de tratar el hecho literario, una forma de reaccionar contra el pedestre realismo social que se practica en España». Por su parte, el ingeniero añade: «No puedo concebir un hombre de letras que, antes de escribir sus incipientes textos, no haya sido hechizado por la lectura hasta un extremo que, por grande que sea su familiaridad con sus páginas predilectas, nunca llegará a entender cabalmente». Por lo demás, es cierto —como subrayaba Darío Villanueva en la Fundación Juan March en 1975— que

«Juan Benet destaca entre nosotros por una absoluta independencia de criterio ante todo lo literario, desde las glorias y los movimientos consagrados hasta la misma concepción de la labor del escritor». Sea como fuere, en *El arte de leer* nos advierte W. H. Auden de que «las opiniones críticas de un escritor deben tomarse siempre con la mayor reserva. En su mayoría, son manifestaciones de un debate consigo mismo acerca de lo que debe hacer y lo que debería evitar».

— sobre sí —

§ *Primeras lecturas.*

«¿Leía mucho en su infancia? —No, no tuve esa primera etapa de lectura infantil en que se lee lo propio de esa edad, yo llevaba una vida más bien bastante callejera. Pero sí tenía un hermano muy estudioso que leía a Verne, Salgari y el Capitán Marryat. —¿Qué autores leía por el 45 y el 46, o sea, a sus dieciocho y diecinueve años? —Siguiendo las sugerencias de mi hermano Paco y de mis primos Carmelo y Fernando Chueca, que eran las personas que en aquel momento más me influían, leía a Kafka, Thomas Mann y Nietzsche».

«Nietzsche es muy importante en la juventud —luego cansa, luego se percibe la grandilocuencia del espasmo nietzscheano—, pero de joven eso no se percibe, impacta mucho. Leer a los dieciocho años *Humano, demasiado humano* o *Zaratustra...*».

«Con mi hermano podíamos comunicar gracias a que mi madre tenía ciertos conocidos en el Ministerio de Asuntos Exteriores que nos permitían enviar la correspondencia por medio de la valija diplomática. Constantemente le pedía yo libros y por eso me temo —y creo que no desacertadamente— que los primeros Sartre, Malraux, Camus, *Temps Modernes* y *Esprit* entraron en Madrid por la puerta trasera del palacio de Santa Cruz».

«Mi particular inclinación literaria no tuvo un desarrollo gradual. Fue el resultado de una sacudida muy viva. Ya había tenido en mis bolsillos todos los Stendhal, Flaubert, Cervantes, Dickens y Tolstói que se requieren para lograr una educación literaria decente. Pero si un día de 1947 mis ojos no hubiesen tropezado con una página de Faulkner sería ahora un ingeniero español de mediana edad, con acaso más lecturas en mi haber de las convenientes y con cierta curiosidad por los relatos de fantasmas, las novelas sobre el mar y la historia romana y bizantina. Pero el destino vino a forzar mi mano el día en que abrí *Santuario* o *Mientras agonizo*. No recuerdo cuál de ellos fue. En literatura o en cualquier otra actividad los jóvenes están más interesados por la vanguardia que por los clásicos. Las cosas más nuevas son más influyentes. Por ello desde ese día de 1947 devoré todo Faulkner, Kafka, Proust, Sartre, Malraux, Mann y Greene, y no pude rechazarlos. ¿Era el modelo correcto? No lo sé: no he llegado a abordarlo, pero siempre me gusta recordar la independencia que alcancé con esas lecturas».

§ *Faulkner.*

«Yo a Faulkner lo leo constantemente. Lo empecé a leer a los 16 años. Creo que he leído toda su obra, repetidas veces, y buena parte de su obra, muchas veces⁵⁴. Cada dos o tres años leo *The Sound and the Fury* y *Light in August* y *Sanctuary* y *The Wild Palms*. (...) Sí, en cierto modo fue el hombre cuya lectura más me sorprendió en mi juventud y que me incitó a escribir. Yo nunca tuve, ni de lejos, ínfulas ni apetitos de escribir hasta que un día leí a Faulkner. Y de alguna manera, como otras gentes veneran a un maestro o se han olvidado de una cosa y tienen un precepto que tienen que recordar, pues, yo tengo que volver a Faulkner y

⁵⁴ Para Ramiro Pinilla, «Benet se sumergió demasiado en Faulkner. No metió fluidez al texto. Era premeditadamente espeso. Era un desprecio total por el lector. Fue inteligente, pero no fue digerible».

leer una página de “The Bear” o *Go Down, Moses*. Generalmente encuentro lo que quiero».

«Recuerdo bien que lo leí cuando tenía unos dieciocho años, y fue por casualidad, como ocurre con los buenos acontecimientos. Debía de ser el año 1944⁵⁵, y yo, que tenía algunas inquietudes literarias, no muchas, estaba interesado extrañamente por la psicología de los monos, algo que ya no se lleva; por entonces había muchos tratados sobre ellos, alemanes y americanos, lo que me condujo a encontrar a Kafka y a Faulkner. Y es que los apellidos de esos grandes psicólogos empezaban todos por K. Así el pavloviano Wolfgang Köhler, que le repitió a un mono enjaulado durante veinticinco años, a las once de la mañana, la palabra *copa*, en alemán, y le hacía beber un vaso de agua; supongo que con la calentura que le produjo —a uno o a otro, no sé—, un día acabó diciendo esa palabra. Había otro importante psicólogo del ramo que se llamaba Kurt Koffka, y un día que vi la *Metamorfosis* de Kafka creí que también giraría sobre ellos; me lo llevé a casa, y al leerlo se me abrió un mundo. Pero en aquella misma librería, la Tesoro de la calle de San Bernardo, cerca de la plaza de Quevedo —creo que buscaba todavía tratados de monos—, un día se me cayó un libro al suelo, un ejemplar argentino

⁵⁵ Para Pascale Casanova, autor de *La república internacional de las letras*, «el escritor Juan Benet es sin disputa uno de los primeros en haberlo comprendido, pero tras él, todos los escritores del “sur” en el sentido amplio, de las Antillas a Portugal, pasando por Sudamérica o África, han reconocido a Faulkner como el que les ha revelado una posibilidad de acceder al presente de la literatura sin por ello renegar en absoluto del legado cultural propio». Nora Catelli, en *Juan Benet. Guerra y literatura*, niega la mayor: «¿Uno de los primeros en haberlo comprendido»? ¿“Tras él”? Al contrario, fue uno de los últimos. *Nunca llegarás a nada* es de 1961, mientras que casi treinta años antes Borges había reseñado en Buenos Aires *Absalom, Absalom* (en 1937), *The Unvanquished* (en 1938) y *The Wild Palms* (en 1939), que un año más tarde apareció en una de las traducciones que se le atribuyen; en 1955 Juan Rulfo había publicado *Pedro Páramo*; en 1950 Juan Carlos Onetti —cuya primera novela es de 1938— había dado a conocer *La vida breve*, donde inauguró el ciclo de Santa María. Y en 1962, en la revista *Marcha* de Montevideo, había aparecido el “Réquiem por Faulkner” del propio Onetti, después reunido en libro con otros ensayos».

de la editorial Rueda que quedó abierto; la página estaba casi en blanco, solo ponía en ella: “Vardaman: Mi madre es un pez”. Así que subrepticamente me puse a leer la novela en un rincón, como hacía el lector pobre. Era *Mientras agonizo*; lo compré cuando logré reunir unos duros, y me dejó de un modo tal que no podía dormir. Creo que estuve encerrado cuatro o cinco días con ese libro hasta que mi madre me dijo que no hiciese el idiota y fuera a la academia —eran los últimos años de la Guerra Mundial, cuando en las librerías españolas se vendían rosarios, lápices y algún sacapuntas».

§ *Proust, Kafka... e incluso Joyce.*

«Kafka, Proust y Faulkner son tres escritores que siempre me han obsesionado. Por muy bien que los conozca siempre me dejan perplejo. Hay un rasgo común a los tres: los tres son capaces de abandonarlo todo —el héroe, la narración, la unidad dramática, las proporciones del todo— por indagar el sentido más cabal y último de una sola palabra. Por una sola conjunción, colocada en un contexto especial, son capaces de consumir páginas y páginas. Eso es en definitiva una postura cuya raíz hay que buscarla en la misma pasión que un día les llevó a escribir. Esa es la prueba de su honestidad; porque una vez que adquirieron la maestría del estilo, se convencieron que lo importante era su función, más que el objeto del discurso, porque tan válido es una conjunción como un amor contrariado».

«Yo supongo que la herencia de Proust es la del lector mientras que la herencia de Faulkner es la del escritor. La lectura es la culminación de todo un estado cultural, mientras que la escritura es su origen. Históricamente, Proust corona la función cultural de la lectura, mientras que Faulkner inicia una profesión cultural de cierta escritura».

«Un idioma forjado en el siglo XIII, como el toscano, ha dado tres genios; los ingleses han dado cinco, de los cuales, uno

nació en Polonia, y tres, en Irlanda; los genios franceses se reducen a ninguno, si exceptuamos a Proust».

«Benet, no menos extraordinario ensayista literario que novelista, leyó muy atentamente y escribió acerca de Henry James, Flaubert, Beckett (de quien tradujo, en uno de los últimos trabajos literarios de su vida, cuatro piezas cortas de teatro), Shakespeare, Thomas Mann y Euclides da Cunha, señalando varias veces como escritor vivo que más le interesaba a Thomas Bernhard. Pero hay un autor a quien me consta que admiraba profundamente de un modo menos manifiesto: Marcel Proust. Releyendo a ambos hace un par de años, por un azar, en simultáneo, lo que yo barruntaba se me hizo evidente: más que de Faulkner, de James o de Beckett, la construcción del período, el tejido de las reminiscencias, la metáfora no como ampliación retórica del discurso sino como eje del mismo, proceden de Proust, siendo ese cuño proustiano que yo veo en Benet especialmente remarcable en *Una meditación*». Vicente Molina Foix: *Enemigos de lo real*.

«En la solapa de *En la penumbra*, dicen que es heredero de Joyce, de Conrad, de Faulkner, de Proust. —Reniego de la elección de Joyce. La habrán querido poner los editores como reclamo. Joyce nunca me ha interesado nada, exceptuando *Dublineses*. Me ha parecido muy ingenioso, y el ingenio no me interesa nada en literatura; tal vez de cuando en cuando, cada cincuenta páginas, pero eso de que todas las páginas sean ingeniosas no lo puedo soportar».

«Si tengo algunas reservas que hacer respecto a Joyce es por su aspecto de escritor de poco alcance intelectual y de escasa visión. Un hombre metido en el mundo de la literatura, costumbrista por supuesto, en cuyo estrecho círculo intentaba hacer su revolución, pero que en otro orden de ideas resulta ser un pensador, por decirlo así, bastante menguado. En ese orden, Joyce

me interesa poco, a pesar de que ciertas fórmulas suyas o ciertos mecanismos de su narración han influido evidentemente en todos los escritores del siglo, desde la aparición del *Ulises*. ¿Que en mi obra aflora una influencia que atesora ya toda la humanidad letrada? Puede que sí. Yo no soy tan perspicaz y no lo adivino tan claramente, a menos que pertenezca al acervo común de todos nosotros. Pero esta influencia directa... Si usted es tan amable de señalármela, me hará usted un buen servicio».

«A mayor originalidad tipográfica —valga decirlo así— menor intensidad de pensamiento. *Dubliners* es la originalidad de contenido, sin la menor primicia tipográfica; *Ulysses*, la originalidad de la dicción; y *Finnegans Wake*, la originalidad del lenguaje, de la técnica, de la herramienta».

«De hecho nadie ha leído su *Finnegans Wake*, que es intraducible y nada produce (menos 500 tesis en las universidades americanas); es una obra, como le dijo Wells, que solo le había divertido y le divertiría a él. Nadie lo sigue cómodamente en su casa, en una butaca; pues hay que estudiarlo muy profundamente; no bastan las herramientas ordinarias, hay que tener conocimientos tan personales como los de Joyce, y no siendo James Joyce uno no se entera de nada».

§ *Enclídes da Cunha*.

«Encerrado en mi despacho apenas salía a comer ni visitaba los trabajos, enfrascado en una lectura que cuando la abandonaba seguía atenazando mi imaginación —no escuchaba lo que me decían ni veía lo que me enseñaban—, puesta en Canudos y en el Conselheiro. No necesité el diccionario: el entusiasmo, la voracidad, me inspiraban el significado de las palabras ignoradas. Por mucho que me apremiaran —“Don Juan, se va a calar el túnel”. “Don Juan, se va a desviar el río”. “Don Juan, se va a hormigonar los cimientos”—, yo apenas respondía, casi decidido

a colgar de la puerta de mi despacho aquel cartel que decía: “No molesten; estoy en Canudos”».

«Si *La rama dorada* de James Frazer ejerció gran influencia sobre la configuración mítica del bosque de Mantua, del guarda que lo protege y del cosmos regionato en general, la obra *Los sertones* de Euclides da Cunha resultó determinante para las descripciones de la comarca literaria. En varias ocasiones, Benet ha dejado constancia del peso que tuvo la lectura de da Cunha en la concepción de la naturaleza de Región. Una vez más la profesión de ingeniero y sus desplazamientos entre obras le brindan a Benet una oportunidad muy provechosa para su actividad literaria. Cuando fue jefe de obra para la construcción de los canales de Quereño y Cornatel, en Ponferrada, en torno a 1956, Benet tuvo dificultades para entenderse con algunos de los obreros que, a su parecer, nunca habían salido de la provincia de Orense. Para superar el obstáculo lingüístico, el escritor decidió aprender gallego. A falta de libros en gallego, en uno de sus viajes a Portugal el autor compró la obra de Euclides da Cunha en su lengua original. (...) La fascinación del autor por la obra del brasileño se debe a diferentes razones. Quizás la primera es de tipo biográfico. Da Cunha compartía con Benet la profesión de ingeniero, que interrumpía de vez en cuando para dedicarse al periodismo y la escritura. Además, el tema principal de *Los sertones* es la crónica de la guerra civil que tuvo lugar entre 1896 y 1897 en Canudos, actual estado brasileño de Bahía, entre los rebeldes guiados por el líder mesiánico Antônio Conselheiro contra el estado central. Sin embargo, creemos que lo que más llamó la atención de Benet fueron las minuciosas descripciones del territorio brasileño concentradas en la primera parte de la obra, titulada “La tierra”. Como el mismo Juan Benet afirmaba, en aquellos años *Los sertones* constituyeron toda una revelación para él: “Euclides empieza su libro con una descripción geofísica de

esa región, del clima, de la constitución geológica⁵⁶, de las pocas civilizaciones que han pasado por allí. Aquello me llamó la atención por el poder descriptivo que tenía de hacer llegar al lector a un terreno muy poco emparentado con lo que yo podía tener delante de mis ojos. En cierto modo me sirvió mucho de guía para determinadas páginas descriptivas del lector no natural que yo tenía”». Stefania Imperiale: *Contar por imágenes. La narrativa de Juan Benet*.

§ *Baroja y una isla desierta.*

«Yo no he aprendido nada de narrativa, en este siglo, si no es de Baroja. Claro que aprender se aprende de muchas maneras: negativamente, por ejemplo, es decir, por reparos, por objeciones. Lo que se dice quedar emocionado con un párrafo solo me ha ocurrido con Baroja, no recuerdo a nadie más. Ni Valle-Inclán. De Valle he aprendido, precisamente, por las objeciones: esto me parece recargado, esto creo que está mal dicho, este objetivo sobra, etc. Es muy difícil que yo concuerde con un verbo o un adjetivo que Valle ha puesto, pues no hay ninguna similitud de pensamiento entre él y yo».

«Pregunta anodina: ¿Qué libros se llevaría a una isla desierta? —Todo depende de la potencia del buque. Digamos *Don Quijote*, *Los anales* de Tácito y posiblemente de otros autores latinos, Montesquieu, *El espíritu de las leyes* y las *Cartas Persas*, Proust, Céline, en general muchos autores franceses (pero ni Balzac ni Stendhal ni Zola ni Sade), Herzen, Chéjov, Turguénev, Dickens... Sobre todo, nunca me llevaría libros de Goethe, que debe ser el escritor clásico más tonto de Europa... Faulkner: no

⁵⁶ “Transmontadas as serras, sob a linha fulgurante do trópico, vêem-se, estirados para o ocidente e norte, extensos chapadões cuja urdidura de camadas horizontais de grés argiloso, intercaladas de emersões calcárias, ou diques de rochas eruptivas básicas, do mesmo passo lhes explica a exuberância sem par e as áreas complanadas e vastas”.

creo en las ‘influencias’, pero debo reconocer que nunca hubiese escrito si no hubiese leído a Faulkner».

— sobre los otros —

§ *Palabra de Benet.*

«En la literatura de algunos escritores más jóvenes que nosotros los ejemplos de benetianismo, en diversas intensidades y con diferentes alcances, me parecen innegables. —Es difícil hablar de eso. De los calcos sería fácil. De vez en cuando, ¿qué quieres que te diga?, sí, sería muy estúpido si no reconociera que alguien ha escrito así una frase porque antes había leído algo que yo había escrito. Insisto, no son calcos, son voces prestadas, y a veces tomadas a préstamo sin mayor conciencia de ello. Te diré que yo he detectado esa influencia, y muy malsana y muy mal cogida, en escritores que son mayores que yo o por lo menos son mis contemporáneos, que nunca se confiesen influidos»⁵⁷.

«No me parece que yo represente hoy la figura de un “maestro” para la nueva generación de escritores españoles en el sentido de haber marcado una línea literaria que se sentirían obligados a seguir⁵⁸. Creo que he efectuado una ruptura “moral” con

⁵⁷ Para Eugenio de Nora, autor de “La novela española en tiempos de Juan Benet”, «Benet ha sido, inicialmente, y mucho más que el relativamente ‘popular’ Martín-Santos, un escritor para escritores. Y en ese campo, en su misma extremosidad, de señalada eficacia».

⁵⁸ Incluye Rafael Reig en *Manual de literatura para caníbales* la siguiente parodia: «¿Es el heredero de Benet! —proclamaban los críticos alborozados como colegiales. —Bueno, ¿y qué? —oponía el inevitable escéptico—. Total, nadie ha podido leer jamás una novela de Benet entera. Eso no tenía importancia. Benet era, por decisión unánime de los mandarines, el novelista español más influyente de los últimos cincuenta años (a contar siempre desde la fecha de pronunciación de la frase). —Por favor, se lo suplico, póngame un ejemplo de algo escrito bajo el poderoso influjo de Benet. Uno solo, el que le dé la gana, aunque sea el prospecto de algún medicamento —les solicitaba el escéptico a los mandarines, que se veían así puestos en un verdadero brete».

la literatura que se escribía antes en este país. Los jóvenes novelistas, como J. Marías, F. de Azúa, S. Puértolas, son personas mucho más cultivadas que los escritores de la generación precedente; y sienten también, como yo, poco respeto por la literatura española tradicional. Han aprendido el oficio leyendo a los autores ingleses, franceses, rusos... y han roto con la tradición como yo. No se trata de un magisterio; es más bien una conducta que ellos aceptan, una ética».

«Los amigos acostumbran a otorgar su admiración de antemano, lo que les libera del esfuerzo de una audición atenta; en segundo lugar, atribuyen al capricho cualquier idea nueva y atrevida que no corresponda a lo que esperan de un hombre que están seguros de conocer muy íntimamente; y por último, mucho más que a una audiencia anónima, les gusta obtener en nombre de la amistad un buen número de concesiones por parte del artista». Nada más cierto; llega un momento en que aquella fructífera intimidación se hace —por razones tan certeramente apuntadas por Cushman— abortiva; una excesiva indulgencia, una consabida superficialidad y una tendencia a regalarle el oído con lo ya conocido y amado, obliga al artista a moverse en el círculo de sus amigos como una reliquia, a representar una comedia que en su fuero interno ya no le divierte».

«Para acabar con lo de los discípulos, confieso que, aunque asunto enojoso, también hace gracia y es estimulante al mismo tiempo, y enorgullece. ¿Cómo no me va a enorgullecer que personas preparadas, cultas, más preparadas y más cultas que yo mismo, se vean influenciadas? Por otro lado, tengo el deseo ferviente de que no se sometan, que no se atengan a unos falsos cánones y que cada uno tenga su propia vida. Casi, casi, es una situación doméstica. Lo que puede resultar una horrible cosa es que el hijo no sepa separarse de ti, no sepa salir de casa, que sea *un enfant nourri au chocolats*».

§ *Palabra de discípulo.*

En “Benet y la ‘novelística’ española” apunta Ignacio Echevarría que «para Mendoza, Juan Benet ha sido probablemente la figura literaria española más influyente del pasado siglo. Tendría un gran interés perseguir los rastros de esta influencia, que en la mayor parte de los casos parece derivar de la personalidad tan seductora de Benet, del vigor y de la originalidad —del talante— de sus ideas, mucho antes que de su propia práctica literaria».

Eduardo Mendoza reconoce gozoso que «Juan Benet impuso un rigor que nos fue muy bien para los que escribíamos entonces. Yo pensaba, escribiendo: “Qué pensará, qué dirá Juan Benet...”. Recuerdo que cuando publiqué *La ciudad de los prodigios* Benet publicó un artículo en la revista *Leer*. Primero tuve una cena con él en Madrid. Me dijo: “Eso es una tontería; parece mentira, tendría que darte vergüenza haber publicado eso”. Y yo me pasé toda la noche sin dormir. El resto del mundo me daba igual, pero lo que decía Benet... Y luego resultó que todo era una broma porque publicó ese artículo: “Esta novela me gusta mucho, me hubiera gustado escribirla a mí”. Y era una novela de pistolas, de aventuras, de tiros, de persecuciones. Bueno, ahí influía la amistad, pero eso fue lo que escribí».

Conviene Javier Marías en que «habida cuenta de que lo conocí siendo muy joven, con dieciocho años, tenía por costumbre darle mis propios libros antes de publicarlos, y digamos que su opinión era la que desde el principio, desde que empecé a publicar, la que más me importaba». Confirma además el autor de *Corazón tan blanco* que «él ha tenido una cosa que ningún escritor de su generación ha tenido de manera equivalente, y que yo creo que en el fondo es una gran suerte para él o lo fue. Yo no creo que ningún otro escritor de su edad, incluso probablemente de la generación más vieja que la suya, ha tenido una serie de personas que a su vez eran también escritores y que lo consi-

deraban un maestro literario, maestro en el sentido de un gran escritor, no en el sentido, como ya he dicho antes, de maestro al que seguir literariamente, pero sí un gran escritor, y que se reclamaban también herederos de él, insisto, no tanto en la propia literatura que escribíamos cuanto de una manera vital, una herencia de tipo personal. Eso, si no me equivoco, no lo ha tenido ningún otro escritor de su edad, o no en tal grado. Todo escritor tiene probablemente admiradores y gente que le sigue y que lo jalea, pero no han sido a su vez escritores. O al menos no sé, a mí me cuesta imaginar esto en otro caso».

§ *Otras Palabras.*

Opina Nora Catelli que «Benet obtuvo en su propia sociedad literaria una aceptación sin parangón posible con otros autores de su generación, ya que a la veneración interior se le agregó, lenta, discreta, aunque cada vez más consistentemente, la aceptación de los escritores y críticos —hispanistas universitarios— españoles y norteamericanos. Lo atestigua ya el volumen de textos en torno de su obra reunido por Kathleen Vernon en 1986 para la editorial Taurus; los primeros artículos allí recogidos son de finales de los sesenta y principios de los setenta, casi paralelos a la aparición de sus legendariamente incomprendidas obras inaugurales. Esto demuestra que, salvo aquel breve e iniciático lapso de indiferencia, no hubo alrededor de Benet ni silencio ni desprecio críticos⁵⁹, solo desdén editorial. (...) No existen hoy discípulos proclamados de Sánchez Ferlosio, Carmen Martín Gaité, Juan Goytisolo, ni siquiera del raro Miguel Espinosa. Hubo, en cambio, jóvenes poetas y escritores que se reclamaron y se reclaman de Benet, junto con también jóvenes académicos

⁵⁹ A título de ejemplo, en 1974 José Batlló escribía un artículo en *Triunfo* («El callejón sin salida») en que afirmaba que «el valor de las nuevas novelas, relatos o poemas es difícil de fijar, especialmente si se pretende compararlo con el de los anteriores. Sin embargo, a pocos se les ocurre dudar que Juan Benet dé ciento y raya al primer Juan Goytisolo».

españoles e hispanistas chilenos, peninsulares, norteamericanos».

Para Ignacio Echevarría, «la cuestión es que el poderoso efecto de contraste que la obra de Benet estaba llamada a producir en relación a las novelas de sus contemporáneos españoles quedó en gran medida apagado por el brillo, mucho más llamativo y más chillón, de los narradores latinoamericanos que entonces desembarcaron en España».

Dicho todo lo anterior, valgan como colofón estas líneas escritas por José-Carlos Mainer en *El aprendizaje de la libertad. 1973-1986* para confirmar la influencia decisiva y sobresaliente de Juan Benet en la literatura española —que no en español— de su tiempo: «En 1991, la Feria Internacional del Libro de Fráncfort dedicó a España su sección monográfica. (...) Con motivo de aquel acontecimiento, la revista *Quimera* consagró su número extraordinario 106-107 a recoger y glosar los resultados de una encuesta entre dieciocho críticos a los que se había pedido que relacionaran los cinco mejores libros desde 1975 a la fecha: el canon literario de la Transición, en suma. El resultado anduvo, sin duda, muy cercano a la sensibilidad de la propia revista pero no dejaba de ser sugerente. Se privilegiaba, sin duda, un cierto grado de trascendencia literaria, al margen de frivolidades posmodernas, y se exaltaba a aquellos escritores para los que era problema esencial la constitución de la escritura. Sin embargo, es el autor más mencionado —y, por ende, el más importante del periodo— Juan Benet: seis citas, de las que tres corresponden a *Saúl ante Samuel* y dos a *Herrumbrosas lanzas*».

— veredictos —

A juicio de Carmen Martín Gaité, «en el caso del lector Benet la aprobación incondicional y entusiasta es altamente infrecuen-

te. Se trata la suya de una lectura más bien a la defensiva y no pocas veces impregnada de la misma actitud un tanto de *magister* que achaca airadamente a los críticos profesionales, con los cuales se mete sin piedad a la menor ocasión. Juan Benet a lo leído siempre le opone cierta resistencia, tanto si le gusta como si no. Una resistencia —todo hay que decirlo— más visceral que rigurosa. En el tono con que implanta sus preferencias y enemistades literarias, ya desde las primeras páginas de este ensayo [*La inspiración y el estilo*] queda de manifiesto que su *critique d'écrivain* no va a estar presidida por la imparcialidad característica de un análisis a conciencia. Lo mismo cuando reniega de lo leído que cuando parece comulgar con ello, cierta mezcla de arbitrariedad y dogmatismo resta autoridad a lo que a veces intenta dejar sentado como artículo de fe. En una palabra, el campo ofrecido a Benet por la lectura de un determinado texto le da pretexto no tanto para explorarlo a fondo como para injertar en él cultivos exóticos donde se superpone a todo lo demás su propio afán de ejercitarse en la lid literaria, la forja de ese estilo sobre el que tanto divaga, oponiendo al “lenguaje del soplo” el pulimento de la herramienta». Veamos.

§ *Literatura universal.*

«En el Siglo de las Luces hay autores que no me dicen nada. No soporto a Voltaire, que me parece un ganso. Rousseau es un pedante insoportable, está siempre enseñando. Es un maestrillo, y luego con ese estilo tan sebáceo... Es todo tocino».

«La historia está saturada de ejemplos de excelentes literatos que no han ejercido influencia ninguna y el propio Goethe puede personalizar el caso del clásico oportuno a quien las ansias de un país en ciernes —carente de una tradición tan poderosa como la de sus vecinos— coloca en un pedestal desproporcionado a sus méritos y virtudes; y creo que a este respecto merece la pena señalar la escasa influencia que —a diferencia de Dante, Shakes-

peare, Cervantes, Proust y Turguénev— ha tenido *Fausto* más allá de las fronteras de su idioma. Acaso no hay solución para el divorcio entre la academia y el pueblo: la ambición intelectual y el favor popular no son fácilmente conciliables».

«A mí no me gusta Dostoyevski y no tengo por qué someterme a los criterios establecidos. Estas opiniones ya son más difíciles de suscribir cuando se trata de contemporáneos y de autores vivos, porque no está bien maltratar y amargar la vida de la gente. Como no me importa nada amargar la tumba de Dostoyevski me permito decirlo con total tranquilidad: que Dostoyevski, sí, realmente me parece un sonajero»⁶⁰.

«A Dostoyevski y a Tolstói no los puedo soportar. Tolstói todavía, porque de vez en cuando hace una descripción que está bien. Dostoyevski es un fantoche. Lo que hizo Juan de Orduña con el cine español lo hizo Dostoyevski con la novela. A mí lo que me gusta es Turguénev. —¿Y quién más? —Pues... Thomas Mann, Proust, Faulkner, Cervantes, Shakespeare, Suetonio, Tácito, Propertio...».

«Balzac y Zola me parecen dos escritores pobres, pero habilidosos; mucho más Balzac que Zola. Zola es un hombre ramplón y grueso, que pintaba con brocha gorda escenas de ferroviarios que no había vivido. (...) En cuanto a Balzac, parecía un ingeniero del catastro, un individuo a quien gustaba proyectar

⁶⁰ A Milan Kundera, como leemos en *Jacques y su amo*, lo que le «irritaba de Dostoyevski era el clima de sus libros; el universo en el que todo se vuelve sentimiento; en otras palabras: en el que se eleva el sentimiento al rango de valor y verdad. La sensibilidad que reemplaza al pensamiento racional pasa a ser el fundamento mismo de la incomprensión y de la intolerancia; pasa a ser, como dijo Carl Gustav Jung, la “superestructura de la brutalidad”. La elevación del sentimiento al rango de valor se remonta muy lejos, tal vez hasta el momento en que el cristianismo se separó del judaísmo. “Ama a Dios y haz lo que quieras”, dijo san Agustín. La célebre frase es reveladora: el criterio de la verdad se desplaza así del exterior al interior: cae en lo arbitrario de lo subjetivo. La vaguedad del sentimiento de amor (“¡Ama a Dios!”, imperativo cristiano) reemplaza la claridad de la Ley (imperativo del judaísmo) y se convierte en el muy impreciso criterio de la moral».

“la novela del intrigante”, “la novela del rico”, “la novela de la joven viuda”, “la del hombre arruinado”, para reflejar absolutamente toda la sociedad de París; se quedó a la cuarta parte».

«Por Musil siento un aprecio razonable, pero nunca me ha parecido que sea un novelista de primera fila. Es un escritor correcto, un poco altisonante pero demasiado convencido de su obra. No sé si sabía tomárselo con la suficiente dosis de humor. Sí, es un escritor de alto coturno, lo que siempre resulta molesto».

«Virginia Woolf no tenía demasiado; su obra, aburrida y carente de interés, está bien para quien le guste mucho tomar el té a las cinco de la tarde, pero si alguien quiere regodearse en una obra literaria para sacar un buen pensamiento no le dejará más que hambre... Lo más meritorio de Virginia fue su muerte, una muerte heroica eso sí: se llenó de piedras los bolsillos de su traje y se tiró a un río poco después de que estallase la Segunda Guerra Mundial».

«A Hemingway⁶¹ nunca lo leí con gusto. Leí con más gusto a Fitzgerald. Hemingway me ha dejado siempre un tanto frío. Me parecía siempre más un escritor de revistas. Su famoso poder coloquial me decía poco, y el vigor de Hemingway me parecía un vigor de propaganda. La literatura de Hemingway, para mí era eso de: “Use Vd. la pasta dentífrica tal y tendrá los dientes tal”».

«¿A quién prefieres entre Bertrand Russell y Jean-Paul Sartre? —No tengo la menor simpatía por ninguno de los dos. El uno me parece un sonajero y el otro a lo que más me recuerda es a un anuncio puesto por una marquesa a raíz de la pérdida de su caniche: “Se ha perdido escritor francés, de alcance nacional, au-

⁶¹ Para Faulkner, Hemingway era un autor «nunca conocido por usar una palabra que remitiese al lector a un diccionario».

reolado con todas las virtudes del intelectual. Responde al nombre de...».

«Para empezar, Samuel Beckett es un hombre de letras de una vez, de una pureza que se da cada vez menos (apenas quedan ya ejemplares de esa raza que se extingue y que sin duda se despidió del mundo como estirpe el día que Kafka bajó a la tumba) desde que se inventó la cultura de masas y se descubrieron las mil y una posibles ocupaciones del escritor en el seno de la sociedad de la competencia, industrial de día y culta a partir de las siete de la tarde (...). Y no me refiero tanto a la categoría de pureza de su obra literaria —al emplear una palabra que se presta a demasiados equívocos— como a la simplicidad de una vida que (por lo poco que se sabe de ella) tan solo está dedicada a las letras y al aspecto más noble de ellas: porque desde hace mucho tiempo ni se ocupa de las labores menores ni aprovecha las oportunidades que la sociedad de la competencia le ofrece y que tan deseosa estaría de contarle entre sus deudos: ni colabora en las revistas literarias, ni asoma a los medios de difusión ni busca el aplauso del gran público».

«En el *Nouveau roman*, el único que me interesa realmente es Robbe-Grillet, y sin embargo ya le he dicho que no soporto el erotismo literario. Pero me gustan los pensadores franceses y Roger Caillois más que ninguno. Con los latinoamericanos no veo esa relación. Nos dicen que son grandes paisajistas. Aunque en García Márquez o Vargas Llosa no percibo el paisaje, no observo más que frases simples y caricaturas de los personajes. Si acaso Alejo Carpentier... Prefiero a los norteamericanos como John Gardner o William Gass. Pero pensándolo bien, creo que es Thomas Bernhard el escritor vivo que más me interesa hoy».

«Sade es Benavente y Klosowski es “El Caballero Audaz”, ni más ni menos. Lo que pasa es que es muy fácil: lo más fácil del mundo es ser Pasolini. Los Klosowski y Pasolini se han subido

al pedestal de lo maldito por voluntad propia. (...) Sade tiene el mismo predicamento intelectual que el Play-Boy, pues ya sabemos que poner a una señora con medias negras justas... pues eso es Sade».

«Del siglo XX me interesan Thomas Bernhard, Isaak Bábel. Son escritores de mi predilección personal. Me gustan también los franceses Julien Gracq o Roger Callois, que para mí es el mejor francés del siglo. Es asombroso. Pero solo los especialistas los citan y muy de tarde en tarde. En realidad, con que un siglo dé seis escritores de primera ya está bien servido. Y el XX los ha dado. En mayor medida que el XIX, que fue un siglo literariamente insoportable. De más atrás me interesan muchas cosas, la literatura romana del siglo II, por ejemplo. Es mucho más interesante que la literatura griega —incluidos los trágicos, que eran todos como los Antonio Gala de su tiempo—. El teatro griego es una lata y una cursilería».

«Por su erudición, por su estilo brillante y escueto, por la calidad de la reconstrucción de aquel hecho, por esa tan británica imparcialidad y firmeza en el relato de las causas y los antecedentes, por la serenidad con que destila toda la tragedia, no tengo el menor pudor en afirmar que *La caída de Constantinopla* [de Steven Runciman] es el libro que me habría gustado escribir».

§ *Literatura hispanoamericana.*

«¿Es la literatura actual de América Latina mejor que la de antes? ¿Es mejor la literatura de Onetti y de Llosa que la de Rómulo Gallegos o la de Rivera? —No lo sé. Mejores sí son García Márquez y Rulfo, que son dos seres excepcionales. —¿Cortázar no tanto? —Cortázar, no. Es un hombre mediocre que no sabe escribir. Escribe muy bien tres páginas. Lo que pasa es que como no tiene sentido de la limitación, escribe quinientas. Y eso no lo sabe hacer. Tres páginas las escribe admirablemente. Es hasta más brillante que cualquier otro en esa dimen-

sión. Pero lo que no sabe hacer es una composición grande, y además eso es lo que le gusta hacer para mayor inri. Es un hombre de gusto chabacano».

«A mí me gustan tres hombres de Sudamérica: Alejo Carpentier, García Márquez y, en cierto modo, el más grande de ellos: Juan Rulfo. —¿Le parece épica la obra de Rulfo? —Por supuesto. *Pedro Páramo* es un poema épico. Toda su metáfora, y toda su cosmogonía, es épica. *Cien años de soledad* es épica. Ya no estoy tan seguro con Carpentier, aunque es muy claramente épico en *El reino de este mundo*. —¿Y Lezama Lima? —No me interesa».

«De los nombres que todos conocemos, y esto no es más que una opinión personal como cualquier otra, me gusta García Márquez, pero no me interesa nada. No me interesa ni su forma de novelar ni su temática. (...) García Márquez es un escritor florido y brillante, pero toca una melodía que se compuso hace siglos, muy bien compuesta».

«Recientemente, Augusto Roa Bastos ha sido galardonado con el premio Cervantes. —No lo he leído. Estos autores latinoamericanos de novelas fundacionales son unos morcillones. —¿También García Márquez? —Me parece un canalla, pero sus primeras novelas son interesantes. Aunque *Crónica de una muerte anunciada* es una novela que sí me gustó. Lo demás no he podido soportarlo».

«Le he leído [a Onetti] algo. He leído *La vida breve* y *El astillero*. No es un hombre que me interese, me parece literariamente muy triste».

§ *Literatura española.*

«Yo no veo en el horizonte de nuestras letras ningún Schiller, ningún Milton, ningún Kleist, ni un Stendhal ni un Tolstoi, esos hombres que —cualquiera que sea su estatura artística— aparecen siempre fundidos en una sociedad y compenetrados con una aventura colectiva de la que extrajeron la mejor inspiración

para cantar lo único que les merecía un verdadero respeto. Ni siquiera veo, a partir del siglo XVI, un espíritu semejante y superviviente de aquel que informó el *Cantar de mio Cid* o las *Coplas* de Jorge Manrique».

«La literatura de creación en castellano después de Cervantes deriva hacia el costumbrismo. Claro que era muy difícil hacer algo después de Cervantes. Además, él dio una puñalada al *gran estilo* al ridiculizarlo al tiempo que lo dominaba. Después ya no se preocuparon del gran estilo, y se degradó y se degradó. No hay ninguna voz posterior a Cervantes que tenga el estro, la altura y la profundidad de un Jorge Manrique, por ejemplo».

«Lope de Vega es un escritor de segunda fila, mediocre, ñoño, con una cultura de portal y un léxico de lego; pero en definitiva, ¿es posible mover la efigie de Lope de Vega? No se mueve nada».

«Nuestro desgraciado siglo XIX. Con independencia de la figura de Clarín, todos sus ídolos son detestables y no existe ningún gran escritor español en el siglo XIX, excepto Bécquer y Rosalía».

«[Galdós] literariamente emociona poco y representa mucho. Bien mirado, aparte de una imagen —bastante discutible— de la sociedad que pintó, logró poca cosa, ni siquiera una de esas frases sugerentes que sirvan luego de pórtico a un libro de poemas. Carecía de un lenguaje bello, su imaginación era litográfica y tan solo se desvivió por poblar las estanterías de la burguesía con un innumerable censo de personajes que algunos críticos —haciendo uso de un término que produce muchas sospechas— calificarán luego de “muy humanos”». / «Cambio todo Galdós por una novela de Stevenson. Lo que hacía Fortunata por la calle Mayor no me ha interesado nunca, absolutamente nada».

«La novela española de la postguerra no me interesa nada. Sin excepciones. Ni la de Ferlosio, ni la de Martín-Santos».

«Martín-Santos era muy amigo mío. Hicimos las primeras armas literarias juntos. Éramos íntimos, y la novela no me gustó justamente por venir de quien venía. Vivíamos separados; él en San Sebastián y yo en Asturias; y fui en coche expresamente para verle y decirle que era impropia de él. Se asombró de que estuviese en contra de una opinión creciente laudatoria: estaba seguro de su obra. De hecho se produjo un distanciamiento entre ambos después. Veía yo, una vez más, el peligro del costumbrismo y la ramplonería; me parecía que romper el cerco del realismo con elementos joyceanos era relativamente fácil. Luis tenía más estatura y seguro que hubiera despegado de haber vivido».

«En los años cuarenta había, por decirlo brevemente, una literatura “de derechas”, una literatura “beatífica” que sostenía el régimen franquista, un maniqueísmo sin ninguna oposición. Estaba Cela... Después, a partir de los años cincuenta, comienza el realismo social, un realismo “de izquierdas” que imitaba a la novela soviética o al existencialismo francés. Crearon, muy tímidamente, una literatura de oposición, pero sin ninguna crítica abierta al régimen a causa por supuesto de la censura. Abordaban temas un poco tabúes en la época: los nuevos ricos, las dificultades de la clase obrera... Era la fiel continuación de la literatura del siglo XIX, lo que se llama en España “el casticismo”, el empleo de una lengua que se considera pura, auténtica, sin mezcla, una lengua llamada *del pueblo*, sin ideas, sin pensamiento. La novela se reducía a lo pintoresco; era la pintura de la taberna, de la calle, de la pensión, del pequeño restaurante, de la modesta familia con dificultades económicas. Todo eso. (...) Lo que me enfurecía era, sobre todo, la mediocridad literaria de todos los novelistas españoles. No había literatura española contemporá-

nea; todos los escritores españoles entre 1900 y 1970⁶² han escrito a la manera de la generación del 98, el naturalismo acomodado a la moda española, a la lengua castellana. Todos, todos, todos. Era una literatura arruinada de antemano, pertenecía ya al pasado antes de ser escrita. Copiaban la realidad española con los medios, el sistema, el estilo de la gran tradición de la novela naturalista; y es eso lo que yo no soportaba».

«Como antes se ha insinuado, nada se sabía en el país de los escritores del exilio que solo en la década siguiente lograrán romper las barreras aduaneras para llegar al público. Y solo después de 1975 la mayoría de ellos se incorporará al país, algunos con indudable éxito y merecimiento. Lo cierto es que sus obras se conocieron, en general, mucho después de publicadas y por eso, aun cuando fueran leídas y apreciadas en su justo valor, no ejercerían un gran influjo en la evolución interior. Del numeroso censo del exilio —siempre encabezado por Aub, Ayala y Chacel— destacaré tres obras memorables que, a mi entender, alcanzan las cotas más altas de la narrativa de esos años: *Los pasos contados* de Corpus Barga, *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre* de Ramón J. Sender y *La plaza del Diamante* de Mercé Rodoreda».

«Sigo con interés a Eduardo Mendoza. *La ciudad de los prodigios* puede que sea una de las novelas españolas más divertidas del siglo. Álvaro Pombo, Javier Marías, Juan José Millás, José María Merino, José María Guelbenzu... Hay otros, pero creo que no disfrutaban lo suficiente escribiendo. Porque quieren convertir-

⁶² En opinión de Martínez Sarrión (*Jazz y días de lluvia*), «sus gustos por la narrativa española del siglo XX eran de tal modo limitados, que a mí me parece que solo le gustaba Baroja, un autor en sus antípodas estilísticas y arquitecturales, pero unido a él por una común debilidad: el romanticismo más depurado, seco y sombrío. De la prosa clásica, ponía a Bernal Díaz del Castillo casi a la altura de Cervantes y ahí se acababa para él todo, si ponemos aparte al Padre Sigüenza y su crónica sobre la construcción del monasterio de El Escorial. Acaso también el *Guzmán de Alfarache*. El resto, Clarín incluido, aunque aquí vacilaba un momento, era “taberna” y mal estilo».

se en “escritores”, en “grandes figuras intelectuales españolas”. Entonces se esfuerzan en escribir un poco cada día, con la mirada fija sobre la situación del ‘autor’. Olvidan que el libro es más importante que el autor. Tomeo no está mal, pero no cambia de sabor: su obra es como un plato de croquetas. (...) Para el lector no vale tanto el arte del narrador cuanto la calidad de la narración. Y a ese respecto he de mencionar dos excepciones a lo que he dicho antes: *La ciudad de los prodigios*, de Mendoza, y *Todas las almas*, de Marías, son dos novelas de una vez, insuperables, lo que más me ha complacido de la narrativa castellana en muchos años y tal vez decenios».

grand style

«El lenguaje, el lenguaje
les falla.
No conocen las palabras
o no tienen
el coraje de usarlas».

William Carlos Williams: *Paterson*

§ Ni Juan Benet ni el *Oxford Advanced Learner's Dictionary* ni la *Encyclopaedia Britannica* definen con precisión qué sea el *grand style*. Sí lo hace el *Merriam-Webster Dictionary*: “A literary style marked by a sustained and lofty dignity, sublimity, and eloquence (as often attributed to epic poets)”.

§ Para el Juan Benet de los comienzos el estilo lo es todo. «Tú has dicho —le escribe a Carmen Martín Gaité en marzo de 1965— que el primer problema es la búsqueda de un lenguaje idóneo. Yo no estoy tan seguro de esa prioridad. En primer lugar porque —es una cuestión de denominación— lo que tú llamas lenguaje, yo lo llamo, creo, estilo, y porque el problema del estilo es progresivo; nunca se parte de él para llegar a una cosa cualquiera sino que se parte de una cosa cualquiera para llegar a él; no es el medio sino el fin. Si hemos de alcanzarlo, el día que lo hagamos la obra está rematada, habrá que inventar otra». Un año después publicará el corpus teórico sobre el que se sustenta el armazón estructural⁶³ de su obra: *La inspiración y el estilo*.

⁶³ Por venir al lenguaje propio de los *structural engineers*, a las estructuras que construyó Benet en sus primeros años cabe adjetivarlas de hiperestáticas: «Una estructura es hiperestática cuando el GIE [Grado de Indeterminación Estática] > 0. En este caso el número de ecuaciones de equilibrio es menor que el número de incógnitas estáticas. Una estructura hiperestática tiene infinitas configuraciones estáticamente admisibles. Será, por tanto,

§ En prólogo a ciertos *Ensayos de incertidumbre*, Ignacio Echevarría afirma que «pertenece Benet a esa clase de escritores que —como Eliot, como Borges— irrumpen en una tradición literaria con ideas muy claras acerca del lugar que pretenden ocupar y que, a efectos de crear las condiciones idóneas para su recepción, se dedican a invocar su propio advenimiento. Durante los años en que escribe su primera novela, *Volverás a Región*, y aleccionado por esa indiferencia con que fue recibido su primer libro de cuentos, Benet se siente impelido a exponer su propia concepción de la literatura en general y de la novela en particular, con tanto más motivo en cuanto tiene plena conciencia de que con ella se opone frontalmente a la tradición en la que se propone intervenir».

En la edición de Seix Barral de 1973 confiesa Benet que *La inspiración y el estilo* «fue escrito hace aproximadamente diez años», cuando «trabajaba en unas cuantas obras de las provincias de Oviedo y León, bastante separadas entre sí», de ahí que «en cierto modo este es un libro de montaña, no sé si alta o baja pero desde luego solitaria», y que lo escribió «con el propósito de explicarme a mí mismo la misteriosa razón por la que, con todos los pronunciamientos favorables, me resultaban tan estomagantes las tragedias de Racine».

Componen el libro los siguientes capítulos: “Introducción”; “Inspiración, probabilidad, fascinación”; “La ofensiva de 1850”; “La entrada en la taberna”; “Las dos caras de George Eliot”; “Algo acerca del buque fantasma”; “La seriedad del estilo”. Compendiar tan rica miscelánea en unas pocas páginas fuere vano atrevimiento, a más que «acerca del estilo nunca ha sido

estáticamente indeterminada»; a partir de un cierto momento —digamos que 1980— las estructuras que construirá Benet tendrán un mayor grado de isostatismo: «Una estructura es isostática cuando el GIC = 0. En ese caso el número de ecuaciones de equilibrio coincide con el número de incógnitas estáticas».

posible —y no lo va a ser ahora— hablar con precisión y generalidad», pues «el estilo se perfila como un espacio que incluye al de la razón, con un mayor número de dimensiones que ella y dispuesto a particularizarse con el de ella —como en el caso de los lenguajes técnicos— cuando voluntariamente renuncia al empleo de aquellas dimensiones que escapan a su control», y a nadie se le escapa que «el estilo no es cosa racional, y se demuestra indirectamente por el hecho de que la razón no ha sido capaz, hasta el momento, de inventar el instrumento con que medirlo». En suma, y «en otras palabras, la inspiración solo puede surgir en el seno de un estilo, pero no en un clima donde la intención ha quedado encerrada entre los paréntesis de la voluntad (como cabría pensar con rigor escolástico), sino más bien como reacción al silencio impuesto por esa voluntad que no se ha decidido entre varios compromisos y que no ha logrado poner en movimiento el mecanismo de una conducta cuyo objeto no ha visto claro». He aquí muy resumido lo principal del concepto —y praxis— de *grand style à la Benet*.

§ Como queda referido en nota al pie *supra*, en sus primeros libros Benet llevó al límite «su propio advenimiento», por fortuna siempre atemperado por la ironía⁶⁴: «En literatura el tema en sí puede ser poca cosa en comparación con la importancia que cobra su tratamiento. Es el barro del alfarero». Así las cosas, ocurre que —a juicio de Darío Villanueva— la creación benetiana «lejos de cumplir una función catártica, cumple por deliberado designio una función ascética. Esto unido a la dificultad y ausencia de narratividad puede alejar de la obra de Benet a mu-

⁶⁴ «En Benet hay una ironía estructural que no existe en Martín-Santos, una ironía faulkneriana, la ironía de obligar al lector a intentar descifrar un relato cuya única clave es el zumbido y la furia. A decir verdad, creo que en gran parte de su obra no consigue que el lector realice semejante esfuerzo y eso me parece un defecto», le reconoce Luis Goytisolo a Federico Campbell en 1972.

chos lectores». Sobre este particular, obvio parece, hay distintas opiniones, incluidas algunas muy beatas y otras en exceso e injustamente despectivas⁶⁵.

Entre los más etimológicamente beatos se encuentra Félix de Azúa: «Lo realmente benetiano era la actitud hacia la obra misma, la audacia sintáctica (que el enemigo consideraba chulería o ignorancia), el horror de cualquier sentimentalismo (el angloaburrimento), la negación de todo elemento romanesco (el aplastamiento de los personajes y la inexistencia de argumento), el sentido del humor (la impertinencia), la fantasía léxica (el esnobismo), la cita oculta o *private joke* (la pedantería), etcétera. Y no podíamos copiarle porque aproximarse, ni que fuera a una distancia sideral, a la prosa de *Volverás a Región* es algo enteramente imposible. Esa grandeza estilística o se tiene o no se tiene, pero no se puede adquirir». Sostiene otro benetiano feliz, Javier Marías, que «lo que sus libros despliegan no puede tener prolongación fuera de ellos, aunque cualquier escritor español actual, joven o de mediana edad, debería estudiarlos concienzudamente para aprender a resolver en su lengua problemas de orden técnico descomunales. (...) En sus novelas más ambiciosas y extensas el párrafo de Benet es largo y amplio y alambicado, lleno de meandros, incisos y prolongadas metáforas que cobran autonomía dentro de la narración o discurso general, al que a veces cuesta volver, en efecto, si uno no ha admitido esa importancia o autonomía de lo que solo las costumbres tipográfi-

⁶⁵ «¿Es usted, por ventura, un romántico? —preguntó. —¿Por quién me toma, mentecato? Yo soy un clásico —aseguró Benet—. ¿No sabe usted que yo he creado en español un *grand style*? (...) Leeré su obra incontinentemente, se lo aseguro, señor de Benet. —Cuidado, amigo, no se lo aconsejo. Yo escribo para muy pocos. En una novela mía [*En la penumbra*] yo le “contaré solo qué le conviene saber de la parte que a mí me conviene contar; entre ambas conveniencias tal vez se quedará fuera lo más sustancial del relato —que solo conoce un tercero imaginario que ni narra ni escucha”». Rafael Reig y su *Manual de literatura para canibales*.

cas (o los hábitos lectores más holgazanes) hacen ver como lateral, prescindible o secundario. En la apasionante e inaugural *Volverás a Región* (pero aquí no tanto), en *Una meditación* o en *Un viaje de invierno*, en *Saúl ante Samuel* o en algunos pasajes de *Herrumbrosas lanzas*, el lector perezoso puede sentirse ofuscado por el enmarañamiento de la selva en la que llegó a adentrarse».

Carmen Martín Gaité, lectora en absoluto perezosa, fue una de esas personas que se sintió ofuscada por tanto maraño⁶⁶, y así se lo hizo saber a su amigo Benet en 1973, año en que reeditó *La búsqueda del interlocutor y otras búsquedas*, libro publicado inicialmente en 1966 y que «crece ahora con un significativo estrambote: “Para Juan Benet, cuando no era famoso”»: «Lo cierto, querido Juan, es que he encontrado excesivo el engarce, o dicho con otras palabras: que empiezas a hinchar el perro. El primor de tu prosa, de todos ampliamente conocido, brilla aquí

⁶⁶ En *Minima moralia*, Adorno advierte de que «el fárrago no es ningún bosque sagrado. Siempre es un deber eliminar las dificultades, que solo surgen de la comodidad de la autocomprensión», mientras que Susan Sontag lamenta en *Contra la interpretación y otros ensayos* que «escritores y artistas contemporáneos de un estilo intrincado, hermético y exigente —por no hablar ya de ‘hermoso’— reciben su parte de ilimitadas alabanzas. Y sin embargo, no se nos escapa que a menudo un estilo así solo revela una cierta forma de insinceridad». A propósito de la ensayista norteamericana, Vicente Molina Foix cuenta que «quizá la colisión más significativa y literalmente espectacular que yo haya presenciado se produjo en una velada madrileña en honor de la autora, que reunió a su alrededor escritores, cineastas, actores y otros, digámoslo así, representantes de la cultura, en un reducido elenco que la festejada había solicitado examinar de antemano, para dar su aprobación. En ese piso del norte de Madrid se conocieron Juan Benet y Sontag, quien en el momento de las presentaciones manifestó en francés ser “muy admiradora” de las novelas del autor de *Volverás a Región*. Una hora más tarde, Sontag y Benet andaban a la greña, cordial y encarnizadamente. Habían tenido dos o tres primeros encontronazos dialécticos sobre Borges (a quien el escritor madrileño menospreciaba) y algún novelista norteamericano contemporáneo, pero la disputa capital se produjo en torno a *La Princesa de Clèves* de Madame de Lafayette, que, para sorpresa de todos, fue fogosamente defendida por Sontag y tachada de novela rosa por Benet. Dos poderosas y altivas inteligencias haciendo gala de un humor zumbón (Benet), de aplicado sarcasmo (Sontag), y ambas con un punto de soberbia que en él era inherente a una tímida circunspección y en ella iba ligada a la necesidad de mantener el perfil de un Marte inexpugnable».

con unos destellos percusores de bizantinismo y ocaso. Pero ni siquiera la perfección de “Catálisis” o de tu “Fábula primera” justificarían la recopilación de este precario ramillete, más vecino por su grosor al astete o el ripalda que a golosina digna de ser ofrecida a tus aficionados. Sobre todo porque en ninguno de estos relatos has hecho sino evadirte del real problema que aqueja a tus escritos, y meterlos de hoz y coz, por el contrario, en el callejón sin salida del que menester sería verlos salir. No. Ya no es por ahí. Y estas virguerías formales con las que intentas coronar la fama indiscutible que te oprime no son en absoluto búsquedas reales ni bienintencionadas de solución alguna. Virra. Te lo digo de verdad. Tanto como te reitero que escribes muy bien. Demasiado bien, sí. Llama algún día». En 1981 le escribiré esta otra carta: «En el último *País* dominical que, por conmemorar su número 200, recogía algunas frases de personajes famosos entrevistados en sus páginas, se incluía entre ellas una del escritor Juan Benet, quien, al parecer, declaró en una entrevista el 23 de noviembre: “Escribir una novela con argumento es lo más fácil del mundo. Lo difícil es hacerla sin argumento”. (...) Vamos a dar por válida la afirmación de Benet que ha merecido ser destacada como frase lapidaria entre todas las que que pronunció en su entrevista, “dijolo Blas, punto redondo”, de acuerdo, escribir novelas sin argumento eso sí que es difícil, muy bien, ¿y con eso qué?, ¿qué le importa a nadie, a la hora de valorar las excelencias finales de cualquier producto, tener en cuenta las dificultades que jalonaron su elaboración? ¿Va a ser bueno solo porque haya sido difícil de hacer? Yo no lo creo, no creo que en la obra literaria —como en ningún tipo de obra que nos presenten concluida— deba admitirse la retórica del “más difícil todavía” como aval que garantiza nada».

§ Para concluir, acaso acierte Ignacio Echevarría: «Hay que admitir que la obra de Benet se resiste a ser asimilada por la tra-

dición a la que él mismo se enfrentó. Quizá la mejor forma de explicar su situación consista en decir que la obra de Benet permanece pendiente todavía sobre la narrativa española. Pendiente porque gravita sobre ella a una altura intimidante para muchos, para otros directamente amenazadora. Pero pendiente también en el sentido de *incumplida*, de ‘pendiente todavía’ de ser cabalmente asumida, de ser leída y comprendida en todo su alcance».

Reconocido lo cual, la pregunta permanece incontestada: ¿por qué si «apretando las tuercas puede decirse que Benet no tiene otro precedente serio que el Valle-Inclán tardío»? ¿por qué si «Benet ha inaugurado, él solo, la literatura contemporánea en lengua castellana. No voy a defender este aserto. Sería largo, inadecuado para este lugar, quizás pedantesco, pero sobre todo innecesario. Solo juro que puede ser demostrado»? ¿por qué si «la preferencia por los cultismos y la adjetivación deliberadamente recargada recuerdan sin duda a Conrad y Melville; mucho del sistema de comparaciones y metáforas imprevistas remite a Proust; el tono de discurso filosófico evoca el Thomas Mann de la madurez»? ¿por qué, pues, no se le reconoce como uno de los grandes nombres de la literatura universal de la segunda mitad del siglo XX⁶⁷, siquiera fuera en los países de habla castellana? ¿Por qué?

⁶⁷ No vale aducir que la obra benetiana apenas si es conocida, apenas si está traducida: «La profesora Claude Murcia, especialista en literatura comparada y estudios cinematográficos, lleva años traduciendo al francés gran parte de la obra de Juan Benet, desde que el mismísimo Robbe-Grillet la animara a presentar sus traducciones a la prestigiosa Éditions de Minuit. En esta editorial publicó, en 1987, *L’Air d’un crime*, a la que siguieron otros títulos como *Tu reviendras à Région* (1989) o *Baalbec, une tache* (1991)». Gregory Rabassa traduce al inglés *Volverás a Región* en 1985. *Una meditación* se traduce a la *lingua franca* en 1982 —a propósito, Allen Josephs publicará una crítica muy elogiosa en *The New York Times Book Review*—, al polaco en 1983 y al francés en 2007. *Nunca llegarás a nada* es traducida al inglés en 1986 y al alemán en 1989. *Herrumbrosas lanzas* se traduce al alemán en 1986 (tomos I-IV) y al italiano en 1990; etcétera.

narrativa

«Otros dicen que prosa deriva de ‘profusa’; o que se llama así porque avanza y discurre extensamente, sin que de antemano se le haya marcado un límite».

San Isidoro de Sevilla: *Etimologías*

§ El *imago mundi* novelesco de Juan Benet cabría resumirlo así: «Región: lo demás nace de allí por fuerza de consecuencia»⁶⁸, y luego cabría extenderse un poco más, como hacen Jordi Gracia y Domingo Ródenas de Moya en *Derrota y restitución de la modernidad, 1939-2010*: «Con Juan Benet entró un inextricable conglomerado de complejidad, sutileza y estilo en la novela española que iba a condicionar sus avatares más afortunados en las décadas posteriores y hasta el siglo XXI. La complejidad concernía tanto a las estructuras narrativas como a la técnica de morosa inmersión en las aguas profundas de unas psicologías caliginosas, pero también a la pura materia lingüística de su escritura, la sintaxis y el vocabulario, nada contemporizadores con la facilidad o la pereza. Una sugestión de oscuridad podía funcionar a la vez en distintos lectores como una barrera y como un acicate, pero el aparente hermetismo de su prosa no era sino una densidad informativa desusada en la narrativa española y una precisión léxica muy infrecuente».

§ Para valorar la palabra benetiana en el tiempo —*en su momento y ahora*— conviene acudir a la “estética de la recepción” (*Rezeptionsästhetik*), de que informa David Viñas en *Historia de la crítica*

⁶⁸ «El maestro fr. Luis de León en el *Libro de Job* a la muy religiosa madre Ana de Jesús, carmelita descalza».

literaria: «Al concebir al público de cada nueva época como “una energía formadora de historia”, y no como una instancia receptora pasiva, Jauss cree que “la comprensión de los primeros lectores prosigue y puede enriquecerse de generación en generación en una serie de recepciones”. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que, además de un enriquecimiento, puede producirse un desenfoque y una paulatina pérdida de aptitud para percibir ciertos aspectos que los lectores de la época en la que apareció el texto podían captar sin problemas. Es decir: las modificaciones en el “horizonte de expectativas” pueden provocar alejamientos importantes con respecto a la primera lectura que debió de hacerse de un texto (probablemente la más cercana a la *intentio auctoris*)»⁶⁹.

Nadie lo duda ni lo discute: cabe calificar las novelas de Juan Benet —especialmente las tres primeras— como ‘epocales’ *en su momento*⁷⁰. ¿Lo son *ahora* para un lector común? ¿Está capacitado este lector para leer “textos de goce”⁷¹? ¿Lo estaba *en su momento*? A mediados de los años setenta, Darío Villanueva reconocía que «la dificultad» de las novelas benetianas «puede llegar a hacérnoslas creer impenetrables, a darnos la impresión de que con la obra de Benet pasa como con las últimas de James Joyce, en

⁶⁹ Sea como fuere, para Hans-Georg Gadamer (*Verdad y método: fundamentos de una hermenéutica filosófica*) «la experiencia de la obra de arte supera por principio siempre cualquier horizonte subjetivo de interpretación, tanto el del artista como el de su receptor. La *mens auctoris* no es un baremo viable para el significado de una obra de arte».

⁷⁰ En 1997 Xavier Moret conversa con Manuel Vázquez Montalbán: «En *Tatuaje* Pepe Carvalho ya aparece más definido. —A principios de los setenta vivíamos en una dictadura literaria: o escribías como Juan Benet o no eras nadie. A los jóvenes se les exigía que escribieran el *Ulises*. El resto eran subliteraturas».

⁷¹ En *El placer del texto* Roland Barthes hace la siguiente distinción: «Texto de placer: el que contenta, colma, da euforia; proviene de la cultura, no rompe con ella y está ligado a una práctica confortable de la lectura. Texto de goce: el que pone en estado de pérdida, desacomoda (tal vez incluso hasta una forma de aburrimiento), hace vacilar los fundamentos históricos, culturales, psicológicos del lector, la congruencia de sus gustos, de sus valores y de sus recuerdos, pone en crisis su relación con el lenguaje».

opinión de Wayne C. Booth: que no pueden leerse, que solamente pueden estudiarse. Esta dificultad esencial neutraliza la diferencia existente entre el lector ‘perito’ que es, o pretende ser, el crítico y el lector *tout court*, y determina un tratamiento no lo suficientemente inmanentista, por parte de los primeros, de la obra de Benet, acerca del cual se ha hablado quizá con mayor profusión que de sus propios escritos». A ello hay que añadir que «la omnisciencia benetiana, a diferencia de la decimonónica, no contribuye a una ‘ordenación’, a una presentación clara y orientadora para los lectores de la novela, sino todo lo contrario». Y, en fin, «lejos de ofrecer al lector mayores posibilidades de lectura creativa, las siguientes novelas [tras de *Volverás a Región*] se las disminuyen por un acrecentamiento de la dificultad y una banalización del tema. Sin esperanza de lograr, si bien trabajosamente, la recomposición del caos y de percibir, en suma, unos contenidos poéticos humanos como los de la obra de Faulkner cabe preguntarse qué puede mover al lector. ¿La “música de las palabras” solamente? Por todo ello, no sería extraño pensar que la obra de Juan Benet es el más destacado caso de la hora de un lector quizás inexistente». ¿Cuál era *en su momento* y cuál es *ahora* el “horizonte de expectativas” del lector común de la obra benetiana?

Para Juan Benet es claro: «La novela, según un canon, el de Edward Foster, que yo suscribo (y es la definición probablemente más perfecta, por más imprecisa y lacónica), es un relato de ficción de una cierta dimensión. Todo lo demás queda abierto. Lo único que se le pide es que sea ficticia y que tenga una cierta extensión. Ahí cabe todo... Yo creo que la gente pregunta demasiado qué es la novela. Nunca qué es un cuadro o una escultura». Tras de la publicación del tercer volumen de *Herrumbrosas lanzas* Benet confiesa por carta a Javier Marías que «dejando de lado la totalidad, lo mejor que puede ofrecer una novela

se reduce con frecuencia a unos fragmentos. Y a veces me pregunto si una novela toda ella buena, sin un momento excelente, ¿será tan solo un espejismo? ¿Una manera de exaltar la mediocridad?».

— *magna opera* —

«Para muchos Benet no ha publicado nada comparable a su primera novela y esta opinión, aunque susceptible de muchas matizaciones, tiene sus visos de objetividad» (Darío Villanueva, 1973); para otros —incluido quien esto escribe, aun con matices— «si seguimos sus publicaciones, tras *Un viaje de invierno* la novelística de Benet es irregular: *La otra casa de Mazón*, *En el estado*, *Saúl ante Samuel*, *El aire de un crimen*, *Herrumbrosas lanzas*, ¿no podríamos hablar de cierto grado de desconcierto? Parece como si aquel estilo que se había manifestado con tanta firmeza y seguridad en sus tres primeras obras, repentinamente hubiera dejado lugar a una actitud titubeante que se traducirá en novelas muy dispares entre sí. Y esto no quiere decir que un autor no deba escribir novelas concebidas de manera diferente e incluso antagónica; el problema, a mi modo de ver, es que algunas de estas novelas no llegan al nivel de exigencia que el lector de Benet espera de su prosa. Si tomamos como ejemplo *Saúl ante Samuel*, podremos comprobar que guarda cierta analogía paradigmática con *Finnegans Wake*. Su autor emplea con el máximo rigor elementos compositivos y estilísticos que ya estaban presentes en sus tres primeras novelas, pero este nuevo rigor nos permite reconocerlos ocasionalmente como caricaturas y, como *Finnegans Wake*, *Saúl ante Samuel* corre el peligro cierto de convertirse en esa obra que aparentemente encierra estimables tesoros literarios pero que de hecho nadie lee» (Dámaso López, 1983). Y es que «de resultaba ya más difícil esquivar los com-

promisos a que le había ido obligando su cultivo continuado. Empezaba a cumplirse una profecía que dejó caer en un rincón de *La inspiración y el estilo*: la posible esclavitud del autor maltratado por su propia obra: “En un principio el poeta no tiene por qué dar cuentas a nadie, pero en la carrera de la edad viene un día a descubrir que su propia obra, la única parte del mundo en la que puede moverse de acuerdo con su libertad, se levanta tras él para dictarle sus gestos y pedirle cuenta de sus actos. Y a ratos vacila, se revuelve contra esa incomprensible e insospechada determinación, quiere impugnar aquella devoción que lo arrastró a otra esclavitud, con reserva, malicia y cierta despreocupación, trata de escapar del intolerable cerco inventando un nuevo refugio que le devuelva a la añorada y difícil carencia de compromisos”» (Carmen Martín Gaité, 1996).

Volverás a Región (1967)

«Bajó la vista, sacó medio cuerpo fuera, se apoyó en el umbral y mirando hacia la carretera de Región, dijo: “Es muy mala carretera”».

§ *Benet por Benet.*

«Me pides unas explicaciones que por una vez soy capaz de dar. No, no es una memoria falaz ni una especie de virtuosismo de lo enigmático que impuso todo ese oscurantismo que al parecer rezuma *Región*. Es un punto de partida literario sobre el que podríamos hablar bastante una de esas tardes en que un desengaño más sobre el colectivo viene a poner de manifiesto el consuelo y la doblez de la literatura. Me ha parecido siempre una falacia ese prurito del escritor por conocer todas las claves de aquello sobre lo que escribe. Ello da lugar a una literatura —como la del XIX— de grandes virtudes sociales y eficacia notarial, pero poco intensa. (...) Aunque parezca mentira toda esa

confusión es menos premeditada de lo que parece. Un novelista pulcro no se la permitiría, empeñado en una labor que tiene, muchas veces, algo de restauración». Carta de Juan Benet a Dionisio Ridruejo el 12 de agosto de 1968.

«“Yo solo leo mis novelas para corregirlas antes de mandarlas a la imprenta”, decía ayer el ingeniero de caminos y escritor Juan Benet. “Esta primavera, sin embargo, tuve que leer mi libro *Volverás a Región*, publicado hace 20 años. Lo tuve que hacer, además, detalladamente, porque se trataba de comparar con una traducción al inglés que me habían dicho que era mala. Creí que acabaría en una semana, pero resulta que tardé dos meses en leerlo a causa del intenso aburrimiento que me produjo”». Gabriela Cañas: “A Juan Benet le aburre la lectura de sus libros”, 1984.

§ *Algunos juicios de valor.*

«Un texto de prosa precisa y dilatada hasta la extenuación, trama concienzudamente confusa y poderosa e inolvidable capacidad de evocación física y moral: puede que el lector no sepa recomponer —ni quizá valga la pena que lo intente— el sentido de lo que ha leído con tanta dificultad como fascinación pero quedarán fijos en él un clima, una onomástica inquietante, unos personajes atados a su destino y la sombra de la Guerra Civil». José-Carlos Mainer, 1997, en *Breve historia de la literatura española*.

«Era una novela con fuerza enorme. Ahora parece más normal, porque uno se ha acostumbrado a este tipo de literatura, más densa y concentrada, en la que no todo el mundo entra. Fue un tipo de literatura muy a contrapelo. Por eso, aparte de por su calidad, marcó una época». Carmen Martín Gaité, 1992.

«Esta novela fue para mí un descubrimiento. En ella confluían tres elementos que hasta entonces muy rara vez se habían reunido en la literatura española: una prosa lírica unida a un verdadero empeño de construcción narrativa, y esto junto al fac-

tor de la ocurrencia irracional, que es también muy importante en la obra de Juan Benet. La novela salió en un momento de desorientación para los que entonces empezábamos a escribir, y nos dimos cuenta de que ese empeño de crear una novela total era posible en la literatura española. Para la llamada generación de los novísimos la novela de Benet fue una extensión de nuestro territorio porque, además, Juan Benet escribía sobre una realidad muy española; pero con una prosa de riqueza deslumbrante». Vicente Molina Foix, 1992⁷².

Una meditación (1970)

«Nada me extrañará menos que sepa encontrar el camino de vuelta pero ¿qué será de él después? Todo lo que les hemos podido ofrecer es esto: una tierra de la que escapar».

⁷² Estas palabras y las de Carmen Martín Gaité las publica en 1992 Guillermo Altares en *El País*: “Reencuentro en Región. Ocho escritores rememoran su descubrimiento de Juan Benet”. Los otros seis escritores son José María Guelbenzu, Javier Marías, Félix de Azúa, Juan José Millás, Alejandro Gándara y Eduardo Mendoza. Unos días después Rafael Sánchez Ferlosio publicará un artículo titulado “Región o el paisaje forajido”: «He sentido una cierta desazón ante lo que los literatos han dicho de la novela *Volverás a Región*, de Juan Benet, en el veinticincoavo (*sic*) aniversario de su publicación. Se conoce que los centenarios y los aniversarios son malos consejeros y resultan perniciosos para las cabezas, pues estimulan sus viciosas inercias clasificatorias. Se diría que no leen como escritores, sino como críticos o, peor todavía, como profesores, *garcíadelaconchas*, *asignatureros*. Una asignatura es el resultado del tratamiento burocrático de un saber o de un acervo cultural —en este caso un conjunto de obras literarias—. El primer mandamiento burocrático es clasificatorio: un sitio para cada cosa y cada cosa en su sitio: dórico, jónico, corintio... La cualidad de una obra literaria es sustituida por su valor de posición, o mejor, por valores de posición atribuidos, a semejanza de la latitud y la longitud, en una más o menos arbitrariamente convenida retícula clasificatoria. Y así, se han comportado como si el contenido de *Volverás a Región* no consistiese en otra cosa más que en la información necesaria para saber dónde hay que colocar el libro en la biblioteca. La única referencia al interior del texto, la de Javier Marías, resulta, a despecho de sus precauciones relativizadoras, sumariamente equivocada».

§ *Benet por Benet.*

«Creí que te referías a un homenaje que organizaron Ángel del Campo, Pablo García Arenal y otros, cuando me dieron el Premio Biblioteca Breve. Se trataba de una cena en Casa Sixto, que era, precisamente, un restaurante para homenajes. Se calculó una asistencia de doscientas personas y montaron una mesa en U, pero a duras penas se llenó el trazo horizontal de la U, y luego dos grandes mesas completamente vacías, porque con tan buena fortuna aquella noche cantaba Massiel el ‘La, la, la’ o se jugaba el campeonato de béisbol. (...) Total, que éramos ocho comensales y dos docenas de camareros, lo que nos obligaba, para entrar en ambiente, a pronunciar ocho discursos, seguidos de ocho coloquios. Alguien me preguntó si *Una meditación* era mi primera obra literaria. Yo le contesté que, fuera mi primera, mi segunda o mi tercera obra, cada página de esa novela tenía detrás diez páginas de literatura que yo había hecho como profesional escribiendo informes de obras, planes de trabajo, memorias de proyectos...». Juan García Hortelano, *El Urogallo*, 1989.

§ *Algunos juicios de valor.*

«El texto de *Una meditación* por su apariencia es de veras intimidante: un solo párrafo corre de la página 7 a la 329, en apretados bloques de 41 líneas por página y un total aproximado de 275.000 palabras. Presencia formidable que exige un esfuerzo de atención y una concentración en la lectura muy superiores a los corrientes. (...) Por su complicación misma, *Una meditación* rechazaba cualquier tipo de respuesta automática y pedía, en su lugar, la que es obligado dar a la poesía, quiero decir, a la creación de una realidad oscura que se resiste a la palabra y que la palabra se esfuerza en hacer visible: una recepción que sea entrega lúcida y apasionada al descifrado y al goce del texto». Ricardo Gullón: “Sombras de Juan Benet”, 1985.

«El principal hallazgo de Benet, en *Una meditación*, es posiblemente la homogeneidad e impasibilidad del tono. El estilo, rico en cláusulas y considerandos, que en *Volverás a Región* perseguía ante todo efectos plásticos y retóricos, se aproxima aquí al discurso científico. Más que estilo de orador, es estilo de ensayista, y más aún estilo de filósofo, de jurista o de moralista. Desde esta perspectiva distante, las acciones humanas aparecen automáticamente niveladas en un mismo plano moral, y solo son relevantes, precisamente, como datos que permiten formular un juicio en el terreno ético. De ahí que el constante tránsito de lo narrativo a lo reflexivo, del relato al discurso —aludo a las dos categorías propuestas por Benveniste, a la segunda de las cuales viene a adscribirse a mi modo de ver buena parte de la narrativa de Benet— se integre en un solo bloque estético». Pere Gimferrer: *Radicalidades*, 1979.

«Otro de sus caballos de batalla era el argumento. No sé qué le había hecho el argumento para odiarlo tanto como lo odiaba. Y el caso es que él era consciente de que las novelas donde fallaba la trama argumental resultaban un latazo. Por ejemplo, cuando le concedieron el Premio Biblioteca Breve a uno de sus textos más difíciles de seguir, le decía a un periodista: “La novela se llama *Una meditación*, es bastante extensa y monótona. Un latazo. No tiene diálogo y aparece como un largo discurso. Este discurso es la memoria de un señor que era un joven antes de la guerra y vive en un país imaginario que tiene parentesco geográfico con Región. Es más ambiciosa que la anterior, y por lo tanto más frágil. Puede ser un buen libro y puede ser un buen boddrio... Tras cada narración el personaje divaga y se mete en consideraciones sobre cada caso, sobre cada sentimiento, sobre cada motivación, muchas de ellas prolijas, pesadas, con grandes pretensiones analíticas, que me parece que hacen de este libro

un volumen bastante farragoso”⁷³. Carmen Martín Gaité, Universidad de Salamanca, 1996.

«*Una meditación* prescinde del impulso descriptivo que llenaba muchas de las páginas de *Volverás a Región* y se concentra con mayor interés en la geografía humana, dejando la geografía física en un segundo plano más otoñal y melancólico. *Una meditación* adquiere un valor de retrato colectivo del que carecen otras obras del autor como *Un viaje de invierno* o *Saúl ante Samuel*; tiene, por otro lado, una cohesión interna que no encontramos en *La otra casa de Mazón* o *En el estado* y, en fin, despliega las que quizá sean las mejores virtudes narrativas de su autor: el acierto de las comparaciones, la infatigable voluntad de seguir cualquier pensamiento hasta sus últimas y más digresivas consecuencias y esa extraña simbiosis entre clima e intriga que como inconcluyente enigma preside todas y cada una de las páginas de las que consta la novela». Dámaso López: “Notas sobre una meditación”, 1983.

Un viaje de invierno (1972)

«Le hizo saber que existía un orden de preferencias, de acuerdo con la juventud y la capacidad del individuo para aceptar (y no tratar de superar) el fracaso y el desengaño».

§ *Benet por Benet.*

«Otro trabajo de laboratorio es *Un viaje de invierno*, obra enigmática en la que imperan el cuidado por el estilo y la divagación. ¿Qué has expresado en ella?

—Es un libro muy atormentado. Un ensayo de literatura de microscopio. Sin acontecimientos, sin sucesos. Mi intención era

⁷³ «Bien se ha dicho de cierto libro alemán que *er lässt sich nicht lesen* —no se deja leer—. Hay ciertos secretos que no se dejan expresar». Edgar Allan Poe: *El hombre de la multitud*.

haber empujado la gramática hasta los últimos extremos, pero no llegué hasta esa meta.

—¿Hay algo de Proust en ese libro?

—No, proustiano, en cierto modo, es el libro titulado *Una meditación. Un viaje de invierno* creo que lo he hecho más bajo la influencia de Frazer.

—¿Y el arte musical? ¿Está presente en la estructura de *Viaje*?

—Sí, en la forma de sonata, de plus sonata y en las formas “a b b a, a b b d, c c d a”. Además hay mucha trampa en la novela.

—¿Puede eso gustar al lector?

—Yo creo que no, porque ahí me pasé. Las trampas eran demasiado difíciles y supongo que al lector no le importan nada esas cosas». José Hernández, *Modern Language Notes*, 1976.

§ *Algunos juicios de valor.*

«La obra transcurre nuevamente en Región, pero escenario y personajes son evanescentes. Aquel se reduce a su pura connotación: las interminables descripciones topográficas de los libros anteriores son sustituidas por indicios casi emblemáticos. En cuanto a los personajes, solo de tres —la dama enlutada que anualmente convoca una recepción para festejar el temporal retorno de una hija acaso inexistente; el sirviente que ha acudido a la casa llamado por un oscuro designio; y el músico fracasado que terminará irrumpiendo en aquella recepción fantasmagórica para tocar el piano ante un auditorio de sombras— poseemos la suficiente información para considerarlos algo más que puntos de referencia de la escritura. En torno a un solo incidente —el rito, observado con escrupulosidad maníaca, de la recepción anual en la que siempre habrá de presentarse, siniestro, un desconocido a quien no se esperaba— *Un viaje de invierno* excluye toda progresión: transcurre en un tiempo cíclico, circular, del mismo modo que, maniatados por la cadena prolija de sus incertidumbres y premoniciones, la dama y el criado reducen su exis-

tencia —prisioneros de un ceremonial vacío de sentido— a la reiteración constante de idas y venidas por la mansión desolada, en tanto que, signos amenazantes de otro ámbito, un bando de grajos y un caballo errante inquietan el monte, heraldos de la destrucción». Pere Gimferrer, *Destino*, 1972.

«Se podría añadir algo que empieza a pesar demasiado en la obra de Juan Benet: la presencia del autor. Una novela como la suya sin diálogo, sin acción, en la que el estilo es monótonamente uniforme y no diferencia narración, digresión y monólogo de los personajes, acaba por adquirir un tono de artificiosidad difícilmente superable. Leyendo *Un viaje de invierno* se puede llegar a pensar si Benet no debería usar del ensayo para ofrecer el contenido que nos confunde como novela. *Un viaje de invierno*, en suma, lejos de la sublimidad épica de *Volverás a Región* e incluso de *Una meditación*, se hace mucho más inaccesible y carente de interés, aunque lo tengan, y con frecuencia mucho, aspectos concretos de la misma como la defensa del irracionalismo». Darío Villanueva: “La novela de Juan Benet”, 1973.

«Hay en la novela otro componente notable, de aspecto externo vanguardista, que responde a la intencionalidad especulativa del autor. Se trata de apostillas al texto propiamente narrativo que figuran en el margen exterior de las páginas a modo de ladillo. Son de carácter muy distinto (sentencias, juicios, sucintas aclaraciones al contenido textual...) y ello impide atribuirles una finalidad unitaria. Aparte de un juego innovador, suponen una desconfianza genérica acerca del texto narrativo, de este o de cualquiera, en general, pues necesita de adiciones perspectivistas, como esta, para decir la verdad; si es que la dice alguna vez, porque *Un viaje de invierno* da poco pie a confiar en el valor de la narrativa como medio de conocimiento: tampoco las aclaraciones marginales garantizan un grado de certeza incuestionable». Santos Sanz Villanueva: *La novela durante el franquismo*, 2010.

Saúl ante Samuel (1980)

«Nada tengo que decirme acerca de la vanidad ni el egoísmo porque recuerdo lo difícil que resulta hacerse entender cuando hay sobreentendidos».

§ *Benet por Benet.*

«Pero a partir de *Saúl ante Samuel* usted se propone un cambio.

—Sí. Voy a hacer cosas más amenas, más sencillas, que no me cuesten nueve años de trabajo. En definitiva, estoy hablando de una operación de carácter intelectual: si te estrujas el cerebro como una toalla mojada a la que no le quede ni una sola gota, o no...

—En definitiva, es elegir un camino más fácil.

—Más fácil. Y además, cuando ya se tiene una trayectoria atrás, de 10 o 15 libros publicados, los recursos de las propias recetas son más extensos. Se puede tirar de esos recursos sin estrujar hasta el extremo el cerebro.

—¿Y no hay algo espurio en esa actitud?

—Sí, pero no conozco ningún escritor que no viva de esas rentas adquiridas, en cierto modo; de la inercia que ha adquirido la propia obra, eso es el *estilo*. El estilo, en cierto modo, son tics, modos; numerosos, pero también limitados, un número discreto de ellos. Y el escritor que salta de unos a otros constantemente es que no tiene estilo.

—¿Llega un momento en que a uno se le agotan sus propios modos?

—No. Se agotan, todo se agota, pero tienen tantos poderes dominatorios como puedan tener las notas del pentagrama». Sol Alameda, *El País Semanal*, 1989.

«También había en *Saúl ante Samuel* un juego que yo quería practicar. Yo pretendía rizar el rizo de la metáfora. Quería encontrar la metáfora de tres patas... Si al comparado lo colocas, a su vez, como comparante, te sale un segundo comparado cuya relación con el primer comparante es sumamente misteriosa». Elías García Domínguez, *Los Cuadernos del Norte*, 1980.

«*Saúl ante Samuel* significa para mí la culminación de todo un proceso. Son siete años de trabajo en esa novela; no seguidos, naturalmente, sino interrumpidos de forma temporal por otros libros. Era tan costosa la elaboración de este trabajo que, en el transcurso de esos años, llegué a publicar varios para distraerme, como acompañamiento del “navío importante de la flota”. Lo que sí puedo asegurarte es que ya nunca más haré un libro de esta envergadura. Ni lo superaré, ni le dedicaré jamás tanto esfuerzo a una novela. (...) Mi pretensión, desde la primera página hasta la última, era ofrecer exclusivamente sustancia literaria; toda la experiencia narrativa de esa novela estriba en tratar de reducirla a una serie de textos de expresión pura, sin los aditamentos de ciertas técnicas al uso, como los diálogos, cierto contrapunto, etc. No hay ninguna amenidad, la novela rezuma un estilo literario muy definido que, por otra parte, no viene dado ni por la puntuación ni por los paréntesis. (...) Todo el libro es, en ese sentido, nebuloso. Hay muy pocos párrafos donde pueda entreverse una ligera luminosidad. Concretamente, al final, en las últimas páginas, se lee la única anécdota de la novela: es una especie de regalo que se le hace al lector por haber llegado ahí; considero que es un fragmento de narrativa casi costumbrista, diría yo. Todo lo demás queda envuelto en vaho, en penumbra, se pasa de un párrafo a otro, hay alteraciones bastantes complicadas pero, en general, no es tenebrista». Ludovico Nolens, *Quimera*, 1981.

§ *Algunos juicios de valor.*

«A partir de 1980, sus reflexiones se hacen cada vez más esporádicas, y no parece que sea casual: ese año se publicó *Saúl ante Samuel*, novela que Benet tardó siete años en escribir y con la que sintió —con razón— que había tocado el techo de su proyecto narrativo. A partir de entonces, Benet sintió que había dado lo mejor de sí y que, hasta cierto punto, la partida estaba echada, tanto por lo que tocaba a su propio empeño como a la situación cultural que en España se dibujaba». Prólogo de Ignacio Echevarría a *Ensayos de incertidumbre*, 2011.

«La de Benet es aquí, en principio, una escritura del pensamiento, un largo interrogatorio acerca de los comportamientos del ser humano y de los conceptos que este análisis elabora; pero, a diferencia del pensador, que articula un discurso lógico, el de Benet posee la articulación de un discurso narrativo. Es decir: narra el pensamiento. Esto bien podría considerarse una afirmación extravagante o caprichosa si no fuera porque la narratividad del discurso asienta el peso de su argumentación en la analogía de la imagen y no en el orden de los conceptos. Una imagen sencilla servirá como ejemplo: “En silencio y a oscuras, un yo secuestrado por la palabra va rellenando de experiencia el vacío que estas dejan entre sí”. El hermetismo, pues, no proviene de un afán deliberado de oscuridad ni de otra confusión que no sea la de tratar de entender la vida con los limitados medios de que disponemos, sino de una elección única, singular, que hace que *Saúl ante Samuel* sea como es y de ninguna otra manera. Los personajes —cuya historia se repite una y otra vez, sobre la cual vuelve el autor como se vuelve sobre una estampa— se convierten en los sujetos que sostienen una armazón que permite a las imágenes literarias situarse para construir la novela, por eso están simplificados: no son los conflictos de unas almas perdidas lo que aquí importa, sino un conflicto de valor general

que incide sobre los comportamientos humanos. La doctrina dice que el gran tema de Juan Benet es la ruina, la ruina física, moral y aun geográfica de un país y de un pueblo. Es cierto que la ruina es el nutriente de esta larga meditación narrativa, pero no me parece que sea el objetivo final». José María Guelbenzu, *Revista de Libros*, 2004.

Herrumbrosas lanzas (1983-86)

«El último refugio no será una confianza en la propia fuerza, sino una redoblada fe en las creencias que habían de ser vencidas en el campo de batalla».

§ *Benet por Benet.*

«El tronco de ese árbol es la Guerra Civil, pero las ramificaciones pueden ser infinitas. La esencia del argumento de *Herrumbrosas lanzas* es la historia de una campaña, de una campaña de primavera, una campaña de auxilio, de socorro, de tantas como lanzó la República para sacudirse el asedio de Madrid. El primer libro trata de los preparativos, de la decisión de lanzar esa campaña; en los volúmenes sucesivos surgirá el desarrollo de esa campaña, con unos primeros éxitos y con un fracaso final, y en una tercera parte, para dividirlo en tres partes, pues será la hecatombe, la derrota final, la muerte o la desaparición de todos los protagonistas». Maruja Torres, 1983.

«Ha logrado una obra sobresaliente, para la cual ha inventado un mapa. ¡Qué capacidad!

—Eso es más producto del tiempo libre y del deseo de diversión que de habilidad. Es muy divertido hacer un mapa⁷⁴. Las

⁷⁴ Jesús Marchamalo, en “El mapa de Benet”, informa de que «hay una zona donde, se dice, habita la tribu García, al lado de un pueblo, Ortilano, que recuerdan a Juan García Hortelano. Un poco más abajo, las Salinas de D. Pedro, en referencia a Jaime Salinas, también editor de Alfaguara y Barral durante años y que vivía, precisamente, en la calle

localidades, por ejemplo, fueron casi todas ellas bautizadas con el nombre de mis amigos⁷⁵.

—¿Lo saben?

—Sí». Marie-Lise Gazarian Gautier: *Interviews with Spanish Writers*, 1991.

§ *Algunos juicios de valor.*

«Más allá de alguna duda ocasional y presumiblemente burlesca, el narrador goza de una omnisciencia sin resquicios, porque su voz es ni más ni menos la del destino. El narrador no es un oráculo, sino el destino mismo, que dice y crea una realidad absoluta: unas figuras y un ámbito —el famoso ‘espacio mítico’ de Región— con larga analogía con la España de ayer, pero que solo importan como enunciado, como discurso. No podría predicarse otro tanto, creo, de la mayoría de las novelas centradas en la Guerra Civil española, disculpablemente presididas por el impulso mimético, duplicatorio. Por el contrario, con semejante punto de referencia argumental, no conozco ninguna otra en que el empuje creador sea más decidido que en *Herrumbrosas lanzas*. *Herrumbrosas lanzas* es un sostenido acto de dominio: menos una novela de la guerra que la autoridad de la voz que cuenta

don Pedro. Hay homenajes a Félix de Azúa y al título de su novela *Mansura*, convertida en pueblo por Benet; a Javier Marías y su personaje Casaldáliga, protagonista de su novela *El siglo*; y al propio José María Guelbenzu, cuya novela *El Mercurio* también aparece en esa particular toponimia benetiana cerca, por ejemplo, de El Carandel, localidad que recuerda al periodista y escritor Luis Carandel».

⁷⁵ «Benet concibe entonces un mapa a escala 1:150.000, que el profesor José María Sanz dibuja y su amigo Gumersindo Triviño rotula. El mapa muestra la comarca como un territorio con una extensión de unos tres mil kilómetros cuadrados, en la que se instalan tres cordilleras y dos ríos que las cruzan y numerosos pueblos de dimensiones variables. Realizado con la precisión de la técnica cartográfica, el *Mapa de Región* conforma una evidente burla epistemológica dirigida a los lectores. Quien desee encontrar una correspondencia exacta entre la información diseminada en las novelas y las coordenadas geográficas fijadas en el mapa se sentirá a menudo desorientado. Benet, pues, recurre a otro código semiótico que pertenece al mundo de las convenciones científicas, pero incumple las expectativas de los lectores», a juicio de Stefania Imperiale.

una guerra. No se trata de conseguir la impresión de verdad, “l’illusion comique” habitual: se trata de obtener el asentimiento del lector a la instauración de un universo de lenguaje. El narrador pone sobre la mesa unas condiciones perentorias: el lector puede aceptarlas o rechazarlas, pero no discutir las, y en cualquier caso, el narrador no cesa de recordarle página tras página quién manda allí». Francisco Rico: “Unas lanzas por Benet”, 1987.

«De grands noms viennent à l’esprit à la lecture de *Lances rouillées*. Marcel Proust, à cause des phrases infinies aussi pleines de narrations que d’explications et que explorent les recoins des moindres de ses personnages et de leurs stratégies. William Faulkner, pour cette région imaginaire (il y a un plan de la région fictive et des opérations qui s’y déroulent fourni avec le roman, comme dans *Absalon ! Absalon !*) qui devient le paragon de la réalité et dans laquelle les habitants luttent jusqu’au désastre final pour un pays qui va devenir imaginaire à force de sombrer dans le passé, pour ces êtres qui vont “perdre la guerre ou un peu plus”. Et Claude Simon pour la manière fragmentée dont interviennent des individus plus o moins perdus dans la guerre et chez qui l’Histoire s’introduit à la fois par la force et comme à reculons, et aussi parce que “la cavalerie n’a plus de sens”, ainsi qu’il sera répété. Paradoxalement, l’humour et l’ironie ajoutent sans cesse au caractère dramatique du roman.» Mathieu Lindon: “Juan Benet, l’air de la guerre”, 2011.

«Hacia el final de la Transición Benet vuelve a la Guerra Civil con *Herrumbrosas lanzas*, trilogía que, aunque recomendada por los lectores selectos de *El País*, no es sino una casi ilegible reelaboración de *Volverás a Región* que podríamos calificar de “Manual de batallas inútiles” gracias a cuyo abrumador detallismo, pesadez y monotonía la Guerra Civil que debemos olvidar se pierde en una distancia insignificante e inaccesible». Carlos

Blanco Aguinaga: *De Restauración a Restauración: Ensayos sobre Literatura, Historia e Ideología*, 2014.

— otras novelas —

Salvo por «el primor de la prosa» y cierto «gozo en desconcertar», nada tiene que ver *La otra casa de Mazón*, por ejemplo, con *El aire de un crimen* o con *El caballero de Sajonia*. Enjuiciemos por boca de otros estas distintas novelas y alabemos la elocuencia latina: *Esto brevis, et placebis*.

§ *La otra casa de Mazón* (1973).

«La fortuna de este libro ha sido siempre escasa. En vida de Benet nunca llegó a reeditarse, y pueden contarse con los dedos de una mano los acercamientos críticos de que ha sido objeto. La explicación de que sea así cabe buscarla en una cierta resaca producida por la exigencia que planteaba el seguimiento de un proyecto narrativo como el de Benet, autor que no parecía cejar en la búsqueda de nuevos planteamientos formales, esta vez recurriendo a una estructura dramática en la que alternan tiradas propiamente narrativas con escenas teatrales». Ignacio Echevarría, 2009.

«El Drama está articulado en cinco escenas y el resto de la novela son fragmentos narrativos cuya posible integración con aquellas está muy oscura. (...) Frente a ellos el Drama es algo así como un descanso para el lector. (...) El diálogo es fluido, y el Rey contribuye a su agilidad a pesar de que su condición de trasladado a través de los siglos no era la más idónea para ello». Darío Villanueva: “La novela de Juan Benet”, 1973.

«*La otra casa de Mazón*, que no sería publicada hasta la primavera de 1973, es efectivamente un híbrido entre el apólogo bíblico y la comedia castiza; el relato novelesco seduce e intriga, con su pleno dominio del párrafo benetiano, pero no es menos

impresionante el despliegue del aparato teatral: golpes de efecto, exageración gestual, avisos a la galería, un cierto aroma rancio y un exhibicionismo audaz, entre otras convenciones o leyes del idioma escénico, que fascinaba a Benet y en el que, de haber subido sus obras a las tablas en vida, habría —así lo aseguraba él— insistido». Vicente Molina Foix: “Benet comediante”, *Enemigos de lo real*, 2016.

§ *En el estado* (1977).

«Es un libro de acertijos y adivinanzas plagado de pastiches estilísticos, de *collages* sin fuentes, de citas anonimizadas, de alusiones y contraalusiones indirectas y de travestis entre epónimos históricos y anecdóticos. El lector puede leer el libro despreocupadamente, sin embargo. Las simulaciones y los camuflajes no tienen por qué molestarle, a poco entrenado que esté a la lectura de la novela actual tan desarticulada como excéntrica. No se puede hablar de este libro globalmente. Hay que detenerse en cada capítulo tomándolo como un microcosmos cada uno. Pero el todo no es un macrocosmos, creo yo. Lo único que podría servir de generalización de *En el estado* es que el autor mantiene muy bien en la cuerda floja, al derecho y al revés, ese paso de lo sublime a lo ridículo». Francisco Carrasquer, *Camp de l'Arpa*, 1978.

«Se llega a una altura de la novela (en mi experiencia de lector, el capítulo V, “La vuelta de Durandarte”) en que resulta aventurado hilar los cabos de manera lógica o continua: tanto el Coronel de modos prusianos, su ujier y alma (eslava) —en pena—, el pope Gapón, como la sombra eterna de un Femenino doble, impreciso, o los dos oscuros dialogantes de cuño beckettiano que sobresalen a ratos del mostrador del chigre, van engordando y entorpeciendo la línea hasta entonces trazada, que ya nunca se encuentra ni se aclara». Vicente Molina Foix: “Benet comediante”, 2010.

§ *El aire de un crimen* (1980).

«Sorprendió mucho y hubo comentarios como este: “El editor y financiero del premio que lleva el nombre de la editorial Planeta sostuvo en la conferencia de prensa que el mérito principal de la obra de Benet era que por fin se entendía una novela del creador de *Región* como mundo literario”, a lo que contestó el novelista: “Esta novela no se entiende ni mejor ni peor que otras mías, todas se entienden si se leen con atención”». Juan Cruz: “Discrepancias entre Lara y Benet sobre la claridad en la literatura”, 1980.

«Bajo la capa de complejidad y lo dificultoso, se intuye un narrador apegado a un modo de hacer novela que no desmiente su origen sino que lo amplía y lo proyecta a través de la profundización en un universo mítico que constituye el punto de partida para una creación llena de rigor en el lenguaje y en su disposición. Quiere ello decir que no por menor complejidad *El aire de un crimen* arrastra una densidad menor, sino por otras causas conscientemente puestas en juego. El ámbito de *Región* se amplía y bifurca, se recoge en sí y se difunde a partir de una voluntaria reducción de su vehículo expresivo. La ruina de lo real, la detención del tiempo en un espacio que no lo exige —ya que no, ahora, en esa prosa que lo ignora, entregada habitualmente al único regulador del ritmo— continúan siendo el lugar donde los hechos que solo interrumpen levemente la vida de sus personajes, cuya trascendencia solo parece ser verdadera en cuanto pretexto temático para la obra de su creador, se desarrollan a través de una expresión voluntariamente reducida, pero inevitablemente brillante. Volvemos, pues, al punto de partida. ¿Cómo dudar que Juan Benet ha hecho una obra notable?». Luis Suñén, *Ínsula*, 1981.

§ *En la penumbra* (1989).

«Aunque en la novela se lea que “la analogía hace mucho daño”, me parece, sin embargo, conveniente relacionar esta obra de Benet, tanto por su *esprit* como por su composición, con la literatura de la Ilustración. Está en la novela de Benet el racionalismo hiperbólico de Sade y Voltaire, la frescura de Diderot y el talante de discreto humor de un Sterne. Encierra toda una lección de sabiduría y descubre que detrás de toda sabiduría suele haber tan solo un malentendido. Si en su tiempo Benet fue maestro de una legión de extraviados discípulos, hoy, cuando los derroteros de la narrativa bordean los tentadores espacios de las rebajas de enero y junio, su obra nos sigue pareciendo más necesaria que nunca y no solamente por la presencia en ella de una lengua literaria que aúna el rigor con la innovación. En *En la penumbra* se constata que narrar es algo más que gratificar los reflejos cinematográficos del lector, que la reflexión narrativa no tiene por qué coincidir con la pretenciosidad vacua y, sobre todo, que divertir no tiene por qué reducirse a echarle carnaza sentimental a los lectores. Además, la novela también es divertida». Constantino Bértolo: “Las cuentas narrativas”, 1989.

«En las fiables palabras de un editor: “Con cerca de veinte mil ejemplares vendidos en muy pocas semanas, *En la penumbra* supuso un pequeño hito en la torturada historia editorial de Juan Benet”. Veinte mil ejemplares colocan a Juan Benet en una posición que llevaba buscando quizá desde que aceptó la apuesta para presentarse al Planeta: la de ganarse lectores. De hecho, y a partir de *En la penumbra*, solo trabajará en encargos editoriales (el ensayo *Londres victoriano*, la recopilación de textos en *La construcción de la torre de Babel*, la traducción de *Beckettiana* y la novela *El caballero de Sajonia*) como si, cansado de tanta incompreensión por parte de los lectores o de su propia vocación de escritor minori-

tario, buscarse el camino sin sorpresas de la venta asegurada». Francisco García Pérez: *Una meditación sobre Juan Benet*, 1998.

§ *El caballero de Sajonia* (1991).

«Esta breve novela surgió de la transformación de un encargo realizado por Rafael Borrás, en nombre de Editorial Planeta, que tuve a bien aceptar al igual que en otras dos ocasiones. Si Rafael Borrás persevera en sus instancias es muy posible que en breve tiempo sustituya en alguna de sus funciones a mi imaginación, sin duda necesitada a estas alturas de alguna ayuda externa. (...) En una reciente glosa sobre *El caballero de Sajonia*, Manuel Rodríguez Rivero ha afirmado que me sientan bien los libros de encargo. (...) Si el encargo es convincente, y es aceptado sin reservas, elimina muchos quebraderos de cabeza iniciales y ofrece ventajas incuestionables, entre las que el suministro de la materia sobre la que debe versar el libro no es la menor, ciertamente. Por añadidura, el encargo rompe el clima un tanto espectral en el que se desarrollan las ficciones propias, exige lecturas imprevistas y dirige la curiosidad hacia terrenos poco frecuentados. Tengo que reconocer que, reducido a mis recursos y sin la ayuda de una sugerencia, nunca se me habría ocurrido escribir una novela con Lutero de protagonista y de cuyo resultado no estoy descontento». Juan Benet: «Acerca de *El caballero de Sajonia*», 1991.

«Benet ha escrito, valga repetirlo, una novela histórica, y lo ha hecho con rigor implacable, sin ceder a tentaciones tan al uso como la interpretación sintética del personaje o su instrumentalización simbólica. El Lutero de Benet no ofrece respuestas ni certezas, no se redondea en atención a ninguno de los rasgos que lo caracterizan. Y es en la severa rectitud con que prevalece este empeño donde quizá se origina el más grave reparo que puede hacerse a este texto: su carácter ligeramente ensimismado, insobornable a cualquier didactismo y, en consecuencia, indife-

rente a las solicitudes del lector más común, a quien puede resultar arduo atar algunos cabos. Fuera de esto, la novela en sí no deja de constituir una sorpresa. Benet había llegado con su novela anterior, *En la penumbra*, al límite mismo del manierismo. Y cundía la expectativa de averiguar cómo se relacionaría su próxima novela con esa difícil frontera. Pues bien; Benet ha salido al paso con lo que parece constituir una inesperada maniobra de divertimento. La operación delata un gran talento estratégico e importantes recursos. En cuanto a la novela misma, deliberadamente sumisa a la condición menor de la glosa, ofrece un interés relativo, si se piensa en anteriores logros de Benet. Pero quizá su alcance no pueda apreciarse del todo hasta averiguar si es solo un brillante ejercicio o más bien la salva anunciadora de nuevos rumbos en la trayectoria del autor». Ignacio Echevarría: “Combate del mundo, el demonio y la carne”, 1991.

— cuentos —

En el prólogo de la 1ª edición de *Cuentos completos* (1977) confiaba Benet en que el lector de sus cuentos y relatos «podrá encontrar algo de lo que buenamente se espera de toda lectura; esto es, emociones. (...) Un variado conjunto de relatos muy diversos, salpicados de imágenes de emociones que de manera refleja pueden resucitar diferentes estados del espíritu, con un poco de aplicación. Ante sus ojos desfilará toda una cohorte de caracteres enfrentados e incluso opuestos; situaciones que no guardan entre sí ningún parentesco, a pesar de circunscribirse al espacio mítico de Región, y pasiones que —me atrevo a afirmar— cubren buena parte del complejo espectro de la conducta humana. La generosa nobleza separada por un delgado tabique de páginas de la más baja ruindad; la venganza implacable junto al magnánimo perdón; desapacibles noches del invierno regionato

a poca distancia en el tiempo de los cálidos mediodías; momentos risueños dentro de un acontecer sombrío, y viceversa; el lujo de una civilización pagada de lo último en contraste con la miseria de una cultura añeja y decrépita. Verdades evidentes y palmarias que conviven de pared por medio con insolubles enigmas. Es decir, como los folletos turísticos y de paso repite algún crítico cuando no está en vena de improvisar, todo un mundo en pequeño que recoge —en reducidas proporciones— el sortilegio de nuestra variada geografía, nuestras ancestrales costumbres y el múltiple colorido de nuestro pueblo. ¡Ah, el poder reductor de este arte arbitrario!».

En el mismo prólogo Benet escribe: «Con todo y con eso me queda la sospecha de que, a pesar de tratarse de una edición dirigida al hombre de la calle, en buena medida se apropiarán de ella los críticos, los doctos y los que, habiendo sido iniciados en la textología, no desean otra cosa que un motivo para practicarla. Porque o bien es que el hombre de la calle compra pocos libros para leer (un concepto que debe tener algún parentesco con aquella “merluza para freír”, señalada en los menús de las viejas tabernas) o bien es que, por una de esas faltas de discernimiento que llevan al hombre hasta la manía persecutoria, yo ya no veo más que críticos, doctos y textólogos. *Sit Regionis terra sibi levis*». Años más tarde, en el prólogo a la 2ª edición (1981) confiesa: «Empiezo a esperar para el conjunto de mi obra el premio de cierta desconsagración, que es lo mejor a que puede aspirar un escritor: ser leído más por el público aficionado que por el profesional de las letras. Por eso decía que por esta vez no me mueve tan solo el afán de lucro».

El primer libro de narrativa que publica Benet, *Nunca llegarás a nada*, lo es de relatos. Según Félix de Azúa, en ellos «se encuentra aproximadamente el setenta y ocho por ciento de los re-

cursos técnicos —estilísticos, si se prefiere— que configuran sus huellas dactilares hasta el día de hoy».

Al poco de publicarse, su amigo Luis Martín-Santos⁷⁶ le escribe a Benet: «La calidad literaria es innegable: tu *nebulosa* es de gran calidad estética; la fluencia de la frase, el ritmo, el vocabulario, las metáforas, todo ello indica que tienes categoría de escritor y hasta de escritor de importancia, personal aunque folcneriano. Reducir la explicación de tu estilo a un simple mimetismo sería desconocer lo que es un estilo. Cada frase es tuya de un modo indudable y yo podría reconocer la forma de tu movimiento espiritual entre mil.

»Ahora bien, a mi modo de ver tu *nebulosa* es quizá demasiado nebulosa. Haría falta —siempre según mi concepto— un tra-

⁷⁶ Cuenta Manuel Vicent, en “Juan Benet: en un tiempo de silencio”, que «Benet había comenzado a publicar desde muy abajo. Su primer libro de relatos, *Nunca llegarás a nada*, pagado a sus expensas, lo sacó el editor anarquista valenciano Giner, en 1961, en un catálogo donde figuraba en segundo lugar, después de un manual para utilizar ollas exprés. Pero, de pronto, Martín-Santos le ganó por la mano. Mientras en su consulta atendía a gente más o menos desequilibrada, escribía de forma compulsiva, casi clandestina, una novela que le daría súbitamente la fama. Con *Tiempo de silencio*, publicada por Seix Barral en 1962, Martín-Santos metió a Joyce como un disolvente en el realismo social del momento y ese espejo literario que reflejaba el ala de mosca del franquismo se quebró en mil vidrios y cada fragmento era un guiño que deslumbró a críticos y lectores progresistas. El éxito de Martín-Santos pilló a contrapié a su amigo Benet. Se daba por supuesto que era el ingeniero y no el psiquiatra el que iba ser escritor. Benet no supo evitar los celos, aunque los remedió mediante una crítica sumamente acerada e inteligente de la novela, pero la competencia no pudo ir más allá porque Martín-Santos murió poco después en un accidente de coche en Vitoria y su carrera literaria quedó truncada a mitad de la gloria, que se acrecentó cada día impulsada por su desaparición. Parecía que la historia de la novela contemporánea española la dividía una línea que atravesaba la tripa de estos dos caballos. En *Tiempo de silencio* quedó reflejada la figura de Benet en el personaje de Matías. Fue otro factor de desencuentro. Benet se sintió en cierta forma traicionado por su amigo. Ese Matías era un contrapunto del propio Martín-Santos y no estaba a la altura del concepto que Benet tenía de sí mismo. El humor de ese personaje, sus aventuras nocturnas eran más bien rudimentarias, sus golferías tampoco tenían demasiada gracia y en los debates de la inteligencia en las noches de vino largo siempre salía derrotado por el protagonista, cosa que no sucedía en la vida real. Benet se vio como un actor de reparto en esta historia».

zo argumental más claro y un dibujo más preciso de los protagonistas. El dramatismo brota más del olor de la frase que de la peripecia. Yo querría ver tu magnífica nebulosa creacional concretada en mundos orgánicos y precisos. Además creo adivinar que tu intención es lograrlos y que hay una cierta dirección de convergencia de los diversos relatos aparentemente aislados. Espero, pues, que en el futuro nos darás lo que te pido con creces.

»El relato que más me ha gustado es “Baalbec”. Tu visión de la ruina de una cierta clase media apunta a una realidad que aún no se ha tratado en España, quizás porque no había llegado a existir hasta nuestra época. La burguesía es tan reciente que aún no se podía pensar a sí misma como decadente. Tú puedes aportar ese mensaje si aciertas a concretarlo, entre otros muchos mensajes que llevas dentro. También es muy bueno el último relato aunque en él el mimetismo ese se hace quizás más evidente.

»El primero [“Nunca llegarás a nada”] por el contrario me ha parecido el menos logrado: todo ello dentro de la gran altura en que se mueve la totalidad de la obra».

Epicteto Díaz, autor de *Del pasado incierto. La narrativa breve de Juan Benet*, sostiene que «Una tumba, “Horas en apariencia vacías” o “Baalbec, una mancha” no presentan las complejidades sintácticas a las que suele atribuirse la ‘dificultad’ de sus novelas; si bien los procedimientos retóricos son los mismos, las constricciones del género imponen una economía al estilo que lo hacen más asequible, manteniéndose su singularidad característica». Y es que, como piensa Ignacio Echevarría, «puede que la mejor forma de acceder a Región sea llegando desde fuera. Que el mejor modo de adentrarse en ella sea desde el previo conocimiento de los paisajes que ocultan las escarpadas sierras que rodean su territorio. Seguramente sea este volumen [*Así era enton-*

ces. *Cuentos completos*, 2, que reúne «todos los relatos, largos y cortos, que transcurren de un modo evidente fuera de Región] la mejor vía para despojarse de los prejuicios que a tantos disuaden de leer a Benet. La variedad de registros que conviven en estas páginas, llenas de humor, de erotismo, de intriga, de enredos, de ambigüedades, de sabiduría narrativa, constituyen el camino más fácil para familiarizarse con una escritura que también sobre estos pilares sostiene su elevada ambición y su exigencia».

Por venir a un solo ejemplo, en sus “Notas sobre Juan Benet” Pere Gimferrer —a quien Benet dedica, por cierto, el relato— afirma que «*Una tumba* es, en su género, una obra maestra. Se trata de una “ghost story” al modo anglosajón, género que Benet volverá a abordar en algunos relatos de *Cinco narraciones y dos fábulas*. *Una tumba* está narrada con el fúnebre aparato escénico de una vieja película de terror. El gusto de Benet por la adjetivación enfática y sombría, por el tono sentencioso y hermético, conviene admirablemente a la atmósfera de la obra, que en un plan claro, ordenado y casi simétrico (el primer capítulo nos enfrenta a la tumba profanada; el segundo nos narra la vida anterior del niño y su iniciación erótica; el tercero relata la espectacular muerte —que evoca las leyendas en torno al asesinato de Rasputín— del siniestro antepasado; el cuarto, en fin, la posesión del niño por el mundo de los muertos) contiene acaso una alegoría de los grupos sociales encadenados a su pasado y con él y por él precipitados a la propia destrucción, tema este de los más característicos de Benet y que dominaba ya *Una meditación*. Es, en todo caso, la más lírica (con *Un viaje de invierno*) de las obras de Benet, y solo las características de su edición, por otra parte bellísima, explican que hasta el presente no haya alcanzado la difusión de otras».

Pasen y lean.

ensayo

«En una época como la nuestra —en la que la disposición polémica parece haberse transformado en un anacronismo arqueológico por el cual hay que estar pidiendo disculpas todo el tiempo— ese espíritu combativo del ensayo no puede menos que ser celebrado».

Michel Foucault: *Nietzsche, Freud, Marx*

«Se ha dicho con acierto que, en relación a la operación de gran estilo que —por emplear la terminología bélica a la que tan aficionado era— supone un proyecto narrativo, los ensayos de Benet vienen a ser audaces golpes de mano, incordiantes acciones de sabotaje, labores de zapa, cuando no sofisticadas maniobras de distracción». Es más, a juicio de Ignacio Echevarría, «hay motivos para pensar que el ascendente de Benet actúa sobre todo desde sus ensayos, siempre magníficos».

Con mayor razón por ello, llama la atención que en el número de abril de 2006 de la revista *Quimera* dedicado a “El ensayo español en el siglo XX” solo Jordi Ibáñez y Fernando Savater señalen a Juan Benet entre “los cinco ensayistas mayores del siglo XX”, obteniendo así tan solo 2 votos de favor en contraste con los 19 que obtiene Ortega y Gasset, los 17 de Unamuno y los 10 de Sánchez Ferlosio⁷⁷.

⁷⁷ Llama también la atención que un benetiano ilustre como Félix de Azúa no incluyera al autor de *La moviola de Eurípides* en su particular canon, si bien es cierto que «las preguntas que forman el cuestionario son, todas y sin excepción, absurdas. (...) La limitación en la cantidad de respuestas la impone el caprichoso juego selectivo en que consiste la encuesta y la determinación del número (cinco autores, diez obras), la más arbitraria de las deci-

— miscelánea —

En 1969 —tres años después de haber publicado *La inspiración y el estilo*—, Benet declara a Miguel Fernández Braso: «Me atrae más escribir novela que escribir ensayo. El ensayo, en principio, no me atrae. Es otro tipo, otra manera de pulsar la tecla de la máquina. Todo lo que no sea inventar y divertirse no me atrae. Es muy difícil inventar un ensayo». Benet no inventó ninguna nueva arte de ensayar, pero sí que se destacó por sobre muchos, siquiera porque muy rara vez pisó tierra trillada.

Para Jordi Gracia (*El ensayo español. "Los contemporáneos"*), «la originalidad del ensayismo benetiano es correlativa con la diversidad de formatos que supo darle. Practicó ejercicios narrativos que se convierten en notas de lectura crítica (...), trazó semblanzas personales de lucidez y humor insuperables (...), pasando por trabajos más asépticos o muy provocadores (...), pero siempre escritos con la seguridad de un estilo largo, seguro y sinuoso periodo». Y es que para Ricardo Gullón «el talento no es fácil de ocultar y Benet no se esfuerza gran cosa en hacerlo. En su última salida [*La construcción de la torre de Babel*], además, se reviste de erudición y celebra de pontifical la ceremonia del aleccionamiento. Zonas culturales lindantes con la metafísica, la religión y el esoterismo están en el discurso y lo empujan de un párrafo al siguiente con vigorosa arbitrariedad o, tal vez, con subyacente coherencia. Signos e indicadores se despliegan en el texto, regidos por una voluntad de estilo que poco a poco va sobreponiéndose a la amenaza de un análisis meramente técnico de la cuestión: el escritor Benet pone a raya al profesor Benet».

siones. Ahora nos preguntamos si, de haber ampliado el número de respuestas posibles, hubiéramos obtenido una nómina distinta en la que, quizá, hubieran figurado José Bergamín, Julián Marías, Francisco Ayala, Juan Benet o Manuel Vázquez Montalbán, quienes se han quedado con uno o dos votos».

Au sens fort, Benet escribe solo un ensayo *at large*: *El ángel del Señor abandona a Tobías* (1976); el resto de libros publicados —*ante* y *post mortem*— son misceláneas. Para Carlos Barral, que presentó *El ángel...* en una discoteca de Madrid, el libro «no está escrito como un ensayo científico, sino como una meditación literaria cuya excusa es la imagen pictórica del cuadro de Rembrandt, de igual nombre que el libro, y de la historia bíblica de Tobías. La meditación arranca y termina a raíz de la manipulación de esta excusa literaria, lo que permite las derivaciones más insospechadas. Lo que me parece más importante del libro de Benet es el intento de resurrección de un género estrictamente literario, que es el de la reflexión o meditación a la manera de Montaigne». Años después, en 2005, Martínez Sarrión reconoce que «siempre tuve a *El ángel del Señor abandona a Tobías* y no solo por su extensión, como el ensayo mayor de Benet, que escribió muchos y todos excelentes. (...) Los temas abordados son muchos, de fuste y bien urdidos: la cambiante función del tiempo y el espacio en la plástica y la escritura literaria, la figura de Sócrates, la experiencia religiosa, el fenómeno amoroso, la pintura y el grabado de Rembrandt, etcétera. Tengo que confesar mi arraigada debilidad por este tipo de crítica, culta pero sin aparataje erudito o de notas, a veces salpicada de elementos de arbitrariedad e incluso errónea o injusta, pero con un admirable discernimiento lógico, originalidad, frescura, combatividad y elegancia. Si hacemos memoria, ese fue el estilo de muchos creadores —críticos del siglo pasado y de este, de Eliot a Paz, de Connolly a Blanchot, de Cernuda a Seferis—. Incluso un indudable y eruditísimo profesor, como George Steiner, abogó por el texto limpio de parásitos, en su inolvidable ensayo *Presencias reales*⁷⁸. Para los

⁷⁸ Lo escribe George Steiner pero bien podría haber sido un desiderátum benetiano: «Estoy imaginando una república contraplatónica en la que críticos y reseñadores han sido prohibidos; una república para escritores y lectores».

susceptibles y desconfiados es preciso decir que el ensayo de Benet, ahora recuperado, no presenta en absoluto las escarpaduras, paréntesis, subordinadas y meandros de lengua que caracterizan a su prosa narrativa. Esa que al neófito o abandonista de otros intentos le animo a acometer tras estos succulentos y accesibles entrantes».

Sin contradecir al *novísimo* poeta y excelente lector de la obra benetiana, a nuestro juicio son los ensayos literarios los más succulentos de la ensayística benetiana, y no tanto la «excelente discusión sobre el peso, y los límites, de la nueva lingüística, que había querido erigirse en verdadero modelo de las ciencias humanas. Benet elige a Frazer frente a Saussure y por tanto la palabra como concepto y como mito frente al mero signo», pues de esto trata también —y no siempre novedosa ni acertadamente— *El ángel del Señor abandona a Tobías*.

De las distintas misceláneas —ver apéndice *Ars longa*— acaso las mejores sean las editadas por Mauricio Jalón una vez muerto Benet: *Infidelidad del regreso* y *Una biografía literaria*, ambas publicadas en 2007. El primero de los libros «reúne los ensayos sobre la creación española clásica y contemporánea» y «puede ser una metáfora del ánimo con que Benet vivió la literatura, de su fiel infidelidad a nuestra tradición escrita», pues «habla de la radical desobediencia a las reglas del género en los escritores del Siglo de Oro, de la lucha contra el código realista en Baroja, de las deserciones clásicas de que está hecha la trayectoria de Ferlosio, de la afición de Mendoza a observar la historia por detrás». *Una biografía literaria* acaso interese más por cuanto la mayoría de los ensayos reunidos «son inéditos, desconocidos, agotados o inaccesibles», y todos magníficos, cabría añadir, ya traten de Melville, «un escritor sombrío e inquisitivo», de Beckett, un «algebrista», de Conrad, «el *outcast* de las islas», o de Joyce; y, desde luego, de Faulkner.

De la contrastada independencia de juicio benetiano vale con citar “James Joyce, una separación” (1970), un «extenso y polémico prólogo⁷⁹ —sin título— al estudio de Stuart Gilbert, *El ‘Ulyses’ de James Joyce*». Verbigracia: «Y bien, Joyce es un humorista; es también un costumbrista; es —Dios sea loado, como decía Pepys— un escritor jocundo. Un escritor que con el tiempo —y llevado por la afición a sus propios chascarrillos— busca la depuración mediante la sustitución de un sistema de ideas por un sistema de juegos de palabras, no me parece el más acabado ejemplo de intelectual —como ciertos profesores de universidad pretenden, con machacona insistencia— si se conviene que la inteligencia no es un fin en sí mismo y el intelectual algo más que ese mecánico probador que con su habilidad define las máximas posibilidades del artificio».

Los ensayos y glosas de Benet sobre la obra faulkneriana merecen capítulo aparte: «Empecé a leerlo en castellano, luego lo busqué en francés y al final logré leerlo en inglés, pero muy tardíamente». Muy prontamente, sin embargo, el mismo año (1951) que empieza a estudiar «inglés mal y en serio durante el servicio militar en Toledo» escribe «un revelador escrito —del todo inédito— sobre su ‘maestro’». Unas cuartillas que causan asombro, máxime cuando fueron redactadas por un joven estudiante de ingeniería de apenas veinticuatro años. Solo una muestra: «Faulkner no necesita para nada el futuro. El lector primerizo puede leerle con un punto de vista viviente, digamos, sartriano, con una metafísica del futuro y recorriendo en la novela al personaje en su tiempo fluyente, paso a paso hacia el futuro;

⁷⁹ Numerosos ensayos los escribe Benet como prólogos o epílogos *ad hoc*; así, *Industrias y andanzas de Alfanbui* (1970), de Sánchez Ferlosio, *No pongas tus sucias manos sobre Mozart* (1983), de Manuel Vicent, *El hombre sentimental* (1987), de Javier Marías, *El espejo del mar* (1981), de Conrad, *Benito Cereno* (1970), de Melville, *Las palmeras salvajes* (1970), de Faulkner, *El significado de la traición* (1982), de Rebecca West...

no así el lector que vuelve sobre él (posible explicación de ese raro fenómeno de la relectura) que ya se coloca aunque sea inconscientemente en el plano faulkneriano y trascendiendo a su visión viviente. Por tanto la temporalidad en Faulkner es el encadenamiento afectivo al pasado y a las cosas inmóviles. En esa acongojante situación surge el irresponsable Presente, el acto que puede ser involuntario y gratuito en el presente pero que en un punto va a hacerse pasado, algo que ha podido no verificarse y que a veces es injusto pero que ya va a quedar para siempre en la vida pasada y que en un momento puede revertir y caer sobre el hombre para determinarle en un sentido, algo “gratuito e irrevocable como el telegrama que anuncia la muerte”. Entonces el Presente no es todo lo que no es ahora, sino aquello que es, aquella parte que no obedece al encadenamiento al pasado y al orden de las cosas dirigidas por el aspecto. En Faulkner, pues, parece que lo gratuito reemplaza a lo posible. Y así también este Presente es catastrófico respecto al orden».

Para hacerse una idea de la variedad y alcance de los ensayos benetianos, de la «evidente originalidad en sus planteamientos y ramificaciones (¿y qué hay mejor que esos dos rasgos en un ensayo?)» son pintiparadas estas notas de José María Pozuelo Yvancos incluidas en *Ideas literarias: siglos XIII-XX: «Puerta de tierra»* (1970) se enfrenta a una variada gama de temas que sin embargo muestran una documentadísima urdimbre de curioso lector impertinente, por lo muy personal de sus posiciones. El ensayo titulado “Cordelia Khan” es una valiente y original interpretación crítica del *Rey Lear* de Shakespeare, que no ha evitado un conocimiento directo de las lecturas de Hazlitt y Lamb o posteriormente de Bradley, es decir, literatura crítica muy especializada, que utiliza no para seguirla, sino para discutirla con argumentos originales, que no siempre favorecen los tópicos asumidos sobre tal drama, bifronte, y una tragedia mal resuelta como tragedia, lo

que favorece una ambigüedad grandiosa en la construcción misma del drama. Otras veces conjetura un retrato de artista, Schubert, en la difícil convivencia con una precocidad que le acabó consumiendo como artista y como hombre. El ensayo titulado “Ética, neoética, poiética” propone, de la mano de bibliografía auxiliar entonces muy poco conocida en España (el libro de Richards sobre la metáfora, por ejemplo), así como de la mano de Dante, Milton, Faulkner, Proust, leídos en sus lenguas originales, una teoría de la creación poética, ya explicada arriba en sus líneas básicas y que llama la atención por su sorprendente agudeza. El titulado “Ex tempore”, escrito a partir de una visita al cementerio lisboeta de Os prazeres, sirvió para formular una filosofía del tiempo, que desarrolla simultáneamente en *Volverás a Región*. (...) En un último ensayo, publicado tres años antes de su prematura muerte, y dedicado al cuadro de Brueghel titulado *La construcción de la Torre de Babel* (1990), funde Benet sus dos almas: la del ingeniero minucioso que se pregunta por la estructura del edificio representado por el pintor, dando cuenta de sus materiales, su diseño, la elección de su estructura, al tiempo que nos brinda una excelente versión indagadora de los mitos primitivos que dieron lugar al mito de Babel. Un cuadro encierra en sí mismo la posibilidad de viajar por una teoría de la arquitectura y a la vez permite dar la vuelta por la geografía precisa de Babilonia, y a su través por el imaginario humano. Un Benet nervioso, rotundamente lúcido; este otro Benet, ensayista literario».

Para terminar con la ensayística benetiana destacaremos que, aun siendo alguno de los ensayos de Benet auténticas “críticas ejemplares”, siempre abominó de los críticos —sobre todo de los ‘sociológicos’ y de los ‘textólogos’—, pues «siempre existirá una oposición intelectual entre el escritor y el crítico porque en esencia si al primero le mueve en gran medida la afición al mis-

terio y la inquietud que le provocan la duda y el desconocimiento, el segundo —emparentado en su forma de ser con el hombre de ciencia— solo puede vivir tranquilo si es capaz de comprender cualquier fenómeno cultural, por nuevo que sea, y encasillarlo dentro de los límites de su conocimiento»; además, «en última esencia quien elige la crítica se denuncia a sí mismo: suele ser hombre de orden, que ama las reglas, que nada le emociona tanto como la validez universal de un principio, la infalibilidad de una doctrina, la sacralización de un nombre o la eternización de un valor: esto es, todo aquello contra lo que la cultura (tal vez la única actividad del hombre que lo pone todo en entredicho y, en principio, nada debe respetar) ha luchado siempre».

— *haute vulgarisation* —

Juan Benet escribió *Qué fue la Guerra Civil* (1976) y *Londres victoriano* (1989) por encargo.

El primero de los títulos lo publicó La Gaya Ciencia, editorial que dirigía Rosa Regàs y a quien Benet dedica el libro: «El día de San Esteban, en un restaurante de lo alto del Tibidabo, comiendo con su hermano Oriol, ambos llegaron a un acuerdo: “Hay que explicar a los españoles cómo va a ir la cosa”. La cosa era la democracia, y para explicarla los hermanos Regàs idearon la Biblioteca de Divulgación Política, una colección de libritos muy pedagógicos, que a partir del 23 de abril de 1976 —cada semana un título— fueron muy visibles en quioscos y librerías. La colección fue un éxito».

El libro sobre Londres lo escribe a petición —«una invitación tan malévola como otras suyas»— de Rafael Borràs, y se incluye

en la colección “Ciudades en la historia”⁸⁰, editada por Planeta. Especifica Francisco García Pérez que «tras concluir, en 1988, los trabajos en la presa de Santa Eugenia, cerca de la gallega Corcubión, se apresta a organizar su propia empresa de ingeniería y publica, al año siguiente, lo que él llamó “un encargo engorroso” y “con título impuesto”, *Londres victoriano*. En una entrevista del mes de noviembre declara: “Claro que me ablando. ¿Quién no se ablanda? ¿Qué ventaja tendría endurecerse? Pero es algo que va con el despertador y los meses y los días. (...) En ningún momento se puede decir que eso obedezca a una tónica general, semejante a la senilización o a la decadencia del cuerpo. Pasado mañana me puedo descolgar, si me lo pide el cuerpo, con una obra hermética, más cerrada y dura que cualquiera de las anteriores”.

Valen más para el libro bélico que para el libro victoriano las palabras de Tony Judt, cuando pretende *pensar el siglo XX*: «Como regla general, evité por completo tratar fuentes secundarias relativas a mi tema. Estaba bastante decidido a no escribir otra monografía histórica más al estilo inglés o estadounidense, de esas que abordan todas las interpretaciones añadiendo a continuación alguna pequeña y cautelosa revisión propia». Lo que sí comparten ambos ensayos, *ça va de soi*, son la mucha ironía y el “pienso, luego ensayo”, sin temer los previsibles reproches académicos o ideológicos. De lo segundo valga esta advertencia liminar en *Qué fue la Guerra Civil*: «Consideraré más tarde que constituiría una grave renuncia a mi papel la exclusión de mis propias opiniones sobre algunos sucesos y actitudes de aquel conflicto, por lo que me he decidido a insertarlas, cuando vienen al

⁸⁰ Entre otros títulos de esta colección cabe destacar *Venecia de Casanova*, de Félix de Azúa, *Viena, fin del Imperio*, de José María Valverde, *Córdoba de los omeyas*, de Antonio Muñoz Molina, *Pekín, ciudad prohibida*, de Jesús Ferrero, *Granada nazari*, de Antonio Gala o *Barcelona modernista*, de Eduardo Mendoza.

caso, a sabiendas de que no serán compartidas por la mayoría de los posibles lectores». De lo primero, y por venir a Londres, valga lo que sigue: «Solo las heroínas de las novelas victorianas —siempre abnegadas e incorruptibles, pues incluso en la perdición mantenían el amor a la virtud— obedecían al modelo impuesto desde el púlpito, el escaño, la cátedra o el *drawing room*. Los hombres, indefectiblemente, fallaban por un lado o por otro».

No se contenta Benet con dar lecciones sobre estrategia militar «en la belicosa primavera del 37» o con mencionar el «enterrament de 6ème classe» de Oscar Wilde en Bagneux, sino que levanta el vuelo y desemboca en la antropología: «La pasión del inglés por la apuesta y por aprovechar todo suceso como pretexto para un envite tenía que extenderse a sus diversiones, animadas por la posibilidad de volver a casa con unos *pennies* más y nunca coartada por la realidad estadística de regresar con unos cuantos menos». En cuanto a los españoles, «es evidente que España es un país distinto de aquel de 1939 y tal vez su transformación haya sido más intensa y radical que la de cualquier nación europea en el mismo lapso de tiempo. Pero en ciertos aspectos y caracteres que determinan las condiciones necesarias para que sea respirable un clima ciudadano, sigue siendo el mismo pueblo de siempre: las mismas actitudes intransigentes que afloran aquí y allá, el mismo menosprecio a las ideas del adversario, la misma sobredosis de sentimientos con que recargar opiniones que no nacen de juicios claros, la eterna prioridad de los intereses privados sobre los públicos y, como colofón, esas constantes con que el miedo y la agresividad caracterizan la conducta de los seres débiles». Por lo demás, «el 18 de julio de 1936 cayó en sábado, uno de esos ardientes y solitarios sábados que los militares españoles escogen para llevar a cabo sus pronunciamientos».

teatro

«NINA. En su obra hay poca acción, todo son párrafos largos. Además, yo creo que en una obra de teatro ha de figurar el amor...».

Antón Chéjov: *La gaviota*

En un célebre artículo de 1954, “El teatro de Baudelaire”, Roland Barthes se refiere *ex novo* a la noción de ‘teatralidad’⁸¹, que «debe estar presente desde el primer germen escrito de una obra, es un factor de creación, no de realización. No existe gran teatro sin una teatralidad devoradora; en Esquilo, en Shakespeare, en Brecht, el texto escrito se ve arrastrado anticipadamente por la exterioridad de los cuerpos, de los objetos, de las situaciones; la palabra se convierte enseguida en sustancia». No parece ser el caso de la palabra teatral benetiana.

Con motivo de la publicación en 1971 del corpus principal del teatro benetiano: *Anastas o el origen de la Constitución* (1958), *Agonia confutans* (1966) y *Un caso de conciencia* (1967), Javier Monleón publica en *Triunfo* una reseña en que señala que «las tres obras que contiene, examinadas en función de las fechas en que fueron escritas, acusan un perceptible descenso de ‘teatralidad’ (...). Uno se atreve a decir que entre *Anastas o el origen de la Constitución*, alegoría política, Ionesco arraigado en realidades que im-

⁸¹ «Para comprender el teatro baudeleriano es preciso tener en cuenta una noción, la de la teatralidad. ¿Qué es la teatralidad? Es el teatro sin el texto, es un espesor de signos y sensaciones que se edifica en la escena a partir del argumento escrito, esa especie de percepción ecuménica de los artificios sensuales, gestos, tonos, distancias, sustancias, luces, que sumerge el texto bajo la plenitud de su lenguaje exterior». El celebrado artículo se incluirá diez años después en *Ensayos críticos*.

piden seguir sacándose palomas del sombrero, y *Un caso de conciencia* existe el paso que supone escribir con el escenario en la cabeza, como si la imaginación aún creyese que ese era el destino de lo que iba fabulando, a sentarse solo con las cuartillas y escribir olvidando la geométricidad, la arquitectura de la expresión escénica». Para el afamado crítico, «*Agonia confutans* y *Un caso de conciencia* se mueven en la disquisición verbal, en la manifestación de unos argumentos y unas ideas que obsesionan al autor, mucho más atento a la explicitación de sus razonamientos que a las exigencias objetivas de los personajes», mientras que «*Anastas* es un drama excelente, injustamente editado y divulgado con trece años de retraso (...). Se inscribe en esa lista de obras marginadas que, estrenadas en su momento, nos hubiera llevado a la existencia de un buen teatro español verdaderamente contemporáneo»⁸².

Si bien la calificación de poco ‘teatral’ del teatro benetiano no se quiere unánime, como se comprobará más adelante, lo cierto es que en una entrevista de 1986 publicada en *La Nueva España* el propio Juan Benet declaraba: «No me ha tentado nunca el teatro, a pesar de, una vez más incurriendo en una contradicción, haber escrito. Pero si hoy mismo alguien me ofertara representar una obra de teatro, en principio le diría que no. Por así decirlo, estoy defraudado de mí mismo en ese campo».

⁸² La opinión del crítico en 1980, cuando asista a una representación de la obra, y no solo tras leída, será muy otra: «*Anastas* es un texto político que intenta explicar, en clave de farsa, las razones últimas de nuestra constitución. La aparente ambigüedad inicial de la metáfora es muy pronto suplantada por una explicitud inequívoca, alimentada por personajes reconocibles e inmediatos. En lo que quizá el texto de Benet salga perdiendo, porque no es lo mismo componer una interpretación general del sentido de la constitución que descender a una visión anecdótica en la que caben posiciones muy distintas, donde la dialéctica debe disculpar a la ideología y donde son más que discutibles ciertas imágenes de personajes y realidades. Todo es mucho más sutil de como nos lo pinta Benet».

En verdad, a Juan Benet sí le había tentado el teatro, hasta el punto de que su primera obra publicada, *Max* (1953)⁸³, era una pieza teatral; o de que en 1960 —un año antes de publicar *Nunca llegarás a nada*— presentó *Anastas o el origen de la Constitución* al premio Valle-Inclán de teatro, como informa Miguel Carrera Garrido en *El enigma sobre las tablas: análisis de la dramaturgia completa de Juan Benet*⁸⁴: «Nunca en su vida haría el escritor mención a este temprano ‘fracaso’, no sabemos si por olvido, por despecho o por algún otro motivo (...). La mera contribución de Benet al premio Valle-Inclán da pie a una elucubración estimulante, a saber, que por ese entonces aún debía Benet de creer en sus posibilidades como autor teatral, al menos lo suficiente como para enviar uno de sus dramas a competir en un concurso nacional».

De que creyó en sus posibilidades como autor teatral hasta años después —todavía en 1982 confesaba que «últimamente no me siento a gusto con el teatro, y por eso no escribo piezas teatrales, porque no se me ocurren ideas apropiadas»— da cuenta el intercambio epistolar con Carmen Martín Gaité en 1966. Quiere convencerse Juan Benet de que «‘cabe’ un teatro solo de palabra», pero a la vez reconoce que «el teatro de la palabra necesita

⁸³ «La *Revista Española* en 1952 y 1953 reunió a una generación de jóvenes narradores que se dieron a conocer en Madrid, entre ellos Juan Benet, Rafael Sánchez Ferlosio, Ignacio Aldecoa y Carmen Martín Gaité. Juan Benet publicó en esta revista una pieza teatral titulada *Max*; en estas páginas dio a conocer Carmen Martín Gaité su primer cuento, “Un día de libertad”; y en ellas Jesús Fernández Santos sacó por primera vez su “Cabeza rapada”, uno de los relatos más valorados del siglo XX español», recuerda Alfredo Valenzuela.

⁸⁴ Se trata de una tesis doctoral publicada por el CSIC, integral y de obligada lectura, y acaso en exceso académica: «Busco perfilar su valor ya no respecto al resto de su producción ni a la dramaturgia más rompedora de su tiempo, sino *per se*, por su constitución formal. A este fin, recurro a un modelo teórico nutrido de los últimos avances en investigación semiológica y con garantías de eficacia: la dramatología del Dr. José Luis García Barrientos», autor de *Drama y tiempo. Dramatología I*: «No se trata de un modelo teatral completo o exhaustivo. Basta superponerlo a la matriz glosemática (...) para advertir que fuera de él quedan las sustancias de la expresión y del contenido teatrales».

una proporción de acción para ser tolerable al espectador. El problema se sitúa donde siempre, ¿dónde está el perfecto equilibrio entre acción y palabra? A posteriori es muy fácil decirlo pero a priori no resulta tan cómodo porque en el reino de la palabra toda intromisión de la acción es contaminante: en el teatro la acción se traduce en palabra y todo lo que no sea eso es pequeño adorno de poca entidad. Por consiguiente, en el mismo reino cohabitan dos razas diferentes: la palabra-palabra y la palabra-acción, que son capaces de convivir y conllevarse porque tienen la misma vestidura pero nada más»⁸⁵.

Unos días antes Calila [Carmen Martín Gaité] le había querido convencer de que «el teatro no está tanto en quien entre o salga como en lo extraños, apasionantes y misteriosos que pueden volverse los personajes más neutros en virtud de sus palabras, cuando las dicen bien. Y tú esto lo sabes mejor que yo (...). Ya sabes que, “aunque desoídos”, yo te doy buenos consejos». En efecto, acaso le falte a Benet *métier*, pues en el *ars dramatica* no basta con la acción o la situación, hacen falta personajes, como apunta Albert Camus en *Carnets III*: «Brunetière plaidait déjà comme Sartre pour le théâtre de situations contre le théâtre de caractères. Copeau réglait alors la question en une phrase: “La situation vaut ce que valent les caractères”.» Pero quien resume a la perfección las carencias del teatro benetiano es Miguel Carrera Garrido: «La voz titubeante, contradictoria, que enuncia muchas de sus narraciones no tiene cabida, de forma genuina, en el modo dramático. Ahí radica una de las mayores divergencias. A ello se añade la especial idiosincrasia del lenguaje escéni-

⁸⁵ Conviene Patrice Pavis en *Diccionario del teatro: dramaturgia, estética, semiología* en que a menudo «la teatralidad se opone a la literatura, al teatro de texto, a los medios escritos, a los diálogos e incluso a la narratividad de una fábula lógicamente construida». Por venir tan solo a *Un caso de conciencia*, vale con leer el larguísimo parlamento de Julián al final del Acto I —que incluye además incisos delimitados por guiones y paréntesis— para saber de lo acertado del juicio del profesor francés.

co: mientras en la narrativa [el estilo] lo es todo, en el teatro no es sino un elemento más de un rico y heterogéneo entramado semiológico. Los presupuestos sobre el estilo quedan, por tanto, necesariamente relativizados, desplazados por otros sistemas significantes más volcados hacia el espectáculo, en los que Benet, como decía, revela un dominio irregular: así, si en piezas como *Anastas o el origen de la Constitución*, *Max*, *El Burlador de Calanda* o *La otra casa de Mazón* se puede hablar de un manejo efectivo, en otras, en cambio, palpita, en apariencia, un distanciamiento de las formas genuinamente teatrales (...). Por otro lado, su orientación subjetiva, que en las novelas se volverá dominante, se enfrenta aquí con la condición objetiva e inmediata del modo dramático: descartada la instancia del narrador —teóricamente inconcebible en la enunciación teatral—, el universo ficticio se (re)presenta directamente ante los ojos del espectador; es la mirada de este, y no la de un agente interpuesto, la que da coherencia a los signos que se despliegan en la escena. Ello se vuelve especialmente problemático en la figuración del tiempo, uno de los elementos más manipulados de la narrativa benetiana; en la dramaturgia, aunque en general no se le atribuye la misma trascendencia, ha de conformarse Benet con significar la contorsión temporal, remitirla al éter de la fábula, toda vez que está fuera del alcance de director y actores —los genuinos sujetos de la representación— tergiversar el eje de la realidad, no en vano adjetivada ‘objetiva’».

No obstante lo anterior, estudiosos y críticos hay para quienes «Juan Benet tenía un alma teatral en un cuerpo matemático», e incluso lo comparan con Samuel Beckett⁸⁶: «Dos humoristas

⁸⁶ «Uno de los últimos trabajos del escritor fue la traducción de varias piezas cortas de Samuel Beckett (*Nana*, *Monólogo*, *Impromptu de Ohio* y *Yo no*), un encargo del Centro Dramático Nacional, dirigido a la sazón por José Carlos Plaza y en donde ejercía Vicente Molina Foix de asesor literario. *Beckettiana* tituló Benet una función, estrenada en 1991 e

trágicos apegados a las formas más populares y tradicionales de una teatralidad que —entre los registros sublimes y la ciencia exacta de su lengua literaria— ambos hacen aflorar con intermitente guasa». Esta semejanza que apunta Vicente Molina Foix, fino *connoisseur* y benetiano eximio, ha sido defendida también por *hommes de théâtre* del país vecino. Así, a propósito de *la mise en scène* en París de *Agonia confutans*, bajo la dirección de Daniel Zerki⁸⁷, y de la publicación de la obra en Les Éditions de Minuit, Monique de Lope escribía en *La République des Lettres* que «ce dialogue de deux personnages masculins évoque sous bien des aspects le théâtre de Samuel Beckett, qui mettait en scène en 1952, dans sa pièce la plus célèbre, *En attendant Godot*, les thèmes de la fraternité et de l'alter ego, mêlant la tendresse et la méfiance, sur fond de tragédie existentielle.»

Sea como fuere, «Benet siempre fue muy crítico con su faceta teatral. Las pocas veces que habló del tema lo hizo con gran displicencia. Por lo general, prefería guardar silencio, como si sus incursiones en el teatro constituyesen deslices o meras veleidades de juventud. Con ello consiguió que no solo el circuito de

interpretada por Marisa Paredes y Joaquín Hinojosa, actores que sustituían a los ancianos sugeridos por el autor, una desobediencia que pudo irritar a algún purista, pero que respetaba la letra y el espíritu del dramaturgo irlandés, muy apreciado por su traductor, que escribió una nota al programa que podría aplicarse a sí mismo: “Desde la primera frase se crea un clima estanco e inmutable, que se cierra pero no concluye con la última. Lo que se cuenta es siempre un final, un final sin fin, cabe decir parafraseando al propio Beckett, el final de un drama que es el resultado de aquellos dramas concéntricos y decrecientes que solo podían concluir en su centro”». Miguel Carrera Garrido, una vez más.

⁸⁷ El 9 de mayo de 1995 Octavi Martí titulaba su crónica en *El País* así: “Estreno mundial en París de una obra de teatro de Juan Benet”. Por su parte, Miguel Carrera Garrido confirma que «la obra entusiasmó tanto a público como a crítica; de ello da idea el gran número de noticias aparecidas en la prensa, en medios tan diversos como *Le Figaro*, *Le Monde* o *Elle*. (...) Prácticamente todas las reseñas de quienes tuvieron la suerte de asistir a la función celebran la resolución de la pieza en todos los niveles, especialmente en el actuar. Las únicas que se muestran críticas son las del articulista de *Libération*, para el que el diálogo que informa el espectáculo «tient plus de la hypothèse littéraire que de la joue dramatique”.»

la escena ignorase sus aportaciones, sino que incluso sus más entusiastas adeptos fueran desconocedores de esta parcela, y que los pocos que sí tenían noticia de ella la considerasen un producto menor». Aunque Miguel Carrera Garrido informa detalladamente en su tesis doctoral de las distintas puestas en escena de cada una de las obras benetianas, lo cierto es que ninguno de los grandes directores las ha llevado ni las lleva a escena —*res indicata*—, y la única vez que hubo oportunidad de medir su ‘teatralidad’ en el Círculo de Bellas Artes, delante de un público avisado, nadie supo muy bien a qué atenerse, como escribió Eduardo Haro-Tecglen en *El País* (1980): «Puede que, después de todo, Juan Benet no sea un buen autor de teatro; podría ser, en cambio, que sí, y que tuviera mucho que decir, y una forma propia en que decirlo. No se me aclaran a mí estas dudas después de la representación de su obra *Anastas...* por el grupo gallego Troula. Parte de lo que pueda ser su aportación se queda entre la doble traslación de su lenguaje al gallego y de la traducción del gallego a mi oído de castellano. Otra gran parte, en una interpretación defectuosa por parte de unos actores rígidos, envarados, que además tienen que hacer demasiadas cosas en un escenario constreñido, minúsculo. Luchan con ello, como ha luchado el director, y pierden. Habrá que seguir esperando a Benet. Habrá que seguir esperando ese otro teatro que no acaba de apuntar».

Para terminar, es obligado mencionar que además del teatro literario, hay también otros escritos, la mayor parte de ellos recogidos en *Teatro Civil*⁸⁸ (1960), y que en opinión de Miguel Ca-

⁸⁸ «Ovidio el romo dice escandalizado que, tras el matrimonio civil y el cementerio civil, ha venido el teatro civil. ¡Pícaro Echegaray! —Pero pensémoslo mejor, señor Ovidio. ¡El señor Echegaray no ha inventado el teatro civil! Ha mucho tiempo que la escena se ha emancipado de la Iglesia». Así se burlaba Clarín de un revistero neo que acusaba a José Echegaray de no dar pie con bola «porque no sabe el catecismo; porque sus dramas no

rretera Garrido «revisten un aire como de juguete cómico, de mero divertimento», y a ellos se refiere Ruth Vilar en “Juan Benet: el teatro subterráneo”: «Cabría distribuir las obras de teatro de Juan Benet en dos compartimentos distintos, que no estancos. A saber: su teatro literario y su teatro privado —festivo o amistoso—. Engrosan esta segunda categoría los textos escritos para amenizar los encuentros de la Orden de Caballeros de Don Juan Tenorio, grupo lúdico y erudito entre cuyos miembros se contaban Pepín Bello —Comendador de la Orden—, Fernando Chueca —primo de Juan Benet— o Julián Marías, entre otros⁸⁹. Cada mes de noviembre celebraban una cena seguida por la representación de una obra que interpretaban ellos mismos, y que había sido compuesta por uno de los Caballeros de acuerdo con el espíritu tenebroso y fantástico del clásico de Zorrilla. Ninguna de estas obras, cuya buena factura en nada desmerece la producción pública de su autor, forma en rigor parte de ella. No solo por su carácter de textos *ad hoc*; sobre todo porque se ciñen a cánones dramáticos clásicos y, aunque los subviertan o exageren para regocijo general, no consiguen apartarse de ellos en busca de territorios ignotos o zonas de sombra».

Estas obras menores, divertidísimas casi todas, no acusan en absoluto la ausencia de teatralidad de las obras mayores, tal vez porque eran obras escritas-para-representarse. Pero no solo eso: libres de toda pretensión de *grand style*, o del «perfecto equilibrio

salen con arreglo al padre Astete». Viene a cuento esta nota, a más de por la feliz coincidencia *civil*, porque Echeagaray, a más de premio Nobel de literatura, también era ingeniero de caminos, canales y puertos.

⁸⁹ En *El Burlador de Calanda* (1952) participarán como actores, a más del propio Benet y su entonces novia Nuria Jordana, Domingo Ortega, Fernando Chueca, Alfonso Buñuel, Severino Bello y Carlos Arniches. En posteriores obras actuarán, entre otros, Antonio Díaz Cañabete, Paulino Garagorri, Javier Pradera, Carmen Martín Gaité o Rafael Sánchez Ferlosio.

el oficio de escribir

entre acción y palabra», incluyen diálogos y acotaciones felizmente absurdos *à la* Ionesco. Así en *El salario de noviembre*:

«IMBÉCIL PRIMERO. Luego cobrarás.

IMBÉCIL SEGUNDO. ¿Cuándo?

IMBÉCIL TERCERO. ¿Para qué quieres cobrar?

IMBÉCIL SEGUNDO. Para ver si cobro algo.

(...) Convengamos de una vez que estamos listos para que se nos entierre. (*Con la colaboración singular de Ricardo Wagner*)».

Telón.

Spectatores: bene valete, plaudite, atque exsurgite.

varia

«En estos casos la RAE prefiere la escritura en una sola palabra, pero también admite la escritura separada».

Instituto Cervantes: *Las 500 dudas más frecuentes del español*

— evocaciones —

§ Gustaba Benet de «*Los Baroja*, ese libro de memorias donde con una suerte de puntillismo literario [Julio Caro Baroja] pinta el ambiente familiar y dedica, como en toda autobiografía honrada e inteligente, mucho mayor número de páginas al prójimo que a sí mismo». Así Benet en *Otoño en Madrid hacia 1950*: «Espero que se me conceda que la brevedad del texto, la dispersión de los personajes y circunstancias y la deliberada voluntad de situar mi persona en el lugar justo —que no ocupa ni mucho menos el centro de los relatos— hacen del conjunto más una galería de retratos⁹⁰, elaborados con mejor o peor mano, que los sincopados fragmentos de unas memorias que, insisto, ciertamente nunca he sentido la menor necesidad de escribir».

⁹⁰ En algún otro texto también incluirá retratos memorables. Por ejemplo, el de José Suárez Carreño en “Una época troyana”: «Era muy verosímil que el sabueso de la policía no hubiera podido dar con Carreño —“el macho amenazado”, como le llamamos muchos amigos—, cuyo domicilio ignoraban hasta sus más íntimos. Aparecía en el café bien entrada la noche, se las arreglaba para desviar la conversación hacia los temas que quería tocar, desaparecía a altas horas de la madrugada con su paso rápido, su gabardina y su paraguas, sin duda para dar satisfacción erótica a una (o tal vez dos) de las cinco amantes que al parecer alimentaba simultáneamente con la poderosa virilidad de un héroe de aquellas novelas verdes de entreguerras».

Benet era sabedor de que «cansado de la ficción y agotado por el esfuerzo que supone engendrar criaturas e inventar situaciones y argumentos, el escritor se vuelve hacia sí mismo y hacia un campo donde todo está trazado, por el que puede correr con soltura una pluma agilizada en otros ejercicios mucho más arduos. Acostumbra a ser por consiguiente el triunfo del oficio, o del arte de emplear el tiempo, sobre la capacidad de invención». La primera edición de *Otoño en Madrid hacia 1950* es de 1987; luego de su publicación solo escribirá una novela, *En la penumbra* (1989), y *El caballero de Sajonia* (1991), una novela histórica —de encargo— sobre Martín Lutero.

«Lo que son las cosas —afirma Martínez Sarrión en prólogo titulado “Juan Benet: las memorias negadas”—, *Otoño...* pese o merced a ser, a primera vista, un simple producto de la acumulación de piezas aparecidas antes en libros colectivos y papeles periódicos, pese a su cronología intermitente, a su impresión de libro menor, no solo es una obra maestra, sumamente original en su estructura profunda, sino para muchos buenos lectores —me lo han dicho en muchas partes— libro favorito entre los del novelista e ingeniero madrileño». Incluso para Gregorio Morán —fustigante inmisericorde del ingeniero—, se trata de un «texto canónico que quedará como muestra del inmenso talento literario de Juan Benet», que es una «pequeña obra maestra, digna de Stefan Zweig e insólita en nuestra literatura». Manuel Vicent concluye: «Se ha cumplido el veredicto de Albert Camus: es un escritor con discípulos y comentaristas, sin lectores. A cualquier lugar donde uno vaya encontrará a un benetiano de guardia que se cree su representante en la tierra. (...) Su libro más leído, una verdadera joya literaria, es una obra costumbrista, *Otoño en Madrid hacia 1950*, que expresa el tiempo en que Benet paseaba su talento displicente por el mundo galdosiano, tan odiado».

Componen el libro otoñal cuatro capítulos: “Barojiana” (1972), “Caneja, Juan Manuel” (¿1981?), “El Madrid de Eloy” (1985) y “Luis Martín-Santos, un memento” (1987). «Me pregunto cuál será el sello de nuestro tiempo —escribe Benet al comienzo de “El Madrid de Eloy”—. Sin duda debe de estar en alguna parte y ni siquiera escondido, sino a la vista de todos, aunque envuelto en sombras: ese conjunto de personas y caracteres de todo orden por los que —más que por cualesquiera otros que hoy nos parecen de capital importancia— esta época será reconocida por las futuras generaciones». Sin duda, los retratos benetianos contribuyen a conocer el *Zeitgeist* de una ciudad, Madrid, y un tiempo, la posguerra española. De “Barojiana”, por ejemplo, dice Martínez Sarrión que «constituye un dechado de sabor de época evocando los años finales del viejo noventayochista. El dibujo de los personajes que lo rodeaban y le hacían tertulia, pasmoso trasunto de los que circulan por sus novelas, es inolvidable». Un ejemplo: «Entre los más habituales de la tertulia —aunque un poco menos constante que los muy fieles Casas y Val y Vera— se encontraba Gonzalo Gil-Delgado, un personaje pintoresco, entrado en edad, alto, valleinclinado, rigurosamente enlutado, que en los días de invierno no se despojaba de un gran gabán negro que casi le llegaba hasta los tobillos. Era un hombre que a todo el mundo hacía gracia pero a quien no se tomaba en excesiva consideración por las fabulosas historias que contaba, con él siempre como protagonista. Afirmaba haber vivido muchos años en países lejanos, en el Tíbet y en el corazón de África, y haber ejercido en su vida los más insólitos menesteres. Entre otras cosas aseguraba que había llegado a ser fabulosamente rico comerciando con fieras africanas que vendía a un alemán, quien las enviaba a Hamburgo para despacharlas a los zoológicos del mundo entero. Nunca nos dijo cómo se las arreglaba para conseguir las fieras y un día, creo que

respondiendo a las socarronas preguntas de Val y Vera, vino a confesar (con aquella trágica zumbonería, única actitud posible ante la socarronería del otro, pues todo era un juego no convenido) que el negocio se vino abajo, arrastrándole a la ruina más negra y a la fuga más estrepitosa como consecuencia de su asociación con un sujeto que fabricaba y vendía monos mecánicos. Los monos mecánicos eran más caros pero más seguros que los naturales y las ventajas que se derivaban de ellos —que no requerían cuidados ni comida ni limpieza— a todos los zoos compensaban con creces de su mayor carestía. Oyendo la historia, todos nos volvíamos un tanto papanatas porque ¿no se distinguían de los monos naturales? ¿cómo rugían? ¿les echaban de comer? ¿cómo eran de grandes? ¿cómo, en fin, acabó la historia? y Gil-Delgado meneaba la cabeza, mientras con manos temblorosas liaba un cigarrillo penosa y silenciosamente, para alzar hacia el techo una mirada tenebrosa: “Un desastre, un desastre...”».

En conclusión, «están pobladas estas páginas, donde la piedad gana por muchas cabezas a la sonrisa, de esos seres a los que, más allá del triunfo o la derrota», Martínez Sarrión califica de ‘invictos’.

§ Con generosidad reconocida e incuestionable acierto estilístico, Benet cultivó a veces esa otra literatura memorialística que son las noticias necrológicas, como se ha podido comprobar a propósito del fallecimiento de los ingenieros Pablo García-Arenal y José Torán.

En una tribuna publicada en *El País* el 3 de septiembre de 1980 sostiene Benet que «en las notas necrológicas no está mal exagerar y otorgar unos superlativos que rara vez se conceden en vida del interfecto. Es, incluso, más elegante que el propósito de encuadrarle con trazos exactos y precisos», pero en ningún caso esas notas deben caer en la «cursilería y algo peor, porque

detrás de la cursilería siempre hay un vicio; algo que, en definitiva, vulnera el segundo mandamiento y que sobre todos ha de pesar a los correligionarios del difunto que, dejándose llevar por su soberbia, han utilizado su muerte para sus propios fines. Y eso es lo que quiere decir el segundo mandamiento en una sociedad democrática: no reclamar ni aducir ni alegar el bien de la comunidad en provecho propio». Y en lo referente al estilo, «aun cuando introduzca exageraciones, nada conviene mejor a una nota necrológica o a un artículo valedictorio que la sobriedad y el uso de la tercera persona: “Nació en Medina del Campo, en el año del Señor de 1550, y no conoció ocasión en que no pusiera coraje”. O bien, como dice Bernal Díaz, “murió de su muerte”. O aquella otra del padre Sigüenza, refiriéndose al organista de El Escorial: “Murió con el dedo en la tecla”. O aquella tan terrible, de no recuerdo qué capitán: “El Señor necesitará de todo su poder para que descanse a su lado aquel hombre tan violento”».

De entre las distintas laudatorias *post mortem* que escribió Juan Benet vale destacar dos: la valedictoria a Dionisio Ridruejo (1976) y el desconsolado adiós a Juan García Hortelano, “Juan en Hyderabad” (1992).

De Dionisio dice: «Yo no sé si era —como he leído en alguna parte— un jefe nato. Pero si lo era por su nacimiento, se cuidó de dejar de serlo, con su formación. Tenía demasiada talla intelectual —y un exceso de curiosidad— para ser jefe, nada más. (...) No creo que nadie sabría conformarse con una relación con sus atributos, porque el único trato que con él cabía era el directo y —si se me apura— el íntimo. Por eso dudo que —aun cuando le hubieran favorecido las circunstancias— hubiera logrado triunfar al frente de un gran partido político. No, lo suyo no era el triunfo. (...) Su valor —y por consiguiente sus méritos y sus posibles victorias— era más diamantino, más escondido, más sutil, más

para *connoisseurs*. Tampoco era lo suyo la victoria sobre los enemigos porque —aun teniendo todos los rivales, competidores y antagonistas que su postura exigía— no planteaba su juego en el terreno de la lucha. Se diría que si salía era para perder. Una vez reconocidas y aceptadas las reglas, podía entrar en la competición —solo porque creía en el valor intrínseco de la competición— con la secreta y maligna confianza de que no contaba con ninguna oportunidad de ganar. (...) Tal vez sea ese el fuste del más demócrata de todos los demócratas posibles y que nuestro país ha engendrado con tanta avaricia, solo en épocas de oscuridad: aquel que cree que es otro quien tiene razón y solo juega —además de para otorgar limpieza y nobleza al juego— para que honradamente gane quien más lo merece; aquel que incluso cuando llega al poder (y ya se comprende que con tales supuestos rara vez lo consiga) continúa la comedia y gobierna de forma que con sus actos se refuerza y acrecienta el poder del otro. Y en cuanto a los que se salen de las reglas... mejor será no hablar de ellos; incluso a ellos, si han de ser sinceros, no les debería costar trabajo reconocer en Dionisio al máximo maestro del *fair play* que ha dado la península».

De Juan García Hortelano —el «hombre más grato que España ha dado en el siglo y que, por eso y por otras cosas, ha sido elevado a los altares de la India»— escribió Benet que «nunca movió un dedo en busca de su propio provecho (...), que supo mantener una constante actitud de aceptación de la historia, la misma con que un día en el aeropuerto del Prat nació a la luz pública, con las manos hundidas en los bolsillos si no sostenía un vaso de ginebra (Larios) con tónica, los labios hinchados y las cejas elevadas. Sobre un Juan que desde el cromo parece repetir su latiguillo preferido: “Da lo mismo”. Da lo mismo ser dios en Hyderabad que novelista en Madrid. “Da lo mismo, María, pero déjame que lo cuente yo”. Sobre un Juan que habría

contado el viaje en *ricksshaw* —que sin duda realizó para llegar a tiempo a Hyderabad— con aquella finura de detalle que, como la música de Chopin, se perdió para siempre con él. Un Juan que, contrastado a la más insolente policromía que pueden ofrecer las artes gráficas, parecía una vez más pregonar la elegancia de los colores neutros. Pues me temo que en los numerosos obituarios que se han publicado tras su muerte —los más de los cuales no podían pasar por alto la mención de una bondad a prueba de todas las zancadillas— se ha olvidado resaltar su elegancia. Una elegancia doble —o triple o cuádruple— por cuanto todo en su persona hacía presagiar a ese Sancho Panza que empero, en los momentos de prueba, demuestra tener un espíritu tan pulido como el del escuálido caballero. (...) Prefiero con mucho abundar en las numerosas hipótesis que facilita la incertidumbre para, entre otras cosas, respetar y tener presente su constante lección narrativa: “Da lo mismo, María, pero deja que lo cuente yo”».

— poesía —

“Miedo escénico”, así titula Wislawa Szymborska un poema de *Gente en el puente*:

«En la prosa puede haber de todo, hasta poesía,
en la poesía tiene que haber solo poesía».

De ello era consciente Juan Benet: «Jamás he leído poesía, aunque no niego que puedan existir esos trazos [poéticos] que se me atribuyen. Incluso puedo agregar que no sé leer poesía, pues para eso hace falta un hábito que yo nunca he cultivado».

Su buen amigo Juan García Hortelano confirmaba que «demasiado alto para tocar un instrumento musical, su excelente oído se timpaniza cuando se trata de la lírica, rareza fisiológica que explica su detestable gusto poético». Antonio Martínez Sa-

rión abundaba en ello en *Jazz y días de lluvia*: «Los poetas no eran su fuerte, ya lo he contado en otros sitios. En las veladas de Pisuerga, solo se frecuentaban y estaban muy a mano una edición de los sonetos de Góngora, que le agradaban mucho oídos en mi voz, cuando se hacía una pausa en la conversación. También gustaba de cinco o seis textos muy sincopados de e. e. cummings, sobre todo el dedicado al “Tío Sol”, un reventado que solo triunfó en los negocios, tras su muerte, al poner en marcha una “próspera granja de gusanos”. Parecía muy confor­ tado al repetir de tanto en tanto y en portugués versos de Pessoa que incluían un tributo a la mar de Camoens y a la gesta lusa y empezaban: “¡Oh mar salgado...!”. Le vi emocionarse al recitar tiradas de *La Farsalia* de Lucano».

¿Cuántos poemas escribió Benet? No se sabe⁹¹. ¿Cuántos poemas se publicaron? Tampoco. Francisco García Pérez afirma que «Benet solo publica en vida dos poemas, y cuando *El crítico* prepara su breve monográfico en memoria del autor [1993], encarga a Antonio Martínez Sarrión que consiga algún inédito benetiano. Así, se publica un poema que juzgamos muy superior —y muy bello, sin duda— a los ya conocidos: “Un barranco en sombras”. El poema venía fechado en 1963, en el pantano del Porma».

Los dos poemas a que se refiere el autor de *Una meditación sobre Juan Benet* se publican en 1972 en el número 17 (sept.-oct.) de la revista *El Urogallo*: “En cauria” y “Un enigma”. En los estudios benetianos solo se hace mención de estos dos poemas, pero Manuel Cambronerero quiere recordar —cuartillas mediante—

⁹¹ Es de prever que pronto se atine: «La Biblioteca Nacional de España adquiere el archivo personal y la biblioteca del escritor Juan Benet. La parte más significativa y que tiene mayor interés para el patrimonio bibliográfico español es el fondo personal de su creación literaria. En total, unos 600 textos originales, algunos poemas y obras de juventud inéditas». ABC, 12 de febrero de 2019.

que en unos papeles editados en 1970 y en 1972 por Hiperión se publicaron sendos poemas. También adjudica el librero a Juan Benet —cuartilla mediante— la autoría de un poema titulado “Mirada atrás”, publicado en 1982 en la revista *Barcarola*.

“En Cauria” (*El Urogallo*, 1972)

«Me pregunto
 ¿qué tiene que ver con la esperanza
 el sueño de un mañana acontecido?
 ¿Qué fuerza se esconde en el olvido?
 ¿Quién despierta?, ¿para qué?
 Ah Cauria, en un cielo donde pacen las nubes
 la lana se hila
 en cantos que fueron bramantes perdidos;
 reposa en el grajo el ojo guerrero
 y vuela el vencejo a flor del camino.
 Solo hay viento, poco más que viento
 el dolmen que muge y devuelve al arbusto
 los sobrios sentidos de menhires caídos,
 la conclusa suerte de un
 azul incorrupto
 en miradas corsarias
 cansadas de furia,
 en pechos tostados de hinchado granito
 en Renággiu alineados
 torcidos de olvido,
 secuaces del viento que silba a otro tiempo
 —y el rebaño que vuelve—
 porque todo es ido
 en Renággiu alineado
 y Stantari perdido».

el oficio de escribir

“Un enigma” (*El Urogallo*, 1972)

«Si por ventura
no hubiera encontrado la cuña
el plano exacto que te fue elegido
por un mar en calma
no estarías hoy expuesta
—en contraste con la talla del artífice—
a la distraída contemplación
de aquel
que sin dar importancia a tus pasos
solo vio en ti el sello extinguido,
anuncio de la extinción.
Por el contrario,
estampada en la quietud
que determina la ley que te ignora
te advierte a ti misma
que:
si al recobrar la efigie
que
(el vagabundo adornará su pecho)
tu descendencia exigía,
diera comienzo el sacrificio
tu carne inmolada no fuera destinada al templo;
y si fuera tan solo el timbre de tu muerte
sin intención de consagrarse
a la efímera búsqueda de su objeto,
torpe como el fin
sería un hallazgo tan fortuito como certero».

“Dos poemas” (papeles de Hiperión: I, 1970 y II, 1972)

I

«Si tiene fuerza será el principio
el otro sitio donde cierto tiempo
tras defender la causa más perdida
la ciencia maltrecha vino a descansar.
No concebía otra solución
ni esa misma en sí misma amortizada
—la mancha del vientre, el párpado
caído—
ni otra promesa que la defeción.
No reaparecerá la suerte en los cristales
el alba de lo que siempre ha sido
certeza en algo que solo anuncia
el ansia que no mide y se repite.
Me preguntará
¿estableciste a tiempo tu pronóstico?
¿te dejarás llevar por la lectura?
No tendré tiempo;
no solo he cerrado el libro a media página
sino que
no ignorando el desenlace
a todo trance escondí el final.
De forma que las yuntas araban
el castillo cerraba a media tarde
las fachadas de poniente devolvían
el anticipo a la silueta que sufragó el nuevo día:
bajo los hombros y bajo el sexo
—de cobre, de lacre, de humo, de esperma—
vino a anticiparse a la experiencia

para con las piernas llenas de agobio
contar su historia».

II

«Me dirás

que tiende a no saberse
lo que cierra la impostura
en cerco y túmulo, la ardiente luna es
la cuarta compañía
del regimiento Pavlovski

que oscura es su efigie
y al memento refringe
a la dorada mansedumbre en la historia
que odió
el regimiento Volhynia.

Mas si no hubiera de salir acaso
confiésalo Cartago
¿tú lo ignoras?
mientras buscas en la historia
estéril y acosada
las voces en las puertas
del regimiento Preobrajenski».

“Mirada atrás” (*Barcarola*, 1982)

«Estandarte sin viento de un anhelo sin cielo
entendimiento
oh noche que elucubras la forma de quedarte
ya sabes sin ciencia que el día montará
y sin desdén observas las rayas del suelo.

Infierno y reptil
... en la tradición de la aurora;
en la espaciosa estela de tu marcha
un batallón se ha detenido en las cercanías del mar
y la amargura
¿qué mira? ¿de qué se sorprende?

Error de la experiencia
fortuna inesperada en tu importuna huida
que devuelve al azar la deuda estipulada
para encontrar
—porque no tiene cambios—
la suerte de haber sido
sin valor de ejercerlo
el poder de evocar».

“Un barranco en sombras” (*El crítico*, 1993)

«Y que le dijeron que no añoraban su tierra,
ni anhelaban la paz
ni maldecían su suerte
ni guardaban rencor sino que
preferían
—al caer la noche—
cantar una tonada triste
que les había enseñado un anciano.

Después de cenar y beber un café caliente
nos dijo —pensativo—
que le gustaría volver a aquel barranco en sombras
para unirse a los mozos de escuadra».

— mezclilla —

(1) *La Real Academia Española o el desdén ex post facto*

El 9 de junio de 1983 informaba *El País* de que «Benet, Fernández Santos y Castillo Puche se disputan el sillón ‘Z mayúscula’ de la academia. (...) Juan Benet, madrileño, de 55 años, ha sido presentado por Luis Rosales, Carlos Bousoño y Antonio Tovar. Es la segunda vez que es presentada su candidatura. El pasado 13 de enero de este año los mismos académicos propusieron su candidatura frente a la de Elena Quiroga, que en aquella ocasión salió elegida, para ocupar la vacante que había dejado Juan Antonio de Zunzunegui. En el supuesto de que Juan Benet no fuera tampoco elegido en esta ocasión le quedaría tan solo otra oportunidad para ocupar un sillón porque, según el reglamento, los candidatos pueden ser presentados solo tres veces». Ninguno de los tres hombres de letras saldría elegido académico: hubo empate⁹².

En 2013, en la revista *Leer*, Víctor Márquez Reviriego se inventará una “auténtica entrevista falsa”: «A Juan Benet lo han rechazado en la Real Academia Española por segunda vez. Le pregunto si se va a volver a presentar, y contesta: “No, ya no más... Me presentaron Luis Rosales, Carlos Bousoño y Antonio Tovar. Y no salió bien en ninguna de las dos ocasiones, y no se producirá una tercera. Ahora el que no quiere soy yo. La ordalía, por decirlo así, ha sido un poco excesiva... En estos asuntos es un poco absurdo el sentirse despechado; pero no quiero”. ¿Y por qué no? ¡Ahora entrarías seguro! —le decimos. “No y no. Una corporación o un senado o un sanedrín —llamarlo como queráis— que te compara no favorablemente con otras obras

⁹² Un año después volverían a ‘concurrar’ José Luis Castillo-Puche y Jesús Fernández Santos: saldría elegido José María de Areilza.

que no son, ni mucho menos, de mi aprecio... ¡Pues eso! Que basta para que yo replique con la misma falta de aprecio. Ya no quiero ser académico”.

»La candidatura triunfante, por 16 a 14 votos, fue Elena Quiroga, presentada por Pedro Laín Entralgo, Gonzalo Torrente Ballester y Carmen Conde... El ‘gran elector’ suyo era Dámaso Alonso. Lo contó Vicente Aleixandre a la atenta oreja de José Luis Cano en Velintonia: “Yo he votado a Benet, pues aunque no siento demasiado entusiasmo por su narrativa, su calidad está muy por encima de la de Elena Quiroga. Dámaso se ha disgustado conmigo porque no me sometí a su presión para que votase a Elena, que es muy amiga suya. Lo que le pasa a Dámaso es que en esto de la Academia suele tener muy en cuenta los compromisos sociales más que los valores literarios de cada candidato. Le pasó lo mismo cuando votó a García Nieto frente a Paco Nieva. Otras veces me he sometido a sus presiones y he votado a su candidato pero esta vez he querido apoyar a Benet, que significa una renovación original de la novela española de nuestros días, y pienso, como en el caso de Nieva, a quien naturalmente voté, que hay que apoyar a los renovadores con calidad, y no a los conservadores que no añaden nada a la literatura viva”».

En 1990, el suplemento cultural de *Diario 16* publicaba un artículo firmado por Ramón Irigoyen: “Juan Benet y los escépticos”: «¿Le apetecía mucho entrar en la Academia? —La verdad es que me cogió tan de sorpresa que no dije ni que..., dije que sí, claro, por supuesto que dije que sí, pero eso fue una maniobra de los que me presentaron, porque les horrorizaba la llegada de aquella señora, Elena Quiroga, y querían contrarrestarla. —¿No tenía ningún interés ni ambición de entrar? —No tenía ningún interés ni ambición, no tengo amigos, ni sabría qué hacer allí. Es como si me dices que presente mi candidatura para formar parte de los ex tenientes legionarios».

(2) Premios planetarios y otros

§ «Una cosa que ya se ha comentado suficientemente por parte de otras personas es que no tuvo nunca un premio oficial⁹³, ni siquiera el Nacional al mejor libro de un año. No es que eso lo hubiera hecho mejor o peor escritor, pero probablemente a él, que ya iba siendo un poco mayor, murió con sesenta y cinco años, pues quizá le habría hecho ilusión, yo creo que le habría gustado y es más, el año pasado [1992], sin ir más lejos, yo fui jurado del Premio de las Letras. Benet quedó finalista, quedó en segundo lugar, para mi sorpresa»⁹⁴. Olvida Javier Marías que, si bien menor, a Benet sí le concedieron un premio oficial en 1989: «Juan Benet, en literatura; Eugenio F. Granell, en pintura; y Jesús Val y Gay y Rosa García Ascoi, en música, obtuvieron anoche los primeros premios Comunidad de Madrid a la creación musical, literaria y plástica; cada uno de ellos está dotado

⁹³ Años más tarde, en 2012, Javier Marías rechazará el Premio Nacional de Narrativa por *Los enamoramientos*: «El escritor sostiene que la razón principal es su voluntad de no querer ser etiquetado como autor “favorecido por este o aquel Gobierno” ni ser involucrado en juegos políticos, por lo que defiende que se habría negado a aceptar el galardón, prescindiendo del partido que estuviera en el poder. También influyó en su decisión el hecho de que muchos autores, entre ellos su padre, Julián Marías, y Juan Benet, Juan García Hortelano y Eduardo Mendoza, jamás recibieron un premio Nacional: “Estos fueron maestros míos y si ellos no lo recibieron, pensaba: ¿Por qué habría de merecerlo yo?”». Llevada al extremo tal *excusatio*, quizá Marías tampoco debería de haber aceptado sentarse en la silla R de la Real Academia Española, pues como queda referido *supra*, Juan Benet fue ‘repudiado’ —en dos ocasiones— por la docta casa.

⁹⁴ Cuenta Vicente Molina Foix que «un destacado crítico literario defensor de Benet en sus reseñas le dio a entender a Marías en los preámbulos su disposición favorable a este tardío reconocimiento a quien nunca, con toda injusticia, había sido recompensado en la españolísima lotería de babel; “¡Babel de las babeles!”, dice el verso de Miguel Hernández. Pero a los pocos minutos, inopinadamente, el mismo crítico entonaba en la reunión una encendida loa en favor de otro candidato, a mi juicio de un calibre incomparablemente menor, el escritor apologético José Jiménez Lozano. Llegada la votación final, muy reñida, el crítico, según el cómputo hecho *in situ* por Marías, escrupuloso para estas cosas, votó a Jiménez Lozano, y en el taxi que desde el ministerio le conducía a la calle Pisuerga, Javier le sacó al traidor un cruel anagrama de nombre y apellido, Careta Felón [Rafael Conte]. Juan sonrió al oírlo».

con 2,5 millones de pesetas. Ninguno de ellos asistió al cóctel de presentación de los premios, que fue también el de clausura del Festival de Otoño después del último concierto; acto que se desarrolló bajo la presidencia de Joaquín Leguina».

Con anterioridad a este reconocimiento oficial, Benet había ganado el Premio Biblioteca Breve (1969) por *Una meditación*⁹⁵ —cuatro años antes había presentado *Volverás a Región* al Premio Nadal⁹⁶—, el Premio de la Nueva Crítica (1972) por *Un viaje de invierno* —novela vencedora por sobre *La saga/fuga de J.B.*, de Gonzalo Torrente Ballester—, y el Premio de la Crítica (1983) por el primer volumen de *Herrumbrosas lanzas*, a más de haber sido finalista del Premio Planeta (1980) por el *Aire de un crimen*.

§ Premio Biblioteca Breve (1969).

En una entrevista con Miguel Fernández Braso en 1969 declara Benet: «Hay que escribir para pocos. Quizá para uno. En

⁹⁵ En la segunda edición del Premio Rómulo Gallegos (1972), que ganó Gabriel García Márquez por *Cien años de soledad*, *Una meditación* fue una de las obras finalistas junto a *Tres tristes tigres*, de Guillermo Cabrera Infante, y *Cuando quiero llorar no lloro*, de Miguel Otero Silva.

⁹⁶ Aclara Benet en *La moviola de Eurípides* («La historia editorial y judicial de *Volverás a Región*») que «*Volverás a Región* fue presentado en 1965 al Concurso para el Premio Nadal que concedía la editorial dirigida por el señor Vergés, y a través de un Jurado del que formaba parte. El libro fue registrado con el número 51 de aquel año, y no alcanzó a clasificarse entre los veinte finalistas que fueron seleccionados para el premio. El señor Vergés, que para sí ha reclamado con insistencia sus esfuerzos en favor de ese libro, pudo muy bien descubrirlo por su cuenta dos años antes de que le empujara a publicarlo Dionisio Ridruejo». El premio Nadal recayó aquel año sobre *El buen salvaje*, de Eduardo Caballero Calderón, y la novela finalista se titulaba *Los buscadores de agua*, de Juan Fariás Díaz-Noguera. Por otra parte, para hacerse una idea de la proverbial rancanería del editor barcelonés, basta con leer la *Correspondencia, 1948-1986* con Miguel Delibes, «el enfrentamiento entre un rácano editor catalán y un rácano autor castellano cargado de hijos». Así, por ejemplo, en carta de 7 de abril de 1956, el editor le escribe: «Hemos sacado cuatro mil ejemplares de esta segunda edición [de *El cazador*], que se venderá a 55 pesetas. Te tocarán —si el libro se vende todo— un poco más de veintidós mil pesetas. Teniendo en cuenta que una segunda edición se vende al paso más calmoso de los pedidos, no le viene muy bien a nuestra zarandeada administración adelantarte todo el porcentaje a la vez. Sugiero darte enseguida diez mil pesetas y el resto un poco más tarde».

cuanto el escritor se guía por el público está perdido. Quizás en un momento de flaqueza se mande la novela a un premio para que la publiquen y la lean. Pero lo ideal sería escribir para ti o para mí».

Reconoce Carlos Barral en *Cuando las horas veloces* que «aquel premio comenzó siendo un instrumento de maniobra editorial y terminó en maravilloso juguete de la cultura. Y parece que fue una suerte de favor muy general. (...) Mientras estuvo, Joan Petit ponía en marcha (...) lo que él llamaba “el sistema”, una complicada teoría de cálculo y adivinación de las preferencias probables de todos los miembros del jurado que desembocaba en una estrategia de voto para conseguir las eliminaciones convenientes que conducirían al previsto resultado final. (...) Estaba muy dispuesto a forzar aquel premio para él [Jorge Edwards], pero no fue posible. Años más adelante, en cambio, la estratagema funcionó en casos como Cabrera Infante, González León, Fuentes, Benet o Donoso».

Mordaz, Ana María Moix cuenta que «ni cortos ni perezosos, amigos de Benet (...) le ofrecieron la posibilidad de presentarse, aun fuera de plazo, y ganar. Juan Benet aceptó presentarse al premio con la novela que estaba terminando y que resultó ser *Una meditación*. Solo había un problema: en aquella ocasión, Benet optó por escribir su novela en un rollo; un rollo de papel que adaptó a la máquina de escribir⁹⁷. Su intención era que la

⁹⁷ Del “andarivel portarrollos para narrativa continua” escribe Antonio Núñez en *Ínsula* (abril de 1969): «Te voy a traer el cacharro para que lo veas. He aquí lo que ha levantado la polvareda. Como ves, no tiene nada del otro mundo. Yo lo dibujé y me lo hizo un carpintero de obra. Consta de dos laterales sobre una base de madera que se asienta sobre la mesa, inmediatamente detrás de la máquina de escribir. En el eje inferior situé la bobina de papel, que fue lo más difícil de encontrar hasta que me la hizo un papelero de Guipúzcoa; y en el eje superior, que es en realidad un torno, vas enrollando la tira de papel escrita. Planteé la cosa así para no dejar de escribir la novela, simplemente eso, además de que resulta más cómodo tener el original en una larga tira que en folios que tienes que numerar, o que puedes extraviar».

preocupación por saber cuántas páginas o líneas llevaba escritas no lo distrajera de la escritura en sí. ¡Noble intención, sí señor! ¡Pero solo existía un ejemplar del rollo! No existían cinco copias para repartir entre los cinco miembros del jurado⁹⁸. Y quedaban 48 horas para el fallo. Así que ya tenemos a Juan Benet [táchese y léase ¿Juan García Hortelano?] viajando de Madrid a Barcelona, con el rollo —en el buen sentido de la palabra— bajo el brazo. Y tenemos a los miembros del jurado leyendo el rollo que iban desenrollando y pasándose durante 24 horas. Ganó Juan Benet, claro».

§ *Finalista del Premio Planeta (1980)*.

Un jurado compuesto por Ricardo Fernández de la Reguera, José Manuel Lara Hernández, Antonio Prieto, Carlos Pujol, José María Valverde y Manuel Lombardero (secretario) concede el primer premio, dotado con 8.000.000 ptas., a Antonio Larreta por su obra *Volavérunt*; finalista, con una dotación de 2.000.000 ptas.⁹⁹, queda Juan Benet por su novela *El aire de un crimen*. Fecha y lugar de celebración del ágape¹⁰⁰: 15 de octubre en el Hotel Princesa Sofía de Barcelona.

Por Sergio Vila-Sanjuán (*Pasando página: autores y editores en la España democrática*), sabemos que «*El aire de un crimen* circuló mucho. Con 204.141 ejemplares vendidos a 31 de diciembre del año

⁹⁸ José María Castellet, José María Valverde, Juan García Hortelano —nótese—, Salvador Clotas y Carlos Barral.

⁹⁹ Según el anuario estadístico del INE (Instituto Nacional de Estadística), la retribución media por hora trabajada correspondiente a 1980 era: Titulados superiores, 777,25 ptas.; Titulados medios, 593,78 ptas.; Auxiliares administrativos, 277,02 ptas.

¹⁰⁰ En *CT o la Cultura de la Transición. Crítica a 35 años de cultura española* leemos que a estos ágapes suele estar invitado *le Tout-Paris*, incluidos los premiados *avant la lettre*: «Tras la proclamación de la obra ganadora el 15 de octubre de 1989, un periodista le preguntó a José Manuel Lara que cómo era posible que Soledad Puértolas, que había concursado con pseudónimo, hubiera sido invitada al acto antes de conocerse el fallo. Lara Hernández le respondió: “Creo que usted todavía cree que los niños vienen de París”».

2001¹⁰¹ es el tercer finalista más difundido de la historia del Planeta, por detrás de Zoé Valdés (*Te di la vida entera*, 1996, 411.043 ejemplares vendidos) y de Ángeles Caso (*El peso de las sombras*, 1994, 313.329 ejemplares), pero por delante de otros finalistas en principio más comerciales como Francisco Umbral (que obtuvo el puesto en 1985 con *Pío XII, la escolta mora y un general sin un ojo*, del que vendió 82.896 ejemplares), Fernando Fernán Gómez (*El mal amor*, 1987, 62.529 ejemplares), o Fernando Sánchez Dragó (*El camino del corazón*, 1990, 150.520 ejemplares)».

En una entrevista con Ángel S. Harguindey, informaba Benet de que «yo había escrito unos treinta folios de una historia de un crimen. Quería demostrar a mis amigos que podía escribir algo con mucha acción. Los de la editorial, sobre todo Borrás, me animaron a que me presentara bajo un seudónimo. No les aseguré nada, pero lo cierto es que escribí el libro en un arrebató creativo. Tuve una nueva reunión con Borrás y Lara, hijo. Volvieron a insistirme en que me presentara al premio, siempre bajo seudónimo, a lo que me negué desde un principio. Si presentaba un texto lo haría con mi nombre. Creo que a un escritor no lo dignifica o lo hunde un premio. Su valor literario está en lo que escribe. Los de la editorial me explicaban que si no ganaba sería perjudicial para mí. Tuve, creo, la única contestación impertinente: “¿Me perjudicaría a mí o al jurado?”. Total, firmé un contrato por dos millones de pesetas y la presenté al premio. (...) La última reunión —ya en Barcelona— fue apoteósica. Borrás y

¹⁰¹ En conversación “antes de 1980” con José Luis Merino, Benet se mostraba tajante: «Una de dos: o se escribe bien, y entonces no se gana dinero, o si se quiere ganar dinero es preciso escribir mal. Para lo primero hay que enfrentarse con el gusto del público y con la sociedad, sin temor a verse rodeados no de incomprensión, al menos de la no comercialización. Por el contrario, vender mucho es escribir mal, no hay otra salida. Lo paradójico, lo amargo, es que la independencia tampoco logra nada, y un estado cariñoso y celoso del bienestar de las gentes preclaras lo único que consigue es la atonía. ¿Cómo se resuelve este problema? No lo sé».

Lara, hijo, quemaban sus últimos cartuchos con lo del seudónimo cuando de repente entró Lara, padre, en el despacho. Arro-llador. Hablando con ese acento andaluz: “Me ha dicho Mami que su novela es muy hermosa. Estoy muy contento de que se presente usted al premio y además tengo que decirle que le admiro como escritor y como hombre, porque usted se presenta con su nombre, sin seudónimo, como a mí me gustan los hombres, con coraje...”. Las discusiones sobre lo del anonimato se acabaron en ese momento. Les dije que si Lara iba a hablar de eso en la noche del premio, yo no podía presentarme oculto en un seudónimo, pues le estropearía el discurso».

El 14 de noviembre de 1980 Rosa María Pereda daba cuenta en *El País* «de la presentación en un hotel de Madrid de la novela ganadora y la finalista del premio literario más importante de España, el Planeta. El ex escritor minoritario ocupaba su esquina de la mesa con un aire de niño malo enfurruñado. Su amigo Juan García Hortelano haría la presentación, y los dos, que algunas veces han hecho público el número de los enemigos, cuando todo el mundo sabe que son íntimos, aguantaron a pie firmes las bromas andaluzas de Lara, quien aseguró que “de retirarme, nada”, y que estaba tratando de quedarse con el 51% de una editorial francesa —“Quiero el 51% para mandar”—; dijo: “Que a mí es lo que me gusta. Para que me manden no sirvo”. Mientras, la gente, que no cabía en aquel salón, más pequeño que otras veces, porque como decía Lara, el bingo tiene más espacio que la cultura, y el salón que se usó otros años es ahora la sala de bingo del Palace, esperaba impaciente la copa y canapé».

Afirma Constantino Bértolo en “Cloacas y premios literarios” que «hay quien señala que la historia de los premios literarios tiene su punto de inflexión en el año 1980, cuando el escritor Juan Benet, representante de la más alta literatura, aparece como finalista del Premio Planeta, que había venido siendo has-

ta entonces el anatemizado paradigma de los premios y sus, digamos, oscuras circunstancias. Cierto que ya en años anteriores había recaído en autores tan ilustres y respetados como Juan Marsé, Jorge Semprún o Manuel Vázquez Montalbán, pero, como escribió Ángel Sánchez Harguindey, la presencia de Benet “puede ser definida como la transgresión radical de una norma no escrita: presentarse a un premio no es indigno”. Sin embargo, y por mucho que aquel gesto benetiano legitimase la entrada en el juego de los premios, los premiados jamás llegan a reconocer que juegan con cartas marcadas y todos, con mayor o menor ingenio o cinismo, niegan lo evidente y encuentran oportunas justificaciones. Así lo hacen desde un marxista como Vázquez Montalbán, que acepta que el dinero es libertad y tiempo, hasta un Benet, que achaca su presentación a un reto personal, pasando por el patrón Lara, que se hace el ingenioso frente a las dudas de un periodista (“Creo que usted todavía cree que los niños vienen de París”), o un Fernando Savater, que, imitando la gracia de su mecenas, declara que “sospechar del Planeta es como sospechar de los Reyes Magos. Es un juego y hay que tomarlo como es. A estas alturas se sabe más o menos cómo funciona. Como no es obligatorio jugar a este juego, es absurdo poner cara de virgen ofendida. Además, hay un jurado”).

(3) *Otras gramáticas: cine, música, pintura...*

§ Nunca ocultó Benet su «escasa afición al cinematógrafo, que no me permite ver más de la mitad de media docena de películas al año», y rara vez escribió sobre cine. Mauricio Jalón incluye en *Infidelidad del regreso* dos textos, uno sobre *El Sur*, de Víctor Erice —“Hacia el sur”—, y otro titulado “El horror de un bidón”, prólogo al guion de *Cría cuervos*, de Carlos Saura: «Numerosos amigos —todos ellos más jóvenes que yo, que en buena medida han madurado en la cultura de la imagen y muy aficio-

nados al cine aun cuando (observo) su entusiasmo va decayendo a medida que se alejan de los treinta años— constantemente me reprochan mi incomprensión hacia el séptimo arte, mi incultura cinematográfica y mi apego a los prejuicios elaborados a lo largo de cuarenta años de espaldas a la pantalla. Las acusaciones son exageradas y ni que decir tiene que, incapaz para discutir las, no me siento nada conforme con ellos. He visto mucho cine —a lo largo de cuarenta años— casi todo él malo, que es lo más formativo; es decir el que, una vez asimilado, más ayuda a degustar el bueno. Creo que como cualquier individuo de mi edad y educación, me ha sido dado ver mucho cine comercial y muy poco cine —recurriendo a una denominación que no entiendo cabalmente— de autor; ha sido, en definitiva, una gran suerte para mí, pues de haber frecuentado el cine de autor hoy sería —sospecho— un hombre profundamente amargado. Pero, por encima de todo, tengo la certidumbre (de la que ningún amigo me puede apear) de que cuento exactamente con la cultura cinematográfica precisa para extraer de un film todo el beneficio que se puede sacar. Lo mismo me ocurre con el drama, la novela y la pintura al óleo. No me ocurre lo mismo con la poesía, la música y la arquitectura, disciplinas cuyas manifestaciones me dejan siempre la insufrible sensación de que me sobrepasan, que hay algo en ellas que siempre me perderé por ser incapaz de aprehender sus últimas consecuencias».

Aunque en 1974 Emilio Martínez Lázaro había realizado una adaptación para la televisión del cuento “Baalbec, una mancha”, no será hasta 1988 cuando se estrene una película basada en una novela benetiana: «La dirigió Antonio Isasi Isasmendi, coautor también del guion, firmado por él y por Gabriel Castro, con la colaboración de Jorge Rodríguez del Álamo. La película, con fotografía de Juan Gelpí y música a cargo de Francisco Aguarod y Luis Fatás, contaba en su reparto con actores como Rafaela

Aparicio, Luis Ciges, Germán Cobos, Agustín González, Chema Mazo, Ovidi Montllor, María José Moreno, Terele Pávez, Francisco Rabal, Miguel Rellán, Fernando Rey y Maribel Verdú. Filmada en Barcelona y en Madrid, algunos de los exteriores de 'Región' fueron rodados en Calatayud y en parajes cercanos al embalse de La Tranquera. La película se estrenó en Madrid el 28 de octubre de 1988. Pocas semanas antes del estreno, Juan Benet publicó en el diario *El País* un artículo, "El aire del aire de un crimen". En él opina que «si durante la proyección de la película, el espectador recuerda (no que se acuerde de ella) la novela en que se basa, malo. Es señal de que le da tiempo a reflexionar. Si la película es buena, el espectador no tiene tiempo para nada, solo para verla. La cabeza está plenamente ocupada, no tiene espacio ni tiempo para recordar. Es como tratar de leer al tiempo que se escucha un cuarteto de Schubert; eso se puede hacer con una sinfonía de Mahler, pero no con una pieza de cámara de Franz. Cada cosa a su tiempo, como decía Jack Ketch, el verdugo, cuando maniataba al reo. Y ocurrió lo que tenía que ocurrir: durante la proyección de *El aire de un crimen*, de Antonio Isasi, no tuve tiempo de recordar nada de lo que yo había escrito con el mismo título hace ocho años». Fernando Rey obtuvo el premio a mejor actor en el Festival de San Sebastián y la película obtuvo una nominación al Goya al mejor guion adaptado. Benet reconocerá que «sí, no está nada mal la película de Antonio Isasi. Aquí, en Madrid, ha durado cinco semanas en cines de estreno, y si llega a durar solo un día más, me hago de oro».

Por lo demás, por Ángel S. Harguindey sabemos que «Juan Benet participó como extra en dos películas de Berlanga: *Patrimonio nacional* —junto con García Hortelano— y *Tamaño natural*, si bien en esta "el director le cortó su figuración". "A mí", explica Benet, "nunca me sacan en el cine. Puedo asistir al rodaje,

pero en cuanto el director dice eso de ‘acción’ empiezo a mirar fijamente a la cámara, como hipnotizado por el aparato y, naturalmente, luego me cortan los planos en los que salgo”. (...) Recuerda también cuando, con Pepín Bello, asistió al rodaje de *Muerte de un ciclista*, de Juan Antonio Bardem. “La mitad del humo que sale en la película, detrás de Alberto Closas, eran pitillos de Pepín y míos. Nos pasamos media película tumbados detrás del protagonista, fumando como descosidos para crear el ambiente apetecido por el director. Pepín aprovechaba siempre los escasos momentos de silencio para gritar desde el anonimato lo de ‘acción’. El equipo se volvía loco. Fue en esa película cuando Luis Miguel se enamoró de Lucía Bosé”».

§ «Ingeniero, escritor, ensayista y pintor, Juan Benet amaba la música», escribe Stefania Imperiale en *Contar por imágenes. La narrativa de Juan Benet*. «Su pasión por esta “arte del movimiento” no se entrevé exclusivamente en las novelas: el escritor redactó un artículo sobre las *Sonatas póstumas* de Franz Schubert y en el epílogo de *Un viaje de invierno* Benet inserta la partitura del *Vals K* del mismo autor y en *Una meditación* dedica una página entera al análisis de un rondó. En una entrevista el escritor llegó a afirmar: “Tengo muchas páginas formadas por esa ‘memoria musical’ que de una forma involuntaria incide en mi trabajo. Yo oigo mucha música: además, si solo pudiera oír y hacer música qué duda cabe que me quedaría con ello”».

Pero no solo amaba la música clásica, como confirma Antonio Martínez Sarrión: «Juan Benet era hartito tanguero y valoraba la concisión expresiva, el filo y el cinismo de ciertas letras. Su intérprete favorito era Hugo del Carril, una figura de los treinta-cuarenta, actor cinematográfico por añadidura y fervoroso peonista: no se puede tener todo. Pero en la sensibilidad de Juan el tango era, sobre todo, la fulguración, el fogonazo de un nombre que le traía, conjeturo, cierta atmósfera urbana en sepia, ra-

yada de trepidación y lujo, que Buenos Aires tenía más cercana entonces a París que a Chicago. Juan ponía la mirada soñadora y repetía embelesado una y otra vez: “¡El tango *Rodríguez Peña!*”».

Se tratara de lo que se tratara, también de música, Benet gustaba de la polémica: «Literariamente hablando, todo drama musical es espantoso, desde las italianas de Mozart hasta las *chinoiseries* de Mahler, pasando por toda la repostería germánica de Wagner, por no hablar de ese horrible producto, mezcla de diván y altar de la patria, de la tierra de los spaghetti. ¿Será *Wozzeck* la excepción? Y aun así, cuando se piensa que difícilmente se salvan los Hofmannsthal...». Especialmente polémica fue su defensa y encomio del disco, cuya «gran ventaja es que conserva la interpretación y suprime al intérprete», que se lee en *La moviola de Eurípides*. «La música en presencia del intérprete es algo parecido al cuadro en presencia del guía de museo del que el observador puede prescindir, sin duda, pero a costa de un esfuerzo supletorio para evitar sus molestias. Y si la personalidad del ejecutante hace imposible esa abstracción —como es el caso de los grandes divos musicales— peor todavía, porque entonces, por mucho que pretenda lo contrario el entendido, la atención que requiere la música se desdobra para dedicar una parte de ella a un acontecimiento absolutamente heterogéneo con ella. El intérprete es mal actor, cuando no grotesco; sus gestos banales y grandilocuentes nunca se acordarán a la sutilidad de la melodía, y lo menos que debería pedir de él es que interprete solo los miembros que requiere el instrumento. Pero no, el intérprete no puede evitar transmitir con el gesto la experiencia por la que está pasando su alma. Y ese gesto, siempre, siempre es desafortunado».

§ Reconoce Marisol Benet que a su hermano «de gustaba mucho la pintura y de pintura, además, sabía bastante¹⁰². En la pintura nos inició mi madre, a la que le gustaba muchísimo e íbamos a exposiciones. Conocía también a muchos pintores. Cenaban por ahí. Conocía a Caneja. Lo conocía por Paco [Benet]. (...) Él tuvo siempre mucha facilidad para pintar. De pequeño, tenía su cuarto todo ello lleno de cuartillas pintadas de caricaturas. En el colegio era él quien hacía las caricaturas a todos los profesores. Tenían afán por ver cómo salían. Todo esto lo hacía en cuartillas».

Stefania Imperiale constata que «los numerosos comentarios sobre el arte pictórico presentes en muchos de los ensayos del autor¹⁰³ constituyen otra prueba de la importancia que Benet le concedía a la disciplina. En *El ángel del Señor abandona a Tobías* y en *La construcción de la torre de Babel*, por ejemplo, el autor parte del análisis de cuadros de Rembrandt y de Brueghel El Viejo respectivamente para desarrollar reflexiones literarias».

En 1981, en una galería de Alicante, se inaugura una exposición con sus marinas, cuadros bélicos de operaciones navales y

¹⁰² Valgan estos recuerdos de Antonio Martínez Sarrión de un viaje a Francia para corroborarlo: «Tú sígueme a mí y déjate de impresionistas: son todos flojos, amanerados, monótonos y, en resumen, deleznable. ¿Concibes pintor más cursi y de tarjeta postal que Renoir, más decorativo y exterior que Monet, con peor humor y de trazo más grueso que Manet?». Y con su zancada larga se internó, en el primer piso, por las salas de la pintura realista, costumbrista, histórica y *pompier*. Pero, amigos lectores, en rincones, esquinas y culos de saco, casi inaccesibles, mal iluminados, sin público, había pintura a través de la cual, como hubiese dicho Barrès, “soplaba el espíritu”. Juan conocía esas encrucijadas».

¹⁰³ También escribirá prólogos y textos para catálogos o libros de pintores amigos: «El pasado lunes [5 de diciembre de 1977] se presentó en el taller del *Grupo 15* el díptico editado en colaboración por este grupo y la editorial Alfaguara, en que se *desencuentran*—según propia confesión— Juan Benet y José Guerrero. Un texto manuscrito del libro de Benet *En el Estado* coincide con un aguafuerte de Guerrero en lo que es la realización final de un proyecto de libro lujoso». Ítem más: «El último trabajo gráfico del pintor Alfonso Fraile [febrero de 1988], realizado por Denis Long para la colección de bibliofilia Antojos (Cuenca), consistió en los seis aguafuertes que aquí reproducimos. El texto del novelista Juan Benet fue escrito como acompañamiento para esas mismas imágenes».

una colección de trece *collages*: «Para distraer durante veinticinco años unos ratos de ocio me he dedicado al ejercicio de la literatura y de esa suerte he publicado una veintena de libros. Para despejar la cabeza de las obsesiones literarias me he dedicado a veces a pintar operaciones navales, cuyo resultado a la vista está. En fin, tras la fatiga provocada por el color y el dibujo, he buscado el descanso en el collage, cuyo resultado también está a la vista. Cuando el collage me canse, no sé realmente lo que haré; probablemente nada». A los medios declarará que «en la próxima fase de mi trayectoria pictórica voy a entrar a saco en el desnudo. Primero pintaré una rodilla, luego un tobillo, después un pliegue del muslo. Así, poco a poco, hasta completar con siete u ocho cuadros el cuerpo humano. Al desnudo puedo dedicar toda esta década, y la siguiente la consagraré al cuadro histórico de carácter dudoso y ambiguo. *El príncipe Humberto de Sajonia considera la resolución del Consejo de Regencia* o *El general Belisario disponiendo el orden de batalla* pueden ser buenos ejemplos».

Una vez muerto, la Universidad de Salamanca publicará en 1996 el catálogo *Collages* y un año después Alfaguara reunirá una muestra de sus creaciones artísticas en un catálogo titulado *Bene-tiana. Retratos y creaciones plásticas de Juan Benet*. «El volumen recoge dibujos a lápiz sobre papel, acuarelas, óleos y *collages* de Juan Benet y textos de Eugenio Benet, Javier Marías, Vicente Molina Foix y Natacha Seseña. El diseño y la maqueta del catálogo son de Eugenio Benet, el hijo menor del escritor». Para Natacha Seseña, “Despejando obsesiones”, Benet «cultivó en sus óleos el género en el estilo empastado y colorista del figurativismo de posguerra: línea alta de horizonte, cielos explosivos, superficies afacetadas sobre líneas impecables. Son obras de juventud, modestas, de pintor de domingo pero no lejos estéticamente de lo que veía en su casa y en la librería Buchholz del Paseo de Recoletos. En Buchholz había luz en todos los sentidos, pues debe

saberse que Madrid en 1945 —fecha de la primera exposición de los pintores agrupados luego como Escuela de Madrid— sufría restricciones de fluido eléctrico que agudizaban el aspecto fantasmal en los transeúntes por las calles después de la caída del sol. Como Juan era precoz iba a la famosa librería para “ver más”, dicho también en todos los sentidos. Las marinas, las batallas navales, los naufragios constituyen otra faceta de la plástica de Juan Benet. Las empezó a pintar en su madurez. Me consta lo que se divertía pintando la serie y poniendo título a cada cuadro. El resultado es original, fresco y benetiano. Tomados los temas de fotografías de prensa de la Segunda Guerra Mundial han perdido el seco dramatismo y el valor testimonial que da la cámara para ganar en el óleo un cierto aroma de mar incómodo y revuelto por el paso de los grandes cruceros. A las gaviotas y demás aves las hace presentes o las inventa. Los *collages*, que principia al final de la década de los setenta para no interrumpir hasta el final de sus días, suponen el do de pecho de la obra plástica de Juan Benet cuando “la maestría ha alcanzado tal altura que se puede esperar el comienzo de la decadencia”».

un personaje

«PERSONAJE. 1. m. Persona de distinción, calidad o representación en la vida pública. 3. m. Persona singular que destaca por su forma peculiar de ser o de actuar».

Diccionario de la lengua española

Para Javier Marías, Benet «no era ese tipo de personaje (como lo era, por ejemplo, su gran amigo Juan García Hortelano) que lo es en toda ocasión y casi ante cualquier persona», y si bien era cierto que «cuando alguien no le gustaba, podía mostrarse muy odioso», también lo era que «con las personas que lo conocían bien era el hombre más gracioso y encantador de la tierra».

Esta dualidad, reconocida por sus más allegados, la advertían incluso allende los mares, así Danubio Torres Fierro: «Juan podía ser festivo, y muy ocurrente, y a la vez oscuro y huraño con una suerte de tracción neurótica que al accionar no dejaba títere con cabeza y habilitaba repentinos caprichos en su persona».

El propio ingeniero, en una entrevista publicada en 1983 en *Los Cuadernos del Norte*, concedía la mayor: «¿Cómo es que Juan Benet tiene una forma de ser agresiva, asocial, cáustica, discutiadora, erizante, poco amable y, sin embargo, he podido comprobar que guarda para su vida particular, vamos a llamarla no pública, otro talante, sumamente afable, cálido y todas esas atribuciones extrañas a lo que aparentemente saca a relucir en la piqueta de lo público? —Yo tengo una imagen pública muy poco pública, porque han salido dos o tres entrevistas en los periódicos a causa de un premio literario. La imagen pública no puede más

que reflejar el hastío y la vergüenza y la causticidad y el veneno con el que debemos vivir: todo lo público es venenoso. Si una parte del yo ha de ser pública, mejor que sea envenenada y cáustica y agresiva e iconoclasta y, en cierto modo, inconformista».

Gustemos, pues, del veneno.

polémicas y compromisos

«Odio a los indiferentes. Creo, como Friedrich Hebbel, que “vivir significa tomar partido”. No pueden existir quienes sean solamente hombres, extraños a la ciudad. Quien realmente vive no puede no ser ciudadano, no tomar partido. La indiferencia es apatía, es parasitismo, es cobardía, no es vida».

Antonio Gramsci: “Odio a los indiferentes”

(1) *Polémicas literarias y otras*

En 1985 Joaquín Arnaiz entrevista a Juan Benet: «¿Por qué tiene esa fama de *enfant terrible*? —Tampoco yo creo que esa fama haya ido muy lejos. No, lo que sucede es que yo creo bastante en la eficacia de la impertinencia, sobre todo en la de determinadas opiniones impertinentes. En cierto modo esas opiniones son, por impertinentes, las más útiles, las más atractivas. Si las opiniones se matizan, pues se vulgarizan, y entonces caen en el lugar común». Veamos.

§ *Polémica “Benito Pérez Galdós” (1970).*

En carta abierta a Pedro Altares, director de *Cuadernos para el Diálogo*, Juan Benet declinaba la invitación a participar en un número monográfico sobre el autor de *Fortunata y Jacinta* con motivo del 50º aniversario de su muerte. La carta, que bien valía por su extensión lo que un artículo, resultó polémica, no tanto por la gruesa descalificación de la obra galdosiana¹⁰⁴, que tam-

¹⁰⁴ En el mismo número de la revista Gonzalo Torrente Ballester mostraba también cierta prevención crítica: “La insuficiencia de Galdós”, tituló su colaboración.

bién, como por algún otro desdén y acusación «en el campo de la ideología».

Del autor canario ya había declarado Benet un año antes en la revista *Ínsula* aquello de «cambio todo Galdós por una novela de Stevenson», pero ahora el calibre de la bala y longitud de la vaina aumentan: «Literariamente emociona poco y representa mucho. Bien mirado, aparte de una imagen —bastante discutible— de la sociedad que pintó, logró poca cosa, ni siquiera una de esas frases sugerentes que sirvan luego de pórtico a un libro de poemas. Carecía de un lenguaje bello, su imaginación era litográfica y tan solo se desvió por poblar las estanterías de la burguesía con un innumerable censo de personajes que algunos críticos —haciendo uso de un término que produce muchas sospechas— calificarán luego de “muy humanos”». Ítem más: «Un hombre que, deslumbrado por el ejemplo francés, se propuso una especie de levantamiento catastral de la sociedad de su tiempo y entendió la novela como el topógrafo puede entender un plan parcelario». Etcétera.

Benet, no contento con evidenciar sus preferencias novelísticas *a contrario*, disparó también *ad hominem*: «A la izquierda española nunca le importó gran cosa que el instrumento de Galdós fuera de punta gruesa. A la izquierda española (cuando no sospecha de todo instrumento de punta fina como un útil que sirve a la reacción) eso le trae un tanto sin cuidado porque entiende que —desde hace muchos años— la literatura española es, toda ella, cosa suya. Y eso debe ser así no tanto porque los profesores de letras acostumbren a ser de izquierdas —salvo muy raras excepciones, especialistas en Lope o la novela cántabra— sino porque la derecha no escribe».

Concluye su catilinaria denunciando la «sociología literaria» rampante, que «tiene una enorme virtud: se despreocupa de la calidad artística», e incluso se atreve a poner nombres y apelli-

dos, si bien implícitos: «Observe usted una vez más el extraordinario número XIV de *Cuadernos para el Diálogo* —cuyo éxito les ha inducido a lanzar otro de parecida índole— y dígame dónde (si se exceptúan las páginas de Rafael Conte) se puede encontrar un punto de vista exclusivamente literario o que —tan solo— no esté empañado por el sempiterno vaho de la trascendencia histórica y social». A pesar de la ‘implicitud’, los aludidos fueron legión.

§ *Polémica “Isaac Montero” (1970).*

Nuevamente en *Cuadernos para el Diálogo*, en su número de diciembre, se informó de lo tratado y discutido en una mesa redonda sobre estética de la novela en la literatura española. En ella participaron Isaac Montero, Juan Benet, José Manuel Caballero Bonald, Carmen Martín Gaité, José María Guelbenzu y Antonio Martínez Menchén. Más allá de las aportaciones de cada uno de los participantes, de aquella mesa redonda —y de los posteriores y apresurados artículos de combate— permanece el encontronazo dialéctico entre Juan Benet e Isaac Montero. Mientras para el primero un autor crea *verdaderamente* cuando lo hace «en un cierto aislamiento y en una desvinculación y en una oposición y en una cierta clandestinidad y en lucha contra la sociedad y contra sus imposiciones», el segundo combate «la demagogia desdeñosa-pontifical de Benet» y se rebela contra «esta arrogante ideología, que se pretende paladín de las libertades consustanciales del acto creador, y que puede erigirse en instrumento de esterilización de una novela auténticamente libre, profundamente puesta al servicio del hombre. Y ello porque la fecundidad liberadora de la literatura no depende solo de una oscura independenciamiento en el momento del acto creador, sino, por el contrario, se arraiga en compromisos ideológicos concretos, en tomas de posición igualmente concretas en los combates sociales».

Juan Benet, por su parte, señalará que la literatura realista¹⁰⁵ «es tan idónea para hacer la revolución como el cuplé patriótico para enardecer un país y ganar una guerra en ultramar»; que «las buenas letras no precisan de la ideología para su propia defensa, y si el realismo produce una novela de calidad, es seguro que contra ella no prevalecerá el acoso de las fuerzas de producción y cambio, aunadas en su destrucción»; y, en resumen, que «hoy por hoy el enemigo más manifiesto del señor Montero es la conciencia, su conciencia de clase que funciona como conducto obturado, más como una garantía para la ignorancia que como un instrumento para el conocimiento».

§ *Polémica “Solzhenitsyn” (1976).*

«Fue la noche del sábado 20 de marzo la que situó al escritor soviético en la primera plana del debate público en España, lo que no había ocurrido con la publicación dos años antes de su obra *Archipiélago Gulag, 1918-1956*. Con solamente unas horas de antelación, se anunció que Solzhenitsyn iba a ser entrevistado en horario de máxima audiencia en Televisión Española. El programa en cuestión llevaba el nombre de ‘Directísimo’ y estaba conducido por el popular locutor de radio y televisión José María Íñigo». Lo declarado por el autor soviético no dejó indiferente a nadie. En el que había sido periódico oficial del régimen franquista, *Arriba*, un tal Galileo escribía: «Puesto a decir lo que piensa, Solzhenitsyn se apoderó de las cámaras de TVE y lo dijo

¹⁰⁵ Rememorando sus comienzos de ingeniero, Benet sentencia en otra ocasión: «Yo era el responsable de unas cuatrocientas personas, desde los mineros y los hormigoneros hasta los maestros de obra. Por tanto, conocía el problema del mundo obrero y la miseria española mucho mejor que todos los escritores de novelas ‘realistas’ a todas luces insatisfactorias. La realidad era mucho más conmovedora que todas las novelas españolas de esa época. Los escritores reconocidos como tales en ese momento se quedaban en su casa, se paseaban un poco, se enteraban por el periódico del desencadenamiento de una huelga o de la espantosa miseria de algunas familias de las afueras de Madrid o Barcelona. Yo veía aquello de cerca gracias a mi oficio; pero siempre me ha horrorizado la literatura fotográfica».

de un tirón a millones de españoles que a esa hora solo esperaban frivolidades. Y una vez dicho, se marchó. Sin embargo, la frivolidad llegó después, cuando los inconformistas de moda —tan silenciosos y modosos hasta el mismísimo año pasado— se sintieron obligados, para que no se diga en esta hora del cambio, a hincar su piqueta en sus palabras, en su persona y en su obra literaria». Por su parte, en el semanario *Triunfo* («Escándalo en la televisión. Operación Solzhenitsyn») se leía: «Hubiera podido suponerse que Solzhenitsyn iba a hablar en TVE en contra del régimen de su país, que ha sido muy duro con él en la época de Stalin. (...) Pero no podía nadie imaginarse que Solzhenitsyn iba a hablar en contra de España. (...) Todo el fondo de su largo, in-sólito discurso¹⁰⁶, iba destinado a esto: a negar la conveniencia de una democracia en España. (...) Es demasiado ostensible la operación antidemocrática que se ha utilizado en la televisión española. (...) La obcecación de una campaña anticomunista puede llevar a estos excesos y a esta confusión de propósitos. (...) Repitamos que no es el discurso de Solzhenitsyn lo que nos inquieta. (...) Es la instrumentación que está haciendo una televisión cada vez más alejada de la situación real española».

¹⁰⁶ «He oído, lo dicen vuestros emigrados políticos, que la Guerra Civil os ha costado medio millón de muertos. No sé en qué medida es exacta esa cifra. Admitámosla como exacta. Entonces deberemos decir que nuestra guerra civil se llevó dos o tres millones, pero vuestra Guerra Civil y la nuestra tuvieron un final distinto. En vuestro país triunfó el concepto de la vida cristiana, y con eso se quiso dar por terminada la guerra, para restañar las heridas. (...) Vuestros círculos progresistas llaman dictadura al régimen político existente en vuestro país. Llevo diez días viajando por España. Viajo desconocido por todos, observo la vida, miro con mis ojos. Me asombro: ¿sabéis acaso qué es una dictadura, a qué se aplica tal palabra? ¿Comprendéis qué es una dictadura? (...). Habéis tenido hace poco una amnistía. La llamáis amnistía limitada. A los luchadores políticos que efectivamente mantuvieron una lucha política con las armas en la mano les redujeron las penas a la mitad. Os diré: ya quisiéramos nosotros una amnistía limitada como esta una vez cada sesenta años».

Así las cosas, llegó Benet y el 27 de marzo publica —de nuevo en *Cuadernos para el Diálogo*¹⁰⁷— un artículo titulado “El hermano Solzhenitsyn” en que se pregunta por qué Europa ha de soportar «los latigazos de este nuevo profeta»: «¿Porque ha escrito cuatro novelas? ¿Porque ha sido galardonado con el premio Nobel? ¿Porque ha sufrido en su propia carne —y bien que le ha sacado partido a ello— los horrores del campo de concentración?». Y añade: «Yo creo firmemente que mientras existan gentes como Alexandr Solzhenitsyn perdurarán y deben perdurar los campos de concentración. Tal vez deberían estar un poco mejor custodiados a fin de que personas como Alexandr Solzhenitsyn, en tanto no adquieran un poco de educación, no puedan salir a la calle. Pero una vez cometido el error de dejarles salir, nada me parece más higiénico que las autoridades soviéticas (cuyos gustos y criterios respecto a los escritores rusos subversivos comparto con frecuencia) busquen el modo de sacudirse semejante peste».

Adquirieron las palabras benetianas «a tenor de las airadas reacciones, connotaciones apocalípticas». Entre otros muchos, cabe destacar entre los muy airados a la propia TVE, con quien Juan Benet ajustará cuentas en un nuevo artículo, “Las hermanitas de la caridad”: «[TVE] no vacila en atacar con un editorial anónimo¹⁰⁸ a dos contribuyentes españoles que se han permiti-

¹⁰⁷ Nos informa Guillermo A. Pérez Sánchez, a propósito de la violación de los derechos humanos en la Unión Soviética, de que «durante tres números seguidos, *Cuadernos para el Diálogo* publicó una selección compuesta por ocho cartas de suscriptores o lectores asiduos de la revista en relación con la polémica que nos ocupa, y la inmensa mayoría de las mismas eran muy críticas con las opiniones vertidas por Juan Benet a la figura de Solzhenitsyn».

¹⁰⁸ Refieren José Luis Aguilar López-Barajas *et al.* (“La disidencia soviética tras el acta final de Helsinki: el caso de Solzhenitsyn en España”) que «lejos de ser un comunicado aséptico que denunciase los excesos verbales del señor Benet, el comunicado iba mucho más allá y se convertía en un alegato de fuerte tinte político. Sobre el artículo de Benet se decía que “expresa, acaso sin quererlo, el sueño de ser autoridad en un sistema como el

do enjuiciar la conducta de uno de los personajes más corrompidos de Occidente, a quien TVE ha otorgado sus favores. TVE acusando a dos¹⁰⁹ contribuyentes españoles de talante totalitario. TVE, la noble, la liberal, la limpia, la honrada, la que está abierta a todos los españoles y todas las tendencias. La que por su neutralidad está en mejores condiciones de acusar. Tiene gracia la cosa. Y para no dejarla sola, Radio Nacional de España¹¹⁰, como persona de más edad y peso —aunque no de mayores alcances—, se ha sumado a las protestas de su hermanita menor. A las voces de una y otra se ha venido a sumar el coro de habituales editorialistas y algunos otros recién graduados en democracia, heridos por mi artículo en sus fibras más sensibles; personas que se ganan la vida con la pluma pero que solo saben leer al pie de la letra lo que les acomoda, que aducen su integérrima moralidad cuando les viene de camino y presumen de fomentar la opinión pública y el respeto al prójimo cuando navegan al amparo de la protección oficial.

»Me ha acusado TVE de falsear la verdad. A ver si se explica mejor porque no acierto a saber a qué se refiere. Me temo que ellos tampoco. Para su gobierno le diré a TVE —no se lo puedo decir a nadie en particular, puesto que nadie asoma— que escribí aquel artículo bastante antes de que anunciara por los aparatos del ramo sus esponsales con semejante pájaro; que mi artículo por ende nada tenía que ver con tan desdichada y torpe cere-

soviético. (...) Más que un diálogo encuadrado, el artículo de Benet se ha resuelto en un monólogo totalitario inadmisibles».

¹⁰⁹ Se refiere a él y a Eduardo Barrenechea, subdirector de *Cuadernos para el Diálogo*, que también se había mostrado muy crítico —en un artículo titulado «Cómo ‘fabricar’ comunistas»— con lo expuesto por Solzhenitsyn en TVE.

¹¹⁰ «Se produjo un episodio en el programa musical ‘Para vosotros, jóvenes’, que en apariencia nada tenía que ver con la política. Su locutor desde enero de 1974, el periodista y crítico musical Carlos Tena, abrió el programa con las siguientes palabras: “Dedicamos este espacio de hoy a los mejores payasos de la tele: Gaby, Fofó, Miliki y Solzhenitsyn”, por las que fue sancionado».

monia; que de haberlo escrito con conocimiento de ella tal vez hubiera cargado las tintas; que no hacía falta grandes dotes proféticas para adivinar que un Solzhenitsyn vendría (o sería traído) a este país que tan bien se acomoda (o acomodaba) a sus gustos, a leernos la cartilla; que tal vez llegó (o fue traído) con seis meses de retraso; y por último que la próxima vez sea más prudente, ponga su reloj en hora y procure recitar una lección adecuada al momento, porque los días no pasan en balde».

Por lo demás, «conforme se iba alejando el recuerdo de la entrevista del sábado 20 de marzo en ‘Directísimo’, la presencia de Solzhenitsyn en la cultura comenzaba a debilitarse, salvo en *El Alcázar* y en *Fuerza Nueva*. (...) Tal era la identificación del diario *El Alcázar* con las opiniones y lo que representaba, que su presencia en los primeros meses de 1976 fue inundatoria. Desde aparecer en portada a ocupar las páginas centrales y los artículos de opinión de los más destacados columnistas del periódico».

§ *Polémica “Günter Grass” (1985)*.

(7 de junio) «“Autores españoles y alemanes polemizan en tono violento en un coloquio sobre el compromiso intelectual”. Un auténtico diálogo de sordos mantuvieron a lo largo de la tarde del miércoles [en el Instituto Alemán de Madrid], en un tono agrio y hasta agresivo, los escritores españoles Juan Benet y Álvaro Pombo con los de la República Federal de Alemania (RFA) Günter Grass, Peter Schneider y Hans Christoph Buch. (...) Benet rechazó categóricamente el derecho del intelectual a adoptar una postura de liderazgo de opinión en la sociedad, con más peso que la de un fabricante de zapatos, y concluyó con un “no considero tener derecho a exponer una opinión con ventaja sobre cualquier prójimo”. La tensión llegó a su punto culminante con la acusación de Benet a los autores alemanes de que habían traído un tema muy viejo. “Cuando a estas alturas oigo hablar de literatura comprometida, me siento en el túnel del tiem-

po y reprocho a los colegas alemanes que no hayan aportado temas más modernos”, dijo. Después citó a Borges y dijo que hablar de literatura comprometida es como hacerlo de “equitación protestante”, e insistió en su idea de que el intelectual no tiene derecho a intervenir en la vida pública, a menos que se lo haya ganado. La acusación de falta de modernidad fue como una banderilla de fuego. Schneider respondió a Benet con un “usted será un buen escritor, pero como ciudadano no me gusta”. Hubo una coincidencia, probablemente no querida, entre Grass y Benet. El primero coincidió con el español cuando dijo: “Esta discusión me recuerda a las que teníamos en los años cincuenta y que se emitían en la radio hacia la medianoche”».

(17 de junio) «Un reciente coloquio sostenido en Madrid entre autores alemanes y españoles —y en el que participé en compañía de Antonio Tovar y Álvaro Pombo— ha sido resumido y dado a conocer al público por los medios de comunicación poco menos que como un violento enfrentamiento entre personas que asumieron posiciones irreconciliables: de un lado los alemanes, de otro los españoles. Como testigo —y hasta uno de los protagonistas— del suceso, no tengo la sensación de que se produjera tal violencia y hasta sospecho que las posiciones sostenidas por uno y otro bando habrían sido perfectamente conciliadas de haber tenido más tiempo y, tal vez, haber hablado el mismo idioma. (...) En un momento del coloquio yo me permití afirmar que no me considero intelectual, por cuanto me gano la vida con una práctica profesional que no suele ser incluida dentro de ese marbete, y por tanto me siento un tanto alejado de quien se toma por tal; y que incluso llego a desconfiar de él, de vez en cuando. Dije más: dije —y repito— que no entiendo por qué razón un hombre que alcanza el estamento de figura pública mediante el ejercicio de una actividad —como puede ser escribir novelas, pintar óleos o representar comedias— para la que no

son imprescindibles sus ideas sobre la cosa pública, ha de influir en la opinión con más autoridad que cualquier otra voz; por el mero hecho de haber escrito unas novelas y publicado unos libros no me siento capacitado para hacer cundir mis opiniones, sobre todo en cuestiones de trámite (como por ejemplo el ingreso en la OTAN)¹¹¹ acerca de las cuales cualquier vecino puede estar tan informado como yo. (...) Una vez pasada la pequeña tormenta, lo único que me atrevo a reprochar a los tres interlocutores alemanes —Grass, Buch y Schneider— son sus maneras catequísticas. Que sean partidarios de la literatura comprometida y del papel activo —en política, se entiende, una palabra que no se pronuncia en tales actos— del intelectual en la sociedad me resulta comprensible y hasta un poco indiferente. Pero que pretendan que lo seamos todos y que —enarbolando el incumplimiento de un deber que presumen común— insinúen que los que no nos comportamos como ellos incurrimos en un crimen de lesa civilidad me parece cuando menos un abuso. El intelectual que a sí mismo se considera comprometido, al generalizar el deber y convertirlo en precepto universal —y eso se lo dirijo a Grass— generaliza también el índice de sus preocupaciones, como no puede ser de otra manera. Tiene que estar al día y tomar partido por todos los problemas sociales y políticos que saltan a la cabecera de los diarios: Alemania dividida y Europa también, Nicaragua, Polonia, Afganistán, el feminismo, el *apartheid*, la disidencia rusa, el militarismo judío, la deforestación de Vietnam, la extinción de las focas; no hay área geográfica ni social en que el intelectual comprometido pueda respirar tranquilo, y una situación tan sofocante no puede por menos de producir un talante especial, por lo general ceñudo».

¹¹¹ Unos meses después se decidirá y será sujeto activo y principal —en su calidad de escritor e intelectual *nolens volens*— en la campaña a favor del sí en el referéndum sobre el ingreso de España en la OTAN; *vide infra*.

§ *Polémicas varias.*

En prólogo a *Otoño en Madrid hacia 1950*, Antonio Martínez Sarrión reconocerá que Benet a menudo «se servía de una estrategia que a mí me pareció siempre discutible, y así se lo hice saber: atribuir cuanto iba en contra de sus convicciones civiles a formas renovadas de ‘beatería’, palabra-comodín que aplicaba con criterios, más que otra cosa, pasionales: misterios y contradicciones del alma humana, en un hombre cuya inteligencia, sensibilidad y sentido ético se encontraba a distancias muy considerables de cuanto se tropieza uno, incluso en círculos selectos y cultivados».

Dan cuenta de esta cierta soberbia intelectual las Cartas al Director que con frecuencia Benet publicaba en *El País*¹¹², siendo así la suya la última palabra en querellas cualesquiera. Valgan como muestra este par de cartas.

(12/7/1989) “Latín y latinajos”. «En *El País* de 28 de junio hay una cosa de Juan Benet titulada *Autor autoris lupus*. En tres palabras, cuatro faltas, todo un récord: sin duda quería decir: *Auctor auctori lupus*, es decir, *El autor es un lobo para el autor*, parodiando a Hobbes. ¿No sería mejor que algunas personas o aprendieran latín o dejaran de citar latinajos?». (Francisco Ro-

¹¹² Ya en la revista *Triunfo*, por ejemplo, Benet había velado armas. A propósito de una carta suya de 1972 en defensa de Pere Gimferrer, Martín Vilumara, seudónimo de José Batlló, respondía a la misma con ‘templanza’: «Informado por la dirección de *Triunfo* del contenido de la carta de Juan Benet, deseo hacer las siguientes precisiones: (...) Para argumentar sobre la incorrección de mi trabajo, Juan Benet se basa en que este le parece contrario al poeta. ¿Lo seguiría hallando incorrecto si le pareciera favorable? En cualquier caso, agradecería a Juan Benet diese a conocer la lista de libros y autores de que pueda hablarse, favorablemente o no, y de las publicaciones y extensión indicada para cada caso. (...) Rezo por la insensatez de *Triunfo*, a fin de que no se me retire la licencia (por cierto, ¿de qué licencia estamos hablando?). Insensatez, por otra parte, felizmente compartida por aquellas publicaciones en que se han acogido ciertos trabajos de Juan Benet, que en cuanto a irresponsabilidad poco tienen que envidiarle a los míos. Los restantes argumentos de la carta de Juan Benet me parecen tan triviales que me eximo de comentarlos».

dríguez Adrados, académico de número de la Real Academia Española).

(20/7/1989) “Cebollones”. «En mis ya lejanos años colegiales solíamos practicar un juego destinado en esencia a ofender y sacar los colores a los primeros de la clase. Consistía en introducir, en las conversaciones del patio, un error de bulto en una aseveración cualquiera, a fin de que el listo de turno se sintiera movido a enmendarlo. Se decía, por ejemplo: “Cuando zarpó Colón para dar la vuelta al mundo...”, para que el erudito interrumpiera: “Querrás decir Magallanes”. La corrección era esperada por todo el corro para señalarle con el índice y corear al unísono: ¡Cebollón! Parece ser que el juego no ha perdido nada de su vigencia, y podría recuperar parte de su virulencia, a juzgar por el buen número de *cebollones* que se dirigen a usted para denunciar y enmendar los cuantiosos errores intencionados o involuntarios que casi a diario se deslizan de manera inevitable en ese periódico de su digna dirección».

(15/6/1992) “Réplica a Juan Benet”. «El señor Benet muestra en su escrito un notable desconocimiento hidrológico y desconsideración de las características de las aguas subterráneas, y aun de su esencial importancia en España, y de cómo la gestión conjunta de aguas superficiales y subterráneas permite llegar a un uso notablemente mejor de esos recursos escasos y vulnerables, proponiendo una gestión que es exactamente la contraria a la que cualquier conocedor de la materia propondría, a la que se explica en los textos y a la que afortunadamente se realiza en muchos lugares en que hay hidrólogos sensatos. La alusión a zahoríes y curanderos no deja de ser sorprendente, y hasta insultante, así como que se considere que las aguas subterráneas son algo oculto y que le resulta opaco. (...) Si el Plan Hidrológico Nacional, muy próximo a ser presentado públicamente en el momento de redactar esta carta, resulta ser lo que insinúa que

será el señor Benet, que Dios nos coja confesados para las próximas décadas (...). También el código de Hammurabi fue algo extraordinario en la antigüedad, pero no creo que por ello nadie defienda que hoy sigue siendo válido en la realidad de finales del siglo XX». (Emilio Custodio Gimena, doctor I. I., catedrático de Ingeniería del Terreno de la Universidad Politécnica de Cataluña, académico de Ciencias).

(19/6/1992) “Réplica de Benet”. «Por cuanto el señor Custodio Gimena (doctor I. I., catedrático de Ingeniería del Terreno de la Universidad Politécnica de Cataluña, académico de Ciencias) se permite pregonar públicamente mi desconocimiento hidrológico, yo a mi vez vengo en sugerirle públicamente que aprenda a leer, algo más difícil a su edad que la acumulación de títulos académicos».

Por otra parte, Juan Benet fue —especialmente desde las páginas de *El País*— un feliz y atrevido ‘inconformista’, como lo calificó Fernando Savater en artículo de título homónimo: «Apareció al menos dos veces, que yo sepa, en las primeras necrológicas de Juan Benet: lo leí en un diario y lo escuché por televisión. Entre elogios convencionales y quizá sinceros, junto a disimulados zarpazos póstumos, se aseguraba que Juan mantuvo a veces “opiniones discutibles”. (...) ¿Por qué eran las opiniones de Benet más palmariamente discutibles que las de cualquier otro? Sin duda porque chocaban a menudo con la actitud conformista de los que solo prestan atención a las opiniones ajenas con el fin de clasificar a quienes las emiten y no para adquirir nuevas perspectivas sobre la realidad. (...) Que yo sepa, solo Rafael Sánchez Ferlosio ha sabido ser en la prensa tan *discutible* y tan *suyo* como Benet. (...) Previó las miserias del *political correct* tres lustros antes que yo».

Consignemos aquí, entre las muchas, algunas de estas “opiniones discutibles” benetianas.

(6/1/1977) “Las inconsecuencias de las feministas”. «La señorita Pilar Vázquez, adalid feminista, se estremece de estupor e indignación porque una conocida artista —que solo debe pertenecer ‘teóricamente’ a su sexo— se atreve a alabar una marca de calzoncillos. Sin duda Pilar Vázquez habría contemplado con mayor flema el elogio público de cualquier prenda de lencería femenina, como es usual en la publicidad de tales artículos. La nueva inconsecuencia en que caen estas feministas, en su lucha por una igualdad de trato, no puede ser más flagrante ¿O es que el calzoncillo no puede gozar del mismo trato que el sostén? Me temo, por otra parte, que el calzoncillo es un puro pretexto: lo que de verdad parece molestar a Pilar Vázquez es la existencia de personas —tan representativas de su sexo como ella, y probablemente más despiertas— que gracias a su trabajo y otros dones no tienen necesidad del feminismo para salir adelante. Las últimas aportaciones del feminismo al país evidencian su rencor por las mujeres que no participan de ese ideario y que, como no podría ser de otra manera, se traduce en filisteísmo, hipocresía e intolerancia. Refugiarse en la imagen de la mujer “trabajadora, estudiante, ama de casa” en oposición frontal a la señora ‘estupenda’, es, aparte de poner de manifiesto la pobreza del repertorio de ese ideario, hacer uso del eterno equívoco moral que desde siempre ha utilizado la mujer ‘honrada’ respecto a la ‘perdida’. En otras palabras, que el feminismo es hoy por hoy uno de los baluartes de la gazmoñería y de seguir así ni Nadiuska ni nadie tendrá que hacer el menor esfuerzo por desprestigiarlo. Para eso se bastan y sobran las feministas».

(17/11/1988) “En la bocamina”. «Que la Dirección General de Salud Pública o el general Surgeon se permitan ‘advertir’ que el tabaco es perjudicial para la salud es cuando menos una tal demostración de la estrechez de sus miras que debería bastar para exigir la retirada del titular del cargo, no ya del saludo. A sa-

ber qué entienden esos señores por salud, un concepto que requiere algo más que conocimientos anatómicos y patológicos para tenerlo claro; que resulta lo bastante ambiguo, extenso, polisémico y casi indefinible como para que quien lo invoque con un significado limitado y vano incurra en un pecado muy parecido al del infractor del segundo mandamiento; un concepto, en fin, tan disperso y multiforme como para desafiar todas las estadísticas acerca del cáncer de pulmón o de laringe con otras tantas acerca de las neurosis, los suicidios, los divorcios o las causas del *taedium vitae*, pongo por casos. La respuesta por parte de los responsables de la salud pública a tales objeciones ya se advierte: por cuanto son los celadores de un Estado público no intervienen en la vida privada del ciudadano, que es libre de hacer de su capa un sayo, pero sí en las actitudes y comportamientos que pueden inficionar el ambiente social con agentes patógenos. Pero olvidan o pretenden hacer caso omiso de que una medida de higiene puede perturbar la paz ciudadana, pues ¿es que alguien duda de que el bienestar social está por encima de la salud pública?»¹¹³.

En fin, acaso acierte la profesora Nora Catelli cuando escribe que «fue un crítico y un intelectual casi clásico, si por ello se entiende una decisión enfática de abrir cuestiones en la escena pú-

¹¹³ Con el pasar de los años, un benetiano eximio, Francisco Rico, publicará en *El País* otro artículo también muy polémico titulado “Teoría y realidad de la ley contra el fumador” (11/1/2011): «En las cárceles y en los psiquiátricos está autorizado fumar “en las zonas exteriores” o en “salas cerradas habilitadas al efecto”. A los viejos y discapacitados se les permite en las áreas *ad hoc* de los asilos, aunque de ningún modo al aire libre ni en sus habitaciones. Con los enfermos hospitalizados no hay la mínima complacencia. A los padecimientos que comporta verse en tal situación, el legislador añade, ensañándose, la tortura de la abstinencia. “¿Qué escándalo —debe de juzgar—, satisfacer los bajos apetitos de un paciente terminal —de cáncer de pulmón, pongamos— que no piensa en otra cosa que en echarse unos pitillos!”. Con absoluta desestíma de los datos, de la voluntad y el sufrimiento ajenos, sacrifica al individuo cercano en el altar de un remoto ideal genérico. Librenos Dios de los altos principios. P.S. En mi vida he fumado un solo cigarrillo».

blica, aunque veló estas actitudes con enorme eficacia utilizando, para disminuirse, una sucesión convincente de autodefiniciones: ingeniero, diletante, poco entendido, caprichoso, iracundo o no especialista. Fueron tan parafraseadas que obtuvieron también un efecto indeseado: la opacidad de su figura y la limitación nacional de su consagración».

(2) *Compromisos políticos lato sensu y otros*

«¿Qué opina de los políticos? Dijo querer ser Ministro del Interior para encarcelar a Walt Disney, Maurice Chevalier y Grace Kelly. —No tengo por qué opinar nada especial sobre los políticos, ejercen su profesión como cualquier otro... ¿Ministro del Interior? Hubiese preferido ser Director General de Seguridad, un puesto más secundario pero con un trato más directo con las mazmorras, para abrasar a esos tres personajes con mis torturas»¹¹⁴. Veamos.

§ *Un equívoco pamplonés.*

Aún hay quien apunta en el haber del antifranquismo de Benet —innegable— su detención en Pamplona por causa de actividades ‘políticas’, cuando en verdad tuvo poco de política. Así lo confirman su propia hermana —según testimonio incluido por Anne-Marie Arnal Gély en su tesis doctoral *Juan Benet y el Nouveau roman*— o José Lázaro en *Vidas y muertes de Luis Martín-Santos*.

¹¹⁴ Un poco después de *épater le bourgeois* con *ese oscuro objeto del deseo*, Pablo Lizcano (TVE, 1984) le preguntará: «¿Cuál es la obra humana que más deplora? —Los Estados Unidos». Su bienamado William Faulkner, en carta fechada el 30 de agosto de 1925, hacía saber a Mrs. M. C. Falkner que «son horribles, la clase de americanos que vienen a Europa. ¿Podéis imaginaros a alguien que vaya a casa de un extraño y escupa en el suelo? Pues así es como se comportan». Ese mismo año, y lo sabemos por el *Diccionario amoroso del psicoanálisis* de Elisabeth Roudinesco, Sigmund Freud había confesado que «hace poco ofendí a un norteamericano proponiéndole reemplazar la estatua de la Libertad, en el puerto de Nueva York, por la de un mono enarbolando una Biblia». Luego vinieron Donald Trump y los Silicon Valley boys: *horresco referens*.

Para Marisol Benet «esto fue muy gracioso. Él era muy amigo de Alberto Machimbarrena, yo creo que iban Girbau, Peña Ganchegui y Luis Martín-Santos. Juan se acababa de casar y fueron a San Sebastián y de ahí fueron a comer a Navarra, me parece, y cuando estaban comiendo... —me lo contó Girbau muerto de risa, lo contó más que Juan porque Juan no contaba—, cercaron el restaurante con una serie de coches de policía y ellos preguntaban: “¿Qué pasa? ¿Qué pasa?” y los detuvieron a los cuatro. Los trajeron a Madrid en distintos coches menos a Girbau y Juan. Creo que Juan fue todo el camino tomándole el pelo a los policías, hablando de una bomba que iba a estallar. Había un policía que lo cogía pero el otro se lo tomaba en serio. Los llevaron a la Dirección General de Seguridad y los tuvieron como tres días sin saber nada ni avisar nada, y mi cuñada que era recién casada pero que les conocía, como se había ido a San Sebastián, no se preocupó. Y mi madre entrando a los tres días en el Roma se encontró con... creo que fue con el padre de Martín-Santos —Martín-Santos estuvo mucho más tiempo en la cárcel— y le dijo: “¿Pero no sabes? Ya está Juan en casa”. “¿Cómo que está Juan en casa? ¿Por qué no va a estar?”. “Porque ha estado detenido”. Y Juan luego decía: “Claro, abandonado, sin manta...”. No era por nada en particular. Pero Martín-Santos sí¹¹⁵. Luego, cuando pasábamos la frontera de Irún, a Juan y a mí nos hacían unos interrogatorios espantosos. A mí todavía, aunque ahora se pasa sin enseñar nada, me tiemblan las piernas. Dicen que en *Tiempo de Silencio* sale algo de esto...».

¹¹⁵ José Lázaro, en *Vidas y muertes de Luis Martín-Santos*, atribuye estas palabras a Pepín Vidal-Beneyto: «Luis tenía una arrogancia cordial y tolerable. (...) La entrada de Luis en el PSOE supuso cierto riesgo, yo creo que con su detención demostró que era un hombre valiente, cosa que nunca hizo Juan Benet, que no ha arriesgado ni un pisco nunca, porque su tinglado con el grupo de Dionisio Ridruejo fue una toma de postura social-liberal posterior que ya no suponía ningún tipo de riesgo».

José Lázaro, por su parte, relata que «en marzo del mismo año (1955) circuló por la universidad un nuevo manifiesto que criticaba las detenciones del mes anterior, atacaba al régimen y concluía con el grito de “¡Abajo Blas Himmler!”, en referencia al ministro de Gobernación, Blas Pérez. En su redacción habían participado Vicente Girbau, con el apoyo de Francisco Bustelo, Alberto Machimbarrena (amigo donostiarra de Martín-Santos) y el estudiante de arquitectura Luis Peña Ganchegui, que ocultó la multicopista. Girbau, Machimbarrena y Peña, tal como tenían previsto, emprendieron a continuación un viaje al norte, acompañados por Juan Benet, para estudiar la posible integración de las iglesias románicas en la estética del realismo socialista después de la revolución. (...) Por la tarde se dirigieron a Pamplona en busca de un bacalao al ajoarriero. Mientras se encontraban en un bar de la plaza del Castillo, Alberto Machimbarrena salió un momento al coche y fue abordado por un grupo de policías que lo metieron violentamente en el bar, bajaron la persiana metálica y empezaron a preguntar a gritos por ‘Vicente’. Girbau se identificó. Les detuvieron a todos. (...) En la comisaría de Pamplona se desarrolló una escena que se repetiría varias veces, con algunas variantes, en la vida política de Martín-Santos. Los detenidos fueron situados contra la pared y comenzó el interrogatorio. El comisario les preguntó por su profesión. Girbau respondió que era diplomático. No añadió, de entrada, su condición de sobrino del jefe del Estado Mayor del Ejército. Martín-Santos se identificó como director del Sanatorio Psiquiátrico de San Sebastián. Seguramente no consideró necesario mencionar la graduación militar de su padre. Benet era ingeniero de caminos. Peña, estudiante de arquitectura. El comisario quedó desconcer-

tado por la identidad profesional de aquellos peligrosos subversivos: —¡Aquí debe de haber alguna equivocación!»¹¹⁶.

§ *Unión Social Democrática Española (USDE)*.

Durante unos años, *le spectateur engagé* que siempre fue Juan Benet militó en un partido político muy particular, como él mismo contó en “Valedictoria a Dionisio”: «No, no era un partido de amplia base demográfica y aun cuando en la década de los sesenta —que si tan larga se nos antoja ahora será, sin duda, a causa de la calma chicha que dominó su lenta y penosa travesía— su mayor empeño consistiera en ganar adeptos (ya que las ideas liberales se adquieren de una vez, como la fe, sin grandes posibilidades de incremento), lo cierto es que no recuerdo haber asistido a un pleno que sumara más de veinte asistentes». Años más tarde, en “El grupo de San Lucas”, detallará que «las reuniones se celebraban por lo general los martes, a la caída de la tarde, en un piso de la calle de San Lucas, muy próximo a Barquillo, que el *grupo* había alquilado bajo la cobertura de una pequeña editorial. Era un entresuelo con un salón con tres balcones a la calle, en el que se conspiraba, y unas pequeñas dependencias destinadas a la marcha de la editorial y a la administración del grupo que, como fácilmente se puede suponer, no daba mucho trabajo. Los fijos de la reunión eran Dionisio Rídruejo, Jesús Prados Arrarte, Eurico de la Peña, Fernando Chueca, Paulino Garagorri, José Suárez Carreño, Pablo Martí Zaro y un servidor. Con menos asiduidad pero con mucha frecuencia también acudían José Antonio Maravall, Carlos Ollero y Fernando García de Lahiguera; la gente que pasó por San Lucas para redactar y firmar manifiestos, echar las bases de una *entente* o buscar una línea común —inencontrable— para toda la oposi-

¹¹⁶ «¡Mentira parece que sean ustedes intelectuales y que promuevan estos escándalos! ¿Qué dejan ustedes para los analfabetos?». Valle-Inclán: *Luces de bobemia*.

ción, es innumerable. El *grupo* se formó a mediados de los sesenta, a la vuelta a España de unos cuantos que habiendo participado en el “contubernio de Múnich” habían sido invitados de forma no demasiado elegante a disfrutar por una temporada las delicias del exilio. Después de algunos ensayos y tentativas el grupo terminó por denominarse USD o USDE —Unión Social Democrática Española— y nunca, que yo sepa, contó con más de treinta miembros en activo aunque según alguno de sus líderes había que hacerse a la idea de que sus partidarios y simpatizantes sumaban centenares, tal vez millares. Lo único que estaba claro en el grupo es que su líder indiscutible era Dionisio Ridruejo; sobre todo lo demás, desde la ideología hasta la línea política, la estrategia, la táctica, la actitud hacia los colindantes, las necesidades inmediatas y la manera de salir al paso de las afirmaciones del entonces ministro de Información y Turismo, no había manera de ponerse de acuerdo y las discrepancias, las divergencias y hasta los cismas constituían materia de cada martes. Tras la sesión era costumbre cenar en La Criolla y empezar con unas tapas de chorizo y de lomo. Creo que hacia 1970 me separé del grupo pero conservé la amistad con todos sus miembros».

Lo cierto es que Benet ocupó incluso el cargo de tesorero de la USDE y que «en cierta ocasión le mandaron comisionado a Estoril, a una reunión con el Conde de Barcelona, que fue francamente divertida» (ver “Anecdotario”). Pero la verdadera razón de haber militado en la USDE era Dionisio Ridruejo: «Ciertamente tenía demasiada talla intelectual como para triunfar en la política¹¹⁷. Espero que no se tome esa frase como una indirecta

¹¹⁷ «Lo más odioso de la política —le había oído decir una vez a Don Manuel— es el poco tiempo que deja para leer y el trabajo que cuesta concentrarse en la lectura cuando se tiene el espíritu ocupado por pequeñas y antipáticas pejiğeras. Creo que es el oficio más propio para analfabetos o para acabar desalfabetizando a los que no lo eran». Josefina Carabias: *Azaña. Los que le llamábamos Don Manuel*.

confesión de mi aversión a esa actividad entendida profesionalmente. Son cosas diferentes. No creo que pueda triunfar en política quien no sea capaz de hacer grandes simplificaciones, de hablar por boca de muchos, de conformarse con medias verdades, de relegar siempre al futuro la obra bien hecha y conformarse con la mediocridad presente; en eso —para quien está formado en la honestidad intelectual— debe residir el mayor sacrificio que exige la cosa pública, pues no en vano esa ciencia o ese arte descansa en un cañamazo de generalizaciones, abstracciones y tópicos».

§ *Abajo firmante.*

Refiere Francisco García Pérez en *Una meditación sobre Juan Benet* que este firmó «un escrito de adhesión a los catedráticos de Universidad sancionados por el franquismo [en 1965]», y que «en el mes de diciembre [de 1970] presta su firma al escrito “A la opinión pública” [publicado en *La Vanguardia*] contra las penas de muerte impuestas por el consejo de guerra celebrado en Burgos y contra la violencia a raíz del secuestro del cónsul Beilh».

Sabemos también por Santos Juliá y su obra *Nosotros, los abajo firmantes. Una historia de España a través de manifiestos y protestas* que Benet apareció como primer abajo firmante¹¹⁸ en un “Manifiesto sobre el uso del Hospital General” publicado en *El País* el 29 de enero de 1984: «Proponemos que se reúnan en este lugar las colecciones del Museo de Arte Contemporáneo y del Museo de Reproducciones Artísticas, que se encuentran hoy desperdigadas e incompletas por falta de espacio en sus actuales emplazamientos. Así se facilitaría la posibilidad de mostrarlas íntegramente y

¹¹⁸ El listado completo de abajo firmantes era este: Juan Benet, José Antonio Fernández Ordóñez, Juan García Hortelano, Antonio López García, Pedro Navascués, Julio López Hernández, Fernando Higuera, Francisco Nieva, Eduardo Chillida, Andreu Alfaro, Luis Revenga, Luis Gordillo, Enrique Gran y Guillermo Pérez Villalta.

la de seguir ampliándolas, respetando la integridad estructural y espacial del edificio».

Además de firmar manifiestos y escritos públicos, Juan Benet también participó *coram populo* en algún acto antifranquista, como cuenta Caballero Bonald en sus memorias (ver “Recuerdos y olvidos”) y corrobora Fernando Sáenz Ridruejo en *Ni pedir ni rehusar. Artículos y conferencias sobre ingeniería e ingenieros*: «Le impusieron una multa, canjeable por unos días en el trullo. Juan, por supuesto, no la pagó y se presentó en Carabanchel, con una pila de libros por leer, ilusionado con la idea de vivir una experiencia nueva, a la vez que doraba su currículum democrático con una estancia en la trena. Dicen que, en cuanto García-Arenal se enteró, le faltó tiempo para presentarse con la fianza y llevarse al presunto preso, que le era imprescindible para alguna reunión importante».

Por último, a más de firmante, Benet también fue en alguna fecha muy significativa ‘bebiente’, como refiere Martínez Sarrión en *Jazz y días de lluvia*: «La mañana del traslado y entierro en el Valle de los Caídos, Benet me había invitado a almorzar en su casa y ver la función en la tele. Estaba también, con los hijos, doña Teresa Goitia, madre del escritor. Para la ocasión y con cierta solemnidad, apareció en los manteles una botella de rioja tinto de la cosecha de 1936 que, cubierta de polvo y telarañas, dormía en la bodega de Juan, aguardando aquel día. El vino era exquisito, o nos lo pareció, aunque ya hubiera pasado la fecha aconsejable para su ingestión. Asomaron los postres en el momento en que el arcón descendía a la fosa». El propio ‘bebiente’ lo cuenta así: «Yo estaba aquí, en Madrid, en esta casa. Como aquello se produjo a las seis o las cinco de la mañana, desperté a todos los hijos y abrimos una botella que teníamos reservada de Rioja, de la cosecha del 36. Me la había regalado no me acuerdo quién diciendo: “Te la bebes el día que muera Franco”. Y ahí

quedó, una botella sin etiqueta; y nos la bebimos. El vino estaba buenísimo».

§ OTAN *s.z.*

(18/12/1985) «Medio centenar de intelectuales y artistas ha firmado hasta la fecha un documento en apoyo al voto afirmativo en el referéndum sobre la permanencia de España en la OTAN. El documento ha sido redactado y promovido por el escritor e ingeniero Juan Benet, que, aun siendo crítico con el Gobierno, rechaza el voto de castigo al Ejecutivo por considerarlo “impropio de quien tenga un recto sentido de las responsabilidades ciudadanas”. El manifiesto lo suscriben, entre otros, el académico Julio Caro Baroja, el escultor Eduardo Chillida, el pintor Antonio López, los escritores Rafael Sánchez Ferlosio¹¹⁹, Jaime Gil de Biedma y Jorge Semprún, el cantante Amancio Prada y el modista Adolfo Domínguez.

Los firmantes del escrito solicitan “de la ciudadanía un voto afirmativo en el próximo referéndum convocado para el 12 de marzo”, toda vez que el voto negativo ha sido “usurpado ahora por sectores reaccionarios” y la abstención “ha quedado adulte-

¹¹⁹ «En una cena en casa del ingeniero, donde están Pradera y otros, se le pide a Rafael su firma, porque saben de la fuerza que esta supone. Benet también llevó el manifiesto a la tertulia del restaurante José Luis diciendo que había que firmarlo. La proclama la suscribieron, entre otros, los académicos Julio Caro Baroja y Carlos Bousoño» (J. Benito Fernández: *El incógnito Rafael Sánchez Ferlosio. Apuntes para una biografía*). Consecuencia de su adhesión al manifiesto, Javier Pradera dimitirá como Jefe de Opinión de *El País*: «A mi entender, no es lo mismo que un colaborador habitual de prensa firmante de sus propios artículos apoye una determinada opción política a que lo haga una persona cuyo nombre figura en la mancheta de un periódico, sobre todo si tiene a su cargo la jefatura de la sección de Opinión y participa en la discusión y realización de los editoriales. Sirva como explicación (claramente insuficiente a la vista de los acontecimientos) de mi decisión, objetivamente equivocada, que confié al firmar ese llamamiento en que mi nombre no fuera percibido exclusiva o predominantemente como el de un periodista de *El País* (al que estoy jurídico-laboralmente vinculado como colaborador), sino como el de un editor (mi profesión desde hace 20 años)».

rada por el burdo oportunismo de cierta derecha”¹²⁰. “Por circunstancias que escapan al control de todos”, afirma el preámbulo del escrito, “un referéndum convocado para determinar una cuestión central de la política exterior española, como es la permanencia o salida de España de la OTAN, ha creado un estado de confusión e incertidumbre que puede acarrear consecuencias indeseables para el normal funcionamiento de nuestra vida democrática”.

“Por el contrario, nada tan censurable como los intentos de adecuar esa respuesta a las torticeras maniobras de algunos grupos resueltos a utilizarla para fines espurios a costa de los intereses de la ciudadanía”, continúa el escrito. “Entre otras cosas, tal desfiguración del referéndum modifica el sentido unívoco del no, defendido hasta el presente de manera exclusiva por los movimientos pacifistas y grupos de izquierda y usurpado ahora por sectores reaccionarios”.

“Ante tal disyuntiva, creemos sin duda preferible un pacto múltiple”. Como última reflexión, “y a despecho de las evidentes contradicciones y culpables errores de los dirigentes socialistas en este y otros asuntos”, este grupo de firmantes rechaza “el voto de castigo” por impropio de quien tiene un recto sentido de las responsabilidades ciudadanas».

En 1990, en el suplemento “Culturas” de *Diario 16*, Ramón Irigoyen le pregunta a Benet: «¿Qué razones le llevaron a encabezar y a conducir la firma del manifiesto de intelectuales a favor de la permanencia en la OTAN? —Solo por el hecho de que unos cuantos firmantes de manifiestos anti OTAN pusieran su nombre ahí, yo ya me ponía enfrente, aunque solo fuera, digamos, por una razón de rencilla doméstica. Basta con que un An-

¹²⁰ «El cuerpo me pide votar no», tronó la voz de Fraga en declaraciones a *La Vanguardia*. Pero abogó por la abstención para lastrar al Gobierno».

tonio Gala firme un manifiesto para no entrar en la OTAN, para que yo me ponga en contra. Lo personal, ante todo; los distanciamientos, la alegría, la erisipela que puede producir un sujeto, por encima de todo. En segundo lugar, todo el movimiento anti OTAN me parecía tan pobre de ideas, tan vacuo, tan anclado en actitudes con reflejos condicionados de los años del anti-franquismo más callejero y más campanario...; no habían reconsiderado ninguna postura y seguían como en los tiempos de las manifestaciones universitarias».

§ *Un cadáver PP (Poco Popular).*

En 1980 Víctor Márquez Reviriego preguntaba a Benet: «En el PSOE, ¿tienes muchos amigos? —Pocos. Yo los amigos que tengo son todos políticamente escépticos. No tengo ningún amigo afiliado. —¿Tú eres escéptico también? —¿Políticamente? Yo no sé si soy escéptico o indiferente, pero lo que no tengo es ninguna filiación; no se me ocurre. (...) Siempre he defendido que había que votar abstracciones y no he votado en ningún momento en que había que votar personas. Creo que voté un referéndum y voté una Constitución y voté no sé qué... No voté a los partidos políticos y no he votado en ninguna de las dos ocasiones [1977, 1979]». Nueve años después, en 1989, declaraba que «los socialistas gobiernan con muchos errores, pero mejor que ningún otro Gobierno que yo recuerde haber conocido. Son responsables de muchas cosas no deseables. A lo mejor la corrupción avanza y se están contagiando de la impericia que todo Gobierno adquiere como consecuencia del uso del poder, y de toda la inercia y falta de agilidad. Tal vez se vician con el poder y les gusta enfrascarse en él. Todo eso es verdad, pero nadie ha resuelto tantas cosas como ellos. Y además son más afines con mi manera de ser». El Partido Popular no se lo perdonaría ni después de muerto: «Podedes oyr de muertos, ca de vencidos no».

(11/3/1993) «“El PP, tachado de cerril e ignorante por varios escritores tras decir que Benet es ‘insoportable’. Los populares de Castilla y León rechazan un homenaje al autor de *Volverás a Región*”. La formación conservadora argumentó el martes, para rechazar el homenaje, que este escritor es “discutido, discutible e insoportable”. Estas son algunas de las manifestaciones que el procurador salmantino y portavoz del PP en la Comisión de Cultura, José Nieto Noya, dedicó el martes a Benet, recientemente fallecido. Las palabras fueron dichas por Nieto Noya al rechazar una proposición socialista para que las Cortes insten a la Junta de Castilla y León a la realización de un homenaje póstumo a la obra y figura de este escritor. Algunas de las obras del autor discurren en parajes hipotéticos de las comarcas leonesas. El escritor catalán Juan Marsé afirmó refiriéndose a los representantes del PP: “Que les den mucho pesebre a esos señores. Que les den mucha televisión y mucho *telecinco*. Si quieren ser intolerantes e ignorantes que lo sean, pero sobre todo que les den mucho pesebre”».

(17/3/1993) «“El PP de Castilla y León dice que está abierto al homenaje a Juan Benet”. Durante una breve estancia en Segovia, el lunes por la tarde, Emilio Zapatero [consejero de Cultura] dijo que estaba de acuerdo con la postura de rechazar la proposición, ya que, a su juicio, la Junta no debe ser quien promueva directamente este tipo de homenajes. En un intento de desmarcarse de la actuación de los populares indicó que el tema le ha dejado “muy mal sabor de boca”».

(7/5/1993) «“Benet es recordado en Valladolid, pese a quienes quisieron olvidarle. El escritor y su obra fueron evocados por familiares y amigos”. La vigencia de la obra de Juan Benet por encima de las tensiones de su tiempo fue destacada por el catedrático Santiago de los Mozos durante la conferencia inaugural de la jornada que ayer se rindió al escritor en Valladolid. El

homenaje póstumo, que el Partido Popular se negó a patrocinar, se completó por la tarde con una mesa redonda —moderada por Juan Cruz, director de la editorial Alfaguara— en la que participaron el hijo del autor, Ramón Benet; Luis Carandell, escritor y periodista; Antonio Martínez Sarrión, poeta; y Elías Querejeta, productor de cine. El homenaje estuvo organizado por Margen Libros [léase Manuel Cambrero; ver “Proemio”], Ingeniería Cultural y la editorial Alfaguara, con la colaboración de la Universidad de Valladolid. A la conferencia asistieron el escritor Miguel Delibes y el consejero de Cultura de la Junta de Castilla y León, Emilio Zapatero, del PP».

§ *Varia.*

Nadie pone en duda el compromiso político *lato sensu* y moral de Juan Benet durante el franquismo, pero justamente por ello con mayor razón cabe reprocharle cierta frivolidad culpable *ex post facto*.

Por una parte, en distintas ocasiones dejó claro de qué lado estaba, en qué bando habría luchado —«En contraste con Europa, España durante cuarenta años ha vivido —oficialmente— glorificando la guerra, manteniendo elevada la guardia, usufructuando las rentas de la victoria y pretendiendo hacer de semejante estatuto un régimen estable y definitivo para todo el pueblo español. ¿Se imagina alguien a alemanes, italianos, austriacos, croatas o japoneses tratados en 1976 por sus vecinos y antiguos enemigos como lo han sido los republicanos españoles hasta el día de hoy?»—, pero por otra parte en artículos y entrevistas se mostró desdeñosamente injusto —cuanto menos— con algunos de quienes habían sufrido el exilio o la cárcel.

En mayo de 1978 —nótese que el Tribunal de Orden Público (TOP) no desaparece hasta el 4 de enero de 1977— Benet publicaba en *El País* un artículo titulado “Numenología y cambio”: «Unos cuantos españoles han perdido con la muerte de Franco

el sentido de sus vidas. De los que se sentían compenetrados con él y llegando a idolatrarlo mantienen el culto a su memoria, solo se me ocurre decir que constituyen una especie enferma cuyo remedio, sea o no posible, está a la vista: bastaría que surgiera un heredero de aquel, que restableciera la situación que dejó el difunto, para que al instante sanaran. (...) Los otros son más raros y difíciles todavía. Quizá ya no tienen cura. Hicieron del antifranquismo su profesión y al quedarse sin Franco se han quedado con poco o nada que hacer. Ya se sabe, además, que los cesantes, por muy fermentados que se hallaren, se agrian». No había derecho a ser tan injusto *entonces*.

A menudo Juan Benet quiso hacer creer —como en esta entrevista con Juan Cruz en 1980— que él era «de una generación que tenía las alas cortadas. La generación anterior luchó, se batió el cobre, perdió o ganó, pero tuvo un momento en que pudo salir a la calle y hacerse su destino. Cuando nos hicimos hombres, los que nos hallábamos aquí estábamos aplastados. ¿Qué ibas a hacer? ¿Poner bombas contra el régimen? Eso te costaba la vida o podías convertirte en la nada más heroica... Nuestra generación no tuvo muchas oportunidades. Cuando pudimos levantar la voz y escribir lo que nos daba la gana en la Prensa o en los libros ya éramos cincuentones». No hace falta ni decirlo: Luis Martín-Santos, por ejemplo, levantó la voz sin haber llegado a los cincuenta... En 1984 escribe otro artículo titulado “La cultura de la Transición”: «Antes de que Franco muriese la gente había empezado a ser posfranquista y a preparar su actividad como si habitase en cualquiera de los países vecinos, con un pleno disfrute de la democracia y sin tomar en consideración ninguno de los obstáculos que aún oponía el régimen, lo bastante débil y descreído como para no poder seguir imponiendo su férula con todo rigor; la ciencia, el arte y la cultura iniciaron un nuevo camino y adoptaron nuevas actitudes, con la vista puesta

por delante, sin obediencia a otras reglas que las propias». No es cierto: hubo quienes —también en las ciencias, el arte y la cultura— pagaron aún en los años sesenta con penas de cárcel —y con torturas— su lucha antifranquista, su lucha por las libertades. No había derecho a ser tan injusto *entonces*.

recuerdos y olvidos

«Necesitamos información sobria y sencilla sobre la vida de los hombres que sentimos afines a nosotros, aunque solo sea para quitarle su agujijón mortal a la desilusión provocada por nuestro propio fracaso».

Elias Canetti: *La provincia del hombre*

«Todo el mundo es desmemoriado», he aquí el *incipit* memorable y elemental del *Leteo. Arte y crítica del olvido*. A renglón seguido Harald Weinrich escribe: «Nadie puede decir con ligereza: esto será inolvidable, esto no lo olvidaré nunca. Porque el hombre es por naturaleza un ser olvidadizo (*animal obliviscens*)». Pero hay olvidos y olvidos.

Así, los hay que sientan muy bien. Por poner un ejemplo, Ramón Tamames no se acuerda de Juan Benet en *Más que unas memorias*, ni tampoco en ninguno de sus innúmeros títulos, ora *Los transgénicos: conózcalos a fondo*, ora *Buscando a Dios en el universo: una cosmovisión sobre el sentido de la vida. Felix damnatio memoriae...*

Pero también hay olvidos llamativos y, sobre todo, remembranzas insospechadamente breves. Como ejemplo de lo primero, valga citar *Primera página. Vida de un periodista, 1944-1988*, de Juan Luis Cebrián: ni una sola mención a quien fuera colaborador asiduo y destacadísimo de *El País*¹²¹. De lo segundo, valga

¹²¹ El compromiso de Juan Benet con *El País* lo fue desde los inicios y hasta el final, con convencimiento: «Para contraste con la prensa anterior a él, para resumir el cometido durante estos cinco años de este periódico que más que cualquier otro ha abierto el más amplio frontispicio a la opinión española, me permitiré calificarlo de la manera más simple: absolutamente necesario».

nombrar a algunos de sus amigos (*vide infra*): Alberto Oliart, Carlos Barral, Jaime Salinas o Dionisio Ridruejo.

Otros olvidos se entienden mejor, en cuanto que conscientes y buscados: Juan Goytisolo no se refiere a Benet —ni siquiera en su calidad de mejor o peor novelista— en ninguno de los dos tomos de sus memorias (*Coto vedado* y *En los reinos de taifa*). A la vista de lo que refiere Antonio Martínez Sarrión en *Jazz y días de lluvia*, excusada es la ninguna recordación: «Cuando en una ocasión le preguntaron [a Goytisolo] qué novelistas españoles explicaba en las universidades USA, contestó: “Explico a varios juanes”. Si no era Hortelano, que no lo era, no podía tratarse más que de Marsé y Benet. La recíproca no se daba. Más aún, la antipatía del ingeniero se incrementó hasta desembocar en un desaire innecesario, en el último artículo de periódico que publicó y que yo lamenté [‘Wojtysolo’]: no entraba en sus formas aquel desahogo, y menos en las circunstancias casi terminales en que se hallaba el madrileño. Era un rencor inoportuno e inelegante, un gesto impropio de Benet, mucho más sutil siempre. Claro que, en justa correspondencia, Goytisolo se despachó a placer en una encuesta de urgencia, que se publicó el día en que murió Benet».

Por último, cabe mencionar los no-olvidos, es decir, los rencores. Francisco Umbral, según testimonia J. J. Armas Marcelo, «llamaba a Juan Benet su imperfecto enemigo, “el caballo blanco”, y cuando lo hacía, Umbral sonreía con una suerte de sarcasmo vengativo que se transformaba en una mueca de guerrero a punto para la batalla»¹²². Luego están quienes «a moro muerto, gran lanzada», como Gregorio Morán, quien en *El cura y los mandarines (Historia no oficial del Bosque de los Letrados): cultura y polí-*

¹²² No siempre fue tal el rencor: en 1973 el autor vallisoletano incluso publicó una reseña elogiosa de *5 narraciones y 2 fábulas* en la revista *El Urogallo*.

tica en España, 1962-1996 se ensaña con el ingeniero, unas veces con ignorancia culpable y mala fe¹²³, y otras con indisimulada animadversión: «La mayor crueldad de Benet es que no odiaba, despreciaba. Eso sí, generaba odios africanos, no solo por su desbordante soberbia, a la que cabía añadir su arrogancia intelectual, asumida y consolidada por una más que notable cultura que en ocasiones derrapaba y le hacía caer en el ridículo (...). Por si le faltara algún detalle al retrato, Manuel Vicent, que debió sufrirlo más de una vez, escribió que “tenía un alcohol peligroso, muy despectivo”».

Para no perdernos en nuevas e inacabables disquisiciones de recuerdos y olvidos, enúncianse de seguido algunos de los primeros.

§ José Antonio Martín Otín: *La desesperación del té (27 veces Pepín Bello)*.

«Lo de la familia Goitia es para estudiar, habría que localizar ese gen que tenían y sintetizarlo. Si Fernando [Chueca Goitia] era un renacentista, su primo Juan Benet, lo mismo de lo mismo o más; era un monstruo, ¡qué talento! Una cosa mala, qué volumen, ingeniero de caminos, ensayista, dibujaba muy bien, novelista... Era capaz de aprender un idioma en dos meses. Lo estoy viendo ahí —ahí es la silla más alta del saloncito, tras la mesa del despacho, animada por una lámpara corta de luz directa— como si fuera cualquiera de las tardes que pasábamos juntos, tantas y tan agradables. Era singular en todo, te hablo de uno de

¹²³ «Su mujer, Nuria Fontana, había amenazado con suicidarse, pero llevaba tiempo diciéndolo y era tan despreciada por su marido y demás parafernalia, los que ocupaban la casa, que al final cumplió su amenaza. Esperó a que estuvieran reunidos y se sublimó; el pequeño Eugenio, el menor de sus cuatro hijos lo presenció, entre el variado personal de aquella tarde. Ella se tiró desde la terraza y aquel día él aprovechó para comer con Blanca Andreu». Nuria Jordana —que no Fontana— se suicida en 1974; Juan Benet no conoce a Blanca Andreu hasta 1982 (ver apéndice *Vita brevis*). Para qué decir más.

los hombres más altos de España también en lo físico, pasaba de los dos metros. Y desde luego el banderillero más alto de la historia, que salió una vez de luces en la cuadrilla de Ortega. Había que verle, qué tío. Este era capaz de dirigir la construcción de una presa tan tremenda como la del Atazar y escribir al tiempo aquellos relatos del lugar que se inventó, lo llamó Región, gustó bastante. A mí me parecían horribles, no me decían nada»¹²⁴.

§ Julio Caro Baroja: *Los Baroja*.

«Uno que nos llamó pronto la atención era un muchacho altísimo y aguileño que a Clover, la contertulia inglesa, le hizo recordar, por el aspecto, a Aubrey Beardsley, el dibujante perverso y decadente. El chico no tenía nada de perverso ni de decadente. Era un buen estudiante de ingeniero, que, mucho después, ha tenido además éxitos brillantes como literato. Era Juan Benet Goitia, que hablaba muy bien, con desparpajo y que a mí más me recordaba a un inmenso pájaro irónico que a otra cosa».

§ Josefina Aldecoa: *En la distancia*.

«Un día fui con unas amigas a visitar a don Pío. Era un atardecer de invierno. Nos acercamos tímidas a aquel barrio señorial, la Academia, El Retiro, el Museo del Prado. La calle Ruiz de Alarcón. Nos abrió él mismo la puerta, en-

¹²⁴ El padre de Pepín Bello, don Severino, también fue ingeniero de caminos: «José [Pepín] niño fue con su quinta al cole, quizá más por azar que por gusto paterno. Don Severino, ingeniero jefe de las obras del pantano de La Peña, levantó con los primeros desmontes una Escuela Obrera en el lugar». Joaquín Díez-Cascón y Francisco Bueno, en *Ingeniería de presas: presas de fábrica*, informan de que el pantano de La Peña es una presa arco gravedad sobre el río Gállego en Huesca: «Se trata de una presa de 59 metros de altura máxima, con una longitud en coronación de 112 metros y un volumen de presa de 57.000 m³ (...). Llamen la atención en las fotografías de su construcción algunos aspectos que contrastan con multitud de presas posteriores, tales como la perfecta ubicación de todos los medios, la claridad en la organización de la ejecución, la correcta ejecución de sus diversos procesos y la limpieza general de la obra».

vuelto en su bufanda y protegido por su boina. Nos pasó a un salón donde había dos o tres personas de su edad y dos de la nuestra: Juan Benet, apoyado en la chimenea, a quien conocí ese día, y a su lado Manolo Pilares, a quien ya conocía del Gijón.

Martín-Santos publicó años después una excelente novela, *Tiempo de silencio*. Luis asistía a una tertulia en Gambrinus a la que también asistían amigos míos: Francisco Pérez Navarro, Juan Benet y Miguel Sánchez Mazas. Yo fui alguna vez. Recuerdo que se hablaba sobre todo, y mucho, de filosofía.

La casa de Domingo y Carmela [Dominguín] era una fiesta para los amigos. Allí se podía encontrar a Juan Manuel [Díaz] Caneja, el pintor, con su mujer. Allí, Jorge Semprún, Javier Pradera, Juan Benet».

§ Jorge Semprún: *Federico Sánchez se despide de ustedes*.

«Una noche, hacia fines de mes, sin Eduardo Arroyo, antes de la dispersión de las vacaciones, alguien murmuró súbitamente algunas palabras. Tal vez fuera Javier Pradera. Tal vez Juan Benet, que estaba presente. Alguien murmuró que solo nos faltaba Domingo. Nos miramos y era verdad. Nos faltaba Domingo Dominguín. Miré a Juan Benet y me acordé de una noche lejanísima, hacia finales de los años cincuenta. Cenábamos los tres, Domingo, Benet y yo. Larrea, mejor dicho, Agustín Larrea. Era verano, también, por la noche, también, en un mesón de Fuencarral. Comíamos chuletas de cordero y bebíamos vino tinto. Mucho vino tinto. Algún tiempo antes, Domingo y yo habíamos explorado en las cercanías un descampado en el que quedaban algunos rastros que perpetuaban la memoria de un cementerio abandonado, devastado. Un cementerio borrado donde habían sido enterrados los cuerpos de

cierto número de combatientes de las Brigadas Internacionales que habían defendido Madrid contra el fascismo. Un cementerio rojo borrado por el tiempo del desprecio, el olvido deliberado. Pero comíamos chuletas de cordero y bebíamos vino, Domingo, Juan Benet y yo: Larrea. De pronto, no sé por qué, pero todas las ocasiones son buenas cuando se ha bebido mucho y se es feliz, de pronto Benet y yo nos pusimos a hablar de Faulkner. En concreto, de *Absalom, Absalom*. Benet habló con tal pasión, con tal precisión, que me vino la idea, absurda en aquel momento, de que este ingeniero de caminos tenía que ser un escritor frustrado. Acabó convirtiéndose en escritor años después».

§ Max Aub: *La gallina ciega*.

«Por la noche, cenando en el Gambrinus, otra vez, Juan Benet acusa a G. y a S. —tan de izquierdas hoy que no se puede pedir más— de haber sido falangistas, de pertenecer a una generación que cuando vieron que el régimen no les otorgaba lo que esperaban, cambiaron de chaqueta. No es el caso de Ridruejo que, ya en el 40 (exagera, me parece, creo) abandonó el falangismo.

—Yo les vi desfilar. Eran influyentes en ese mismo SEU que atacaron después. Solo los que venían de familias liberales sabían que había algo más. Pero si hubiesen querido enterarse, hubieran podido hacerlo.

Admira *Cien años de soledad*, que considera la mejor novela suramericana. Y a Rulfo. Va a leer a don Marcelino. Le aliento a ello. Estamos de acuerdo acerca de Kafka, aunque sea por razones distintas.

Para él, primero la literatura y luego lo demás, y no al revés como tanto se quiso estos años pasados. Lo podría-

mos llamar “la voltereta checoslovaca” o, para la generación de Benet, “la voltereta húngara”.

Y en el caso concreto de Benet, yo no he leído su novela aunque sí me consta, por otras cosas que he leído de él, que es un hombre de positivo talento y que en realidad puede hacer que la novela española avance en una dirección un tanto emparentada con el *Nouveau roman* pero siempre creo que con una serie de contactos con la realidad española, es decir, que Benet lo que no ha hecho —no sé en esta novela pero sí en otros escritos—, lo que no ha hecho nunca ha sido trasplantar mecánicamente una serie de corrientes literarias del exterior, sino que en realidad ha tratado de entrañarlas, de hacerlas suyas y, por tanto, de hacerlas españolas».

§ José Caballero Bonald: *La novela de la memoria*.

«No mucho después del abortado homenaje a Machado [1966], se intensificaron las agitaciones estudiantiles y, en consecuencia, las consabidas tácticas represivas. Entre los muchos actos abiertamente politizados o velados de artificios culturales que se organizaron en la universidad, el más sonado fue quizá el que se celebró por aquellos días en la Facultad de Derecho, una asamblea en favor de la amnistía en la que intervinieron Dionisio Ridruejo, Juan Benet, José María Moreno Galván, Alfonso Sastre, Armando López Salinas, Basilio Martín Patino y yo, los mismos a quienes detuvo la policía no más finalizar el acto. Nos interrogaron, nos maltrataron adecuadamente de palabra y nos impusieron una multa o la correspondiente prisión subsidiaria, a elegir. Todos elegimos la prisión subsidiaria, lo que equivalía a un mes de internamiento en Carabanchel, una opción que era también la de más provechoso efecto político. El único que decidió pagar la multa fue Juan Be-

net, creo que a causa de alguna inaplazable exigencia de su trabajo»¹²⁵.

§ Carlos Castilla del Pino: *Casa del olivo*.

«Tenía la imperiosa necesidad de exhibir su displicencia, su estar por encima de todos y de todo, de que ni tan siquiera las cosas que interesaban a los demás valían la pena para él. Era ingenioso, divertido e inteligente, pero en su afán de ‘epatar’, podía llegar a ser duro. Se advertía entonces el rango defensivo de su actitud de desdén. Había que tomarlo, efectivamente, como a un actor, como a un gran y casi permanente actor (lo digo sin ninguna connotación peyorativa) y, por tanto, oírle, dejarle hablar como se le deja al que está en un escenario de verdad, porque él ‘representaba’ su personaje. Su conversación giraba en torno a sí mismo, pero, eso sí, sin aludir no ya a su intimidad, sino ni siquiera a su privacidad. En cierta ocasión le dijo a Pradera que quería cambiar impresiones conmigo, después de que su mujer intentara suicidarse (se suicidó, de hecho, poco después). Con ese motivo, en un viaje a Madrid, almorzamos los tres. Pradera, discretamente, se retiró. Yo esperaba de un momento a otro que Juan introdujera el problema; no me correspondía a mí preguntar. Pero continuó la teatralidad, la exhibición de su ingenio, y al fin nos levantamos y nos fuimos a la librería Miessner. Compró una enorme cantidad de libros, de lo que se arrepintió apenas salimos. Cuando íbamos a entrar en su coche, me soltó: “Oye, ¿y tú no estás ya harto de Martín-Santos?”».

¹²⁵ En *La costumbre de escribir*, Dámaso López García subraya que «no debe pasarse por alto el hecho de que se recuerde a Juan Benet en las memorias de José Manuel Caballero Bonald por su actividad como conspirador político, mientras que la única obra citada del novelista madrileño sea la magnífica semblanza que dedicó al matemático José Gallego-Díaz».

Me quedé sorprendido, pero solo en parte; porque Juan Benet, tras la muerte de Luis, había escrito en *Triunfo* una columna en la que manifestaba su desdén hacia su obra, lo que molestó a Pepa Razola, y Pradera y yo la comentamos como inoportuna y cruel. El éxito de Martín-Santos había cogido a Benet con el pie cambiado: le irritaba la resonancia que en los ambientes intelectuales había alcanzado *Tiempo de silencio*.

§ Alberto Oliart: *Contra el olvido*.

«Por aquel tiempo, más o menos en 1954, conocí en casa de Vicente Girbau a Juan Benet, de quien fui amigo hasta su muerte, un regalo de amistad, de risa y de ingenio».

§ Carlos Barral: *Los años sin excusa*.

«En el restaurante Gambrinus, Alfonso Sastre reunía a numerosos catecúmenos de sus teorías sobre el neonaturalismo. Parece que a esas reuniones habían eventualmente acudido incluso Juan Benet y Luis Martín-Santos».

§ Dionisio Ridruejo: *Casi unas memorias*.

«La guía [de Castilla la Vieja] entró en período más continuo de redacción en el mes de julio de 1966 y quedó casi concluida en septiembre del mismo año. Algunos cabos sueltos que quedaban fui a buscarlos, viajando otra vez, por las partes llanas de Segovia y Ávila y tuve la suerte de llevar como compañeros a Fernando Chueca y a Juan Benet. A Chueca la *Guía* le debe mucho y su nombre figura en el índice con una copiosa indicación de páginas. A Benet solo le cito una vez pero pudiera haberlo hecho media docena».

§ Jaime Salinas: *Travesías*.

«Nunca olvidaré el viaje que a finales de los setenta hice hasta allí con Juan Benet, su mujer Nuria, Félix de Azúa y Vicente Molina Foix para visitarle [a Italo Calvino] en su ca-

sa. El taxista no daba, o no quería dar, con las señas. Llegábamos tarde, y yo, desesperado, le dije a Benet:

—¡Juan!, haz algo.

—¿Y qué quieres que haga?

Casi a gritos, le contesté:

—¡No sé..., por lo menos ponte histérico!

Juan jamás olvidó mi frase y desde ese día no perdía la ocasión de repetirla»¹²⁶.

§ Fernando Savater: *Mira por dónde. Autobiografía razonada*.

«Nunca he sabido por qué, pero suelo memorizar mejor a los que son altos: de modo que me aprendí a Javier Pradera antes que a José Mari Guelbenzu, a Benet antes que a Juan García Hortelano, a Castellet antes que a Francisco Ayala. Pero todos fueron entrando en mi santoral: ¡lástima que hoy tantos de aquellos santos lo sean ya de veras, lejos de los ‘saraos’ de este mundo! Todos me parecían importan-

¹²⁶ El viaje debió de ser a principios y no a finales de los setenta —o bien a finales de los sesenta—, pues doña Nuria muere en 1974. En un acto de homenaje a Benet en el Instituto Cervantes de París en 1995, Félix de Azúa narró también aquella peripecia: «Nos acompañaba Juan Benet, quien no calló ni un instante. Estaba en uno de sus momentos estupendos y parlotaba sin cesar sobre la construcción del monumento a los Inválidos, la prosa de Saint-Simon, el uso de la madera de boj en los grabados de Vallotton, los fanlansterios, y otros ejemplos de creatividad francesa. Así pasó bastante más de media hora. Una vez en la calle, con mares de agua sobre nosotros, nubes de alcohol en los ojos y ausencia total de taxis, Jaime se puso nerviosísimo. Estaba sumamente irritado por nuestro comportamiento, aunque lo disimulaba con elegancia. Corría bajo la lluvia hacia la esquina derecha en busca de un taxi y luego corría hacia la esquina izquierda cuando cambiaba el semáforo y luego nuevamente hacia la esquina derecha. Por fin, totalmente empapado y frenético, se dirigió a Benet en una explosión de cólera incontenible y le gritó: “¡Juan, hazme el favor de ponerte histérico ahora mismo!”. Benet, que no había dejado de parlotear, lo miró desde sus casi dos metros de altura repentinamente sereno y consternado. Alzó la vista. Levantó una mano. Un taxi se detuvo ante nosotros. De inmediato. Sin demora. Como si hubiera estado allí esperando una señal suya desde la invención del motor de explosión. Todo había sucedido en tres segundos. “Un día lo estrangularé con mis propias manos”, mascullaba Jaime mientras entraba en el taxi muerto de la risa».

tísimos y admirables, puesto que se dedicaban a menesteres literarios. También solían estar presentes otros próceres, de la economía o la política, abogados, empresarios, etcétera, pero los nombres de esos ni se me quedaban entonces ni apenas los recuerdo ahora. Nunca me he ruborizado de emoción ante los dueños, solo ante los juglares. Pero de todos ellos, mi mentor por excelencia, el ancla insustituible en el mar proceloso de letra impresa que yo quería navegar como otro Simbad, siempre fue Jesús Aguirre. Aquel día primero me bastó cruzar con azoro mi mirada miope con la suya que no lo era menos, separados por la barricada del escritorio, para decirme: “¡Este es mi hombre!”».

§ Manuel Vicent: *Aguirre, el magnífico*.

«En las tertulias de los sábados en el bar Parsifal, de la calle Concha Espina, participaba Jesús Aguirre, antes y después de convertirse en un Alba, con el editor y periodista Javier Pradera, con el magistrado Clemente Auger, con los escritores Juan Benet, García Hortelano, José María Guelbenzu y el cineasta Elías Querejeta. Nadie recordaba nunca que Jesús Aguirre hubiera pagado un café. Juan Benet decía que la duquesa le había asignado una exigua cantidad mensual para tabaco, unas dos mil pesetas, y el resto para sus vicios se lo agenciaba él personalmente rebuscando en las perolas de la cocina el producto de algunas sisas y el dinero reservado para las propinas al chico de la tienda que llegaba con el pedido».

§ Miguel García-Posada: *Las ramas de oro*.

«“Más admirado que leído”, escribió alguien a su muerte con punzante intención pero con verdad. Benet quiso llevar a cabo la empresa modernizadora que Ortega había postulado para la novela española; no sé si su empresa fue tar-

día. Su éxito está ligado, de todos modos, al de sus discípulos, y la resonancia de Marías trabaja a su favor. Se tomó en serio la literatura y no gozó de la recompensa que su obra merecía. Se quejaba en los últimos años de la escasa fortuna que acompañaba al rigor creador mientras el triunfo acompañaba a gentecilla de aluvión».

§ Francisco Umbral: *Diccionario de literatura. España 1941-1995: de la posguerra a la posmodernidad*.

«Benet Goitia (Juan). Ingeniero y escritor. Su primera novela, *Volverás a Región*, disfruta unas bodas tardías. Luego, todo lo demás lo escribió en la misma línea. Moriría tempranamente, más celebrado que leído»¹²⁷.

§ Antonio Martínez Sarrión: *Jazz y días de lluvia*.

En el paratexto de la contracubierta de este libro imprescindible para conocer a Juan Benet —al menos el Benet de los años setenta y ochenta— leemos que «Antonio Martínez Sarrión se confiesa y desvela su tiempo en una prosa tersa y desprovista de autocomplacencia. No juzga, sino que revela y explica. No añora, pero recuerda». Justamente. Por lo demás, los recuerdos asociados a Juan Benet de que da cuenta este poeta *novísimo* —«¿Cómo coño puedes ser tan decadente, habiendo nacido en Albacete?»—, le preguntó Jaime Gil de Biedma el día de su primer encuentro— son tantos y sustanciosos que de por sí darían para un capítulo; habremos de limitarnos a dejar constancia, en el capítulo siguiente, de unas cuantas anécdotas que narra con sobriedad y justeza.

¹²⁷ *A fortiori*, vale decir que el autor de *Mortal y rosa* dedica al ingeniero tan solo 4 líneas, mientras que la entrada anterior del diccionario, Perico Beltrán, merece 7 líneas, y la posterior, Jorge Berlanga, 12.

anecdotario

«Los psiquiatras, sin embargo, pensarán algún día que ellos podrán saber de nuestras almas más que las viejas religiones aniquiladoras del amor propio, invitándonos a recordar unas cuantas anécdotas, más o menos traumáticas, de nuestra vida. ¡Bah!».

Antonio Machado: *Juan de Mairena*

Diez o quince días después de muerto Juan Benet, Luis Carandell publicaba una ‘benetiana’ en *El País*: «Creo poder decir, y quizá no se ha dicho suficientemente en los artículos que se le han dedicado, que había un abismo entre el Benet-escritor y el Benet-amigo. (...) Hablando con él, resultaba el hombre más simpático del mundo, gran conversador, ocurrente, dotado de una portentosa imaginación y narrador privado de divertidísimas historias. (...) Las veladas en su casa quedarán en la memoria de los que tuvimos la suerte de compartirlas». Y es que «Don Juan Benet¹²⁸ tenía una enorme capacidad histriónica y un fuerte sentido del espectáculo», como le reconoce Javier Marías y corrobora Félix de Azúa: «En muchos de los recuerdos y anécdotas que sobre Juan se han escrito durante los últimos meses, sobresale con frecuencia su talento para la imitación. Como todo

¹²⁸ «¿De qué fuente le vendría [a Ignacio Gómez de Liaño: *El camino de Dalí. Diario personal, 1978-1989*] el aserto según el cual Juan Benet a sus allegados les ‘exigía’ que le llamasen “Don Juan”? Alguno de los que fuimos los allegados del novelista tiene que desmontar ese embuste canalresco, producto quizás de algún zurriagazo que recibieron de él sus tres bestias negras: los tontos, los serviles y los infatuados», anota Antonio Martínez Sarrión en el tercer volumen de sus diarios, *Escaramuzas*.

narrador de raza, Juan tenía la facultad de meterse en la piel de los arquetipos, y cuando imitaba a un factor de ferrocarril, a un *gentleman farmer*, o a un gimnasta alemán, lograba encarnarlo con una economía de gestos y una elegancia dramática que habría envidiado Beckett. Cuando el talento imitativo llega a esas alturas deja de ser copia y comienza a ser creación».

(1) *Teatro de variedades*

§ «En aquellos años se hablaba principalmente de música. En una buena sesión Don Juan podía, con suma facilidad, imitar los gestos escénicos de media docena de personajes wagnerianos, con el tocadiscos a todo volumen y la concurrencia vaciando botella tras botella de JB». Félix de Azúa: *Lecturas compulsivas*.

§ «Lo más sólito en Pisuerga era la elaboración de propuestas exóticas —la renovación del razonamiento de los califas, por ejemplo, o de la ley del doble frenesí— y disparatadas en cualquier campo del espíritu y de la materia, o el planteamiento de iniciativas irrealizables desde cualquier punto de vista como, por ejemplo, la confección de una fotonovela que narrara los amoriós de un maquis y una ogresa en el desierto de Los Monegros. Javier Marías y Vicente Molina Foix sugirieron un día el proyecto de que cada uno de los habituales en Pisuerga se leyera un libro a la semana para contárselo a los demás reunidos en sabatina. Si los demás reconocían el libro así relatado o descrito, aquel perdía. Hortelano aportó la idea de comprarnos un proyector y una sábana para recorrer la sierra madrileña durante el verano, instalando la maquinaria en las plazas de los pueblos tras anunciar nuestra presencia y propósito con toques de trompeta. Hortelano se encargaría del proyector. Yo vendería bebidas con una bandeja colgada del cuello y una faltriquera. Benet narraría con voz gangosa las peripecias del film y Sarrión agitaría la sábana en los momentos de intensidad dramática más imponente o com-

plejidad psicológica más honda». Eduardo Chamorro: *Juan Benet y el aliento del espíritu sobre las aguas*.

§ [variación nº1] «De madrugada, sin embargo, era imprescindible la escenificación de un viaje en Renfe, con los invitados cabeceando por el suelo, la llegada del revisor (Don Juan cubierto por una gorra espléndidamente torcida sobre la oreja), que abre de golpe la puerta corredera pegando con el perforador en los cristales, la luz cegadora que se enciende sobre las fatigadas cabezas, Don Juan gritando: “¡Hagan el favor! ¡Biiiiilleeeetes, biiiiilleeeetes!” y alguien (¿Sarrión?) que pregunta, invariablemente: “¿Cuánto falta para Sabiñánigo, señor interventor?”». Félix de Azúa: *Lecturas compulsivas*.

§ [variación nº2] «Un perchero. De aquel árbol de la abundancia quitaba Juan la gorra ferroviaria que lo transformaba en el nervioso revisor que agitaba con autoridad impaciente las puertas correderas del salón, irrumpiendo entre el retremblar de los cristales para exigir a los amigos sentados en los sofás contrapuestos al pie de la ventana que daba al jardín el billete imprescindible para el trayecto. —¡Billetes! ¡Billetes! —exigía, con los ojos como faros. Daba igual que los pasajeros produjeran sus billetes o no los produjeran, que protestaran, dieran las buenas noches o cantaran *La Internacional*. —¡Billetes! ¡Billetes! —porque acababa de comenzar el teatro de la noche». Eduardo Chamorro: *Juan Benet y el aliento del espíritu sobre las aguas*.

§ «Tal Arcadia [el chalé de Zarzalejo¹²⁹] conocía su punto álgido en los meses de junio y julio. En aquel bendito espacio se

¹²⁹ «Obligado a vivir en París [Madrid] por su profesión de ingeniero, no podía, como no fuera en vacaciones, venir a su finca de Cambray [Zarzalejo] más que desde el sábado por la noche hasta el lunes por la mañana. Era una de esas personas que además de su carrera científica, en la que logran brillantes triunfos, tienen una cultura enteramente distinta, artística o literaria, que no utilizan su especialización profesional pero de la que se beneficia su conversación. Más leídos que muchos literatos (...), y con más ‘facilidad’ que muchos pintores, se imaginan estas personas que la vida que hacen en este mundo no es la

ha filosofado, se han escrito libros enteros y no solo por el dueño, se ha ultimado el plan de una colección literaria, se ha leído en corro, se han concertado noviazgos, iniciado, puesto a prueba y definido relaciones de pareja, se ha hecho política, se ha cavilado la manera de hacerle daño a Pinochet, en presencia de la hija de Carmelo Soria, nieto a su vez de don Arturo, hombre de bien asesinado por el dictador chileno. También se ha practicado el nudismo, cuando los hijos pequeños o adolescentes de Benet estaban fuera o de viaje, hijos que se incorporaron a bañarse en traje de Adán con la misma naturalidad con que se matriculaban en Arqueología, Geología o Bellas Artes. En el pequeño reducto veraniego nos hemos soñado escandinavos azotándose algunos tras la sauna con varas de saúco, griegos del periodo helenístico, indígenas de la Polinesia.

Cuando la tribu creció, por los ochenta y noventa y vinieron los nietos, Benet, aparte de maldecir por la invasión de juguetes, salvavidas o trebejos de plástico chillón, que le hizo mudar de paisaje, se mostró feliz con la institución de otros rituales, el del día de San Juan, por ejemplo: a la hora del almuerzo, muy tardío, por el haraganeo en el agua, era de rigor representar lo que se conocía como Número de *El Padrino*. Con Juan en el papel de Corleone-Brando, no faltaba el abogado semihijo a sus órdenes que interpreta en el film Robert Duval (Perico Moreno); si acudía Manolo Matji, le tocaba hacer del volcánico Sonny (Santino) Corleone; el viejo Partana amigo del alma le tocaba a Jaime Salinas y a mí en su ausencia, pero entonces mezclábamos a la película de Coppola *El honor de los Prizzi*, que tampoco es manca. Y las mujeres del clan. La mía, por su italianidad —se apellida

apropiada para ellos, y ponen en sus ocupaciones positivas, ya una indiferencia medio caprichosa, ya una aplicación constante y altiva, despectiva, amarga y concienzuda». Es seguro que Juan Benet leyó este párrafo de *Por el camino de Swann* de su admirado Marcel Proust.

Paoletti—, vigilaba para que los “spaghetti” estuvieran en su punto, es decir, *al dente*. Se bebía un áspero vino de la zona de Cebreros, eso sí, tratado cual si fuera el mejor Chianti y servido en botellones forrados de rafia. De estas manipulaciones se encargaba Trifón, el yerno de Juan, que era otro posible Santino. Con los postres todo se había desordenado y los tragos desataban las vayas y las risas. Podía ponerse en medio de la mesa de piedra, al aire libre, una sillita de bebé con bebé dentro y en su torno dos fuentes colmadas de sendas sandías troceadas. Ahí el Don, embutido con una chilaba clara, fingía perder la paciencia, recuperando su *allure* británica: —¡Sacad ese horror fuera de mi vista! ¡En el legado de todas las letras y el arte de Occidente, esa cucurbitácea no ha dado lugar a pieza pictórica o literaria que alcance el más mínimo decoro!

Zarzalejo era bastante distinto en invierno. Hasta que la casa se templaba, el frío era sobrecogedor y casi disuasorio, luego se estaba bien. Si asomaba el sol, por desleído que fuese, se montaba un copioso desayuno tardío y a la escandinava, a base de huevos al gusto, embutidos, pan negro, arenques ahumados o en conserva, ensalada de morros y cervezas y aguardientes teutónicos. Los que nos reducíamos a un café con leche con cruasán éramos fulminados:

—No merecéis entrar en Europa. ¡Y no entraréis, os lo aseguro! De eso ya me encargaré yo.

A continuación solían venir las sesiones en la amplia sauna. La temperatura (80 grados) y la permanencia (quince minutos) estaban regladas por termómetro y controladas por timbre, que Juan, si estaba dentro, manejaba como un cómitre de galeras su látigo. No se permitía salir antes, a no ser que se produjera un desvanecimiento y, aun así, vigilando que no fuera simulación. Benet recomendaba y ponía en práctica la conversación distendida entre los tablones, argumentando que Diógenes Laercio

sostenía que, en estos sitios, se habían alumbrado las máximas y reglas morales y de gobierno más altas:

—Un ejemplo: *Est Deus in nobis, agitante calescimus illo*. Avergonzaos de que os lo tenga que traducir, pero ya se sabe que en lenguas clásicas, y en casi todo, estáis a la quinta pregunta. “Hay un dios en nosotros que al agitarse nos enardece”. Cae por su propio peso que tal sentencia solo pudo ocurrírsele a Ovidio en unas termas.

—O antes de una buena deposición, de una deposición, por así decirlo, de cardenal camarlengo de la Santa Iglesia Romana». Antonio Martínez Sarrión: *Jazz y días de lluvia*.

§ «Vicente Molina Foix se refirió al talento histriónico de Benet, que alcanzó una pequeña proyección pública cuando un grupo de amigos decidió que no se podía echar a perder en el círculo familiar. “Y le convencimos para formar una pequeña compañía que de manera más organizada hacía representaciones, generalmente en su casa de la calle Pisuerga y a veces fuera”, contó Molina Foix. “Recuerdo que en una ocasión actuamos en una fiesta de Jaime García Añoveros con todo nuestro repertorio. La compañía la formábamos esencialmente Juan García Hortelano, Natacha Seseña, Juan Benet y yo, y a veces, como estrella invitada, Jaime Salinas”.

El número favorito de la compañía, que era también el más solicitado, era la escenificación de la visita de una familia argentina a España. Molina Foix representaba al marido, Natacha Seseña a la mujer —“con un excelente acento porteño”—, Juan García Hortelano al niño de la familia, y Juan Benet al revisor de la Renfe. “García Hortelano se caracterizaba maravillosamente de niño con un pañuelo en la cabeza con cuatro nudos”, recordó Molina Foix, “y yo, como padre arisco, constantemente le daba cortes al niño porque, en vista de lo que la Renfe, es decir España, le deparaba en ese viaje (todo sinsabores, groserías,

anuncios constantes de la llegada a Motilla del Palancar...), no cesaba de gritar, en la voz de García Hortelano: “¡Mamá, yo quiero ir a Punta del Este!”.

En el repertorio de la compañía también había algún otro número de un género un poco más selecto. “Y ahí intervenía a veces Jaime Salinas, en las piezas un poco nórdicas”, dijo Molina Foix. “Benet tenía obsesión por el cineasta Dreyer, yo había tratado de convencerle de que era un gran maestro aunque a Benet no le acababa de entrar; aunque algo le había quedado, porque en una de las representaciones hacíamos a la manera de Dreyer, y era una escena muy hermosa, el cese de un ministro. Con gran parsimonia, con toques del cine mudo, muy expresionista”.

“Por último”, dijo Molina Foix para señalar la amplitud y exquisitez del repertorio, “había algunas piezas de kabuki, que hicimos muy pocas veces porque era un género muy difícil”». Andrés Fernández Rubio: “Papel estelar como revisor de la Renfe”».

(2) *La ciencia del muy difícil arte del bien contar*

§ «En las reuniones políticas del partido, con [Fernando] Chueca, Paulino Garagorri y los más allegados, yo me oponía a todas las propuestas, casi por principio, para terminar hablando sobre Petrarca o Leopardi, que eran los temas que amaba Dionisio [Ridruejo]. En cierta ocasión me mandaron comisionado a Estoril, a una reunión con el Conde de Barcelona, que fue francamente divertida. Tuve la oportunidad de dejar un *pufo* en el hotel en el que estuvimos de tertulia hasta altas horas de la madrugada con Pedro Sainz Rodríguez, retirado ya Don Juan, pero mis compañeros de viaje no me lo permitieron. Como era tarde, el camarero nos dijo que ya estaba cerrada la caja y que volviéramos al día siguiente a pagar la cuenta. Puesto que el propieta-

rio del coche era yo, pude haber pasado de largo ante el hotel, pero no lo hice. Luego le expliqué a Dionisio que podíamos haber sido el primer partido político que engañara a los Borbones, e incluirlo así a modo de lema partidista: *El Adelantado*, órgano de expresión del primer partido que engañó a un Borbón». Ángel S. Harguindey: “El último sudista”.

§ «Uno de los cuentos clásicos que Juan Benet refería en la tertulia del José Luis¹³⁰, en la calle Rafael Salgado, era que alguien entregó una generosa propina al botones del vestíbulo del Hotel María Cristina con el fin de que se pasara pregonando «Lavrenti Beria, acuda al teléfono, por favor», para desconcierto de ministros y ayudantes que llenaban el salón. Conviene recordar que Beria, el jefe de la poderosa NKVD soviética, fue purgado tras la muerte de Stalin, el 5 de marzo de 1953, y fusilado en el mes de diciembre siguiente. En ese lapso de tiempo, Torcuato Luca de Tena, director del diario ABC, publicó el 23 de septiembre que Beria había sido localizado en España, y el Gobierno, enfurecido, lo destituyó de modo fulminante». Miguel Ángel Aguilar: *En silla de pista*.

§ «Tanto Juan Benet como Juan García Hortelano me dijeron haber visto al Diablo, el primero en una ocasión, el segundo en dos. Benet lo contó nada más suceder, sin hacerse apenas de rogar: se disponía a cruzar la Castellana por un paso de peatones cuando le extrañó que, con el semáforo en verde para los automóviles, no viniera ni uno; pisó la calzada para otear mejor, y cuando ya iba a pasar en rojo sin esperar más, se quedó paralizado por la visión de quien se le venía encima a enorme velocidad, a saber: una hermosa mujer a horcajadas de una moto de

¹³⁰ «Los de la Tertulia del Bar José Luis tenían sesión los sábados alrededor de Javier Pradera, Clemente Auger, Juan Benet, Sancho Gracia, Elías Querejeta, José Luis Leal, Perico Moreno, el doctor Manuel Varela, Alberto Oliart, Manolo Matji, Jorge Lozano y otros hijos discontinuos, como Jesús Aguirre o Juan García Hortelano».

gran cilindrada, con una chupa o zamarra abierta y los pechos al aire. Dio un paso atrás, solo uno, y la cabalgadura le rozó los muslos. “Era el Diablo, lo sé bien”, decía». Javier Marías: *Literatura y fantasma*.

§ «De las innumerables y afortunadas anécdotas que contaba Juan en las sobremesas, tal vez la más gloriosa, en todo caso la que siempre le pedíamos, se refería al señor Hervada. Hijo de una adinerada y muy tradicional familia de Zaragoza, el señor Hervada intentaba, desde que había finalizado la guerra, ingresar en el prestigioso cuerpo de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, acudiendo, como se solía, a tomar clases de dibujo de figura a una academia donde, entre una caterva de adolescentes descarados, bromistas y ruidosos, aquel santo varón contrastaba lo suyo, a causa de su educada seriedad, envaramiento y pocas palabras. La tragedia del talludo opositor radicaba en algo muy simple: a la hora de los exámenes, era tal su prolijidad y aplicación que, cuando el resto había agotado el tiempo fijado, perfilado y sombreado con carboncillo un desnudo clásico, por ejemplo el Apoxiómeno de Lisipo, el enlutado, ceremonioso, muy católico y algo adusto señor Hervada, no había pasado del dedo meñique de una mano. (Un paréntesis curioso: algo similar le ocurría en el colegio al gran Víctor Erice, según me contó un compañero de pupitre). Eso sí, con una destreza y perfección que asombraba a sucesivos tribunales, los cuales, a pesar de todo, no tenían más remedio que rechazarlo. Y así transcurrían los años, una convocatoria y otra, sin que el paciente y ensimismado opositor consiguiera reproducir, en tiempo, una figura al completo. Alguna vez lo consiguió, pero en la academia. Una monótona y fría tarde de invierno, los alumnos de la academia, hastiados de tanta figura y tanto carboncillo, en la ausencia del tutor, se enredaron en una discusión absurda sobre las proporciones, tamaño y altura del Pilar de Zaragoza. Dos se enzarza-

ron sobre si El Pilar llegaba al lecho del Ebro o al mismísimo centro de la Tierra. Las opiniones se dividieron y a uno se le ocurrió que lo apropiado era consultarle al señor Hervada, maño de Zaragoza, congregante mariano y piadoso miembro de Acción Católica, ajeno a la controversia. En fin, un despabilado se acercó al fúnebre y le espetó:

—Señor Hervada, usted que es de Zaragoza puede zanjar la discusión. ¿Cuál cree usted que es el tamaño real del Pilar de Zaragoza?

La clase era un puro signo de interrogación. Muy solemne y pausado, el pío aragonés dejó el carboncillo, se ajustó el nudo de la negra corbata, estiró los puños de su camisa impoluta y dijo con su profunda voz de bajo, con mucha lentitud y en tanto aplicaba el canto de una mano a la altura de la bragueta:

—Yo creo que la Virgen del Pilar me llegará a mí por los huevos». Antonio Martínez Sarrión: *Jazz y días de lluvia*.

§ «Juan siempre contaba las visitas a los burdeles y todas las barrabasadas que organizaban como algo cómico. Eran relatos que provocaban risa, no tenían nada que ver con el tono sarcástico y sombrío que Martín-Santos les da en la novela. Cuando Juan, en medio de una reunión, se ponía en pie y antes de largarse decía: “¡No lloréis por mí, hijas de Jerusalén, llorad más bien por vuestros hijos y los hijos de vuestros hijos!”, lo hacía con un encanto y con una expresión que todo el mundo se partía de risa». Blanca Andreu, en *Vidas y muertes de Luis Martín-Santos*, de José Lázaro.

(3) *Los viajes de nunca acabar*

§ «Trabé con él cierta amistad en un viaje a Logroño. Por lo visto todo el mundo ha viajado con Juan Benet, pasa lo mismo con García Lorca, que todo el mundo tomó café aquella tarde de julio cuando se iba a Granada. Bien, yo fui a Logroño con

Juan Benet en compañía de Juan García Hortelano en aquel Jaguar con el volante a la derecha, que te forzaba a hacer de proel, a sacar medio cuerpo fuera de la ventanilla cuando había que adelantar un camión. Él nos iba dando lecciones de todo porque Juan Benet sabía infinitas cosas inútiles, era un hombre que en la jerga de los tahúres era lo que se llama “un alma de membrillo”. En cualquier partida de póker le hubieran pelado a la media hora, se hubiera quedado sin dinero, y claro, él iba dándonos lecciones del Jurásico, del humus fluvial y todas esas cosas.

Íbamos a dar una conferencia a Logroño y ellos habían actuado otras veces al alimón y ese espectáculo ya lo habían repetido. Estábamos ante un público universitario y ellos empezaron la conferencia insultándose mutuamente, destrozándose la obra y además cuestionando la capacidad mental del público por haber asistido a ese acto. Naturalmente el público estaba consternado y yo también. Cuando me llegó el turno me dije, bueno, pues estos a mí a cínicos no me ganan y empecé a destrozlar la obra de Benet, la obra de Hortelano y yo estaba totalmente consternado y ellos respondieron. Juan Benet, recuerdo que con infinito desprecio, me llamó ‘mediterráneo’. Entonces le dije que él sabía muchas cosas del Jurásico pero que en realidad no sabía nada de los que caminaban por encima del Jurásico, le recordé que en la novela de las *Herrumbrosas lanzas* narra el suceso de un colegio que lo llenan de cabras y un anarquista prende fuego al colegio y dice textualmente que en ese momento por las ventanas salía “un pestilente olor a lana”, y le dije que él sabía del Jurásico pero que las cabras iban por encima del Jurásico y no tenían lana sino pelo. Me llamó otra vez con un infinito desprecio ‘mediterráneo’ y así acabó la cosa. Sucesivamente como un juego de tresillo cada uno iba insultándose y ponderando la labor del contrario y así sucesivamente dando la vuelta hasta que al final todo quedaba en su sitio y en regla. Este invento

funcionó en Logroño, nos aplaudieron mucho, también en Murcia, después en León, pero en Oviedo nos abuchearon. Ellos luego murieron y yo de momento estoy a salvo». Manuel Vicent: “Acto de homenaje a Juan Benet” en el Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, 1994.

§ «Hicimos algunos viajes juntos, uno de ellos por Extremadura, en un “cuatro latas” que yo tenía entonces. Era la época en que las autoridades perseguían por toda España a El Lute, que se había escapado saltando de un tren en marcha cuando era conducido de un penal a otro. Al llegar a la altura de Plasencia nos paró la Guardia Civil y me hizo abrir el maletero del coche. Al volver a sentarme al volante (después de haberse demostrado que tampoco en mi coche estaba el fugado), le pregunté al guardia: “Esto será por El Lute, ¿no?”. El número de la Benemérita me miró muy serio y replicó: “Algo hay de eso”. Juan Benet se lo pasó en grande con aquella respuesta y siempre les contaba a sus amigos el episodio, que, además, dio lugar a una divertida teoría benetiana. Por aquellos días, Bobby Fischer, el ajedrecista americano famoso por sus reacciones imprevisibles y sus desplantes, estaba jugando, no sé si en Londres o en Dublín, el Campeonato Mundial. Juan Benet sostenía que Fischer era en realidad El Lute disfrazado que, después de recorrer media España, se había ido a disputar el Campeonato Mundial de Ajedrez.

Me acuerdo de otro viaje que hicimos, esta vez en el venerable Jaguar de Juan Benet. Lo titulamos *Viaje con un moderno* porque venía con nosotros el poeta Antonio Martínez Sarrión, a quien le quedó, desde entonces, el nombre de El Moderno, con que se le conoce. En Molina de Aragón vimos un escaparate que hizo las delicias de Juan y de todos. Era un anticuario que tenía puesta en su vitrina una figurilla egipcia con un cartel que decía: “Figura de una tumba del Alto Egipto. XIV dinastía (muy

antigua)”. En aquel viaje recorrimos la región del Alto Tajo, que él conocía muy bien, y fuimos después, por Albarracín y los Montes Universales, hasta Teruel para ver y admirar una vez más las preciosas torres mudéjares, obra, según la leyenda que se cuenta en la ciudad de los Amantes, de arquitectos árabes que, con su construcción, competían por el amor de una mujer.

Era una delicia viajar con Benet. Sabía las historias antiguas de ciudades y pueblos, había recorrido el curso de los ríos en sus andanzas de ingeniero, ilustraba los paisajes diciendo, por ejemplo, “aquí fue tal batalla”, o hablaba de árboles, de rocas, de plantas aromáticas. Daba la impresión de conocer el campo, el monte, con la misma precisión con que se conocen las calles o las plazas de una ciudad. Sabía los nombres de todas las cosas, y era un caso excepcional entre los escritores, que suelen ignorar, y despreciar a veces, las cosas de la ciencia. Daba gloria ver cómo se goza en el campo. En una ocasión anduvimos buscando un río donde bañarnos. Encontramos tan solo un cauce medio seco en el que había una somera poza. Nos hizo reír al Moderno y a mí al decir en tono solemne: “Lo justo para darse un baño de partes”. La ironía era en él espontánea y su bondad no le permitía convertirla en sarcasmo. Le gustaba, sobre todo, la esgrima del ingenio, y provocaba a los amigos y, a veces también, en sus artículos o en alguna conferencia, a los que no lo eran. Los tontos se le ofendían. Nadie sostenía estos duelos de agudezas mejor que Juan García Hortelano. A mí me tocó moderar uno de estos ‘torneos’. Fue en Albacete, en un salón de actos lleno de gente convencida de que iba a asistir a una sesión de alta literatura. A lo que asistieron fue a una batalla sin cuartel en la que Benet y Hortelano se cruzaron, sin inmutarse, invectivas y burlas literarias y hasta personales. Al principio, Albacete tembló, creyendo que iba en serio. Después se dieron cuenta de que estaban asistiendo a uno de los mejores ‘números’ literarios que

se han visto. No sé si lo repitieron en alguna otra gira. Les habría dado para pagarse un *manager*». Luis Carandell: “Benetiana”.

§ «Contaré algunas anécdotas sobre el Juan viajero por China (es imposible hablar de un hombre así sin recurrir al copioso anecdótico). Sobre nuestras cabezas quedaban las casas en alto, las torres de las pagodas convertidas en palomares de campanillas tintineantes al viento... y los veinte mil chinos, que iban incorporándose a la procesión, presidida por Juan desde su estatura. Él oficiaba, con su reconocida vis cómica, leyéndonos en alta voz el relato de un viajero chino que había estado en Europa durante el siglo XVIII: los europeos tienen el pelo variopinto, negro, rojo, amarillo, verde (inventaba Juan), y se tocaba ostentosamente el indómito flequillo, sus ojos son redondos (se los circuía) y las narices desmesuradas (Juan se afilaba en público la suya). A cada gesto, ataque de risa generalizado de la multitud. Al final tuvo que saludar. Creo que sus dotes dramáticas nunca fueron mejor recompensadas por un auditorio que, por otra parte y en aquel caso, no captaba más que una mímica cuyo argumento le era ajeno. Varias madres trajeron criaturas para que le tocasen». Clemente Sáenz Ridruejo: “Acto de homenaje a Juan Benet” en el Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, 1994.

(4) *Estrafalaria de birlibirloque*

§ [versión nº1] «Entre sus actividades estrafalarias, saltó también al ruedo en Calanda en el año 1952 y fue de la cuadrilla de Domingo Dominguín, con el nombre de *El Novelas*. —Hice el paseíllo, aunque jamás llegué a dar un pase. Domingo tenía un negocio en el que rara vez la cuadrilla estaba completa. Así que la completábamos los amigos para hacer número al salir; luego, todos nos íbamos al callejón y ya nadie contaba. Me vestía con

un traje de luces de cuarta mano, salía, me cambiaba de inmediato, y veía la corrida». Entrevista con Pablo Lizcano en TVE.

§ [versión nº2] «Aunque pueda parecer milagroso, uno tiene algunos lectores, y un día de estos uno de ellos llamó a mi casa por teléfono. Era María Luisa Eixarch. No nos conocíamos. Había leído *Leer para contarlo*, se había tropezado con la anécdota de Benet y estaba conmovida. Ella había asistido a aquel festejo taurino siendo apenas una niña, pues su padre, que era por entonces médico en Calanda, había sacado entradas para toda la familia. Y lo mejor de todo es que guardaba el cartel original de aquel festival que ponía a mi disposición. Nos citamos a los pocos días y así pude fotocopiar ese rarísimo cartel. En aquel festejo, que se celebró el 13 de octubre de 1955, se lidiaron cinco novillos de la ganadería de doña Piedad Figueroa para los diestros Pepe Dominguín, Luis Miguel Dominguín, Rafael Ortega, Antonio Palacios y Jesús Omedas. Por tratarse de un festival se utilizó el traje campero —y no el de luces como le había dicho Pepín Bello a [José Antonio Martín Otín] ‘Petón’— y entre los banderilleros allí estaba efectivamente anunciado (con el mejor apodo posible para un hombre que rondaba los dos metros) Juan Benet (*El Peque*). ¿Saben quién se anunció también como banderillero? Pues ahí es nada: nuestro José Bello (*Pepín*). Y lo que no adivinarían nunca es quién fue el puntillero: Fernando Chueca, es decir, Chueca Goitia, el famoso arquitecto, primo hermano de Benet. Desde luego, esta gente no se aburrió nunca». José Luis Melero: “Benet, *El Peque*”.

§ «Le gustaba venir a mi casa de la sierra de Ayllón, en Cardoso. Una de las veces coincidió con José Antonio Gabriel y Galán. José Antonio había sido compañero mío de Bachiller, en Madrid. En los postres, como siempre, José Antonio puso sobre la mesa su tema de siempre, que le abrasaba desde pequeño: conseguir la gloria, la posteridad, tener una calle dedicada a él, o

una plaza, o un colegio, o un pantano, como su abuelo. Lo que fuese, pero con su nombre y apellidos. Y se dirigía también a Juan y le increpaba: “Juan, ¿y tú qué querías?”. Juan callaba y ponía cara de estar por encima de estas historias. Pero José Antonio, como siempre, insistía y seguía con la murga y con la requisitoria: “Pero Juan, ¿a ti qué te gustaría?”. Y por fin Juan contestó: “A mí lo que me gustaría es un pasodoble. Me haría mucha ilusión. Imaginaos la plaza de toros de Las Ventas. Una faena sensacional, y ante el gran espectáculo el director de la orquesta se dirige a la misma y, moviendo la batuta, les dice: ‘Benet, Benet, Benet’. Y la orquesta comienza: *tiroriro, tiroriro, tiroriro, tirorá*». Agapito Ramos Cuenca: “Un hombre del Renacimiento”.

apéndices

«APÉNDICE. s. m. Adición, añadidúra, ò suplemento que se hace à alguna obra, ò tratádo, por tener connexión y dependén-
cia con él: como una dissertación, un dis-
curso, un resúmen, &c. Viene del Lat. Ap-
pendix, que significa esto mismo».

Diccionario de Autoridades (1726-1739)

Atando *cabos sueltos*, Tierno Galván concluía que «en cierto modo, resumir es razonar». Nada que añadir.

• GEOGRAPHIA •

• VITA BREVIS •

• ARS LONGA •

geographia

«LOS NIÑOS. Geografía es la ciencia que trata, etc., etc.

MAESTRO. Muy bien. El Norte es una pera de cien kilos pintada de blanco. El Sur, una rueda de papel. El Este, un remo de cristal, y el Oeste, un ala diminuta.

LOS NIÑOS. La punta de nuestros lápices se acaba de romper».

Federico García Lorca: “El loco y la loca”

Quienes le conocieron coinciden: a Juan Benet le complacían la geografía y el *infinito viaggiare*, esto es, no era ningún «Ulises en batín» que viajara «entre una butaca y una biblioteca, en el azul oceánico del atlas más que en el de las olas; alguien para quien el infinito es el signo matemático del infinito».

En un acto de homenaje organizado en el Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos con motivo del primer aniversario de su muerte, Clemente Sáenz Ridruejo, catedrático de geología en la Escuela y compañero de promoción, calificaba a Juan Benet de ‘poliedro’ con «múltiples facetas»: «Me gustaría glosar aquí la faceta geográfica de Juan. Cuando yo le decía que, en puridad, él era un geógrafo, asentía o lo negaba categóricamente, según el talante y las ganas de justa del momento. Los años me dieron la razón: hubo un Benet humboldtiano —el geógrafo ante todo es un viajero— que recorrió medio mundo, con aquellos ojos inquisitivos, investigador de todo lo interesante, que para él era muchísimo».

Sin embargo, apenas si existe literatura de viajes benetiana, excepción hecha de algunos *sketches* publicados en *El País* sobre New York (1984), Berlín (1985) y Roma (1988), así como cinco reportajes sobre Budapest y Praga (1988): «Lo que hoy es sin duda la ciudad barroca más bella de Europa, la joya del imperio, se mantiene en pie gracias a su vejez, a su falta de recursos. “Solo la ruina nos preserva de una ruina mayor”, decía Temístocles». También hay un par de páginas o tres sobre París en “El Madrid de Eloy”, un Madrid que era un *piccolo mondo* otoñal hacia 1950, «de poco más de medio millón de habitantes», y en el que «cuando uno de los componentes de su minúscula élite intelectual (quiero decir, gente que en las condiciones entonces reinantes lo último que deseaba era salir del anonimato) dejaba de ser visto en torno del Paseo del Prado y Recoletos era porque sospechaba que la policía había tirado de ficha». Años después, el Bocaccio de la *gauche divine*¹³¹ barcelonesa abrió sucursal en la capital y Adolfo Marsillach, *tan lejos, tan cerca*, se metió en «un gran negocio. El único de mi vida»: el Oliver¹³². Aquel Madrid, en fin, era ya otra cosa...

¹³¹ Oriol Regàs, el “señor Bocaccio”, se muestra convencido en *Los años vividos* de que «a finales de los años sesenta, Barcelona estaba mucho más cerca de Europa que del resto de España», y que «la Ciudad Condal era entonces el único sitio en el que podía emerger una discoteca como Bocaccio», donde «todo estaba permitido. Por primera vez las mujeres bailaban solas y sin sujetador, liberadas de corsés y prejuicios. Los jóvenes y los no tan jóvenes dejaron de ir a misa, y se acabaron las queridas, que pasaron a ser públicas amantes».

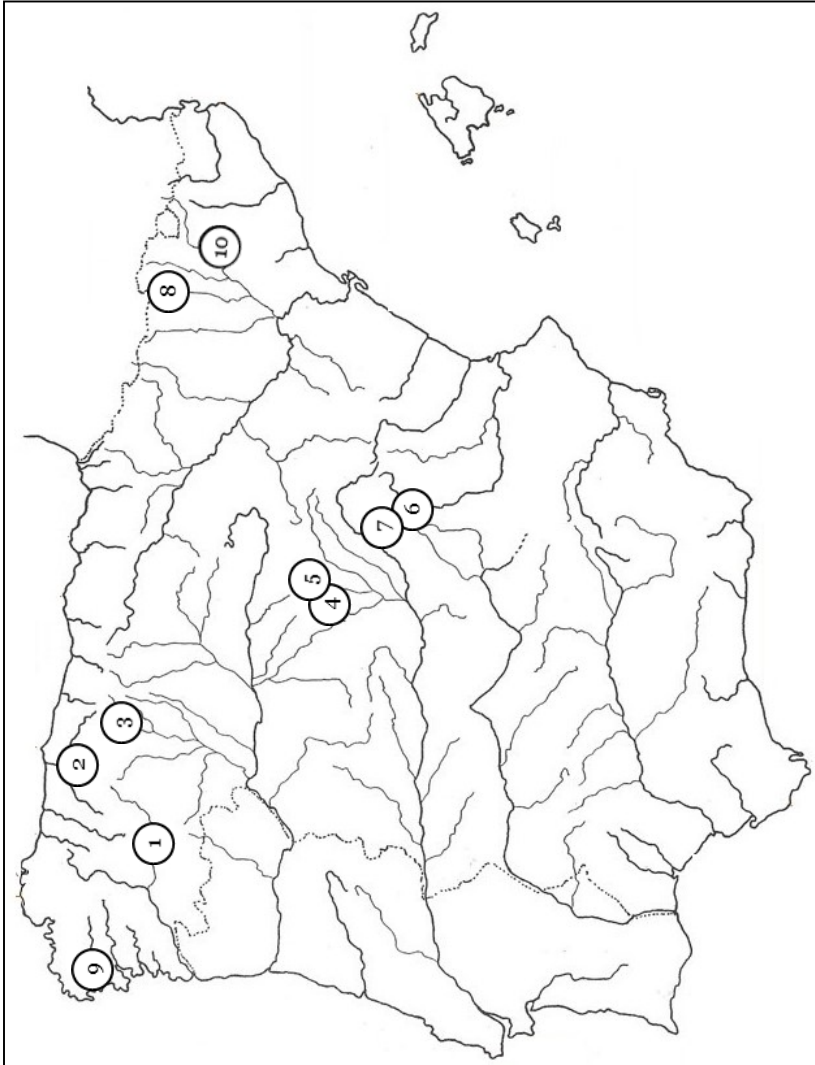
¹³² «Se puso de moda. Por aquel bar pasó todo el mundo: desde Ava Gardner a Sara Montiel y desde Edgar Neville a Paco Umbral. (Que aprovechó para escribir *El Giocondo*). Actores, escritores, periodistas, músicos, cantantes, pintores, donjuanes y alcahuetas. Gentes de derechas y de izquierdas. (Los de derechas iban por Jorge Fiestas y los de izquierdas, en parte, por mí). En este sentido Oliver fue también un pequeño hallazgo; un ensayo de democracia bastante aceptable».

apéndices

ALGUNAS OBRAS DE INGENIERÍA

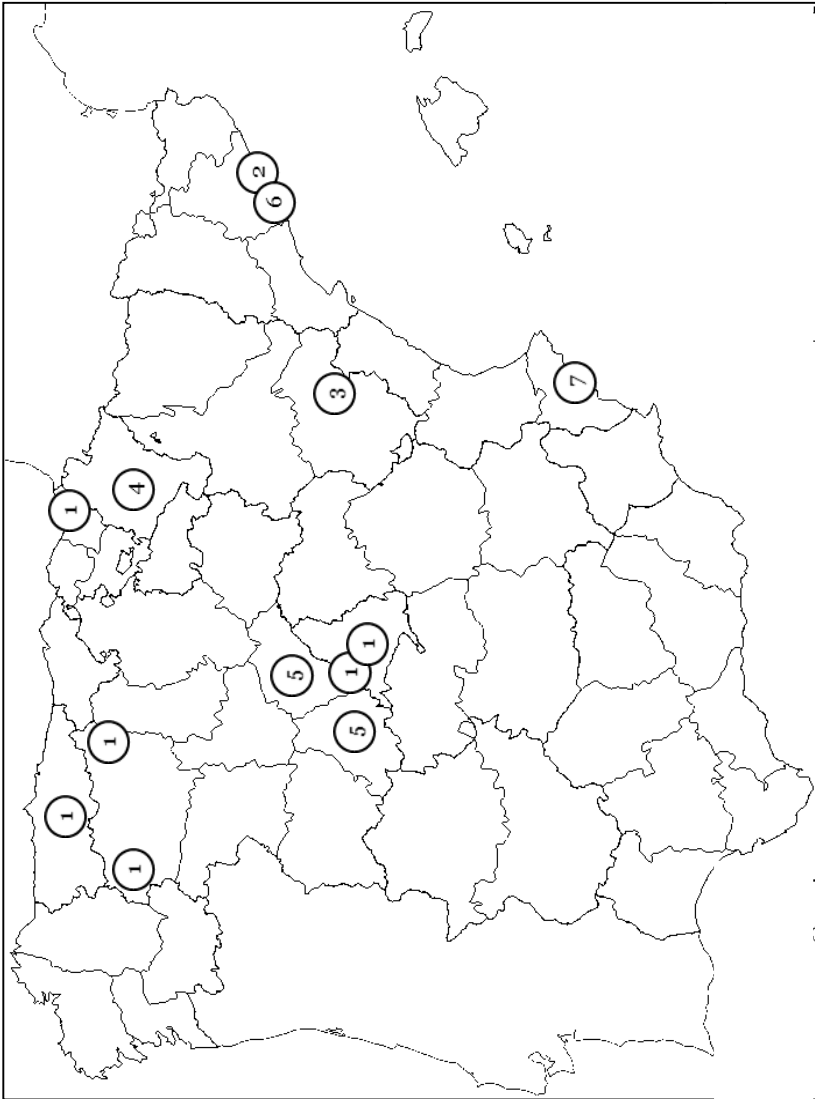
- ① Canal de Quereño y Cornatel (río Sil, León).
- ② Túneles ferroviarios en Lugo de Llanera (Asturias).
- ③ Presa de Juan Benet y túnel del trasvase del río Curueño al río Porma (río Porma, León).
- ④ Presa de El Vellón (río Guadalix, Madrid).
- ⑤ Presa de El Atazar (río Lozoya, Madrid).
- ⑥ Túneles de Altomira al embalse de Alarcón (trasvase Tajo-Segura, Guadalajara y Cuenca).
- ⑦ Presa de La Bujeda (trasvase Tajo-Segura, Guadalajara).
- ⑧ Presa de Llauset y túneles de Moralets (río Llauset, Huesca).
- ⑨ Presa de Santa Eugenia (río Jallas, La Coruña).
- ⑩ Proyecto de construcción de la Presa de Rialp (río Segre, Lérida).

geographia



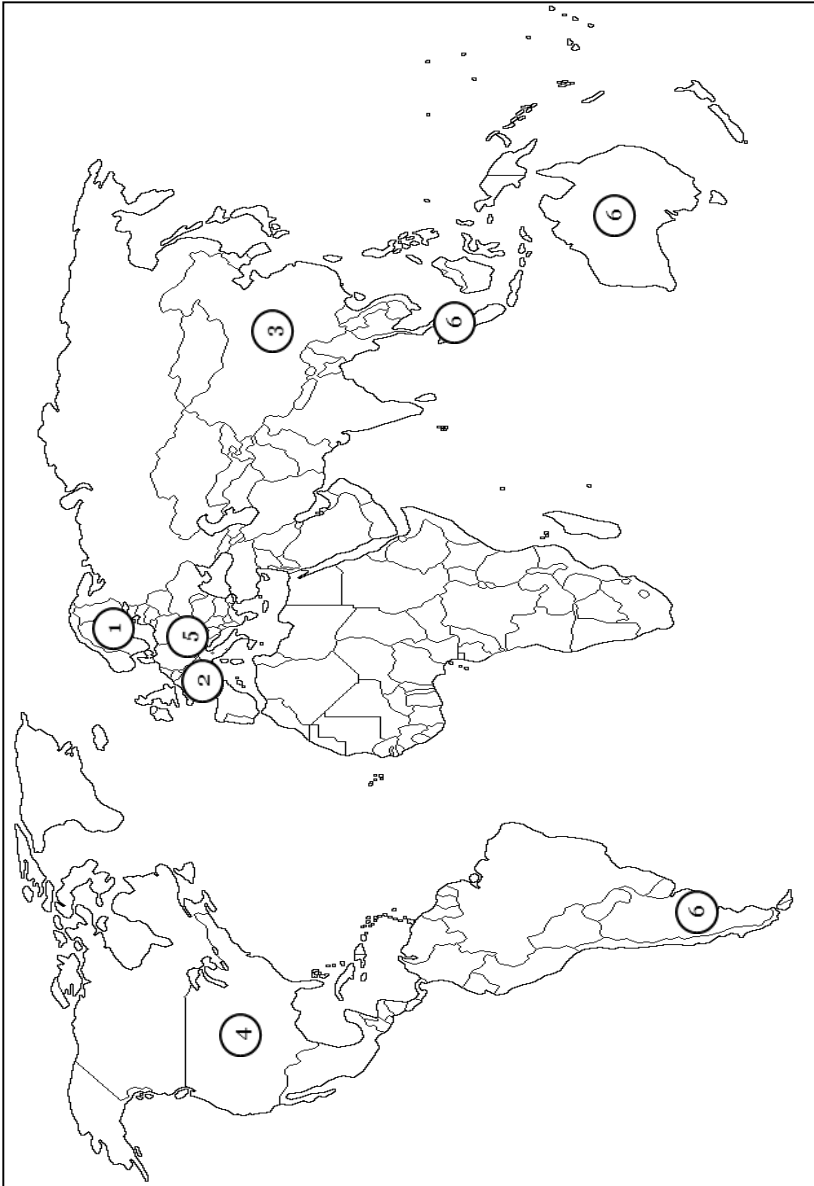
LUGARES ESCOGIDOS DE LA GEOGRAFÍA ESPAÑOLA

- ① *Domicilios*. Madrid, San Sebastián, Ponferrada, Oviedo, norte de León, Zarzalejo.
- ② *Arenys de Mar*. Veranea de niño en casa del abuelo paterno. «La tierra de mi abuelo se cultivaba a mano. Se trataba de un predio de unas 10 hectáreas, $\frac{3}{4}$ dedicados al regadío y $\frac{1}{4}$ ocupado por la vid. Estaba situada en un pequeño valle del Maresme, entre Arenys y Canet».
- ③ *Calanda*. Hace el paseíllo —*then the bird said, 'Nevermore'*— con la cuadrilla de Domingo Dominguín. Para Pepín Bello, «el banderillero más alto de la historia. Había que verle, qué tío».
- ④ *Pamplona*. Le detienen junto a Luis Martín-Santos, Alberto Machimbarrena, Vicente Girbau y Luis Peña Ganchequi «El comisario quedó desconcertado por la identidad profesional de aquellos peligrosos subversivos: —¡Aquí debe de haber alguna equivocación!».
- ⑤ *Ávila y Segovia*. Reconoce Dionisio Ridruejo que «por las partes llanas de Segovia y Ávila tuve la suerte de llevar como compañeros a Fernando Chueca y a Juan Benet. A Chueca la *Guía de Castilla la Vieja* le debe mucho y su nombre figura en el índice con una copiosa indicación de páginas. A Benet solo le cito una vez pero pudiera haberlo hecho media docena».
- ⑥ *Barcelona*. En la Ciudad Condal viven o vivían editores como Carlos Barral o Rosa Regàs (y Josep Vergés) y conspicuos benetianos: Félix de Azúa, Pere Gimferrer, Francisco Rico, Eduardo Mendoza...
- ⑦ *Alicante*. Expone por primera vez algunas de sus pinturas en la galería Italia 2: “Operaciones navales y *collages*”.



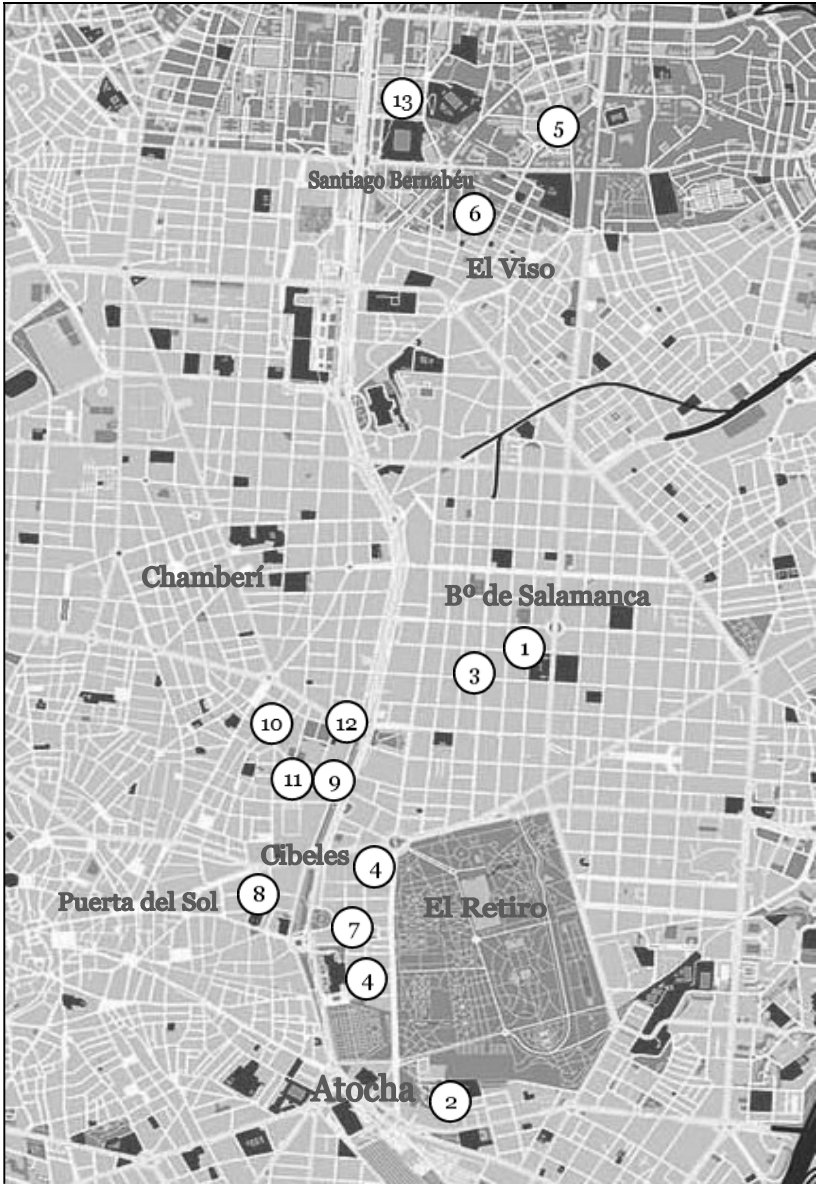
REGIONES REMOTAS DEL *THEATRUM ORBIS TERRARUM*

- ① *Finlandia y Suecia*. Estancia de prácticas como ingeniero. «En Helsinki entré a trabajar en la Helsingin Kaupungin Sähkölaitos, nada menos, que yo al principio tomé por una fábrica de chocolate, y resultó ser la Empresa Municipal de Electricidad, que entonces estaba levantando la Central Térmica de la bahía de Helsinki, una de las obras maestras de Alvar Aalto».
- ② *París*. Su hermano Paco, «aburrido de este país, se había ido a estudiar a La Sorbona, con una beca del gobierno francés». La primera vez que lo visite, al llegar a la gare d'Austerlitz, exclamará: «¡Faulkner, Faulkner!».
- ③ *China*. En compañía de varios colegas visita durante tres semanas numerosas presas del país asiático: «El embajador chino —escribe José Antonio Fernández Ordóñez— me pidió que le diera los nombres de los compañeros que deseaba que me acompañasen al viaje. Juan no podría faltar. Cuando le llamé, saltó de alegría».
- ④ *Estados Unidos*. Conferencias varias, alguna de ellas en compañía de Juan García Hortelano. En 1986 será el único español invitado al 48º congreso de escritores organizado en Nueva York por el Pen Club Internacional.
- ⑤ *Budapest y Praga*. Publica en *El País* cinco reportajes: «En el imperio austro-húngaro los caballos tuvieron gran importancia. El motor de combustión interna fue fatal para el imperio, nunca se recuperó de tal golpe y por ahí le vinieron casi todos sus males».
- ⑥ *Argentina, Australia y Singapur*. En compañía de Miguel Aguiló, a la sazón presidente de Iberia, da la vuelta al mundo en algo menos de ochenta días.



EL MADRID DE BENET

- ① Colegio Nuestra Señora de El Pilar.
- ② Escuela Especial de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos.
- ③ Oficinas de MZOV.
- ④ Casa de soltero (c/Alfonso XII, 10; c/Alberto Bosch, 3).
- ⑤ Primera casa de casado (c/Serrano, 226).
- ⑥ Segunda casa de casado (c/Pisuerga, 7).
- ⑦ Casa de Baroja.
- ⑧ Restaurante Gambrinus.
- ⑨ Café Gijón.
- ⑩ Pub Santa Bárbara.
- ⑪ Oliver.
- ⑫ Bocaccio.
- ⑬ Restaurante José Luis.



vita brevis

«Haría falta un rayo láser para penetrar hasta la última neurona, la que tiene la clave del pensamiento esencial, y obtener auténtica información, noticia verdadera de Juan Benet».

Josefina Aldecoa: *Los niños de la guerra*

Hasta la fecha, nadie ha publicado la biografía canónica de Juan Benet. Ni una biografía, *tout court*¹³³. En 1989 la revista *El Urogallo* publicó una cronología que, notablemente ampliada y corregida por Mauricio Jalón e incluida en *Cartografía personal*, sigue siendo referencia obligada. Acaso la compra en diciembre de 2018 del archivo personal del escritor por parte del Ministerio de Cultura —por un importe de 320.000 euros— y la donación de su biblioteca personal —9000 volúmenes— animen a algún *perseguidor* a esclarecer una vida muy vivida que, sin embargo, nunca fue *leída por sí mismo*: «En el fondo lo único que ha dicho es que nadie sabe nada de nadie, y no es una novedad. Toda biografía da eso por supuesto y sigue adelante, qué diablos».

(1) *Diccionario biográfico español* de la Real Academia de Historia

«Benet Goitia, Juan. Madrid, 7.X.1927-5.I.1993. Ingeniero y escritor. Juan Benet Goitia nació en Madrid el 7 de octubre de

¹³³ A juicio de Ignacio Echevarría, «además de procurar un anecdotario suculento, una buena biografía de Benet contribuiría decisivamente a documentar un episodio fundamental de la modernización y puesta al día de la cultura española, a entender mejor qué resortes operaron en la transición cultural del franquismo a la democracia, y a sopesar los méritos y servidumbres a que dio lugar la llamada Cultura de la Transición».

1927, tercero de una familia de cuatro hermanos¹³⁴. Su padre, abogado de profesión, sin compromiso político señalado, fue detenido en la zona republicana al comienzo de la Guerra Civil y fusilado poco tiempo después en una de las ciegas matanzas de aquellos días, sin que constara contra él cargo alguno. En 1939, al final de la guerra, la familia regresó a Madrid desde San Sebastián, donde había buscado refugio. Juan Benet terminó sus estudios de bachillerato en 1944 en el colegio de Nuestra Señora del Pilar de la capital y en 1948 ingresó en la Escuela Superior de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos para doctorarse en 1954 en la especialidad de Hidráulica¹³⁵. Su carrera literaria se desarrolló a partir de entonces paralelamente a su carrera profesional, en un complemento de actividades que no deja de influir oscuramente en los sustratos de su obra.

¹³⁴ Juan Benet, en efecto, era el tercero de los hermanos, que no eran cuatro, sino tres: Marisol, Paco y Juan. Marisol aún vive.

¹³⁵ En aquellas fechas la Escuela se apellidaba 'Especial' —hasta la Ley de Ordenación de las Enseñanzas Técnicas de 1957 no pasará a llamarse Escuela Técnica Superior (ETS), según Orden de 30 de septiembre del mismo año—. «Otro aspecto que señalaba la Ley de Ordenación de Enseñanzas Técnicas de 1957 —refiere Jesús Fraile Mora—, es que el grado simple de Ingeniero representaba la plenitud de la titulación profesional y el de Doctor Ingeniero asumía la máxima titulación académica, y que para lograr este último se precisaba obtener la aprobación de una tesis original, constituyendo tal titulación mérito preferente para el desempeño de las Cátedras en las Escuelas Técnicas Superiores o en las Universidades. En definitiva, la Ley de Ordenación de Enseñanzas Técnicas de 1957 es la que crea el título de Doctor en las carreras de Ingeniería». Fernando Sáenz Ridruejo apostilla: «No había ni doctorado ni licenciatura; era una escuela de funcionarios. Benet terminó la carrera con mi hermano Clemente en 1954 y no les dieron ningún título: el director de la Escuela envió un oficio al subsecretario notificando que con esa fecha habían terminado los estudios los señores cuya relación adjuntaba. Al crearse el doctorado se decidió que los ingenieros antiguos podíamos acceder a ese título presentando un proyecto o trabajo. Se formó una comisión evaluadora que recibió miles de solicitudes de ingenieros de todas las especialidades. A mí, que terminé en 1963, me reconocieron el título de doctor a finales de diciembre 1969, porque se consideraba que al estar trabajando en el extranjero lo necesitaba más; si no, hubieran tardado varios años más. En definitiva: no sé cuándo le dieron el título a Benet, en su caso (tal vez hacia 1965 o 1966), pero tampoco tiene demasiada importancia porque era un mero trámite».

Rechazado por varios editores, publicó en 1961 su primer libro, *Nunca llegarás a nada*, a cuenta del autor. Le sigue cuatro [cinco] años después *La inspiración y el estilo*, verdadero manifiesto literario llamado a ejercer cierta influencia en un reducido círculo de jóvenes escritores. Partidario de una estética literaria sin concesiones, Juan Benet se afirmó como un ensayista de envergadura, poseedor de una escritura densa, personalísima, impecable en su forma y rica en su contenido. El autor reclamó su filiación literaria de manera hartamente simplificada en la figura de William Faulkner, de quien sin duda procede parte de una amplia línea de influencia que habría que extender a otros nombres, incluso fuera del ámbito literario, como la recibida de James Frazer, el famoso antropólogo autor de *La rama dorada*. Las premisas estéticas de *La inspiración y el estilo* se materializaron dos años [uno] más tarde en su vertiente narrativa con *Volverás a Región*, la novela que ejerce un carácter fundacional sobre toda su obra. En ella aparece por primera vez el territorio imaginario de Región, donde la labor creativa posterior de Juan Benet encontrará refugio: un paisaje, una atmósfera y unos personajes. Autor de la memoria, Juan Benet alcanzó su cumbre narrativa con *Una meditación*, que le mereció en 1969 el Premio Biblioteca Breve. A partir de ese momento su obra se desarrolló de una manera constante, explorando una materia literaria profunda, cohesionada como una entidad orgánica, con títulos siempre recibidos con admiración pese a su carácter esencialmente minoritario. Resultan especialmente relevantes novelas como *Saúl ante Samuel*, que el autor retocó al final de su vida, así como el conjunto de relatos recogidos en el libro *Trece fábulas y media*.

Difícil de lectura, espléndida en su ambición, la obra de Juan Benet ha sido comparada con la de los grandes escritores de su siglo a los que sin duda intentó emular. Conoció dificultades de aceptación por parte de algunos sectores de la crítica al mismo

tiempo que la fidelidad incondicional de sus seguidores. Al final de su vida acometió un proyecto de tetralogía sobre la Guerra Civil que lleva por título *Herrumbrosas lanzas*, en referencia al famoso poema de Miguel Hernández. Su cuarto volumen, que el autor concebía como un *crepúsculo de los dioses*, quedó inconcluso.

Hombre sociable, Juan Benet fue una figura de referencia en la vida intelectual madrileña de su tiempo. A partir de la desaparición de Franco y el final de la dictadura ejerció una influencia creciente a través de sus colaboraciones en prensa, especialmente en el periódico *El País*. Una selección de sus artículos, amenos en su ironía, ricos en su apreciación de la actualidad, se recogió en un volumen póstumo titulado *Páginas impares*. Murió el 5 de enero de 1993 en su casa de Madrid a causa de un extraño tumor facial».

[Manuel de Lope].

(2) *Recuerdos de familia*, por Marisol Benet Goitia¹³⁶

«Fuimos tres hermanos. Yo era la mayor, luego Paco y el pequeño, Juan, que se llevaba once meses con Paco. Pese a la pequeña diferencia de edad, Paco siempre tuvo un gran ascendiente sobre los hermanos y actuó como padre. Tuvimos una infancia muy unida los tres hermanos.

Mi padre, Tomás Benet, era abogado con mucho prestigio pues era el abogado fundador de la Patronal de Pesqueros, que le tenían en mucha estima. También era abogado del Consorcio de Espectáculos, de Carniceros y de Panaderos.

Mi madre, Teresa Goitia, era una vasca muy guapa y muy inteligente. Como tenían mucho genio los dos, al final se divorciaron (en la República), con lo cual pasábamos los inviernos con

¹³⁶ Texto incluido en el catálogo de la exposición “Juan Benet. Rutas” (2008), organizada por el Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos. El título dado a la remem-branza, “Recuerdos de familia”, es nuestro.

mi madre viviendo modestamente (pues mi padre no le pasaba el dinero que debía) y el verano con mi padre, que nos llevaba a casa de mi abuelo en Arenys de Mar, Barcelona, que era donde éramos felices. Mi madre, al separarse de mi padre, se hizo funcionaria del Ministerio de Asuntos Exteriores y para sacarnos adelante sola llevó a cabo toda clase de trabajos.

Al principio de la Guerra Civil, el 22 de septiembre de 1936, fusilaron a mi padre. Le denunció un panadero al que le había ganado un pleito. Mi padre era republicano, se había presentado a diputado en la República y era del partido de Miguel Maura.

En Madrid, mi madre se dedicó a esconder gente perseguida¹³⁷, lo que hizo que la buscaran a ella también y tuvo que refugiarse en la Embajada de Turquía llevándose con ella a mis dos hermanos, y como sus hermanos Chomin y Pilar se refugiaron en la embajada de Noruega, me llevaron con ellos.

Mi madre no nos dijo con seguridad la muerte de mi padre y como éramos unos niños no nos dimos cuenta de lo que había pasado.

Después de muchas vicisitudes, mi madre pudo llegar con mis hermanos a San Sebastián y metió a Paco y Juan en el colegio de los Marianistas de Aldapeta. Yo llegué unos meses después, y entré interna en el Colegio Miracruz de la Asunción en San Sebastián, donde estuve dos años, hasta que acabó la guerra.

¹³⁷ Así lo narra doña Teresa Goitia en *Recordando mi vida*: «El mismo día del asalto al Cuartel de la Montaña, me llamó una vecina mía para que bajase a su casa y me dijo si podía tenerle escondido a su cuñado, que era don Emilio, el General Barrera, y le dije: “Suba, sea lo que Dios quiera”. Tenía también a mi primo, Ramón García Noblejas, a su madre Laura y a su hermana Laurita. La tía Laura era un caso, su casa era un arsenal de armas, cogía todos los días varias de ellas, se ponía un capote y las lanzaba en El Retiro. También tenía a un amigo de mi sobrino Carmelo, Salvador Prunedá, hijo de un general, y a Santos Arias Miranda, primo mío, cuyo cuñado era José Martínez Velasco, presidente del Gobierno. Total, que mi casa era un asilo».

Mi madre se incorporó al Ministerio de Asuntos Exteriores, primero en Salamanca y después en Burgos. Daba clases de español a los encargados de los consulados de Grecia y de Inglaterra. El de este último, Mister Hodgson, era un caballero, que siempre que podía traía a mis hermanos a Burgos en el coche oficial para que vieran a mi madre.

Por fin esa temporada pasó, empezó la posguerra y nos fuimos a vivir a la calle Alfonso XII, 10 en Madrid. En esa misma casa vivía Ángel Chueca con mis primos Fernando y Carmelo, que todas las noches después de cenar bajaban para hacer una tertulia de cuyas charlas aprendimos mucho.

Nos pasábamos los ratos libres en el Retiro, jugando. Juan era terriblemente callejero, desaparecía con el hijo del portero y se le pasaban las horas, con gran susto de mi madre, que creía que le había pasado algo, hasta que aparecía él tan tranquilo.

Paco era muy estudioso y serio; Juan, muy alegre y payaso y solo leía tebeos. Iban juntos a la misma clase del Colegio del Pilar y mientras Paco siempre era el primero, Juan no se molestaba ni se esforzaba gran cosa. En cuanto Juan entraba en clase todos sus condiscípulos se ponían tensos esperando sus gansadas. Eran famosas sus caricaturas, hasta el punto de que el director, Don Florentino, citó a mi madre para garantizarle el aprobado si conseguía que le enseñase la que Juan le había hecho, en lo que Juan no transigió.

Compañero de clase fue Carlos María Bru, que puede corroborar lo que digo. Sus amigos eran Alexandre, que murió muy joven, Joaquín Portas, el *petit català*, Carlos Bru, Costales y sobre todo Alberto Machimbarrena, aparte de otros muchos.

Aunque mi madre se preocupaba por sus notas, nunca tuvo un suspenso. Paco le decía: “Tranquila, madre, que Juan sabe”. Mi madre era *La madre*, yo *La niña* y ellos *Los chicos*.

En aquellos tiempos difíciles en que faltaban tantas cosas nosotros cuatro vivíamos felices. Juan era un ganso que siempre nos hacía reír. Con D. Ángel Chueca y los primos aprendíamos muchas cosas; nos llevaban al Prado y por el Madrid antiguo.

Luego nos mudamos a Alberto Bosch, 3, una casa con pocos vecinos y una gran terraza desde la que Paco y Juan hacían peleas con los Torán que vivían en Espalter —de terraza a terraza—. Como en aquella época había restricciones de luz, y no sé por qué había luz en la escalera y no en los pisos, mi madre sacaba la mesa al descansillo y cenábamos allí. Yo pasaba mucha vergüenza, pero al final casi todos los vecinos acabaron por imitarnos.

En el año 1942 yo terminé el bachiller y, como quería esperar a una amiga, ese año me dediqué a recibir clases de inglés para luego estudiar Filosofía y Letras juntas, pero conocí a Luis Cavanaugh y el 7 de octubre de 1944 me casé, el mismo día que Juan cumplía 17 años.

Paco, al terminar 6º de Bachillerato, no quiso volver al colegio, pues solo le habían dado notable, se examinó en septiembre de 7º y reválida estudiando por su cuenta, obteniendo matrícula de honor y premio extraordinario, con lo cual se matriculó en Arquitectura como quería mi madre y en Filosofía, como quería él. Pero en el otoño de 1944 se fue a París con una beca del gobierno francés.

Con lo cual mi madre y Juan se quedaron solos en Alberto Bosch. Juan empezó a ir con un grupo de amigos mayores que él, mi primo Fernando, Pepín Bello, Domingo Ortega, Domingo Dominguín, Caneja y ese grupo tan interesante. Su amigo Alberto Machimbarrena le acompañaba siempre.

La amistad de Juan con Alberto Machimbarrena se inició en la infancia, y se cimentaba en experiencias como la que tuvieron cuando mis hermanos iban al colegio en San Sebastián, a los

marianistas de Aldapeta. Tendrían 10 u 11 años. Alberto Machimbarrena y Juan reunieron dinero entre toda la clase para pagar a un sicario que tirase al mar al marianista que les llevaba por el paseo nuevo todos los jueves. Un pescador aceptó el encargo y recibió el dinero e incluso los niños pudieron ver cómo se acodaba a esperarles en el Paseo nuevo, pero ni se movió cuando pasó el cura, por lo que la desilusión de los niños, al ver que les habían engañado, fue enorme.

Juan fue inteligente, divertido, irónico y muy tierno, aunque lo disimulaba. Cuando cogió gusto a la lectura, lo leyó todo (lo bueno) asimilando.

Mi hermano Paco desde París le mandaba toda la literatura que aquí no teníamos y descubrió los grandes literatos, luego él se los hizo leer a su amigo Luis Martín-Santos.

Iba con mi madre a Ormaiztegui y le gustaba el puente de hierro que hay allí y pensó hacerse ingeniero de Caminos, pues aunque el Consorcio de Pesqueros en memoria de mi padre quería que Paco y Juan se hiciesen abogados y les pagaban la carrera, ninguno de los dos quiso.

Total, que empezó a prepararse para el ingreso en la Escuela y empezó a dar clase con José Gallego-Díaz, que fue su gran amigo y maestro».

(3) *Años faustos, años funestos*

(1927) Nace Juan Benet Goitia. «Creo que lo que más me influyó [en mi infancia] fue la Guerra Civil, que me sorprendió a los nueve años: verse separado de los padres, vivir las dos Españas y, por una de esas paradojas de la vida, desfilar en Madrid con los pioneros de Lenin y ver en San Sebastián el desfile de los falangistas que habían conquistado Calpe (...). Y luego ese colegio religioso al que hemos ido todos».

(1936) Asesinato del padre¹³⁸. «A mi padre lo mataron al principio de la guerra, fue una de esas *razzias* absurdas y personales: un día lo sacaron de su casa, lo llevaron a una cuneta y lo fusilaron. Mi madre lo ocultó; cuando lo supimos más o menos oficialmente ya habían pasado 3 años y el efecto emocional fue prácticamente nulo».

(1955) Matrimonio con Nuria Jordana. «Mis padres —refiere Ramón Benet— eran primos hermanos. Ella se fue al exilio junto a mis abuelos, que estuvieron muy ligados al catalanismo y al mundo republicano, y ahí comenzaron a escribirse. Fue una costumbre que mantuvieron toda la vida, porque las 800 cartas llegan prácticamente hasta la muerte de ella»¹³⁹. En años posteriores nacerán cuatro hijos: Ramón (1956), Nicolás (1960), Juana (1961) y Eugenio (1962).

(1966) Fallece su hermano. «Mi hermano Paco y yo éramos sobre todo compañeros, él tuvo una influencia decisiva y permanente en mi formación. Yo fui un niño muy mal lector, era sobre todo un niño callejero completamente distinto de mi hermano, que era un joven lector». Más tarde añadirá en “El Madrid de Eloy” que a finales de los años cuarenta Paco Benet, ya en París, «se había convertido en un exiliado, enfrentado (sin ninguna clase de melancolía ni resquemor) a la necesidad de ha-

¹³⁸ Tomás Benet y Teresa Goitia se habían separado un tiempo antes, tras de aprobarse la Ley de Divorcio de 1932: «Si yo hubiese tenido dinero, no me habría separado», escribe la madre en *Recordando mi vida*.

¹³⁹ Para José Vidal-Beneyto —según relata José Lázaro en *Vidas y muertes de Luis Martín-Santos*—, «Juanito era un tipo completamente imposible, un niño genialoide que nunca pasó de la adolescencia, como prueba la mujer con la que se casó, Nuria, que era ya antes un sustituto de su madre y que continuó siéndolo durante todo su matrimonio». En “Luis Martín-Santos, un memento”, Juan Benet nos hace saber que «tanto Luis como Pepín Vidal habían roto muy recientemente sus fuertes vínculos con la doctrina cristiana (al parecer el segundo había sido secretario privado del padre Escrivá) y se veían obligados a hacer chistes sobre el pecado y la castidad para cubrir lo que todavía tenía algo de desafuero para ellos».

cer la carrera y buscarse la vida desligado en todo de su tierra»¹⁴⁰. Por su parte, José Vidal-Beneyto da noticia en *Celebración de París. Lugares y gentes* de que Paco Benet «comenzó a trabajar como delegado europeo de Ciencias Sociales de la UNESCO y fue destinado a El Cairo durante cinco años, pero se le ocurrió llevar a cabo un estudio para ayudar a las tribus más necesitadas de Irán y para ello tuvo que dejar su trabajo. Cuando el ministerio iraní le da amplios poderes para desarrollar su estudio, Paco muere extrañamente en un accidente de tráfico en el desierto. Paco Benet estaba casado entonces con una princesa iraní, Leila Farman-Farmayan, con la que tenía dos hijos».

(1974) Suicidio de doña Nuria. «Su personalidad era más bien observadora y difuminada. Pero tenía humor, y esa vía de entendimiento, necesaria para cualquier relación estrecha con Don Juan, la fundaba además en los años de antigüedad matrimonial, en la prueba de haber superado una resistencia grande a la boda por parte de la madre de él, y en una disposición propia perspicaz y sonriente. Pero doña Nuria se entristeció y se desequilibró (...). Benet había iniciado una duradera relación amorosa con

¹⁴⁰ Con motivo del estreno de *Los años bárbaros*, de Fernando Colomo, Marisol Benet (*El País*, 18/9/1998) aprovechará para reivindicar la figura de su hermano exiliado y para «dejar constancia de la intervención que Paco tuvo en los hechos que, sin ningún rigor histórico y con un sentido del humor muy discutible, se narran en la película. Mi hermano, Paco Benet, junto con Norman Mailer, planeó la fuga pensada en principio para sacar de España al pintor Juan Manuel Díaz Caneja y a Manuel Amit, que fallecería en la cárcel. Paco y Norman Mailer hicieron un viaje preparatorio en marzo de 1948; Amit no aceptó el plan de fuga que le propusieron por descabellado y por la juventud de Paco. El pintor Caneja había sido trasladado a Ocaña, lo que imposibilitaba su fuga, pero dio los nombres de Nicolás Sánchez Albornoz y de Manuel Lamana, ambos presos en Cuelgamuros, desde donde era más fácil escaparse (...). La participación de Francisco Benet en la fuga de Nicolás Sánchez Albornoz y de Manuel Lamana fue tan importante que sin ella el señor Colomo no tendría esta película en cartel y no habría podido ir más allá de hacer una y otra vez la misma comedia madrileña de siempre. Ignoramos las razones que han llevado a los responsables de *Los años bárbaros* a ocultar la intervención e incluso la simple existencia de Benet».

Rosa Regàs¹⁴¹, que tenía sus salidas veraniegas en Cadaqués (...). Tratando de no dramatizar, doña Nuria me contó que su matrimonio se había desplomado; su marido ya no la quería, y ella no sabía qué hacer, tan enamorada de él como el primer día y sin consuelo. No encontré el medio de consolarla, sabiendo yo los motivos del alejamiento de Juan, de sus ausencias más prolongadas, de la inevitable falta de intimidad conyugal (...). Dos meses después me llegó la noticia de su trágica muerte el 4 de marzo, y desde Londres le escribí una carta de condolencia al viudo infiel, que sufrió entonces, además de la pérdida de su compañera de casi veinte años, las habladurías de algunos allegados que le condenaron por haber dejado de amarla».

(1985) Matrimonio con Blanca Andreu, a quien había conocido tres años antes. «Yo llevaba ya un mes en Madrid y ella acababa de llegar, también de Nueva York. Allí un amigo le entregó una botella de whisky para que me la diera, yo creo que no me la trajo... o sí me la trajo y ahí empezó la historia. Supongo que sí me la trajo, no quiero pensar que se la bebiera por el camino». Parece ser que no se la bebió, en efecto: «Recuerdo que

¹⁴¹ A más de con la editora catalana, Juan Benet mantuvo años después una pública relación con Emma Cohen. Así lo refiere también Vicente Molina Foix en *El invitado amargo*: «Cuando la actriz apareció en la vida de Benet, doña Nuria llevaba seis años muerta, y por tanto los sucesos recreados por la autora [en una *nouvelle* titulada *Toda la casa era una ventana*] son imaginarios, tratando, eso sí, de reflejar unos hechos ciertos y un lugar que conocía, el chalet de cuatro plantas de la familia Benet en la calle Pisuerga de Madrid. De la planta más alta se tiró doña Nuria una mañana de primeros de marzo del año 1974, mientras Don Juan y su hijo mayor Ramón desayunaban en la cocina del sótano (...). El grueso modo vengativo de Emma Cohen en *Toda la casa era una ventana* se centra en Carlos, crudelísimo e implacable padre de familia que en su novela pasa a ser arquitecto melómano en lugar de ingeniero (...); todos los personajes están locos o son desalmados, y resulta truculenta la deformación caricaturesca de los personajes femeninos, la esposa suicida, la hijita fantasiosa, la amante despiadada, que, en un final que es mejor no contar, recibe su debida némesis. Pero, con un único asomo de verdad novelesca, la autora deja ver que su grave problema, el único que verdaderamente vivió y la concernía (no diré que la justificaba), es haber amado a ese supuesto Carlos y, tras un breve *affaire*, haber sido rechazada por él».

lo llamé desde el Café Gijón tras haber transportado el paquete hasta Madrid: “Verás, tu amigo Eduardo Garrigues te envía un regalo desde Nueva York. Es una botella de whisky de malta. —¡Ah, excelente! —me dijo—. Tráela y nos la bebemos”. No me olvido del pánico que sentí. ¡Tener que vérmelas con Benet *tête à tête!* ¡Si lo había estudiado en COU!»¹⁴².

(1993) Muere Juan Benet Goitia. «Autor de una obra que por su exigencia ha supuesto una de las influencias de más largo alcance en la literatura española, murió a la una de la madrugada de ayer [5 de enero], a los 65 años, a causa de un tumor cerebral descubierto hace tres meses: el 27 de septiembre, unas molestias en la cara le impidieron asistir al estreno teatral de un amigo. El novelista falleció en su casa de Madrid, acompañado por su familia y algunos íntimos. (...) Si como dijo alguien, el valor de un hombre se puede medir por el afecto que supo suscitar entre sus amigos, entonces Juan Benet merece un monumento».

(4) *El largo adiós*

[editorial] “Un estilo irrepetible”¹⁴³: «Amante de los grandes perdedores de la historia, de sus personajes o conceptos; defensor a ultranza de las convicciones asentadas en el saber y la reflexión propias, desdeñó voluntariamente las modas de un pensar atribulado, cómodo y banal. La personalidad de Juan Benet remite directamente a un compendio de sabiduría técnica, humanismo y elegancia difícilmente repetible».

¹⁴² En 1982 Blanca Andreu, que dos años antes había obtenido el Premio Adonáis de Poesía por el libro titulado *De una niña de provincias que se vino a vivir en un Chagall*, había cumplido o estaba a punto de cumplir 23 años; Benet, 55.

¹⁴³ Contradiciendo el título, este editorial de *El País* en absoluto se quiere irrepetible, ni en el estilo ni en lo enunciado: se hacía mención, por ejemplo, a unas «excelentes traducciones de Shakespeare, Scott Fitzgerald o Faulkner». De los tres autores citados, Juan Benet solo tradujo, a petición de Jaime Salinas, una obra de Francis Scott Fitzgerald: *A este lado del paraíso*. También tradujo, dos años antes de su muerte, cuatro piezas teatrales de Samuel Beckett: *Nana*, *Monólogo*, *Impromptu de Ohio* y *Yo no*.

[noticias necrológicas] “El estilo hasta el fin”, Juan Cruz; “Inventar la realidad”, Luis Suñén; “El narrador de la modernidad”, Miguel García-Posada; “Una insólita arrogancia”, Eduardo Mendoza; “La rara cabalgata”, Antonio Martínez Sarrión; “Se va de viaje”, Javier Marías; “Don Juan”, Félix de Azúa; “Primera página”, Vicente Molina Foix; “Región o el paisaje forajido”, Rafael Sánchez Ferlosio; “Última lectura de Juan Benet”, Manuel Vicent: «Al final del camino que el escritor escogió ha quedado una gran lección moral. En el interior de la tela de araña que su literatura teje no habita sino el placer del moralista que en la obscuridad ha comenzado por azotarse a sí mismo antes de presentarse en sociedad. Ya se ha dicho: escribir con claridad puede traer muchos lectores, pero expresarse con hermetismo genera exégetas y discípulos. Juan Benet los tendrá siempre».

[noticia funeral] “Juan Benet fue enterrado en silencio”: «Nicolás Sánchez Albornoz acudió ayer al cementerio antes que nadie. Los hijos de Benet, y Blanca Andreu, su viuda, dieron muestra de entereza. Luego fueron llegando todos los amigos de Benet, que en buena parte —junto con los ingenieros, que también son unos cuantos—, representan una forma muy concreta de entender la cultura en España: los escritores Rafael Sánchez Ferlosio y Carmen Martín Gaité, y los editores Javier Pradera, Jaime Salinas y Juan Cruz, por ejemplo. Y miembros de la generación más joven, que acudían al número 7 de la calle Pisuegra, en El Viso madrileño, no solo a beber el whisky JB, así bautizado en honor del anfitrión, sino a recibir severas críticas por sus propios escritos: allí estaban Javier Marías, Vicente Molina Foix, Antonio Martínez Sarrión, Manuel de Lope, Mariano Antolín y, el más veterano, Eduardo Chamorro.

También se encontraba Alberto Oliart, que en su día fue uno de los pocos que se atrevieron a protestar por escrito por el do-

ble rechazo de Benet en la Academia Española, de la que solo acudieron representantes de la línea más abierta: Francisco Rico y el Duque de Alba. Otros asistentes fueron Joaquín Estefanía, director de *El País*; Clemente Auger, presidente de la Audiencia Nacional; Joaquín Arango, director del CIS; Elías Querejeta, productor de cine; el filósofo Fernando Savater; María, la viuda de Juan García Hortelano, amigo de Benet muerto hace nueve meses; y el embajador rumano, Darie Novacenau, especialista en el autor.

El presidente Felipe González acudió con su esposa a dar el pésame en el domicilio, y Carmen Romero siguió hasta el cementerio. Allí acudieron Rosa Conde, ministra portavoz, y su marido Álvaro Espina, secretario de Estado de Industria; Joaquín Leguina, presidente de la Comunidad de Madrid (...).

No quedó nadie cuando el sepelio terminó, a las 11.05, después de una ceremonia en que la única oración fue un largo espacio de silencio completamente inmóvil».

Atraviesa la muerte con harrumbrosas lanzas...

ars longa

«Honremos al altísimo poeta:
vuelve su sombra tras haber partido».

Dante Alighieri: *Divina comedia*

Lamentábamos en apéndice anterior que no exista aún una biografía de Juan Benet *comme il faut*¹⁴⁴. Idéntico lamento vale para su legado literario: no hay unas obras completas ni apenas ediciones críticas de alguna de sus novelas.

Con ser cierto, como afirma Harold Bloom en *El canon occidental*, que «la profecía canónica tiene que ser puesta a prueba unas dos generaciones después de la muerte del escritor», también lo es que «con los libros ocurre lo mismo que con las personas, han de tomarse en serio», y a la vez, «por ello debemos guardarnos de convertirlos en ídolos, es decir, en instrumentos de nuestra pereza», como advierte Cesare Pavese en *La literatura norteamericana y otros ensayos*.

El caso es que si no ‘existen’ los libros *prima della didascalia*, extrañísimo sería que se tomasen ‘en serio’. Urge, pues, una edición ejemplar y crítica de las obras todas de Juan Benet¹⁴⁵, y con

¹⁴⁴ Nos consta que desde 2015, cuando menos, J. Benito Fernández, autor de *El incógnito: Rafael Sánchez Ferlosio*, trabaja *sine ira et studio*: «Hace dos años que terminó de escribir la biografía de Ferlosio y desde entonces trabaja en la de Juan Benet. Asegura que ya ha leído gran parte de su obra y está a punto de concluir el trabajo de campo, pero aún no ha empezado a escribir una línea, por lo que faltarán unos años —predice Fernández— para que se publique». Eva González: “¿Quién nos habla y desde dónde?”, 2018.

¹⁴⁵ Por justicia y gratitud, cabe destacar y ensalzar la edición, al cuidado de Ignacio Echevarría, de los cuentos y novelas en la editorial DeBolsillo, así como la labor de Mauricio Jalón en lo que toca a los ensayos, y no solo, en la editorial Cuatro.

más razón ahora que su archivo personal lo custodia la Biblioteca Nacional.

Hasta entonces, damos aquí una bibliografía sucinta y comparada. Menos es nada por estos *Campos de Castilla*, «que el arte es largo y, además, no importa».

apéndices

GALAXIA BENET (I): *por orden cronológico*

(1953) *Max*

•

(1961) *Nunca llegarás a nada*

(1966) *La inspiración y el estilo*

(1967) *Volverás a Región*

•

(1970) *Una meditación*

(1970) *Puerta de tierra*

(1971) *Una tumba*

(1971) *Teatro*

(1972) *Un viaje de invierno*

(1972) *5 narraciones y 2 fábulas*

(1973) *La otra casa de Mazón*

(1973) *Sub rosa*

(1976) *El ángel del Señor abandona a Tobías*

(1976) *En ciernes*

(1976) *¿Qué fue la Guerra Civil?*

(1977) *En el estado*

(1977) *Cuentos completos*

(1978) *Del pozo y del numa*

•

GALAXIA BENET (I): *por orden cronológico*

- (1980) Saúl ante Samuel*
- (1980) El aire de un crimen*
- (1981) Trece fábulas y media*
- (1981) Una tumba y otros relatos*
- (1982) La moviola de Eurípides*
- (1982) Sobre la incertidumbre*
- (1983) Herrumbrosas lanzas I*
- (1983) Artículos I (1962-1977)*
- (1985) Herrumbrosas lanzas II*
- (1986) Herrumbrosas lanzas III*
- (1987) Otoño en Madrid hacia 1950*
- (1989) En la penumbra*
- (1989) Londres victoriano*

•

- (1990) La construcción de la torre de Babel*
- (1991) El caballero de Sajonia*

apéndices

GALAXIA BENET (II): *por género literario*

- (1961) *Nunca llegarás a nada*
- (1967) *Volverás a Región*
- (1970) *Una meditación*
- (1971) *Una tumba*
- (1972) *Un viaje de invierno*
- (1972) *5 narraciones y 2 fábulas*
- (1973) *La otra casa de Mazón*
- (1973) *Sub rosa*
- (1977) *En el estado*
- (1977) *Cuentos completos*
- (1978) *Del pozo y del numa*
- (1980) *Saúl ante Samuel*
- (1980) *El aire de un crimen*
- (1981) *Trece fábulas y media*
- (1981) *Una tumba y otros relatos*
- (1983) *Herrumbrosas lanzas I*
- (1985) *Herrumbrosas lanzas II*
- (1986) *Herrumbrosas lanzas III*
- (1989) *En la penumbra*
- (1991) *El caballero de Sajonia*

•

GALAXIA BENET (II): *por género literario*

(1966) *La inspiración y el estilo*

(1970) *Puerta de tierra*

(1976) *El ángel del Señor abandona a Tobías*

(1976) *En ciernes*

(1976) *¿Qué fue la Guerra Civil?*

(1982) *La moviola de Eurípides*

(1982) *Sobre la incertidumbre*

(1983) *Artículos I (1962-1977)*

(1989) *Londres victoriano*

(1990) *La construcción de la torre de Babel*

•

(1953) *Max*

(1971) *Teatro*

•

(1987) *Otoño en Madrid hacia 1950*

apéndices

GALAXIA BENET (III): *narrativa*

(1961) *Nunca llegarás a nada*

(1967) *Volverás a Región* (*)

(1970) *Una meditación* (*)

(1971) *Una tumba*

(1972) *Un viaje de invierno* (*)

(1972) *5 narraciones y 2 fábulas*

(1973) *La otra casa de Mazón* (*)

(1973) *Sub rosa*

(1977) *En el estado* (*)

(1977) *Cuentos completos*

(1978) *Del pozo y del numa*

(*) Novelas; el resto, cuentos y relatos.

GALAXIA BENET (III): *narrativa*

- (1962) *El cuaderno dorado*, Doris Lessing
(1963) *Opiniones de un payaso*, Heinrich Böll
(1964) *Herzog*, Saul Bellow
(1967) *El maestro y Margarita*, Mijaíl Bulgákov
(1969) *El mal de Portnoy*, Philip Roth
(1969) *Ada o el ardor*, Vladímir Nabókov
(1974) *Todo modo*, Leonardo Sciascia
(1975) *Sin destino*, Imre Kertész
(1978) *La vida instrucciones de uso*, Georges Perec
(1978) *El mar, el mar*, Iris Murdoch

•

- (1961) *El astillero*, Juan Carlos Onetti
(1962) *Tiempo de silencio*, Luis Martín-Santos
(1962) *El siglo de las luces*, Alejo Carpentier
(1963) *Rayuela*, Julio Cortázar
(1966) *Señas de identidad*, Juan Goytisolo
(1967) *Cien años de soledad*, Gabriel García Márquez
(1967) *Tres tristes tigres*, Guillermo Cabrera Infante
(1969) *Conversación en la Catedral*, Mario Vargas Llosa
(1972) *La saga/fuga de J.B.*, Gonzalo Torrente Ballester
(1976) *El beso de la mujer araña*, Manuel Puig

apéndices

GALAXIA BENET (III): *narrativa*

- (1980) *Saúl ante Samuel* (*)
- (1980) *El aire de un crimen* (*)
- (1981) *Trece fábulas y media*
- (1981) *Una tumba y otros relatos*
- (1983) *Herrumbrosas lanzas I* (*)
- (1985) *Herrumbrosas lanzas II* (*)
- (1986) *Herrumbrosas lanzas III* (*)
- (1989) *En la penumbra* (*)
- (1991) *El caballero de Sajonia* (*)

(*) Novelas; el resto, cuentos y relatos.

GALAXIA BENET (III): *narrativa*

- (1982) *El sobrino de Wittgenstein*, Thomas Bernhard
(1983) *Vida y época de Michael K*, Coetzee
(1984) *El amante*, Marguerite Duras
(1984) *El año de la muerte de Ricardo Reis*, José Saramago
(1984) *La insoportable levedad del ser*, Milan Kundera
(1985) *Meridiano de sangre*, Cormac McCarthy
(1985) *El cuento de la criada*, Margaret Atwood
(1987) *La trilogía de Nueva York*, Paul Auster
(1989) *Lo que queda del día*, Kazuo Ishiguro
(1990) *Vértigo*, W. G. Sebald

•

- (1980) *Respiración artificial*, Ricardo Piglia
(1981) *La vida exagerada de Martín Romaña*, Bryce
Echenique
(1983) *El entonado*, Juan José Saer
(1983) *Los pichiciegos*, Rodolfo Fogwill
(1986) *La fuente de la edad*, Luis Mateo Díez
(1986) *La ciudad de los prodigios*, Eduardo Mendoza
(1987) *Noticias del Imperio*, Fernando del Paso
(1989) *Juegos de la edad tardía*, Luis Landero
(1991) *El jinete polaco*, Antonio Muñoz Molina
(1992) *Corazón tan blanco*, Javier Marías

apéndices

GALAXIA BENET (IV): *ensayo*

- (1966) *La inspiración y el estilo*
- (1970) *Puerta de tierra*
- (1976) *El ángel del Señor abandona a Tobías*
- (1976) *En ciernes*
- (1976) *¿Qué fue la Guerra Civil?*
- (1982) *La moviola de Eurípides*
- (1982) *Sobre la incertidumbre*
- (1983) *Artículos I (1962-1977)*
- (1989) *Londres victoriano*
- (1990) *La construcción de la torre de Babel*

GALAXIA BENET (IV): *ensayo*

- (1962) *El pensamiento salvaje*, Claude Lévi-Strauss
(1964) *Apocalípticos e integrados*, Umberto Eco
(1966) *Contra la interpretación*, Susan Sontag
(1966) *Las palabras y las cosas*, Michel Foucault
(1967) *La sociedad del espectáculo*, Guy Debord
(1973) *La ansiedad de la influencia*, Harold Bloom
(1975) *Después de Babel*, George Steiner
(1977) *Fragmentos de un discurso amoroso*, Roland Barthes
(1978) *Orientalismo*, Edward Said
(1979) *La condición postmoderna*, Jean-François Lyotard

•

- (1963) *Ética y política*, José Luis López Aranguren
(1969) *Psicoanálisis y marxismo*, Carlos Castilla del Pino
(1973) *Lalia*, Agustín García Calvo
(1974) *Las semanas del jardín*, Rafael Sánchez Ferlosio
(1975) *La Edad de Plata (1902-1939)*, José-Carlos
Mainer
(1977) *Claros del bosque*, María Zambrano
(1978) *Lenguaje e historia*, Emilio Lledó
(1980) *El pie de la letra*, Jaime Gil de Biedma
(1981) *La tarea del héroe*, Fernando Savater
(1983) *El cuento de nunca acabar*, Carmen Martín Gaité

apéndices

GALAXIA BENET (V): *teatro*

(1953) Max

(1971) Teatro

1958. Anastas o el origen de la Constitución

1966. Agonia confutans

1967. Un caso de conciencia

GALAXIA BENET (V): *teatro*

(1955) *La gata sobre el tejado de zinc*, Tennessee Williams

(1956) *La visita de la vieja dama*, Friedrich Dürrenmatt

(1957) *Final de partida*, Samuel Beckett

(1963) *Marat/Sade*, Peter Weiss

(1970) *Muerte accidental de un anarquista*, Dario Fo

•

(1953) *Escuadra hacia la muerte*, Alfonso Sastre

(1957) *El cementerio de automóviles*, Fernando Arrabal

(1959) *Maribel y la extraña familia*, Miguel Mihura

(1963) *Los campos verdes*, Antonio Gala

(1967) *El tragaluz*, Antonio Buero Vallejo

«Hemos llegado al fin y yo inauguro,
Triste, mi paz: la obra está completa».

Jorge Guillén: *Homenaje*

TERMINOSE DE IMPRIMIR EN REGIÓN
EL 3 DE DICIEMBRE DE 2019

«Según los doctores de la ley este libro no debiera publicarse:
La palabra arco iris no aparece en él en ninguna parte».

Nicanor Parra: *Poemas y antipoemas*



FUNDACIÓN
ESTEYCO